



Destino

IMPERFECTO



PAULINA MAGGI

B

SELECCIÓN
Viaje en el tiempo

Destino imperfecto.
Paulina Maggi



SÍGUENOS EN:

megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Santiago, Emma y Mauro, los amores de mi vida.

A Sofía y a Nacho, mis amados ahijados.

Te lo dedico a vos, Mariela Maciá, por tu apoyo incondicional.

A mis hermanos, a los que adoro. Y a vos, ma... que me guiás desde arriba.

Desciende a las profundidades de ti mismo, y logra ver tu alma buena. La felicidad la hace solamente uno mismo con la buena conducta.

Sócrates

PRÓLOGO

¿Alguna vez te preguntaste qué es el tiempo?

Ante esta pregunta me encuentro perpleja. Todos experimentamos el tiempo, pero la realidad nos muestra que no es nada fácil de entender. Y, por supuesto, no es nada sencillo imaginar un mundo sin el tiempo. Y, si lo imaginamos, sería un mundo sin presente, sin movimiento, en reposo.

Para responder a esta compleja pregunta, si buscamos una respuesta científica, podemos decir que el tiempo es una magnitud física fundamental, la cual puede ser medida utilizando un proceso periódico, entendiéndose como un suceso que se repite de una manera idéntica y de forma indefinida.

También podemos definirlo como el periodo de duración en el que se desarrolla una acción o suceso, ya sea largo o corto. Nuestra historia está descrita a través del tiempo por medio de períodos, etapas, épocas o eras.

Pero... ¿eso es realmente el tiempo?

Mi experiencia me lleva a decir que el tiempo es la sucesión de pasado, presente y futuro. ¿Te conforma esa respuesta?

Lo curioso es que ni el pasado, ni el futuro son... Solo nos queda el presente, un instante, un momento, una fracción de segundo, que no deja de ser y que continuamente desaparece entre dos nada, casi sin duración.

Lo más fascinante es que el tiempo no deja de fluir: ese es el gran misterio. El presente deja continuamente de ser, pero sigue siendo un flujo eterno, que desaparece ante ti, imposible de recuperar.

Podría decirse que soy una mujer de mundo; vi mucho, conocí mucho, pero aprendí aún más. En cada lugar que visité, hice a hombres y mujeres la misma pregunta: qué era para ellos el tiempo.

Algunos, los más racionales, dijeron que se trata de la duración de las cosas sujetas al cambio.

Otros comparten que el tiempo es la condena del ser humano...

A veces, creo que también el tiempo es el destructor de la vida y de los más fuertes e intensos sentimientos. Si el tiempo es tan importante en la vida de

los seres humanos, ¿por qué debo conformarme con verlo pasar?

Dicen que es irreparable, que lo vivido no se repetirá jamás. Eso no es cierto, y les explicaré por qué: en mis manos tengo la posibilidad de recuperar el tiempo. «¿Extraño? ¿Imposible?», te preguntarás.

Y te diré que no: no es ni extraño, ni imposible. Cambiaré lo vivido y, como el ave fénix, el tiempo renacerá de las cenizas.

Antes de comenzar, quiero decirte que la historia que vas a leer a continuación es para mentes abiertas a la imaginación, ya que sin esta no podrás embriagarte con la fantasía.

Este es mi relato. No hay registros de lo que te voy a contar. Sin embargo, alguien me dijo una vez que lo que se escribe y llega a los ojos de otros queda impregnado en su recuerdo de por vida, y eso es lo que pretendo.

Esta es la historia —o, más bien, la tragedia— de mis mejores amigos Dorian y Nerella. Pero, fundamentalmente, es la historia de Adam y Helena, quienes desafiaron los hilos del destino. El tiempo se los proporcioné yo... Ellos intentaron evitar una catástrofe.

CAPÍTULO 1

7 de noviembre de 2016.

Museo Nacional. Atenas, Grecia.

Helena caminaba apresurada por los pasillos hacia la entrada del museo, donde se reuniría con un grupo reducido de turistas, listos y expectantes para ser guiados por ella a través de la historia de Grecia.

Le gustaba su trabajo. No se quejaba. Tenía un buen salario y horarios flexibles, siempre y cuando se organizara. Le hubiese gustado ser historiadora. Enseñar, quizás... Pero, cuando una es madre adolescente, todo es el doble de difícil. Y el sueño de estudiar Historia en una universidad se vio truncado cuando a los quince años se enteró de que había quedado embarazada de su primer noviecito, Neal Abignali. Tuvo a Gía nueve meses después de haber cumplido dieciséis.

Sus padres intentaron por todos los medios hacerla razonar. Debía deshacerse del bebe: arruinaría su vida. Pero Helena no se dejó intimidar por ellos: ella, junto a Neal, se harían responsables. Se casaron. Fue una ceremonia sencilla. En familia. Los padres de Neal tampoco creían que era una buena idea, pero los chicos se querían y, más allá de todo, Gía se había convertido en el rayo de luz de ambas familias.

Como habían predicho, su matrimonio duró poco. Helena terminó el instituto de forma libre, mientras que Neal asistía a la escuela y trabajaba. Ella se quedaba cuidando a la niña en el pequeño departamento de dos ambientes, en el fondo de la casa de sus suegros. El padre de Neal lo había hecho edificar cuando nació Gía. Pero, dos años después, al regresar con Gía de hacer mandados al supermercado, se encontró con una escena horrible: Neal estaba teniendo sexo con otra mujer.

Helena no lo dudó; tomó sus cosas, las de Gía, y se fue a la casa de sus padres, que la recibieron con los brazos abiertos, pero con mirada acusadora; tuvo que morderse la lengua al escuchar a su madre decir: «Te lo dije».

Con Neal no volvió. Había comprendido que amaba a Neal, sí, pero no de la forma en que realmente se ama a un hombre. Amaba su amistad y el excelente padre que era. Se conocían de toda la vida y tenían una excelente

relación de amistad, que perduraba intacta. Él se casó nuevamente, años más tarde, con Luisa, y le dio a Gía dos traviesos hermanos.

Miró la hora en su reloj de muñeca. Estaba atrasada. Apuró su paso. Al pasar por el hall principal del museo, se detuvo por unos momentos frente al enorme espejo de bronce ornamentado y admiró su imagen. Alisó las inexistentes arrugas de su chomba de piqué blanca, enderezó el cartel que indicaba su nombre con letras rojas y en mayúscula, que decían: «GUÍA TURÍSTICA». Metió la mano en uno de los tantos bolsillos que tenían sus bermudas color caqui, hasta dar con una coleta negra. Alzó su rubio cabello y lo ató en una cola alta. Se colocó lentes de sol, ocultando el tono azulado de sus ojos. Acomodó su silbato atado a su cuello y se puso una gorra blanca. Sonrió desganada. Por más que lo intentara, no lograría mejorar su imagen. Atrás habían quedado esos años donde utilizaba traje y zapatos para sus caminatas y guía por la ciudad. Con el tiempo, y con la experiencia, había aprendido que lo mejor para sus recorridos era estar cómoda.

Salió a la entrada del museo y encontró un pequeño y variado grupo de personas esperándola. Ella se presentó y, luego de haberles entregado a cada uno de ellos una tarjeta con su nombre, grupo y guía, comenzaron con el recorrido.

Sus grupos eran generalmente pequeños: no más de quince o veinte personas. El itinerario variaba según el día; a veces comenzaba en el museo, donde se reunían para luego llevarlos en una combi a los puntos más turísticos de Atenas, como el Partenón, la Acrópolis de Atenas, El Templo de Zeus, La Plaka.

—¡Gracias a todos por elegir a la agencia de turismo AtenasTur para programar sus vacaciones! — Los turistas asintieron expectantes—. Les pido, por favor, que vayan ingresando a la combi; pronto partiremos hacia el Templo de Zeus, donde comenzará nuestro peregrinaje.

Al entrar a la combi, saludó a Omar, el chofer, y tomó un pequeño micrófono, que emitió un molesto chillido al ser encendido. Les dedicó a los turistas una sonrisa de disculpas y reguló el sonido del micrófono. El tour siempre lo hacía en un inglés perfecto. Generalmente tenía turistas de todas partes del mundo; por suerte, tenía facilidad para los idiomas: además del griego y del inglés, dominaba a la perfección el italiano, el español y el portugués.

—¡Bienvenidos a este recorrido! ¡Los guiaré por las hermosas y antiguas calles de Atenas! —Se escuchó un aplauso general—. Como ya les dije, comenzaremos nuestro viaje en el Templo de Zeus, que está situado a quinientos metros al sureste de la Acrópolis de Atenas y del Ágora. Como el templo no se encuentra en la zona peatonal, luego de que lo visiten y de que saquen fotografías, bajaremos por la peatonal Dionissiou Areopagitou, donde comenzará nuestro largo paseo, que ofrece un maravilloso contacto visual con la Acrópolis. Se pueden contemplar muchos edificios de estilo neoclásico o modernista de finales del siglo xix y de principios del siglo xx, que dan a la peatonal un ambiente señorial. Cuando ingresemos a la Acrópolis, en la ladera sur de la roca sagrada, lo primero que veremos será el Teatro de Dionisio, el teatro más antiguo del mundo. Continuando, encontraremos la *Stoa (pórtico)* de Eumenes, construida por el rey Pérgamo, Eumenes II, en el siglo II antes de Cristo. Esta estructura unía el teatro de Dionisio con el Odeón de Herodes Atico, con el único propósito de proteger a los visitantes y a los espectadores del mal tiempo o del sol. Esta *stoa* está situada justo debajo del *peripatos*, el sendero que rodea completamente la Acrópolis...

Y así comenzaba un día más en la vida de Helena Papaulukas. Lo que ella no sabía es que pronto su monótona y aburrida vida cambiaría para siempre, porque así los dioses y el destino lo habían escrito.

—¡Perdón! ¡Llegaré tarde! ¡Comiencen sin mí! —masculló Helena mientras hablaba por su celular —. ¡Lo sé, cariño! ¡Sabes cómo es mi trabajo! ¡Gía, yo no tengo la culpa de que en el descenso de la Acrópolis una pareja de japoneses se haya perdido! ¿Tu padre? ¡Quiero hablar con él! ¿Gía? ¿Hola?

Tocó con bronca la pantalla de su celular para cortar la llamada. Su hija se había encabronado con ella porque se iba a demorar. Era su cumpleaños número quince. Y con Neal habían organizado, en un restaurante con toda la familia, una bonita fiesta, fiesta a la cual iba a llegar retrasada por culpa de esa pareja de japoneses.

Organizó su grupo, los guio por la ciudad, contando antiguas leyendas

griegas; algunos turistas participaban y aportaban datos si conocían la historia que les relataba. Ella siempre les regalaba una sonrisa de admiración por interesarse en la historia y cultura de su país.

Después de dos horas más de recorrido, Omar, apiadándose de ella, la llevó hasta su casa en el centro de la ciudad, en la combi. Poseía una bonita vivienda tipo chalet a dos aguas, con ladrillo a la vista y un pintoresco porche, con un enorme cantero lleno de flores de colores, que Helena se esmeraba en cuidar en su tiempo libre.

Entró como una tromba; ni se preocupó por encender la luz. Tiró su bolso sobre el sofá beige que descansaba en la sala, cruzó el comedor en dos zancadas y subió las escaleras que la llevaban al piso de arriba, donde estaban su habitación, la de Gía, un pequeño dormitorio que ella usaba de estudio y la terraza. Entró en su cuarto y comenzó a quitarse su ropa, tirándola en el camino hacia el baño. Reguló el agua y terminó de desvestirse. Se metió en la ducha y se bañó lo más rápido que pudo. Salió diez minutos más tarde envuelta en una enorme toalla blanca y, rodeando su cabello rubio como el maíz, tenía una toalla más pequeña, que cada vez se deslizaba más hacia su costado izquierdo.

Abrió las puertas del armario de par en par, y algunas prendas, mal acomodadas, cayeron al suelo; las miró sin darle importancia y continuó revolviendo hasta dar con el vestido azul noche que pensaba ponerse para la ocasión. Se lo había comprado hacía tiempo; era demasiado elegante, y jamás había tenido oportunidad de usarlo. El cumpleaños de Gía era una excelente ocasión para estrenarlo.

El vestido era recatado y sensual; a sus treinta y un años, Helena tenía un cuerpo estilizado y de insinuantes curvas. Anudó el lazo detrás de su cuello, y sus pechos se marcaron prominentes por el escote del vestido. Colocó un pequeño cinturón de estrás plateado que destellaba y realzaba su pequeña cintura; alisó la falda del vestido, que caía libre y con vuelo sobre sus rodillas. Eligió las sandalias plateadas, con un taco que la elevaba un par de centímetros más de su metro sesenta y cinco. Se maquilló a conciencia, resaltando el azul de sus ojos, y aplicó un rojo mate en sus labios.

Desenrolló la toalla de su cabello y, con ayuda del secador de pelo, fue dando forma a su lacio cabello rubio. Con ayuda de una rizador, rizó las puntas, dándoles un poco de movimiento y volumen. Se miró al espejo unos

minutos; quedó conforme con su desempeño a pesar del poco tiempo que tenía. Llamó a un taxi, cuyo chofer esperó en la vereda de su casa, impaciente.

Media hora más tarde llegó al restaurante para celebrar el cumpleaños número quince de su hija, Gía.

Como tantos restaurantes atenienses, los ventanales que daban a la calle estaban coronados por recargados adornos de cristal biselado y vidrios de colores. La luz colorida iluminaba los rostros de los comensales y arrojaba un resplandor carmesí en sus rostros. Neal había reservado una larga mesa, próxima a las ventanas. Helena entró y casi chocó con un mozo en su atropello por entrar. Se disculpó y divisó a Neal, que le hacía gestos con la mano y le dedicaba una sonrisa por su casi tropiezo.

Estudió, mientras se acercaba a la larga mesa, a los que ya se encontraban sentados. Luisa, la esposa de Neal, estaba a su derecha. A su lado, se encontraban los niños, Tobías (de ocho años) y Ángel (de cinco). Divisó a sus exsuegros, Tamara y Níkolai, y a sus padres. A la izquierda de Neal, enfundada en un bello vestido lila, estaba Gía que, al verla entrar al restaurante, se levantó de su silla y le regaló una sonrisa. Helena, al llegar, se unió en un abrazo fraternal. Estrechó a Gía entre sus brazos, y sus ojos se abnegaron en lágrimas.

«¿Cómo puede ser posible que crecieras tan rápido?», pensó Helena. Depositó un beso sobre la frente de su hija y tomó asiento a su lado, disculpándose por la demora. Y contando la anécdota de la pareja japonesa perdida por la Acrópolis. Rieron ante el humor y frescura de Helena, porque así era ella: como una brisa amena, cargada de alegría, que la acompañaba a cada lado donde iba y generaba enseguida empatía con cualquier persona que la conocía.

Comieron, bebieron, rieron y bailaron a lo griego, a lo grande. Gía lo estaba pasando de maravillas. Miraba a sus padres compartiendo una copa, sonriendo, como dos grandes amigos, contando anécdotas de la infancia. Se sentía bendecida por tener los padres que tenía. Los amaba con locura.

De pronto las luces se apagaron, y el restaurante se sumió en penumbras; desde la barra, se iluminó un enorme pastel con dos pisos de altura. Un camarero guiaba una mesilla con ruedas hasta dejarla frente a ella. Gía sintió que las manos de su madre apretaban sus hombros con afecto; la miró, y sus

ojos, tan parecidos, se encontraron. Cerró los ojos y pidió tres deseos. Sopló las quince velas con fuerza y apagó todas de un solo soplo. Los aplausos no se hicieron esperar. Las luces volvieron a encenderse, y Gía les agradeció con su radiante sonrisa el haberla acompañado en ese día tan importante.

Tres copas de vino más tarde, Helena sentía cómo sus mejillas se encendían. Tenía la risa fácil; podía decirse que estaba alegre. De pronto, sintió como que el aire o la vibra del lugar cambiaba: se hacía más pesada. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Miró a su alrededor, buscando algún signo extraño, pero no había nada fuera de lo común. Sacudió su cabeza, restándole importancia. Se levantó de la silla, se excusó y caminó hacia los baños.

Al entrar no vio a nadie; se tomó todo el tiempo del mundo para elegir el cubículo del baño que estuviese en mejores condiciones y, cuando lo hizo, desagotó su vejiga con placer.

Al salir, reprimió un grito de susto que se ahogó en su garganta. Chocó con una extraña mujer envuelta por una larga túnica negra; tenía una capucha que dejaba ver solo parte de su rostro: la mitad de su nariz y su boca. Los ojos apenas eran visibles, pero Helena los divisó detrás de unas gafas púrpura como alas de murciélagos, tachonadas de falsa pedrería; le colgaban del cuello con una larga cadena de colores entrelazadas. Se disculpó. La mujer solo sonrió, dejando a la vista sus impolutos dientes blancos. Y nuevamente Helena sintió un frío extenderse por su espalda. Como una señal de alerta.

La mujer levantó los ojos, y sus miradas se encontraron. Helena sintió cómo los dedos largos y fríos tomaban su muñeca. Intentó apartarse, pero le era imposible moverse. Los ojos de la mujer estudiaban su mano izquierda concentradamente. Primero, el dorso, analizando la forma de sus dedos; luego la giró y apreció la palma. Delineó las líneas de su mano con suma atención, pasando sus gélidos dedos sobre su piel.

Helena estaba petrificada; simplemente no podía alejarse del magnetismo de esa enigmática mujer. Apartó su mirada azul, intentando huir de ella. Tarea realmente imposible. Levantó su rostro nuevamente hacia el de la extraña, volviendo a mirarla; ella no se había movido. Parecía estar como en un trance y ver más allá de Helena. Despacio, como en cámara lenta, el rostro de la mujer se levantó, y sus ojos claros se clavaron en los de ella.

—No digas nada —susurró con voz rasposa.

Helena tardó unos segundos en darse cuenta de que de su boca salían palabras. Volvió a sentir el frío recorrerla, pero esta vez, el frío provenía de su interior.

—Corres un gran peligro... en este mismo momento percibo una amenaza a mi alrededor.

Helena la miró intrigada. ¡No había ningún peligro en el baño!

—¿Peligro? ¿Pero qué dice? ¿Está loca? —preguntó restándole importancia, intentando zafar su mano izquierda en vano. Ella la tomó con más fuerza aún—. ¿Se está burlando de mí, señora?

La mujer, súbitamente, alzó la mirada. Helena sintió de pronto que no podía respirar.

—Tu mano izquierda describe tu destino... —Helena, intentando regular su respiración, escuchó con atención—. ¡Caray! Señorita... ¡vaya mano la suya!

La mujer siguió estudiando la palma de su mano; sintió que un dolor insoportable se extendía a lo largo de su brazo. Sin dudarlo un segundo, cuando la punzada se le hizo irresistible, con su mano libre intentó tomar la mano de la mujer y apartarla, pero sus dedos se aferraban a ella en un torno letal; por algún extraño motivo, esa señora no la soltaba. Estaba por insultarla, cuando la voz de ella volvió a romper el silencio entre ambas.

—¡Préstame atención! —pidió esta vez con voz más tierna, totalmente diferente a la voz chillona de minutos atrás. Helena pudo darse cuenta de que tenía un extraño acento, no griego—. ¡He venido a advertirte! Pronto emprenderás un viaje, uno largo. Te hará dudar, no confíes en nadie. Mira por encima del hombro, sospecha de todos. Las líneas de tu mano lo expresan... es la mano del augurio.

—¿Qué augurio? —La voz de pronto le tembló, al sentir nuevamente los largos dedos de la mujer delinear las líneas de su mano, con los ojos cerrados, como si estuviera leyendo braille.

—Todo llegará en su debido momento. Recuerda mis palabras: no dudes del amor; él siempre guiará tu corazón. —Helena elevó una ceja extrañada, mirándola confundida. Ella, con su mano libre, buscó entre su túnica y sacó una extraña pulsera—. Esta esclava te protegerá... —afirmó, colocando una esclava de oro blanco sobre su muñeca izquierda.

La dama finalmente la soltó; Helena de pronto sintió un calor invadir su interior. Miró con minuciosidad la esclava que la mujer había colocado en su

muñeca. Tenía un extraño grabado. Estaba en griego antiguo; de eso no tenía duda. Levantó los ojos para decirle que no podía aceptarla, pero se quedó anonadada al encontrarse sola en el baño.

Cerró los ojos y sacudió la cabeza, intentando entender lo que había pasado. ¿Había sido real o producto de su imaginación? Sintió el peso de la esclava sobre su muñeca: definitivamente había sido real.

Se miró al espejo intentando encontrar una respuesta, mas no la encontró. No le cabía en la cabeza lo que acababa de pasar. Se acercó al lavabo y mojó un poco su nuca, refrescándose. Se arregló y, antes de regresar junto a Gía y a los demás, le echó una última mirada a esa esclava que ahora decoraba su muñeca izquierda.

La noche ocurrió sin más sobresaltos. Festejaron el cumpleaños de Gía hasta bien entrada la madrugada. Regresaron a las tres. Helena estaba exhausta; no bien entró a su habitación, se sacó su vestido, que quedó tirado en el suelo, y se dejó caer en la cama. Cuando su sueño fue profundo, una luz blanca iluminó la habitación; la esclava que reposaba en su muñeca se había sellado, lo que hacía imposible que pudiese sacársela...

Adam Cooper quitó la cabellera negra de una mujer de su pecho desnudo; ella se removió un poco, pero continuó dormida. Intentó levantarse; cuando sintió su brazo izquierdo aprisionado debajo del cuello de otra joven, tironeó de este y lo liberó. Se levantó de la cama y les dedicó a las mujeres una mirada de desdén. Tomó su bata de seda negra, que reposaba sobre el bonito y costoso sofá, cubrió su desnudez y miró la hora en el reloj despertador de su mesilla: las tres de la tarde; había sido una larga noche.

Así lo evidenciaban las botellas vacías de alcohol, que se esparcían aquí y allá en la sofisticada habitación. No se preocupaba: Beatriz lo limpiaría.

Recordó que esa noche tenía un evento; era importante: debía asistir. No era fácil ser Adam Cooper, actor de cine, estrella de Hollywood, ganador de un Oscar como mejor actor revelación, con su última película *El amor le sienta bien*, una comedia romántica inolvidable.

Residía actualmente en Londres. Estaba por empezar a rodar allí una

película de época; los jardines del Palacio de Buckingham eran un escenario perfecto para una novela romántica. Él era el protagonista; su compañera era la bella y perfecta Nina Dobrev. La película prometía. Sería un éxito.

Esa noche tenían la cena previa al primer rodaje. Iba a ser a lo grande; así le había dicho su gran amigo Johnny Deep, que tenía un papel interesante y seguramente inolvidable, como cada uno de sus papeles. Lo admiraba: era un increíble actor.

Sintió movimiento y se giró hacia la cama; una de las chicas se removía, buscándolo. Reprimió una mueca de disgusto y, sin pensarlo dos veces, se acercó a las mujeres y las sacudió con brusquedad por las piernas, despertándolas. Ellas se quejaron y lo insultaron, pero Adam las ignoró.

—¡Las quiero fuera de mi casa, ahora! —ordenó autoritario.

—Adam... no seas tan testarudo, ven, vuelve a la cama, yo sé cómo ponerte de buen humor...

Él la miró; clavó sus ojos azules con crueldad sobre la morena. Por eso odiaba acostarse con fanáticas; se pensaban que, por haber estado una noche con él, les juraría amor eterno. ¡Qué ingenuas!

—No quiero volver a repetirlo... cuando salga de bañarme, no las quiero ver por aquí. Ya conocen el camino.

Las dos chicas se quedaron mirando cómo la silueta de Adam se perdía detrás de la puerta del baño. Con pereza se vistieron y, sin más, abandonaron la habitación.

Un par de horas más tarde, con el estómago lleno y de mejor humor, Adam se alistaba para asistir a la fiesta. Beatriz le había dejado sobre la cama, luego de haber limpiado el desorden de su habitación, un impecable traje negro, una camisa blanca y una corbata fina, con estampado de pequeñas rosas rococó; era rara, pero le gustaba.

Se tomó bastante tiempo para arreglarse: le gustaba estar perfecto. Untó con gel sus manos, las friccionó por completo con el líquido, que pasó con frenetismo por su castaño cabello. Acentuó su largo flequillo en un jopo, hacia su costado izquierdo, lo cual le daba un toque sexy y atrevido. Sonrió de lado, con una media sonrisa, sin mostrar sus dientes. Le gustó lo que vio en el espejo. Era atractivo y lo sabía.

Marcó sus pectorales, que se endurecieron en esa acción, al igual que su abdomen. Era flaco y estilizado; dedicaba varias horas al día a esculpir su

cuerpo. Su trabajo así lo demandaba. Y, además, a las mujeres les encantaba.

Se perfumó con su característico Gucci Guilty. Le gustaba caminar y dejar una estela de perfume en su andar. Se vistió. Terminó de anudar correctamente la corbata y admiró su resultado en el gran espejo de su habitación. Estaba impecable, perfecto.

Salió de su gran mansión rumbo al garaje; usaría el Bugatti Veyron negro; le gustaba el andar y respuesta de ese coche. El garaje era grande; además del Bugatti, tenía varios coches más —le gustaban los autos—, entre estos, un Porsche Carrera Gt, una Ferrari 599 roja y un Audi Rb gris. También había comprado un viejo pero clásico Chevrolet, que estaba reparando: le gustaba restaurar coches.

Al pasar por al lado del Porsche, sintió una brisa, un aire, como un soplido, sobre su nuca. Un escalofrío lo recorrió; una sensación extraña difícil de explicar con palabras, pero que de alguna manera lo puso en alerta. Sus sentidos se agudizaron. Era como una señal defensiva de su cuerpo ante un inminente peligro.

Detuvo su andar y miró alrededor del garaje. Podía verlo casi todo, salvo detrás del Chevrolet en reparación. Un haz de sombra cubría la mitad del auto. Sin saber por qué, sus piernas se movieron hacia allí y, a medida que avanzaba, su instinto de supervivencia le indicó que no estaba solo.

—¿Quién anda ahí? —Su voz resonó en la inmensidad del garaje. Nadie respondió.

Chistó con la lengua y giró; caminó hasta el Bugatti; antes de entrar al coche, percibió una silueta negra detrás de él. Se volvió de golpe y se encontró con la figura de una mujer enfundada en una especie de túnica negra. Parte de una trenza roja se escapaba de su capucha. Se quedó paralizado ante ella. Simplemente no podía moverse; algo se removió en su interior. Lo asustó.

—No temas. No te haré daño... —susurró con voz grave—. Eres la persona que buscaba.

—¿Quién eres? —logró preguntar con un hilo de voz.

—Ya lo sabrás en su determinado momento, no ahora —Se hizo un silencio—. Vine a darte protección: la necesitarás.

—¿De qué habla?

La mujer no dijo nada; solo se limitó a tomar su mano izquierda y deslizar una especie de pulsera sobre su muñeca. Miró unos segundos la inscripción y, al volverse hacia la mujer, había desaparecido. Pestañeó varias veces y miró todo a su alrededor; volvió a mirar la pulsera: le pareció de una belleza increíble, sofisticada.

«Seguramente es otra fanática loca, que no tiene otra manera de llamar mi atención», se dijo a sí mismo, para tratar de entender lo que había sucedido segundos atrás.

Restándole importancia al hecho, subió a su coche y salió a toda velocidad, haciendo chirriar las ruedas del Bugatti sobre el asfalto.

Música, alcohol, baile, mujeres, tabaco y otras sustancias tóxicas rodeaban el ambiente. Luego de la cena, Adam se fue, con unos solteros que formaban parte del elenco en un papel secundario de la película, a una fiesta en las afueras de la ciudad. Estaba tan borracho y drogado que no recordaba cómo había llegado allí.

El lugar era una locura: todo se había descarriado. Donde sea que miraba, había alguien teniendo sexo. Se sintió asqueado. En esos momentos de lucidez que tenía, se daba cuenta de que odiaba su vida. De que todo lo que hacía carecía de sentido. Todo era una bonita y absurda fantasía. Deseaba gritar, gritar con todas sus fuerzas, pidiendo auxilio, y que alguien lo rescatara. Pero no tenía a nadie.

Estaba solo.

Caminó abriéndose paso entre las personas; algunos lo llamaban, lo felicitaban, le palmeaban la espalda. Él era el gran Adam Cooper, la estrella del momento. Antes de lograr entrar al baño, una chica pelirroja se le acercó con un celular y se tomaron una *selfie*.

Cuando cerró la puerta del baño, se sintió un poco mejor. Se reclinó sobre el inodoro y vomitó; descargó todo el contenido de su estómago. Se dejó caer de rodillas, con los codos apoyados sobre la tapa del retrete y sosteniendo con las manos el peso de su cabeza. Suspiró, respiró hondo y se puso de pie. Abrió el grifo de agua y se enjuagó la boca y el rostro. Al levantar sus ojos y verse al espejo, reparó en la pulsera.

Un golpe en la puerta del baño lo desconectó de sus pensamientos. Salió. Ni se gastó en tomarse tiempo para despedirse de sus colegas. Buscó la llave de su Bugatti en el bolsillo interno de su saco y se fue de la fiesta.

Llegó a su casa exhausto. Caminó hacia su habitación y ni se molestó en quitarse la ropa: se dejó caer vestido en la cama, sin sacarse los zapatos.

Beatriz, que había escuchado a su jefe llegar, se acercó hacia su dormitorio, abrió un poco la puerta y vio a Adam profundamente dormido; le retiró los zapatos y lo cubrió con una manta. Antes de salir, le dedicó una última mirada. Al cerrar la puerta, una luz iluminó por completo la estancia. Y la esclava de oro blanco que descansaba en la muñeca de Adam se selló.

CAPÍTULO 2

Helena abrió sus ojos, y una luz blanca la cegó por unos momentos. Cuando sus ojos se acostumbraron, se dio cuenta de que estaba en una especie de habitación, sin principio, ni final, donde todo lo que la rodeaba era de color blanco.

Es solo un sueño.

Caminó unos pasos hacia delante mientras buscaba algo más que el color blanco.

—¡Hola! —gritó. Su voz resonó varias veces más en un interminable eco.

Estaba en medio de la nada. No sabía, ni entendía qué hacer. ¿Caminar? ¿Hacia dónde? Era frustrante. Claramente era un sueño: a Helena no le quedaba la menor duda. Le molestaba estar quieta; ella simplemente era una mujer muy activa; no podía estar inmóvil por más de unos minutos. Y, para no ir en contra de su naturaleza inquieta, comenzó a caminar. ¿Rumbo? Ninguno... solo se limitó a ir recto.

No había nada que admirar, así que comenzó a silbar una canción (cosa que se le daba fatal); al escuchar su silbido retumbar en la inmensidad de la nada misma, se arrepintió: sonaba macabro y aterrador. Sin mucho más que hacer, continuó caminando derecho.

Era el sueño más extraño que había tenido. Sin contar el sueño, donde se subía a un avión piloteado por un caniche toy... Sonrió al recordarlo. No era una persona que recordara los sueños al despertar.

Tenía un dormir profundo, de oso. Para despertar por las mañanas, ponía varias alarmas: su radio reloj, su equipo de música, la tele y el celular a todo volumen. Muchas veces, Gía se levantaba y corría enfurecida a la habitación de su madre y apagaba con rabia todas las alarmas; zamarreaba a Helena, que apenas se despertaba con los sacudones de su hija. En ocasiones, hasta le había tirado agua; y a gatas lograba despabilarla.

Detuvo su paso y volvió a mirar a su alrededor. No había nada. Pero comenzó a escuchar pasos.

Alguien, desde cualquier dirección, se acercaba. Podía sentirlo, pero no podía verlo.

El repiqueteo de la suela de los zapatos la estaba poniendo frenética; retumbaban en sus oídos, haciéndose cada vez más y más fuertes.

A lo lejos, pudo distinguir una silueta negra que se acercaba. Estaba frente a ella, pero mucho más allá. Se movía con lentitud, demasiada para el gusto de Helena: era una mujer que no tenía mucha paciencia.

Decidida, comenzó ella a caminar hacia la figura. A medida que se iba acercando, podía ir definiéndola con más detalle. Supo que se trataba de un hombre, bastante más alto que ella; de eso estaba segura. De espalda ancha y hombros prominentes. Estaba enfundado en un traje, negro. Cuando lo tuvo suficientemente cerca, pudo distinguir los rasgos de su rostro. Era apuesto, tenía una mirada muy dulce y cálida, de un azul intenso. Se peinaba con un jopo elevado sobre su lado izquierdo y tenía una sonrisa tan perfecta que, al mostrarle sus dientes, creyó estar viendo una propaganda de crema dental. Su nariz era pequeña y respingada. Tenía una barbilla delicada, y, al reír, un hoyuelo se le marcó en esta, lo cual lo hacía tremendamente encantador.

Sus fosas nasales se invadieron por su perfume, casual y sensual, con una mezcla de madera, cuero y sándalo. Cerró sus ojos, deleitándose con su olor; un estremecimiento la recorrió entera. Abrió los ojos, y entonces lo reconoció. Era el actor Adam Cooper. Con razón le resultaba familiar. Gía tenía en su habitación varios pósteres con su imagen. Entonces supo definitivamente que no se equivocaba:

sí estaba soñando.

—¿Quién eres? —preguntó él. Helena distinguió un poco de confusión en su voz.

—Soy Helena Papaulukas. Un placer conocerlo, señor Cooper —se presentó extendiendo su mano.

Adam la miró unos segundos intrigado. Estaba confundido. Lo último que recordaba era haberse tirado a dormir en su cama, luego de la fiesta de sus colegas. Después había aparecido en medio de esa nada blanca. Y ahora, tenía frente a él a una bellísima mujer. Estaba impactado; sentía que tenía la lengua pegada. No podía emitir sonido. Solo se dedicó a mirarla de una forma bastante descarada.

Vestía un camión sencillo, de algodón, también blanco, pero que se adhería de forma simple a sus curvas. Llevaba el cabello suelto, de un rubio claro y tenía los ojos más celestes que él había visto. Por un segundo se quedó perdido en su mirada. Su rostro era armonioso, lleno de luz. Cuando la escuchó reír, volvió a la realidad. Estaba soñando, no había duda. Jamás había conocido belleza igual.

—¡Un placer, Helena! —saludó galante. Tomó su mano y depositó un beso sobre el dorso de su mano, acto que la hizo sonrojarse.

—¡Quién lo diría: Adam Cooper en mi sueño! —expresó ella. Adam la miró elevando su ceja.

—¿Tu sueño? Querrás decir, mi sueño.

—No, es mi sueño.

—Yo desperté en medio de esta nada —explicó Adam.

—Y yo también.

—¡Eso no es posible!

—Adam, es mi sueño, todo es posible... Y sé que tú apareciste en este porque hace unos días vi tu película con mi hija.

—¿Hija? ¿Tienes una hija?

—Sí, se llama Gía y tiene quince años. Es una gran admiradora tuya. Es lógico que, al escuchar de ti tooodo el día y ver tus películas, sueñe contigo. Además, eres un hombre atractivo.

—¡No es tu sueño! ¡Es el mío! Yo no te conozco, es la primera vez en mi vida que te veo... —¡Ambos... tienen razón! —aseguró una voz arrastrando las palabras.

Adam y Helena se giraron a su izquierda, en dirección a la voz. De pronto, una persona tomó forma de entre medio de un humo negro. Y la extraña mujer que Helena había chocado en el baño y que Adam había encontrado en su garaje estaba parada frente a ellos. Con su capa negra, sus anteojos de armazón de murciélago y pedrería, y con su capucha, que ocultaba su rostro.

—Los esperaba...

Helena miró su muñeca izquierda; luego reparó en la de Adam: él tenía una esclava igual. Solo que el grabado en el dorso era distinto. Deseó poder leer griego antiguo para saber interpretarlas.

Adam también reparó en que Helena tenía una pulsera como la de él. Y

miró extrañado a la mujer.

Quería una explicación. Necesitaba una respuesta.

—¿Por qué dices que nos esperabas? —exigió saber con ansias.

—Todo aquel que use la esclava del destino vendrá aquí. —Adam y Helena cruzaron sus miradas—. Yo les entregué esas esclavas para protegerse y para que se conocieran. Sus vidas están entrelazadas. El destino expresa que ustedes deben estar juntos.

Adam rompió en una carcajada. No creía ni una sola palabra, y menos si en la misma oración estaba la palabra *destino*: no creía en este; cada uno era responsable de sí mismo. No existía el destino.

Helena, en cambio, analizó las palabras de la mujer, intentando entender su significado. Llevó su mano derecha y envolvió la esclava de oro blanco.

—¿Alguna duda, Helena? —preguntó la mujer.

—¡Demasiadas dudas! A ver si comprendo... ¿Usted nos entregó estas pulseras para unir nuestros destinos?

—Es una forma de decirlo, sí —Helena la miró aún más confundida.

—¿Por qué?

—Porque así está escrito. Ustedes deben estar juntos. Son los elegidos para cambiar el tiempo, desafiar al destino y son los únicos que pueden cambiar la historia.

—¿Qué historia? —preguntó Adam. Cada vez entendía menos.

—Una tragedia en realidad... la tragedia de Nerella y Dorian.

—¿Quiénes son Nerella y Dorian? —preguntó Helena.

—Son ustedes... —La mujer se apiadó de ellos, de sus expresiones de confusión y perplejidad—. Les explicaré: Nerella y Dorian fueron ustedes mismos, pero en otro tiempo, en otra era, en otra vida. Ellos... —Hizo una pausa, y su voz se quebró—... Ellos eran mis amigos. Y prometí a los dioses... juré que haría todo lo que estuviese a mi alcance para romper una horrible maldición que cayó sobre ellos. Su amor se volvió una tragedia. Un imposible. Entregué mi vida para descubrir el secreto de estas esclavas —señaló las muñecas de ambos—. Es una especie de portal en los sueños de los dos. Los une. Los conecta. Con el transcurso de las noches, ustedes verán lo que pasó, conocerán la tragedia e intentarán evitarla.

—¿Cómo? —se apresuró a preguntar Helena.

—Eso es algo que ustedes van a tener que descifrar juntos.

—¿Y qué pasará si no lo hago?

—¡Siempre igual, Adam! Tú tan escéptico como siempre. A lo largo de tantas vidas te conocí, y siempre el mismo desconfiado...

—¿Cuántas veces has hecho esto? —se interesó Helena.

—Muchas veces... Nunca tuve éxito. Ustedes renacen una y otra vez pero, cada vez que volvemos al pasado, algo falla... ¡es frustrante!

—¿Y qué pasa cuando fallan? —preguntó Adam.

—Mueren... —aclaró sin más.

—¿A qué te refieres con *mueren*? ¿Morimos en esa vida pasada o en la actual?

—¡Siempre me sorprende tu razonamiento, Helena! Mueren. De todas las formas... y en todas las vidas.

—¡No cuentes conmigo! ¡Tengo una exitosa carrera y una vida increíble! No me interesa.

—¿No lo entiendes, Adam? Aquí no te estoy preguntando si quieres hacerlo, o no. Es tu deber. Es tu destino.

—¡Al diablo con el puto destino! —se pasó las manos frenético por el pelo, desarmando su jopo—.

¡Quiero despertar de esta horrible pesadilla!

—No es una pesadilla, Adam... todo esto es real.

—Sí tú lo dices... —objetó restándole importancia.

Helena pasaba del rostro de la mujer al de Adam. Mucho aún no lograba entender, pero lo que ella decía tenía sentido. Había leído mucho sobre vidas pasadas y cómo los sucesos importantes vuelven a repetirse una y otra vez de manera indefinida, en otras vidas, solo que uno no logra recordarlo. Tal vez, en una sesión de regresión, sometido a hipnosis, uno podía ver sus otras vidas. Era un tema que encontraba realmente fascinante. Ella sí deseaba saber.

—Yo deseo saber. Quiero conocer quién fui en mi otra vida.

La mujer le sonrió mostrando todos sus dientes. Helena le respondió la sonrisa. Luego posó sus ojos en Adam, que estaba ofuscado, con los brazos cruzados sobre su pecho, en actitud defensiva.

—Yo no quiero saber... solo quiero despertar.

—Eso no será posible, Adam... Ya tienes la pulsera; te guste o no, tendrás que hacer el viaje con Helena. —Adam masculló una maldición entre dientes; asintió con fastidio—. ¿Están listos?

—¡Sí! — expresó con emoción Helena.

—¡Si no hay otra alternativa...! —aceptó Adam restándole importancia.

Total, él sabía que era sueño. ¿Qué podía perder?

La mujer los tomó a cada uno de su mano izquierda. Todo a su alrededor comenzó a girar; una ráfaga de viento los envolvió. Como si estuviesen metidos en medio de un tornado. Cientos de colores y sonidos giraban a su alrededor; era imposible distinguir algo con claridad. De pronto el torbellino se fue haciendo cada vez más lento. Hasta que de golpe se detuvo, con un fuerte sacudón.

Ambos cayeron al suelo mareados. La mujer les tendió una mano y los ayudó a ponerse de pie.

—¡Aquí estamos! ¡Bienvenidos a la antigua Grecia!

—¿Estamos en Grecia? —preguntó Helena.

—Sí, lo estamos. Finalizando la guerra del Peloponeso, en abril del año 404 antes de Cristo.

Helena asintió, conociendo la historia, ubicándose en el tiempo. Adam, en cambio, no tenía ni la menor idea de qué se trataba la guerra del Peloponeso. La mujer les hizo una seña, y ellos comenzaron a seguirla.

Estaban en una especie de bosque, bastante frondoso, húmedo. El crujido de las ramas secas debajo del peso de sus pies era lo único que rompía el silencio. El cielo de un momento a otro se cerró sobre sí mismo, y las nubes grises lo cubrieron todo: habría tormenta; de eso no cabía la menor duda.

Llegaron a una playa. Se encontraban en lo alto de unas rocas sinuosas. La mujer les echó una mirada por sobre su hombro y comenzó a descender, rumbo a la costa. Helena y Adam continuaron en silencio detrás de ella.

Al llegar, el contacto de sus pies con la arena los relajó. Inexplicablemente, a Adam le habían desaparecido los zapatos. Helena estaba descalza.

Se escuchó ruido y movimiento dentro del agua. Eso captó la atención de ellos.

Helena tardó unos segundos en darse cuenta de que, dentro del agua, tomando un baño, se encontraba ella misma. Más joven. Ella, o mejor dicho

la mujer igual a ella, no aparentaba más que dieciocho años.

A Adam le llevó un poco más de tiempo notar el parecido físico de ambas: estaba hipnotizado por los pechos turgentes que flotaban en el agua.

Helena carraspeó, llamando su atención. Y entonces él cayó en la cuenta de que ella señalaba a alguien escondido detrás de los árboles que rodeaban la playa.

Había un muchacho, uno muy parecido a Adam, por no decir idéntico; rondaba la misma edad que la chica que tomaba el baño tranquila.

—Hasta aquí los acompaño yo... —informó la mujer que los había llevado—. A partir de ahora, ustedes deben seguirlos, siempre juntos, jamás se separen; solo pueden seguir a uno de ellos.

Deberán ponerse de acuerdo a quién. ¡Que comience la aventura!

Sin decir una sola palabra más, se desvaneció delante de sus ojos en una nube de humo negro.

Helena miró a Adam con seriedad. Él parecía estar demasiado atento a la chica del agua. Eso la encabronó.

—¡Deja ya de mirarla!

—Si eres tú, debo decirte que tienes unos senos preciosos.

—¡Eres un idiota! ¡Esto es serio!

—Es solo un sueño —restó importancia—. Por la mañana despertaré en mi cama, y tú y tus senos serán un bonito y lindo recuerdo. Creo que me despertaré duro...

Helena rodó los ojos, poniéndolos en blanco. Estaba por responderle cuando un tono de voz, muy parecido al suyo, la interrumpió.

—¡Deja eso!

La chica estaba saliendo del agua completamente desnuda. El muchacho igual a Adam ahora estaba parado frente a ella, y sostenía la ropa de la chica con una maliciosa sonrisa ladeada. Avergonzada, cubrió sus senos con sus brazos, formando una cruz; sus mejillas se colorearon rosadas.

—No debe bañarse en el Egeo sola, mi lady. Una dama como usted corre peligro tomando baños desnuda. Estamos en guerra.

—¡Usted no debería mirar, mi señor! —lo reprendió al borde de la rabia. Él no le daba su chitón, y eso la enojaba.

—¡No soy un señor, mi lady! —se apresuró a decir—. Solo soy un

superviviente... Soy Dorian, para servirla, señorita.

Nerella posó sus ojos detenidamente sobre él. En un principio, por la vergüenza de sentirse descubierta y espiada por aquel muchacho, no se había fijado en su aspecto; ahora se detenía a examinarlo. Era más alto que ella, ligeramente flacucho, con una sonrisa amigable y con la piel blanca, pero curtida por el sol. Usaba chitón de lana blanco, cruzado sobre su hombro izquierdo; tenía un cinturón de cuero marrón oscuro sobre su cintura. La lana caía sobre sus rodillas, cubriéndolas; era evidente que su chitón era viejo y, además, le quedaba grande. Iba descalzo.

Sus miradas se encontraron, y Nerella vibró; tenía unos ojos azules, profundos, intensos. Sentía cómo su iris la traspasaba, como si de un momento a otro él pudiese ver dentro de ella. Se asustó.

Dorian, intimidado y avergonzado por el examen visual que ella le estaba haciendo, desvió la mirada. Se disculpó de manera torpe.

—Lo siento, mi lady... —Se acercó a ella extendiendo el chitón. Ella lo tomó con brusquedad, arrancándolo de sus manos.

Él se giró, dándole la espalda. Se sentía un estúpido. Había visto a esa chica desde lejos ingresando al Egeo. En esa parte de la costa, estaba bastante escondida; había que caminar mucho para llegar y, sobre todo, había que conocer el lugar. Saber esquivar la guardia.

Atenas hervía. Los espartanos atacaban la Acrópolis; había que estar con mil ojos y atentos, y a esa muchacha parecía no importarle. Lo cierto es que, al haberla visto, había quedado obnubilado. Él ya era mayor: tenía diecinueve años. Había tenido sexo con mujeres, algunas prostitutas, pero otras no, como la hija del lechero y la hija del panadero. Actualmente frecuentaba a la hija de una puta, que se había casado con un hombre de bien y vivía en una de esas casas grandes. Ella le gustaba, es más, lo tenía completamente loco.

Y entonces vio a ese ángel de cabellos rubios, como envuelta en una haz de luz; todo a su alrededor parecía brillar radiante de color. Dorian se olvidó de su nombre y hasta de respirar mientras la observaba.

Ahora comprendía que jamás había debido acercarse a ella: había sido un idiota. Una dama como aquella jamás se relacionaría con alguien como él, una rata callejera.

—Puedes voltearte... —permitió en un susurro—. No debiste espiarme.

Dorian se giró. Ella anudaba su cabello húmedo en una larga trenza, que

luego enrolló a modo de rodete sobre su nuca, atándola con maestría. Su chitón, de color púrpura, se ajustaba sobre sus dos hombros y se ataba con un gancho brillante. Un cordón de hilo dorado decoraba su cintura y caía justo por arriba de sus tobillos. La tela era fresca y suave. No como la suya, vieja, sucia y rota.

Se sintió tan poco frente a ella... Apretó su mandíbula y tragó con dificultad. Le dedicó una última mirada y salió corriendo a toda velocidad. Nerella se quedó observando la silueta del joven, haciéndose cada vez más pequeña a lo lejos. Caminó en la misma dirección que Dorian. Adam y Helena se quedaron unos segundos quietos sin saber qué hacer, mirando la figura de Nerella alejarse.

—No debemos perderla —se apresuró a decir Helena—. Hay que ir tras ella.

—¿Por qué no fuimos tras él?

—Claramente, se fue tan rápido que no nos dio tiempo de seguirlo. Vamos... —lo alentó.

Adam refunfuñó entre dientes. Y comenzó a caminar detrás de Helena. La escena que había presenciado entre Dorian y Helena lo había descolocado un poco. Primero se sentía extraño al estar viéndose a sí mismo, con otro nombre, en otra época e interactuando con una jovencita y teniendo al clon de Nerella a su lado.

¡Caray! No vuelvo a consumir drogas antes de dormir... Este sueño ya me está asustando.

Escuchó la voz de Helena que lo apuraba a caminar más deprisa. Adam continuó arrastrando los pies con la misma lentitud. Helena seguía a Nerella de cerca; se había quedado pasmada al verse a sí misma varios años más joven. Tenía dieciocho años cuando terminó el instituto; se graduó, como todos sus compañeros, solo que rindió libre. Gía casi cumplía tres años; era una pequeña traviesa, pero la luz de sus ojos. Su adolescencia no fue nada fácil.

Nerella caminaba por la zona del mercader, o mercado del Ágora. Saludaba a los tenderos, que vendían frutas, verduras, leche, quesos, vestimenta, sandalias. Siempre estaba lleno de gente. Si bien ahora la ciudad estaba asediada, completamente cerrada, y protegida por sus largas murallas, el mercado seguía con su rutina habitual. Tomó la calle siguiente, a la derecha;

caminó unos metros y se detuvo delante de una gran casa. Abrió una verja de hierro y entró a un extenso y bonito patio.

Helena la siguió de cerca, sin perderse detalle de nada, sumergida en la magia del antiguo entorno griego. Recordó las clases de Historia, y su gordo y viejo ejemplar de *Historia general de las civilizaciones: Grecia Antigua y Oriente*. Lo había heredado; era un bello y único ejemplar con una cubierta de cuero negro y, sobre esta, estaba tallada la Gorgona Medusa, con hilo dorado. Si se concentraba, hasta podía recordar el olor de aquel libro. Sonrió.

Nerella se detuvo en el centro del patio. Helena analizó todo a su alrededor, en torno a ella. A lo largo de todo ese enorme jardín central, se alzaban las grandes estancias; había varias, separadas, para los hombres de la casa, mujeres y esclavos. Los aposentos principales se encontraban en el segundo piso; se accedía por la escalera exterior. Las viviendas de esa época eran construidas con adobe secado al sol y con cimientos de piedras; los techos eran de tejas, y el suelo tenía un extraño proceso de fabricación: era de argamasa o de tierra aplanada. Las paredes tenían pocas ventanas y estaban blanqueadas con cal, aunque la casa parecía luminosa.

Sintió la presencia de Adam tras ella. Lo escuchaba respirar con demasiado énfasis.

—¿Qué hace parada en el medio del patio?

—Supongo que piensa algo... —respondió Helena, sin perder detalle de Nerella.

Elevó sus ojos al cielo y suspiró. Con añoranza. Luego giró sobre sus talones y entró en la primera puerta a la izquierda. Adam y Helena se apresuraron a ir tras ella. Helena admiró la decoración de la habitación. De las paredes encaladas pendían jarrones, botellas de perfume y otros objetos de uso doméstico. Los muebles, hechos de madera de ciprés y olivo, decoraban la enorme estancia, que incluía elegantes sofás tapizados con colores vivos. Más allá, había sillas formales, de altos respaldos; una silla curva, con brazos, llamada *klismos*, y pequeñas mesitas de tres patas con incrustaciones de marfil.

Detrás de un biombo apareció una mujer de unos cincuenta años, impecablemente peinado su negro cabello con un moño y envuelta en un chitón rojo vino. La miró unos segundos con desaprobación, con sus intensos ojos café. Ophelia Doskas admiró a su hijastra. Le sonrió de forma cortés.

Manteniendo la distancia. Le hizo una señal de que tomara asiento, Nerella se sentó expectante delante de ella.

—Espero que el paseo por la playa haya aclarado tus ideas, Nerella...

Ella respiró profundo, tomando energías y serenándose antes de hablar. No quería terminar en una discusión con Ophelia.

—Lo pensé... La verdad es que no he cambiado de opinión respecto a casarme. —El semblante de Ophelia cambió. Nerella intentó ignorarlo—. No quiero casarme aún, y menos con un hombre que no conozco. Si lo hago, quiero que sea por amor.

Ophelia tenía ganas de estrangularla. Tenía dieciocho años, se estaba poniendo vieja, y ella aún deseaba esperar. ¿Al amor? ¡Por favor! ¡Era una locura! No lo consentía. Ella le había dado su palabra de que casaría a su hija al padre de Nerella en su lecho de muerte, tras haber enfermado este por una peste que había hecho presa a Atenas por varios meses y se había llevado la vida de Theran, su marido, nueve días después de haber luchado contra la fiebre, tras largos insomnios.

Ophelia había conocido a Theran en un prostíbulo. Él hombre estaba triste, devastado, con una hija pequeña a cuestas, solo. Llegó al burdel buscando un poco de compañía femenina para saciar su deseo de hombre. Desde que Leah había muerto, solo complacía su placer con mujeres de la mala vida. Esa noche, la sexy y bonita Ophelia le hizo compañía, fue su confidente; quedó cautivada, obnubilada por su historia y por la belleza de ese hombre de largos cabellos rubios.

Su vida la conmovió. Y, sin pensarlo dos veces, ella le abrió su corazón, le contó su historia. Había comenzado como prostituta a los nueve años; su madre vendía su cuerpo por dinero. Ella la odiaba por eso. Años después, lo hizo por su propia cuenta; se alejó de su progenitora y comenzó a trabajar para satisfacer sus propias necesidades y caprichos. A Ophelia le gustaba vivir rodeada de lujos. Le contó que varios años después había tenido una hija, llamada Rhea, de seis años.

Theran escuchó a Ophelia con atención; le parecía una mujer muy bonita. Que tuviese una hija de la misma edad que la de la suya ayudaba... Sin pensarlo mucho, secundado por el alcohol, le propuso a Ophelia que se casara con él, que se mudara a su casa y que fuera una buena madre para Nerella.

No tuvo mucho que pensarlo. Aceptó. Días después, entraba a una enorme

y lujosa casa en el centro de Atenas como esposa de Theran. Con Nerella tenían una relación cordial, rayana en lo chocante.

Pero las niñas, por suerte, se habían convertido en grandes amigas.

Ophelia, con el correr de los años, logró amar a Theran con todo su corazón. Aún le dolía su pérdida. Lo extrañaba. Y se maldecía por su suerte. Theran le había rogado, antes de morir, que le buscara un hombre de bien a Nerella. Y creía que lo había encontrado. Pero esa chiquilla necia, tan parecida físicamente a su padre, deseaba casarse por amor...

—Nerella, no voy a discutir esto contigo. Es una decisión tomada; le di mi palabra a tu padre.

Pienso cumplirla.

—Pero tú no puedes...

—¡Claro que puedo: soy la señora de la casa! ¡Y tú dependes de mí! ¡Harás lo que yo diga!

Nerella se puso de pie desafiante. Ophelia la imitó.

—¡Antes muerta! —sentenció Nerella; giró sobre sus talones y salió de la habitación.

De pronto el piso comenzó a temblar, el entorno a girar y, así como empezó, terminó, cambiando de escenario. Helena, en ese lapso de segundo, se aferró a Adam con todas sus fuerzas; había sentido que caía al vacío abruptamente. La sensación fue horrible: le revolvió el estómago. Adam no estaba mejor que ella. También se había agarrado a Helena; cuando abrió los ojos y la vio envuelta entre sus brazos, su corazón comenzó a palpar de una forma frenética en su pecho. Respiró profundo, relajándose. Ella se apartó incómoda; cruzó sus ojos con los de Adam, avergonzada.

El llanto de Nerella los hizo recordar en dónde se encontraban. La escena había cambiado: ya no estaban en la habitación de las mujeres (gineceo) sino que, por el decorado, dieron por hecho que eran los aposentos de Nerella.

Ella estaba llorando a lágrima viva, boca bajo, sobre una cama con un marco de madera, fijada con unas correas de cuero negras, que hacían de

sostén del cochón. Había un sinfín de almohadones de colores, y el subeibaja del pecho de Nerella los hacía vibrar levemente. Su respiración era arrítmica; el llanto era tal que comenzó a sentir una puntada en el pecho, llena de angustia.

La puerta de la habitación se abrió; entró una chica de la misma edad que la de Nerella. A Helena no le pasó por alto la expresión de Adam al ver entrar a la bellísima pelirroja enfundada en chitón de seda verde esmeralda, que hacía resaltar sus ojos.

—¿Quién es? —preguntó embobado. Helena lo miró con reproche y no le respondió.

La pelirroja se acercó hacia la cama, tomó asiento en el colchón, y comenzó a pasar con suavidad su mano derecha sobre la espalda de Nerella, infundiéndole ánimos; consolándola.

—¡Shhh... No llores más! ¿Qué sucedió? ¿Peleaste con mi madre otra vez? —Nerella levantó sus ojos hinchados y enrojecidos, asintió y rompió nuevamente en llanto.

—No quiero casarme, Rhea.

—¿Sigue buscándote pretendiente?

—Sí, por la estúpida promesa que le hizo a mi padre —se recostó de costado, apoyada sobre su brazo derecho, usando su mano de apoyo para su cabeza.

—Ojalá mi madre pusiese el mismo interés en buscarme marido que el que pone en ti.

—¿Tú quieres casarte?

—Sí... aunque...

—¿Aunque qué?

Las mejillas de Rhea se colorearon de un intenso color rojo. Nerella abrió los ojos como platos y se sentó en la cama; limpió el rastro de sus lágrimas con el dorso de su mano y miró a su amiga expectante.

—¿Lo hiciste, Rhea? —La pelirroja asintió y mordió su labio inferior nerviosa—. ¿Quién es?

—No es un hombre de alta cuna —comentó decepcionada—. Pero es hermoso. Lo conocí en el mercado. Una tarde paseaba por allí y me crucé con él. Nerella, cuando lo vi, sentí cómo la flecha de Cupido cruzaba mi corazón.

—¡Oh... es muy romántico! ¡Fue amor a primera vista! ¿Y él?

—Bueno, él se acercó a mí, me sonrió de lado y me derretí; hablamos, intercambiamos miradas y me preguntó dónde vivía. Esa noche apareció en mi ventana: había trepado al techo. Casi muero del susto cuando lo encontré. Y, sin decir nada, me besó. —Nerella veía brillar los ojos de Rhea llenos de amor, y comenzó a sentir un poco de envidia: ella también deseaba sentir eso —. Lo hicimos por primera vez hace dos noches.

—¿Aquí en la casa? —Rhea asintió—. ¿Y si te descubría tu madre?

—Tiene sueño pesado, igual que tú.

—¿Cómo se llama? —quiso saber Nerella.

Pero la pregunta quedó sin respuesta ya que las campanas de alarma de la Acrópolis estaban comenzaron a sonar con intensidad. Estaban, sin duda, atacando la ciudad. Ambas se levantaron de golpe de la cama y caminaron hacia la ventana.

Fuera, en la calle, las personas corrían a refugiarse a sus hogares. Atrincherándose. La puerta de la habitación se abrió de golpe. Ophelia, desde el umbral de la puerta, exclamó:

—¡Niñas, qué alivio, creí que estaban fuera de la casa! ¡No salgan de aquí!
—cerró la puerta y se fue.

—¡Que bronca tengo! —expresó Rhea desilusionada—. ¡Esta noche lo iba a ver!

—Si están atacando la ciudad, lo mejor, sin duda, es no salir, Rhea. Puede ser peligroso.

Rhea chistó; estaba cabreada. Tomó a Nerella de los hombros y la sentó sobre un taburete; desenredó su trenza y comenzó a peinar el largo cabello. Le gustaba cepillarlo: la relajaba. Nerella tenía una cabellera hermosa.

Ambas se quedaron en silencio. Rhea cepillaba su cabello con lentitud y suavidad; Nerella cerraba los ojos disfrutando. Le gustaba mucho que le tocaran el pelo. Abrió los ojos de pronto y giró con una expresión atenta hacia Rhea.

—¿Escuchaste eso?

—No escuché nada...

—Alguien te llamaba desde el exterior.

Rhea caminó hacia la ventana y abrió los postigos; asomó la mitad de su

cuerpo y miró hacia la ventana de al lado, la de su habitación. Dorian estaba colgado desde el tejado, llamándola sigiloso.

Cuando la vio aparecer por la ventana siguiente, se relajó.

Con agilidad caminó hasta ella y, cuando la tuvo a su alcance, la besó. Estaban atacando la ciudad y no tenía lugar donde refugiarse. La mejor idea era ir a ver a Rhea y, ¿por qué no?, disfrutar un poco de su cuerpo. Cuando sus labios se separaron, ella se apartó de la ventana y le hizo señas para que él ingresara.

Nerella vio primero entrar a Rhea y luego a un hombre. Si Ophelia descubría al muchacho allí, tendrían problemas.

—Nerella... —la llamó Rhea, sosteniendo la mano del joven—... Quiero presentarte a Dorian. Él es de quien te hablé.

Nerella dirigió sus ojos sobre el hombre y se quedó petrificada, completamente inmóvil, al descubrir que era el mismo muchacho de la playa.

El corazón de Dorian galopó a un ritmo desbocado al ver a ese ángel otra vez. ¿Qué hacía allí?

¿Por qué la conocía Rhea?

—Dorian, ella es mi hermana, Nerella. —Él se volvió hacia ella extrañado.

—Dijiste que no tenías hermanas.

—No es mi hermana de sangre, pero sí mi hermana del corazón y, además, mi amiga. —Dorian enarcó una ceja sorprendido—. Mi madre se casó con el padre de ella y nos hicimos amigas y hermanas.

Él asintió. Conocía la historia de la madre de Rhea: todos hablaban de ella. Y de cómo un día para el otro pasó de ser una puta a la esposa de un hombre de alta cuna. Miró a Nerella con detenimiento. Era una criatura magnífica; tenía algo que lo atraía tanto que no podía dejar de contemplarla. Nerella se avergonzó y desvió los ojos cuando los vio besarse.

Adam y Helena observaban la escena. A ambos le parecía muy extraño. De pronto, otra vez, el suelo comenzó a temblar, pero en esa ocasión Helena estuvo consciente de no agarrar a Adam.

Cuando todo se detuvo, volvían a estar en la habitación blanca. Se miraron.

Una música muy fuerte resonó en la habitación. Se taparon los oídos. Enseguida, uniéndose a la música, la alarma del reloj chillaba junto a la voz del presentador de las noticias a primera hora; sobresalía de la música y el

pitido. Un *turutu* continuo sonaba y sonaba.

—¿¿Qué demonios es todo este ruido?! —gritó Adam.

—Son mis alarmas —elevó su tono de voz Helena—. Estoy por despertar...

No fue más que decirlo que Helena desapareció ante sus ojos. Adam se quedó confundido por unos instantes, quedándose solo y en completo silencio. Él aún no despertaba y dudaba mucho de que lo hiciera, con lo que había bebido y consumido. Tenía para un largo rato allí. ¿Podía dormir estando dentro de un sueño? Sin pensarlo mucho, se sentó en el blanco suelo y luego se recostó, cruzando sus dedos debajo de su nuca, usándolos de almohada; cerró sus ojos e intentó dormir.

CAPÍTULO 3

Gía Abignali entró con retraso a la primera clase de ese día. Se disculpó con la profesora

Francesca Desa y tomó asiento en su lugar habitual, junto a su amiga Dana, en el tercer pupitre, al lado de la ventana.

Los ojos de su profesora se detuvieron por unos segundos en ella, poniéndola nerviosa. Resultaba ser que Francesca Desa era una gran historiadora, que había decidido dedicar unos años a la docencia. Amaba enseñar, pero más la apasionaba escribir libros. Ella evidenciaba todo sobre el papel, plasmándolo así de por vida.

Gía hizo con la cabeza un gesto de disculpas. Francesca se volvió nuevamente sobre el pizarrón y continuó con la clase.

Abrió su mochila, sacó su cuadernillo y copió el título del nuevo tema que iban a desarrollar; escribió con una bella y calculada caligrafía: «Antigua Grecia».

Se apresuró a copiar la línea temporal que estaba dibujada en el pizarrón, para luego comenzar a trazar fechas y flechas con datos importantes. La profesora no paraba de hablar; Gía trataba de escribir todo lo que salía de la boca de su maestra. Hablaba rápido, y no era tarea fácil seguirle el ritmo.

—Como dije, la Grecia antigua se divide en diferentes periodos: la civilización minoica del año 3000 al 1400 antes de Cristo; luego, la civilización micénica, del 1400 al 1200 antes de Cristo. Desde el 1200 al 800, encontramos la etapa oscura. Del 800 al 490, la Grecia Arcaica; del 490 al 50 antes de Cristo, la denominada *Grecia Clásica* y, por último, desde el 50 antes de Cristo la conocida Grecia Helenística. —Francesca hizo una pausa y miró a la clase en general, deteniéndose unos segundos en la chica que había llegado tarde; ya se encontraba copiando. Continuó—: en la última etapa de la edad de bronce, la civilización micénica, hacia el 1400, a ellos se los definía como *pueblos bárbaros*, ya que penetraron desde el norte de los Balcanes a la isla de Creta. Se llamaron *aqueos*. Ellos se apoderaron de Creta a la fuerza y desarmaron la cultura cretense; crearon las ciudades

amuralladas, para evitar que otros hicieran lo mismo que ellos hacían: conquistar. Hacia el 1200 tuvieron una etapa de esplendor, en que crecieron las exportaciones y se hicieron conocidos en todo el mundo.

Gía dejó de escribir. Se le había acalambrado la mano por seguirle el ritmo a la profesora. Le gustaba la materia; era una buena alumna, salvo en Matemáticas. Su madre era fanática de la historia; ella ya sabía la gran mayoría de las cosas que explicaba su profesora, porque Helena le había narrado la historia de las civilizaciones de pequeña y creaba cuentos en esos parajes antiguos e inhóspitos.

Dio vuelta la hoja de su carpeta y comenzó a trazar líneas en una hoja limpia. Tenía un increíble talento para dibujar y pintar. Ella lo visualizaba en su mente y tenía la urgencia y la necesidad de recrearlo sobre el papel. Su madre decía que tenía un don y que eso era maravilloso.

Mientras Francesca continuaba describiendo los datos más relevantes de la etapa oscura de Grecia, cuando la civilización micénica había sido destruida por los dorios (Esparta), jonios (Atenas) y eolios (Tesalia), Gía trazaba líneas aquí y allá, uniéndolas, dándoles forma, agregando minuciosos detalles.

Estaba tan concentrada en recrear la imagen que había llegado a su mente que no sintió la presencia de Francesca a su lado, mirando sobre su hombro.

—Una bonita recreación de los bárbaros tomando la civilización micénica, señorita Abignali. — Gía soltó automáticamente el bolígrafo.

—Lo lamento.

—Tiene un gran talento. Solo le pido que no lo desarrolle en mi clase; están las clases de Arte para eso. Aquí estudiamos Historia. Si no le interesa, la invito a retirarse.

—Sí, me interesa... —se apresuró a decir—. Mi madre me ha contado mucho sobre la antigua Grecia.

—¿Ah, sí? Qué interesante... ¿y qué le contó?

Gía tragó nerviosa. Pero no se dejó amedrentar por los ojos verdes de su profesora.

—Después de la etapa de decadencia de Grecia o Etapa Oscura, donde decayó la cultura y el comercio, se desarrolló la Grecia Arcaica, desde el siglo viii al v antes de Cristo. Hubo un creciente desarrollo de la civilización, crearon una moneda y Atenas, Esparta, Delfos, Tebas, Olimpia, Argos, y

Corintio se expandieron. Hubo un importante crecimiento cultural —explicó Gía sin titubeos; la profesora la animó a continuar—. Se destacaron Atenas y Esparta. A los espartanos se los denomina *los pueblos guerreros*; eran disciplinados y temerarios. Formada por cinco aldeas rodeadas de montañas, Esparta, durante el siglo ix creció gracias a un hombre destacado, llamado *Licurgo*, un gran sabio que organizó la política de ese momento, gobernada por dos reyes, pero que solo formaban parte de un senado, que tenía veintiocho miembros, todos nobles mayores de sesenta años.

Se dictaban las leyes, para luego aprobarlas en la asamblea del pueblo...

—¡Me sorprende, señorita Abignali! Hasta podría usted dar la clase —la alabó con una sonrisa que Gía no supo cómo interpretar—. Su madre la ha informado muy bien; es agradable saber que otras personas comparten las mismas pasiones que uno. Mis saludos a su madre.

—Se los daré —dijo avergonzada.

Desde el fondo de la clase escuchó a alguno de sus compañeros que se burlaban de ella, llamándola *nerd* o *sabelotodo*. Ella no se consideraba ninguna nerd. Solo era aplicada... con las materias que más le gustaban, menos Matemáticas.

Miró por la ventana y volvió a dispersarse. Mirando los colores, imaginando las texturas y pintándolas en un lienzo imaginario. Bostezó. Y recordó que, por culpa de las alarmas que su madre no escuchaba, se había despertado más temprano de lo habitual. Necesitaba tomar algo con cafeína para que le quitara la somnolencia. Pasaría por el bufete del colegio. Una Coca-Cola le sentaría de maravillas. Volvió a la realidad, cuando sintió el codo de Dana incrustarse en sus costillas; le dolió.

—¡Auch! ¿Qué? —la miró ofuscada.

—Mira, tenemos compañero nuevo. —Dana le hizo una seña con la cabeza, en dirección a la puerta.

En el umbral estaba la directora intercambiando palabras con la profesora Francesca y, a su lado, bastante más alto que la mujer, un muchacho. Gía hizo un paneo general del chico. Comenzando por sus zapatillas, subiendo por sus largas piernas cubiertas por un *jean* azul, una camiseta blanca lisa escote en v, que se ajustaba en su abdomen plano y en el ancho de sus hombros.

Entonces, centró su atención en su rostro; miraba cabizbajo los cordones desatados de una de sus zapatillas. Tenía la piel oscura. «Como un grano de café», pensó Gía. Su perfil era anguloso y bien definido; tenía una barbilla bien marcada, unos gruesos y sonrosados labios, una nariz grande, pero perfectamente delimitada, una frente ancha y llevaba el cabello corto. Se marcaban unos pequeños, pero bien pronunciados rulos. «Levanta los ojos», deseó Gía.

Acto seguido, como sintiendo el peso de esa mirada celeste, el joven clavó dos esmeraldas verdes sobre ella. Gía sintió algo inexplicable; en ningún momento cortó el contacto visual con el muchacho, Dana, a su lado, la codeaba y le decía: «Disimula un poco, Gía», pero simplemente no podía dejar de observarlo. Estaba completamente hechizada por él.

—Tenemos un nuevo compañero —le llegó a lo lejos la voz de su profesora—. Viene de África; su nombre es Alón Brahimi. Puedes tomar asiento, Alón, bienvenido.

Alón, un poco nervioso, miró al aula en general, buscando un lugar disponible. Divisó un banco libre, detrás de la chica que no dejaba de mirarlo; carraspeó incómodo y caminó en esa dirección.

Los ojos de Gía no se apartaron de él ni un solo segundo; es más, cuando él tomó asiento detrás de ella, giró su cuerpo ciento ochenta grados sin dejar de observarlo. Dana le llamó la atención, le tocó la pierna, pero Gía estaba como hipnotizada por el chico nuevo.

En su cabeza, su único pensamiento era el maravilloso contraste de colores entre su piel y sus ojos. Sin poder evitarlo, lo estaba dibujando en su cabeza. Alón, sintiéndose realmente incómodo ante tal escrutinio, le preguntó casi en su susurro.

—¿Tengo algo en el rostro?

Gía tardó unos segundos en procesar su pregunta. Cuando lo hizo, cerró los ojos y negó con la cabeza; sonrió como tonta, volvió a mirarlo.

—Lo siento, soy Gía Abignali. Bienvenido, Alón.

Le regaló una sincera sonrisa. Dana miraba perpleja a Gía. ¿Qué le pasaba? Miró a Alón con una mueca y luego volvió a mirar a su amiga. Hizo cara de asco y volvió a concentrarse en la clase.

Gía le dedicó un último vistazo y luego giró hacia adelante; dio vuelta el cuadernillo y, sobre una hoja nueva, comenzó a bocetar unos bellos,

expresivos y grandes ojos.

—¡Bienvenidos a la Acrópolis de Atenas! —saludó Helena dentro de la combi, que frenó para dejar bajar a los turistas—. ¡Por favor, bajen sus objetos personales y cámaras de fotos! ¡La combi no puede quedarse estacionada aquí, y nosotros tenemos un largo recorrido a pie!

Su grupo comenzó a bajar. Helena se volvió hacia el chofer, que le pasó un megáfono, su gorra y una botella de agua mineral.

—¡Gracias! Nos vemos en un rato, Omar.

Bajó de la combi, reunió a su grupo, les dio las indicaciones en caso de que alguno se perdiese y comenzó la guía por la Acrópolis. Encendió el megáfono.

—En la Atenas de Pericles, durante la segunda mitad del siglo v antes de Cristo, un grupo de increíbles artistas, bajo la dirección de Fidias, extendida en una colina rocosa, crearon la Acrópolis de Atenas (la roca sagrada). En una meseta de doscientos setenta metros de longitud y ochenta y cinco de ancho, situada a ciento cincuenta y seis metros sobre el nivel del mar, grandes arquitectos y artistas edificaron la Acrópolis, legando al mundo entero la historia de una increíble civilización. Es considerada Patrimonio de la Humanidad desde 1987.

Así comenzaba siempre su recorrido. Hoy le había tocado un grupo de veinte personas. Sintió una puntada pequeña de dolor en la cabeza, pero no le dio importancia. Estaba un poco cansada. No había dormido nada bien.

Al despertar, rodeada de todas sus alarmas, y al ver a Gía enojada, refunfuñando, apagando la televisión, el radio reloj y el equipo de música, Helena se quedó estática en su cama, abrazando el edredón. Gía la miró unos instantes, rodó los ojos y salió pegando un portazo, que la sobresaltó.

Estaba un poco confundida. Recordaba su sueño, ese raro y extraño sueño, donde el actor Adam Cooper había aparecido. También recordó a la misteriosa mujer enfundada en la capa negra, que le había entregado la esclava. Miró la pulsera y, sí, allí estaba, descansando sobre su muñeca izquierda. «La esclava del destino», repitió. Giró su muñeca para quitarla,

pero estaba sellada por algún extraño motivo.

¿Qué demonios significa esto? ¿Lo que soñé fue real?... Imposible.

Convenciéndose de que estaba loca al creer semejante disparate, Helena se levantó y comenzó con su rutina habitual. Se olvidó por completo de ese singular y tan vívido sueño.

Recorriendo la Acrópolis, al entrar al Partenón, tuvo una especie de *deja vu*: ella misma recorría las calles de la Atenas antigua. ¡Qué disparate! Pero la imagen se le hizo muy real en la mente.

Un hombre de su grupo, que vacacionaba con su esposa de luna de miel, era de Dinamarca. Le preguntó en un rústico inglés si en el Partenón, antes, se erigía la estatua crisoelefantina de la diosa Atenea Parthenos.

Helena le regaló al hombre una sonrisa, encendió su megáfono y les explicó al hombre y a los otros miembros de su grupo un poco de esa estatua tan característica de la antigüedad.

—La escultura tenía al menos doce metros de altura, incluyendo el pedestal; se exhibía dentro del Partenón. Su núcleo estaba diseñado con madera cubierta con placas de bronce, recubiertas con láminas de oro y marfil. El manto y el casco tenían incrustaciones de oro. En medio del casco hay una figura de una esfinge y, a uno y otro lado del yelmo, hay grifos esculpidos. —Hizo una pausa para tomar aire, luego continuó—: en su pecho, tiene insertada la cabeza de la Gorgona Medusa en marfil, que fue entregada a Atenea por Perseo. Sostiene una victoria o *niké* y, en la otra mano, una lanza; hay un escudo junto a sus pies y, cerca de la lanza, una serpiente. En la base está esculpido el nacimiento de Pandora.

Los turistas, conformes con la explicación de su guía, se tomaban fotos. Helena los apresuró mientras continuaba el recorrido. Los llevó al templo de Atenea Niké, contándoles que era un pequeño templo jónico, construido sobre un torreón de los propileos, para conmemorar la victoria sobre los persas, en la batalla de Salamina, en el 448 antes de Cristo. Quien diseñó el proyecto fue un gran artista, Calícrates. El templo albergaba una imagen de Atenea Niké, símbolo de la victoria, a la que se le cortaron las alas, para que nunca pudiese abandonar Atenas.

Así continuó su día, recorriendo y explicando cada sitio importante de la historia de su país. Se sentía a gusto. Cerca del mediodía, pararon con todo el grupo a comer por los restaurantes de la peatonal. Ella se acercó a un puesto

de comida rápida; tenía cuarenta minutos de paz y tranquilidad, y pensaba pasarlos sentada en un acogedor banco, debajo de una fresca sombra.

Relajó su espalda en el banco y miró su apetitoso *gyros*, un grueso pan de pita, relleno de virutas de carne de cerdo, patatas fritas, cebolla, pimentón y *tzatziki*, la famosa salsa de yogur griego.

Parecido al *kebab*, pero en su opinión, mucho más sabroso.

Mientras degustaba el tercer mordisco de su *gyros*, llamó su atención la revista que se exhibía en el puesto de diarios cercano al banco. En la tapa distinguió a Adam Cooper, seductor, con su sonrisa perfecta y su mirada penetrante.

Inevitablemente su corazón se aceleró, y se sorprendió. «Solo fue un sueño», se repitió por milésima vez. Pero había parecido muy real.

Lamió sus dedos, quitando el yogur que se había derramado por estos, y los limpió con una servilleta de papel, que luego tiró en el tacho de basura. Se acercó al puesto de diarios y, en un impulso, compró la revista.

«Es para Gía», se dijo, y leyó en la portada que la revista incluía un póster de Adam Cooper. El sonido de su celular la trajo nuevamente a la realidad. Atendió sin mirar la pantalla.

—¡Hola! —hizo una mueca al escuchar la voz al otro lado de la línea—. Sí, ¿cómo has estado, Saúl? Yo bien, gracias por preguntar. ¿Hoy? Mmm...

Tengo planes, pero si se suspende te llamaré. Claro... yo también la pasé bien la última vez. Bueno, debo continuar con mi trabajo, te dejo. Sí, si se suspende, te aviso. Chau, chau.

Deslizó su celular en uno de los tantos bolsillos de sus bermudas y se propuso esperar en el punto de encuentro a su grupo. Miró nuevamente la portada de la revista y le sonrió como boba a la foto. Se reprendió mentalmente por eso. Ya no tenía trece años: tenía treinta y uno. Madre soltera, y más sola que un perro callejero.

Helena anhelaba encontrar un amor, de esos que traspasan el pecho, directo al corazón. Era joven, bonita, inteligente, independiente y tenía una hija. Siempre que salía con algún hombre y le decía que tenía una hija, ellos simplemente dejaban de llamarla. Más cuando decía que había tenido a Gía a los dieciséis; la miraban extraño.

Parecía que los hombres solo deseaban sexo y ya ninguna relación estable. Saúl era un tipo de unos cuarenta y tantos (no recordaba bien), divorciado,

con dos hijos. A Helena le gustaba; habían compartido varias noches placenteras juntos, pero ella sentía que él no era lo que buscaba. Faltaba esa chispa.

Consultó la hora en su reloj de muñeca; ya casi se habían cumplido los cuarenta minutos. Se dirigió hacia el punto de encuentro, donde la pareja de dinamarqueses esperaban a los demás. Helena les regaló una sonrisa, y el hombre comenzó a realizarle preguntas sobre Atenas, que ella respondió gustosa. Unos minutos después, el grupo se fue reuniendo y, cuando todos estuvieron agrupados otra vez, retomaron la marcha, continuando el tour por la ciudad.

—¡Corte! Tomen un descanso... —resonó la voz del director, en el estudio de grabación.

Adam bostezó y se desperezó. Había tenido un día fatal. El primer día de grabaciones de su próxima película. Grabaron una y otra vez la misma escena; aparentemente el director no estaba conforme ya que, al terminar, volvía a decir: «Se repite»; estaba cansado.

Se había despertado a media mañana; Beatriz lo esperaba en el comedor diario con un succulento desayuno. Mientras untaba un poco de mantequilla sobre una tostada, Adam recordaba el extraño sueño. Había sido tan real... El rostro de la mujer rubia se le vino a la cabeza. «¿Cómo dijo que se llamaba?», se preguntó. Entonces lo recordó: *Helena*.

Bellísima... Él había tenido mujeres a montones, todas las que él quisiese, todas hermosas. Pero ninguna de ellas le había provocado ni la mitad de lo que Helena, en su sueño, le había desencadenado.

Recordó las palabras de la mujer con la capa negra, que hablaba sobre el destino. Y sonrió de una forma cínica. Él sabía más que nadie que el destino lo construía uno mismo. Después de la infancia traumática que había padecido a causa de un padre, bebedor y golpeador, había aprendido a valerse por sí mismo. Nadie nos regala nada en esta vida: todo debemos conseguirlo por nosotros mismos. Y eso lo aprendió muy bien.

Sacudió la cabeza, intentando borrar esos horribles y dolorosos recuerdos.

Mordió la tostada y masticó con fuerza, apretando las mandíbulas, reteniendo la ira que el solo recuerdo de su padre le provocaba. Por suerte, volvió a pensar en esa hermosa rubia, y la bronca que había sentido segundos atrás desapareció.

Se duchó, se alistó y partió al set de grabación. Llegó un poco tarde, pero por suerte aún no habían comenzado. Entró en su camerino, dejó sus cosas, tomó la ropa que debía usar para la escena, se cambió rápido. Minutos después apareció la maquilladora y él tomó asiento en el cómodo sillón frente al espejo y dejó que ella lo maquillara. Luego todo fue igual: repetir una y otra vez la misma escena.

Estaba feliz de tomar un receso. Ya casi a lo último las líneas se le mezclaban; necesitaba un descanso. Se sirvió un poco de agua del dispenser que estaba en el pasillo, rumbo a su camerino.

Entró, encendió la luz y se dejó caer en el sofá, agotado. Cerró los ojos y se tomó, con el dedo pulgar y el índice, el puente de su nariz, masajeándolo. Largó un sonoro suspiro.

A su cabeza le llegó nuevamente la imagen de Helena; sonrió de solo pensarla. Sacó su celular del bolsillo, revisó los mensajes y los *whatsapp*; tuiteó una foto de él en el set, que compartió en su página de Facebook. Era un adicto a las redes sociales: siempre estaba pendiente de lo que se hablaba de él por la Red.

Mientras miraba las publicaciones de sus amigos, volvió a pensar en Helena. Sus dedos tipearon rápidamente en la barra de búsqueda de Facebook el nombre de Helena; hizo una pausa, haciendo memoria, intentando recordar su apellido. Terminaba en *Lukas*; de eso estaba seguro. *Kanukas, Tanukas, Lanukas...* ¡No! ¡Maldición!

Se rascó la sien pensando, concentrándose. No era bueno recordando nombres: siempre se le olvidaban. Cerró los ojos y, como una estrella fugaz, se le vino un apellido a la cabeza. *Papaulukas*.

Sintió una descarga de adrenalina mientras tipeaba el apellido; su corazón se aceleró.

La búsqueda mostraba varios resultados y perfiles. Abrió algunas fotos de perfil, pero no eran de ella. Siguió buscando un poco más, y de pronto vio una foto que le llamó la atención. Era pequeña, así que no dudo en entrar al perfil.

Se quedó como tonto, mirando embobado la pantalla de su celular; sin duda, era ella. Tenía el cabello atado en una coleta alta; tenía una remera blanca y sonreía mostrando toda su dentadura. Cerró la foto de perfil y entró a las fotos de su portada. No pudo verlas. Revisó el muro, pero no había mucho que ver; solo sus amigos podían ver sus publicaciones y fotos. Sin dudarle un segundo, le envió una solicitud de amistad. Al hacerlo, experimentó una sensación extraña. Difícil de explicar.

Golpearon la puerta del camarín: era Johnny. Debía regresar al set. Guardó su celular y salió del camarín, con una sonrisa expectante.

Gía salió al recreo, pasó por la cafetería de la escuela y compró la Coca-Cola que tanto ansiaba. Dana la acompañaba. Dejó de beber para mirar a Alón, que pasaba por allí. Dana no perdió detalle de su amiga.

—Oye... ¿qué te traes con el chico nuevo? —Gía se giró para mirarla.

—No lo sé, me llama la atención. ¿Viste sus ojos?

—¡Gía! ¿Te gusta el nuevo?

—¡No! Solo que él llama mi atención, eso es todo.

—¿La atención? ¡Es negro, es horrible!

Gía la miró enarcando una ceja.

—¿Hablas en serio, Dana?

—Sí, no sé, me da asco. Mantente alejada de él, ¿sí?

—Es muy triste que digas eso, Dana. Me decepcionas.

A Dana no le gustó nada el tono de voz que Gía había usado en esa última frase. Y se giró ofendida.

Gía la miró irse; luego emprendió la marcha hacia el pasillo por el cual había visto a Alón.

Lo encontró saliendo del baño de hombres. Se mantuvo a una distancia prudente; él caminaba, y ella lo seguía pasos más atrás. Alón de vez en cuando se giraba, Gía frenaba y hacía que buscaba algo a su alrededor. Él retomaba la marcha y ella también. Apresuró su paso porque Alón había comenzado a caminar más rápido. Dobló en un pasillo, luego en otro.

Al girar, Gía chocó con el pecho de Alón. Él, percatándose de que ella lo

seguía, se detuvo, y ese encontronazo, junto con el roce de sus cuerpos por primera vez, provocó que sus esencias se reconocieran. Entonces, una descarga eléctrica se apoderó de los dos, confundiéndolos.

Alón se alejó un paso hacia atrás. Gía no apartaba su mirada de él. No quería admitirlo, pero los ojos de esa chica lo intimidaban. La forma en que lo miraba lo ponía nervioso.

—¿Por qué me sigues?

—No lo sé... —Su respuesta no ayudó mucho a la confusión de Alón—. Solo sentí la necesidad de hacerlo. Llamas mi atención.

—¿Por qué llamaría tu atención?

—Tienes algo... algo en tus ojos, su color... tu piel, no lo sé bien aún. Pero su contraste es perfecto.

—¿Te burlas de mí porque soy negro?!

—¡No! ¡Jamás haría algo así!

—¿Entonces?

—No lo sé, Alón... De algún entraño modo, creo que puedo verte a ti, ¿me explico? —Alón negó—. Veo tus colores, tu centro, tu aura, su esencia... Seguramente creerás que estoy loca; muchos lo hacen. Y, la verdad, no me interesa lo que opinen de mí; soy así, rara, lo sé. Miro al mundo desde otra perspectiva, y tú, Alón, eres magnífico en todo sentido.

—¿Estás intentando ligar conmigo?

Gía se ruborizó.

—¡No! Solo deseo pi...

La campana, que anunciaba el final del receso, la interrumpió, y su frase quedó flotando en la nada. Alón, luego de haberla mirado de forma extraña, se dio media vuelta y se fue, dejándola a media explicación. Bufó molesta. Se giró y caminó hacia el aula de Artes, ofuscada.

Helena entró en su casa, cerró la puerta empujándola con su pie; tenía las manos cargadas con bolsas del súper. Caminó directo hacia la cocina y apoyó las pesadas bolsas sobre la mesada.

—Hola... —saludó a su hija, que estaba concentrada entre un montón de pinturas, probando tonos sobre un lienzo.

—Hola, mamá. ¿Cómo fue tu día? —habló sin levantar los ojos de la paleta de colores.

—Bien, igual que siempre. ¿El tuyo?

—Regular...

—¿Sucedió algo?

—No, pero no tuve un buen día: me enojé con Dana.

—¿Por? —preguntó, mientras sacaba la frutas y verduras de las bolsas.

—Dijo algo que no me agradó ni un poco.

—¿Qué dijo? —se interesó Helena mientras lavaba los tomates.

—Tenemos un compañero nuevo; se llama Alón. Es negro. Y ella hizo un comentario racista sobre él. No me gustó. Lo juzgó por su color, sin siquiera conocerlo. Me dolió.

Helena se quedó admirando el perfil de Gía. Era la jovencita más hermosa que existía, y no solo lo creía porque era su hija. Seguramente todas las madres piensan eso de sus hijos; pero Helena creía que Gía era especial. Siempre, de pequeña, tenía respuestas o reflexiones demasiado complejas para su edad. La sorprendía.

—Bueno... tal vez deberías decirle esto a Dana.

—Sabe que estuvo mal... Además se ofendió, ¿puedes creerlo? Y ahora no me habla.

—Ya se le va a pasar.

—Espero, porque yo no pienso pedirle disculpas. Fue ella la que estuvo mal al referirse de ese modo a Alón.

—¡Caray! ¿Qué es ese brillo en tus ojos? Parece que ese chico Alón te agrada.

—Un poco... —Hizo una pausa para pasar el pincel por el lienzo, probando el color—. Puede que un poco bastante... —continuó; Helena sonrió—... Es guapo.

—Bueno, no quiero sonar pesada y eso, pero ya hablamos del tema muchachos... —le recordó.

—Lo sé, mamá, sé que soy libre de hacer lo que yo desee, siempre y cuando lo haga con conciencia y cuidándome —repitió Gía.

—Buena chica. No quiero que metas la pata como yo lo hice. Eres joven y tienes una vida hermosa por delante.

Se volvió fingiendo que estaba ofendida.

—¿Así que yo solo fui una metida de pata? Gracias, mamá, es alentador saberlo.

—¡Gía! Sabes que eres lo más importante para mí; jamás, nunca, me arrepentiré de haberte tenido.

Gía rio con entusiasmo.

—Lo sé, mamá, solo bromeo contigo.

Helena negó con la cabeza. Amaba a Gía: era la luz de su vida. Y, además de ser su hija, era su amiga, su confidente, su todo. Había confianza mutua.

Escuchó a Gía maldecir. Se giró para ver cómo ella tiraba el pincel frustrada.

—¿Qué sucede?

—No encuentro el tono que quiero. Ya probé un montón, y ninguno es el correcto.

—Tranquila, ya lo encontrarás.

Gía suspiró resignada. Se levantó de la silla y se fue a dar un baño: tal vez el agua la ayudaría a relajarse un poco.

Helena aprovechó y, después de haber guardado toda la mercadería en las alacenas, sacó de la heladera un trozo de carne, que puso en una fuente y rodeó de verduras. La metió al horno y se fue a su estudio.

Encendió su computadora portátil, que descansaba sobre un pequeño escritorio de madera oscura. Revisó su correo electrónico, respondió algunos *e-mails* de trabajo, y luego entró en su cuenta de Facebook y de Tinder.

En Tinder tenía nuevos mensajes de posibles candidatos; miró sus fotos y le escribió a uno. Era una mujer moderna: utilizaba las redes sociales para estar en contacto con hombres. Había tenido en dos oportunidades un romance *online*: así lo llamaba.

Al logearse en su Facebook, tenía varias notificaciones, tres mensajes y dos solicitudes de amistad. Primero respondió los mensajes; dos eran consultas sobre trabajo, recorridos y demás, y el otro era un mensaje de su padre, que le enviaba un link para ver un video en YouTube; pinchó el link y, en una nueva ventana, se abrió un estúpido video de un hombre en una moto, que chocaba

y salía volando. Le pareció de mal gusto; suspiró resignada: desde que su padre había descubierto que la computadora no mordía, le había tomado el gustillo. Se la pasaba enviando y compartiendo videos, fotos y audios divertidos. Era un poco cansador.

Cerró la página y volvió a su muro; abrió las solicitudes de amistad y casi se atraganta cuando vio que Adam Cooper solicitaba su amistad. Antes de aceptarlo, entró a mirar su perfil. Había cientos de videos y fotos que él mismo posteaba para todos sus fans. Aunque dudaba mucho de que el mismo Adam Cooper administrara su Facebook; se suponía que la gente famosa tenía empleados que se encargaban de eso, ¿no?

Ante esa duda, llamó a Gía. Entró envuelta en su bata de baño; acababa de salir de la ducha.

—¿Qué sucede?

—Dime algo... mira —Gía se acercó y miró la pantalla.

—¿Qué quieres que mire? Es el Facebook de Adam Cooper.

—¡Sí, eso lo sé! Lo que quiero saber es si es el real, porque me acaba de enviar una solicitud de amistad.

—No inventes... —dijo Gía sin creerle; entonces, le quitó el mouse a su madre y echó una mirada más profunda. Aparentemente parecía ser el Facebook original de él—. Puede ser, yo solo sigo su página... —lamentó decepcionada—. Acéptalo, mamá.

Helena, con el corazón que le latía a mil por hora en el pecho, aceptó su amistad. Gía salió, y ella investigó todo el muro de Adam. Se fijó si estaba disponible, pero figuraba inactivo desde hacía un par de horas. Sin más preámbulos, cerró la portátil y bajó a la cocina a revisar la carne del horno.

Puso la mesa y, diez minutos después, ambas disfrutaban una buena carne asada con vegetales. Al terminar de cenar, Gía levantó la mesa y lavó los platos; lo hacía siempre todas las noches. Siempre ayudaba a su madre con las cosas de la casa. Cuando terminó, le dio las buenas noches y se fue a descansar. Al día siguiente tenía un examen.

Helena se quedó recostada en el sofá de la sala, haciendo zapping en la televisión; como no había nada interesante, apretó, en el control remoto, el botón rojo de Netflix. Miraría una película. Después de varios minutos de haber buscado un título que la convenciera, la imagen de la cara de Adam,

junto a Kate Hudson, le llamó la atención. Era una comedia romántica. No lo dudó y la eligió para ver. Nunca la terminó de ver; media hora después de que había empezado la película, sus párpados, cansados, se cerraron, sumiéndola en un sueño profundo.

Nuevamente se encontraba en la habitación blanca. «Dos días seguidos el mismo extraño sueño — pensó Adam—. ¿Se puede soñar dos veces lo mismo? ¡Claro! Son sueños, cualquier cosa es posible cuando uno sueña». Y, para probar su teoría de que soñaba, cerró sus ojos e imaginó que se encontraba rodeado de una verde vegetación; lo hizo con tanta concentración que, al abrir los ojos y ver que todo era igual de blanco, lo decepcionó.

Pensó en Helena y, como por arte de magia (porque otra explicación no encontraba), Helena se había materializado delante de él. Ella pegó un grito de sorpresa, y su expresión le causó risa.

—¡Adam! Hola...

—Hola, Helena... por lo visto, otra vez nos encontramos acá —dijo, y sonrió de lado.

Sus pómulos se sonrojaron; él la encontró encantadora.

—Es extraño soñar dos veces seguido lo mismo. ¿No crees?

—Sí, lo es, pero es lindo soñar contigo, Helena. ¿Así que eres guía turística?

—¿Cómo sabes eso?

—Lo vi en tu Facebook. Aunque no pude ver mucho más. Está muy limitada tu privacidad.

—Solo me interesa que vean mis cosas las personas que quiero, nadie más. Además, ya te acepté.

¿Eres tú en realidad quien envió la solicitud?

—Sí.

—Mi hija se volvió loca; es muy admiradora tuya; ella me dijo con tono triste que ella solo te seguía en tu página, porque ya sobrepasaste la solicitudes de amistad, o algo así.

—¿Cómo se llama tu hija?

—Gía Abignali.

La mujer de la capa negra apareció. Ambos se sobresaltaron.

—Hola.

—¿Otra vez tú?

—Sí, Adam, lo siento. Otra vez yo.

—Tenemos que volver adonde nos quedamos anoche, ¿recuerdan?

—¡Oye! Espera un momento... estoy confundido, ¿es un sueño o no?

—Adam, esto es real, todo lo que está pasando es real, esta habitación es real, ustedes son reales. ¿Alguna vez has escuchado de las regresiones? —Adam negó—. Bueno, ¿cómo te lo explico? —Se rascó la frente pensativa—. Estamos aquí, tu esencia está aquí, esa esclava que les entregué funciona como activador para inducirlos en un sueño muy profundo. Cada vez que duermen, su aura se libera de su cuerpo y vienen aquí, conmigo; esta es la presala para inducirnos y ver sus vidas pasadas. Tienen la capacidad de poder acceder a memorias antiguas, conocer hechos, escenas, personas, lugares, objetos, eventos, sentimientos, emociones y vivencias pertenecientes a otras vidas. En este caso, la de Nerella y Dorian. Son ustedes. Siglos atrás. ¿Lo entiendes ahora? No es un sueño, Adam.

Es real. Está sucediendo ahora.

—¿Qué pasa si despierto? —preguntó Alan.

—Regresarás de golpe, de forma natural; tal vez te sientas un poco mareado y confundido, pero nada sucede. Solo despiertas.

Helena observaba el perfil de Adam; estaba pensativo. Se acercó y apoyó con delicadeza su mano en el hombro de él. Sus ojos se giraron un segundo para mirarla.

—No sé si quiero saber quién fui en mi vida pasada; la actual es una reverenda mierda y no quiero ver el sufrimiento de ese muchacho.

—Tal vez... encuentres la explicación de por qué tu vida te parece una mierda, Adam —expresó Helena—. Reconozco que a mí me da un poco de miedo, pero quiero saber quién fui, para poder valorar lo que soy hoy.

Adam asintió. Simplemente le fue imposible negarse a ella.

—¡Bien! Los dejaré donde se quedaron ayer. Buen viaje...

Helena le tendió la mano a Adam. Él la miró unos segundos antes de

tomarla con suavidad; encajaban a la perfección, como un *puzzle*. Ambos sintieron un hormigueo entre sus manos; el suelo comenzó a girar, y ellos se dejaron caer, tomados de la mano.

Cayeron de pie sobre el patio de la casa de Nerella. Era temprano a la mañana; aún no amanecía. Y había bullicio en la casa. Ophelia llamó a Nerella al gineceo. Ella se apresuró a entrar. No había pegado un ojo en toda la noche; estaba asustada y enojada. Había tenido que compartir la habitación por unas horas con Rhea y con Dorian (recordó su nombre con bronca). Para que Ophelia no los descubriera, ellos se habían quedado en la habitación de ella. Besándose, haciéndose arrumacos, y Nerella intentaba con todas sus fuerzas mirar hacia otro lado. Pero internamente deseaba con unas ganas muy intensas de que alguien la besara así, por lo menos una sola vez.

Envidiaba a Rhea. Mucho.

Se sentó delante de Ophelia. Rhea se le unió a los minutos, con las mejillas arreboladas y con los labios hinchados. Su madre no se dio cuenta.

—Chicas, las mandé a llamar porque ha ocurrido lo peor —anunció con tono trágico—. Los espartanos han tomado Atenas.

La expresión de horror se reflejó en el rostro de las jóvenes.

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó Rhea.

—No lo sé, hija. Pero nosotras estamos solas; no tenemos un hombre que nos cuide; por eso debemos cuidarnos entre nosotras. ¿Entienden? Ambas deben casarse. Asegurar el bienestar de la familia —sentenció.

Nerella y Rhea cruzaron una mirada.

La escena cambió. Adam buscó la mano de Helena al sentir que el suelo comenzaba a girar otra vez. Ella se aferró a él sin dudarlo.

Cuando todo se detuvo, ambos se encontraron rodeados de una multitud de personas. Helena miró analizando su entorno.

Reconoció el lugar; sin duda, pasaba por allí todos los días en sus recorridos. Estaban en la ladera sureste de la Acrópolis, donde se edificaba el Teatro de Dionisio, dios del vino, el teatro y las fiestas.

—¡Es maravilloso! Adam, estamos en el Teatro de Dionisio.

—¿Y ese quién es?

—Es un dios. Ven, busquemos a Nerella o a Dorian; deben estar por aquí cerca.

Comenzaron a caminar entre las personas reunidas; Adam vio a Rhea y a Ophelia; le hizo una seña a Helena. Se acercaron y divisaron a Nerella, sentada unos metros más allá.

Tenía los ojos enrojecidos y miraba en dirección al centro del teatro. Ellos siguieron su mirada, y lo que vieron los dejó anonadados.

Sobre el escenario había una especie de asamblea, solo que sus miembros estaban muertos, bañando de sangre el suelo de madera del escenario. Había soldados espartanos, con lanzas y escudos, listos para atacar a cualquier ateniense que se resistiera a ellos. Atenas había sido tomada.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Helena cerrando los ojos para no ver el momento cuando degollaban a un hombre, que clamaba piedad por su vida.

—¿Qué es lo que sucede? ¿Por qué los matan a todos?

—La mujer de negro nos dijo que el tiempo en que transcurrió esto fue al finalizar la guerra del Peloponeso, en la tercera fase de la guerra, ya que duró muchos años. Esta tercera fase se conoció cómo la *Guerra de Decelia*, del 414 al 404 antes de Cristo. Alcibíades le dijo al rey Agis II que una buena estrategia de guerra, si quería ir por Atenas, era tomar la fortaleza de Decelia, a tan solo cinco horas de Atenas; los espartanos lo hicieron. Además, negociaron con Persia una alianza, que afectó a Atenas. Cada estado de la Liga de Delos desertó. Y la frutilla del postre: golpe de estado oligarca en la propia Atenas. Y creo, Adam, que eso es lo que estamos presenciando ahora.

—¡Impresionante! ¿Cómo sabes tanto?

—Es mi trabajo saberlo; además... me gusta la historia.

—¿Qué sucede después?

—Lecles aprobó el régimen de los cuatrocientos, que instalaba en Atenas una oligarquía, basándose en la constitución de Solón. Uno de sus miembros fue Sócrates, ¿loco, no? —Adam asintió pero, en realidad, no tenía idea de quién hablaba Helena—. Finalmente, Atenas terminó rindiéndose, pero Esparta le puso unas condiciones muy duras: derribar sus muros, disolver la liga, entregar su escuadra y, básicamente, besarle el culo a Esparta. La democracia fue barrida e impusieron el gobierno oligárquico de los treinta tiranos, encabezado por Terámenes y Critias.

Helena se distrajo al ver que Nerella se levantaba de su lugar. Sorbía su nariz y salía del teatro de Dionisio, limpiándose las lágrimas con el dorso de su mano.

La siguieron por las callejuelas de la Acrópolis. Había soldados espartanos por doquier, con su característico casco corintio rojo. Nerella esquivó un grupo de soldados, escondiéndose detrás de unos barriles. No quería que la descubriesen; quería llegar a su casa. Necesitaba estar sola, borrar de su memoria la atrocidad que acababa de presenciar; no cabía en su mente tanta muerte a su alrededor.

Al alejarse los soldados, ella salió de su escondite. Y retomó el camino hasta su casa; pasó por el mercado: solo quedaban cenizas de lo que alguna vez habían sido las tiendas. Lo habían quemado todo. Los espartanos habían arrasado con toda su querida Atenas. La vida como la conocía cambiaría; lo sabía, lo sentía. Y nada bueno auguraba.

Llegó al patio de su casa; evitó a los esclavos que trabajaban en el patio y subió directo a su habitación. Al cerrar la puerta, ahogó un grito de susto. Dorian estaba sentado cómodamente sobre su lecho.

—¿Qué hace aquí?! El aposento de mi hermana es el de al lado.

—Lo sé, no quiero ver a Rhea.

Nerella clavó sus ojos en él. Dorian se levantó con cautela y caminó lento; se detuvo delante de ella, tan cerca que podía sentir su dulce y floral perfume. Se percató de sus ojos enrojecidos.

—¿Por qué llora?

—Vi cosas horribles —contó, y su barbilla tembló ligeramente—. Mataron a muchas personas inocentes.

—Lo sé. Yo mismo lo vi. Por eso vine aquí... necesitaba constatar que usted se encontraba bien.

—¿Por qué se interesa en mí? Debería preocuparse por Rhea, no por mí.

—No he dejado de pensar en usted, mi lady. Desde ayer... en la playa.

Nerella se sonrojó. Luego cambió su expresión por una mueca molesta: había recordado cómo la noche anterior se besaba con Rhea.

—No puede preocuparse por mí y besar a mi hermana.

—No es su hermana de sangre, mi señora.

—No es mi sangre, pero la quiero y la respeto como tal. Y usted, señor mío, debería tener un poco más de consideración; no puede ir por ahí intentando conquistar señoritas.

Dorian sonrió. Sintió un irremediable deseo de probar sus labios. Y no se

contuvo.

Sin pensarlo dos veces, cortó la distancia que lo separaba de su boca y la besó. No la tocó: simplemente había acercado sus labios a los de ella en un arrebató.

Nerella se quedó como estatua, dura, sin mover ni un solo músculo de su cuerpo; tenía los ojos enormemente abiertos; su respiración se había vuelto errática; el corazón, de un momento a otro, iba a salirse del pecho. Dio un paso hacia atrás, alejándose de esos labios. Dorian, al igual que ella, respiraba con dificultad. Y no dejaba de mirarla de forma intensa. Deseándola, comiéndosela con los ojos.

No supo Nerella con exactitud cuánto tiempo habían estado perdidos uno en los ojos del otro. Pero las cosquillas que sentía en los labios y las ganas de que la besara hicieron algo impensable. Se abalanzó sobre él, cortando la distancia que ella misma había establecido, enroscó sus brazos detrás de la nuca de Dorian, y fue ella quien unió esa vez sus labios.

Dorian no se hizo esperar; aferró sus manos en torno a su cintura, atrayéndola hacia él, pegándola sobre su cuerpo. Entreabrió los labios, y Nerella, tímida, le respondió con extremada dulzura. Él, sin embargo, devoró su boca, abriéndose paso como un huracán, besó, saboreó y se deleitó con su lengua y con su sabor. Era adictivo.

Se separaron de golpe cuando la voz de Ophelia llamaba a Nerella golpeando la puerta de su habitación. Dorian, en un segundo, le acarició y acunó el rostro entre sus manos, depositó un casto beso sobre sus labios y se escabulló con agilidad por la ventana.

Nerella se quedó mirando ese punto por donde él había desaparecido. Se tocó los labios; aún sentía un extraño hormigueo. Sonrió, se pasó la lengua por ellos, intentando captar aún el sabor de su boca.

La puerta se abrió, y Ophelia entró.

—¿Qué te sucede, niña? ¿Acaso estás sorda? Estaba llamándote.

—Lo siento —se apresuró a decir—. Lo que hoy sucedió en el teatro me desestabilizó.

—Pues tendrás que reponerte. Luego de tu abrupta partida, importantes hombres de nuestro nuevo Gobierno se acercaron a hablarme. Uno de ellos se interesó por ti. Sería conveniente que te alistes.

Lo invité a cenar.

—¿Qué? ¡No! Olvídalo, no cenaré con un espartano.

—No es un espartano: es ateniense, un hombre de una excelente posición y tiene un puesto importante. Es un excelente candidato para ti. Además, es joven y muy apuesto. Ponte el vestido blanco, de seda; mandaré a Taramis a peinarte.

Ophelia salió, y Nerella sintió una rabia extrema recorrerla completamente. Minutos atrás había sentido un millón de sensaciones nuevas y placenteras, gracias a ese hermoso primer beso que Dorian le había robado. Pero esa increíble sensación se vio aplacada por el anuncio de su madrastra. Ofuscada, decidió que sí, bajaría a cenar, pero no sería nada agradable con el hombre que la pretendía. Sacó la túnica blanca de seda y lo tendió sobre la cama. Suspiró resignada; afrontaría la cena con educación, pero sería una ogra con él. Eso seguro. Se pasó la lengua por los labios y recordó el sabor de Dorian y el beso compartido. Cerró los ojos e intentó olvidar esa sensación:

Dorian estaba con Rhea; debía olvidarse de él. No era correcto.

Aterrizaron, tomados de la mano, en el salón de la casa de Nerella. Adam entrelazó sus dedos en el instante en que el piso comenzó a girar. Al encontrarse sus miradas, sonrieron. Helena encontró extremadamente apetecible el hoyuelo que se formaba en su barbilla; sintió muchos deseos de morderlo, justo ahí.

Sus pensamientos fueron cortados por la voz chillona de Ophelia, que recibía a un hombre, envuelto en un elegante y largo chitón. Llegaba justo sobre sus rodillas, de un color marfil; por arriba, tenía otro, un poco más largo de color uva. Era sobrio y muy costoso. Unas sandalias de cuero marrón se anudaban con firmeza sobre sus fuertes pantorrillas. Tenía una espalda ancha y marcados los músculos de sus brazos. Su cuello era delineado y largo. Nerella se tomó unos segundos para mirarlo y, cuando observó su rostro, contuvo la respiración.

El hombre que tenía frente a ella era el pretendiente, recordó. Era un hombre tan bello que se quedó encantada con tal adonis. Su rostro era

anguloso, con una fuerte barbilla; tenía una nariz larga y recta, delgada, que parecía esculpida a la perfección. De delgados labios, rubio como el sol y con mirada verde intensa, oscura, con tonalidad grisácea. Él, al verla, sonrió, mostrando su perfecta dentadura.

—¡Critias, querido! ¡Bienvenido! —Ophelia se acercó a él con los brazos abiertos, lo estrechó en ellos y depositó un beso en cada mejilla del hombre.

—¡Gracias por la invitación, señora!

—Siéntese, por favor, ¿un poco de vino, tal vez?

—¡Gracias! —aceptó, mientras rodeaba el sofá turquesa para sentarse.

—Es un honor para nosotras que esté hoy cenando aquí. Ella es mi hija Rhea —presentó Ophelia con orgullo. Él besó el dorso de la mano de Rhea, quien sonrió complacida—. Y ella es Nerella, de quien hablamos hoy.

Una esclava sirvió el vino en las copas de plata y las dejó sobre la mesa. Critias tomó su copa y bebió un sorbo de vino, sin apartar los ojos de Nerella. Apoyó la copa con lentitud y luego se levantó del sofá; caminó hasta Nerella y la invitó a levantarse de su lugar.

Nerella se levantó; se sentía un poco incómoda, pero carraspeó y respiró profundo para calmarse; aunque la calma le duró poco. Ese hombre, Critias, la examinó de arriba abajo; en un determinado momento se acercó a ella, llevó su mano al broche de oro que sostenía el chitón sobre su hombro y lo desató.

La seda se deslizó sobre la suave y blanquecina piel de Nerella, lo que le provocó un escalofrío. La tela se atoró en su cintura, a causa del lazo. Él se deshizo del nudo y dejó caer el chitón al suelo, quedando completamente desnuda. Cruzó con vergüenza los brazos sobre su pecho. Él la tomó por las muñecas y las apartó, examinando sus senos. El roce de sus dedos fríos le provocaron náuseas.

Critias la observaba con intensidad, buscando en aquella jovencita alguna imperfección. A simple vista, no tenía ninguna; era bella, como una diosa caída de los cielos. Intentó delinear con su índice izquierdo su barbilla, pero Nerella se corrió, evitando su contacto. Sonrió con malicia. «Es rebelde», pensó. Esa sola idea lo excitó.

Se volvió hacia Ophelia.

—Nos casaremos en tres días —sentenció. Ophelia asintió sin titubeos.

Nerella, en cambio, sintió un pánico terrible; por más bello que ese hombre fuese por fuera, sus ojos estaban cargados de algo tenebroso, turbio, malvado. No quería casarse con él, de ninguna manera. Se colocó rápidamente la túnica e intervino en la conversación.

—¡No voy a casarme! —afirmó con convencimiento.

Critias se volvió hacia ella. Nerella no se amedrentó.

—Disculpe a Nerella: ella no sabe lo que dice; se casará con usted, Critias.

—Ophelia... usted no puede... —comenzó Nerella con un nudo en el pecho.

—¡Claro que puedo, niña! Hice una promesa a tu padre. Pienso cumplirla. Ya lo hablamos muchas veces, Nerella. Es hora de que te cases.

—Usted no puede decidir por mí.

—Ya lo hice, niña.

Critias dejó sobre una mesilla un rollo de papiro. Ophelia lo tomó y leyó con concentración. Nerella sentía que el nudo en el pecho era cada vez más y más grande, lo que le imposibilitaba la entrada de aire. Miró a Rhea, captando su atención; de sus labios salió la palabra «Ayúdame», pero no se escuchó nada. El rostro de pánico de Nerella la asustó. Decidió intervenir.

—Madre... —la llamó y se puso de pie; Ophelia y Critias se volvieron hacia ella—. Si Nerella no desea casarse, tal vez, si usted está de acuerdo, mi señor, yo aceptaría casarme en su lugar.

Nerella sintió una enorme gratitud hacia Rhea. Miró a su madrastra, que en esos momentos miraba a su hija queriendo asesinarla con la mirada. Critias, en cambio, le sonrió de lado y negó con la cabeza.

—Tengo entendido que tú no eres hija de Theran, el Magnífico.

—No, no lo soy, pero...

—No voy a casarme con la hija de una puta —escupió con desdén, ignorando el gesto de amargura de Ophelia—. Soy un hombre de alta cuna; debo casarme con alguien que esté a mi altura.

Se volvió hacia Ophelia, tomó su cálamo (una especie de caña con punta afilada que se utilizaba como una pluma), mojó la punta en un pequeño tarro con tinta y firmó el documento. Ophelia tomó el cálamo que Critias le ofrecía; lo cargó de tinta, le dedicó una última mirada a Nerella y firmó.

Nerella vio cómo la mano de su madrastra se deslizaba estampando su caligrafía en el documento, sellando su vida, entregándosela a ese hombre.

Simplemente no pudo soportarlo; el llanto se le atoró en la garganta, impugnando salir desgarrado, pero lo contuvo con entereza. Dio media vuelta y salió corriendo hacia su habitación. Rhea salió detrás de ella. Critias, antes de retirarse, le recordó a Ophelia que al cabo de tres días se realizaría la ceremonia de boda.

El piso tembló, y la escena cambió. Volvían a estar en la habitación de Nerella. Rhea intentaba calmarla, pero ella estaba en medio de un ataque de furia, desparramando por toda la habitación sus objetos personales.

—¡Para! ¡Calma, Nerella!

—No puedes pedirme que me calme: voy a casarme con ese hombre.

—Al menos, no es un viejo panzón con olor a sucio. Mira el lado positivo: Critias es muy buen mozo.

—Lo es, hay que reconocerlo. Pero... lo que tiene de lindo lo tiene de malo. ¿Notaste su mirada?

—¡Ay, Nerella! Ves cosas que no son; a mí me pareció que tenía unos ojos muy bonitos.

—Entonces, cástate tú con él.

—Intenté hacerlo, pero tú viste el resultado: solo soy la hija de una puta, solo puedo aspirar a hombres de mi mismo nivel. Tú, en cambio, reniegas y reniegas pero, al fin y al cabo, te casarás con un noble, adinerado; vivirás como una reina. Yo tendré suerte si el hijo del panadero me ofrece su mano, y solo podré conformarme con eso.

—No digas eso, Rhea, es horrible. Tú eres igual que yo, y tienes todo el derecho de ser feliz.

¿Dorian acaso no te hace feliz?

—Sí, me hace feliz, pero no deja de ser un don nadie. Jamás podrá darme lo que Critias te dará a ti.

—Rhea, no todo en esta vida es dinero y lujos; entregaría todo, viviría en la calle, con tal de ser libre, de poder decidir por mí misma. A veces, yo desearía ser la hija de una puta.

—¡No digas idioteces, no sabes lo que dices! —se enojó Rhea.

—Lo siento... pero hay ocasiones en que deseo con todas mis fuerzas ser tú: eres libre. Y no hay nada más preciado para mí que mi libertad.

Dorian entró de un salto a la habitación desde la ventana; ellas se asustaron.

Nerella emitió un pequeño grito.

—¡Lo siento! No quise asustarla, mi señora—susurró Dorian.

Rhea se acercó a él y lo besó. Dorian le devolvió el beso, pero de una forma fría. Él miró los ojos enrojecidos de Nerella y se preocupó.

—¿Qué le sucede? ¿Por qué llora?

—Va a casarse —respondió Rhea. Dorian se volvió para mirarla, buscando en su expresión que estaba bromeando, pero no la encontró—. En tres días.

—No puede casarse en contra de su voluntad —expresó Dorian.

—Sí que puede y, además, debe hacerlo. Ya se firmaron los términos. Es un hombre a su altura. De buena familia.

—¿Con quién debe casarse, mi señora?

—Con un hombre llamado Critias... —respondió, nuevamente Rhea, sin dejar hablar a Nerella.

Dorian tembló al escuchar ese nombre. No lo conocía a Critias, pero en el mercado se hablaba de él: tenía una reputación bastante oscura. Sintió miedo. No podía permitir que un hombre como él se casara con alguien tan delicado y frágil como Nerella.

Miró a las dos mujeres frente a él, y tuvo la necesidad de irse de allí. Tenía muchas ganas de estrechar entre sus brazos a Nerella, besarla y consolarla, prometerle que no iba a casarse; él no lo permitiría. Pero la presencia de Rhea se lo impedía. Así que optó por huir de allí.

Adam se apresuró a decir.

—Ven, sigámoslo.

Helena salió por la ventana, detrás de Adam. Dorian trepaba con agilidad por los techos, saltando de uno a otro. Adam intentaba mantenerle el ritmo, pero era difícil. Helena, en cambio, iba con cautela y con mucho cuidado; caminaba a paso trémulo por los tejados antiguos de Atenas.

Dorian conocía la Acrópolis como la palma de su mano. Se había criado en la calle; su padre era un borracho y su madre había muerto al poco tiempo de haber dado a luz, a causa de una fuerte fiebre. Su padre le enseñó a valerse por sí mismo; lo educó en el arte del robo. Y así timaban a los feriantes, hasta que los descubrieron; a su padre lo encerraron en la cárcel, y él se quedó en la calle.

Aprendió a sobrevivir. No tuvo otra alternativa.

Saltó con habilidad de un tejado a un árbol y descendió colgándose de sus ramas con la destreza de un mono hasta el suelo. Adam lo siguió de cerca; en cambio, Helena tuvo dificultades al trepar y cayó al suelo. Sintió un dolor en la cintura pero, más allá de eso, no sentía nada más. Adam le ofreció la mano y la ayudó a ponerse de pie.

Ese lapso de tiempo, mientras sus manos se rozaron, los embargó a ambos una sensación electrizante. Volvieron a prestar atención a la escena nueva que los rodeaba. Dorian espiaba a dos hombres hablar en la puerta trasera de una casa. Era una casa de lujo, según dedujo Helena por el tamaño, materiales y estructura que presentaba.

Los hombres hablaban de que el señor había llegado y les había dado indicaciones a sus sirvientes y esclavos que prepararan un banquete a lo grande. Iba a celebrar su boda.

—Es la residencia de Critias —comentó Helena.

—¿Qué hace? —se preguntó Adam, mirando cómo Dorian se acercaba hacia los hombres, que dejaron de hablar entre ellos, para mirar al muchacho que se había detenido delante de ellos.

—Hola, soy Dorian. No pude evitar escuchar su conversación... y me preguntaba si necesitan personal: estoy buscando empleo.

El hombre gordo lo miró interesado, mientras que el más alto sonrió irónico.

—¡Vete, muchacho, no necesitamos a nadie!

—Yo necesito un ayudante en la cocina —se apresuró a decir el hombre gordo—. ¿Sabes cocinar, muchacho?

—No vamos a contratarlo, Nerón.

—Theodore, si tú quieres que yo prepare un banquete de boda a lo grande, necesitare ayuda. ¡Solo no puedo con todo!

—De acuerdo... —acordó Theodore; se volvió hacia Dorian.

—¿Tú cocinas?

—Me defiendo... —respondió convencido: la realidad era que no tenía idea, pero no lo iba a admitir.

—Dos dracmas a la semana, comida y techo: esa será tu paga.

Dorian asintió con una sonrisa.

—Comienzas ahora, muchacho —anunció Nerón—. Carga los costales de

harina hacia la cocina.

Dorian asintió y comenzó a cargar los pesados sacos de harina. Sonrió complacido: había conseguido trabajo en la casa del señor Critias. Estaría cerca de Nerella: él la protegería.

El suelo comenzó a temblar; Adam miró a Helena y le extendió su mano: iban a cambiar de escenario. Ya habían aprendido a identificar el momento, a percibir segundos antes el movimiento del piso. Le extendió su mano, y Helena no dudó en tomarla.

Cuando todo dejó de girar, la escena se hizo visible delante de ellos. Estaban nuevamente en la habitación de Nerella. Rhea la preparaba para comenzar la víspera de la boda o *prailía*. Tenía una duración de tres días.

El primer día, tenía lugar en la casa de la novia; se realizaban sacrificios y ofrendas, donde la novia ofrecía en un altar a la diosa Artemisa sus juguetes de niña, que representaban su pureza, un mechón de su cabello y un cinturón, que simbolizaba su castidad. Además, Nerella recibió un baño purificador con agua procedente de un río sagrado. El baño simbolizaba la purificación de la novia y el deseo de hacerla fértil.

Mientras Rhea la preparaba, se podía ver a Nerella, completamente ausente, ida, con los ojos enrojecidos por el llanto. En estos había una indudable expresión de resignación. No había vuelta atrás. Ophelia, cumpliendo la última promesa hecha a su padre, la sentenció a una vida infeliz: ella lo sabía.

El segundo día o *gámoi* era el día tan esperado por Critias y el más triste en la vida de Nerella. Se llevaría a cabo la boda; la casa del novio se decoraba con guirnaldas, hojas de olivo y laurel.

Comenzaba con un banquete que solía celebrarse en la casa del padre de la novia. Nerella estaba sentada en el centro de una mesa larga, llena de comida, cuando Critias apareció, escoltado por sus mejores hombres, en un carruaje tirado por bueyes. Al llegar, Critias tomó asiento al lado de su futura esposa y, luego del banquete, él se acercó a ella, retiró el velo que cubría su rostro, una costumbre llamada *anakalipteria*. La tomó de la mano y la guio hasta el carruaje; recorrieron las calles atenienses hasta su nuevo hogar, seguidos por

una procesión de amigos y familiares de los novios, que recitaban cánticos de bendición a los recién casados.

Al entrar en lo que sería su nueva casa, Nerella admiró la enorme estancia, adornada con guirnaldas. La recibió, con una antorcha llamada *himeneo*, una mujer, que arrojó sobre la cabeza de los novios dátiles, higos y nueces, como símbolo de pertenencia al nuevo hogar.

Sintió los dedos fríos de Critias, que tomaban su mano; esa sensación la estremeció de miedo. Tembló. Él la guió hacia el *thalamo*, la habitación nupcial acondicionada para consumir el matrimonio, decorada también con guirnaldas; en una mesilla de marfil, había una bandeja con una especie de membrillo que, al comerlo, simbolizaba la consumación del matrimonio.

Critias se acercó a ella sosteniendo delante de sus narices la bandeja con el membrillo; ella negó con la cabeza; pero él insistió. Nerella levantó sus ojos y lo enfrentó, y lo que vio la asustó. La sonrisa de Critias le causó pánico, aguantando las ganas de salir corriendo de allí; tomó un membrillo de la bandeja y le dio un pequeño mordisco. Él sonrió complacido; tomó uno, lo degustó, mientras tomaba asiento al lado de su esposa.

Nerella se concentró en un punto fijo de la habitación. Él admiró su perfil, levantó su mano y, con el dedo índice, acarició y recorrió la fina línea de su barbilla. Ella tembló ligeramente ante ese contacto. Él la tomó por el mentón y le giró el rostro; necesitaba ver sus ojos.

—¡Eres hermosa! —Nerella cerró los ojos, conteniendo las ganas de llorar—. Si te resistes, será peor para ti. Eres mi esposa ahora, me perteneces.

La barbilla de Nerella tembló; ella intentó con todas sus fuerzas retener el llanto.

—¡Levántate! —ordenó Critias.

Nerella, tímida, se puso de pie. Él, sin delicadeza, retiró el chitón nupcial, que cayó con un ruido pesado sobre el suelo, dejándola completamente desnuda. Su corazón galopaba desenfrenado en su pecho; estaba aterrada: no quería consumir su matrimonio.

Critias se acercó a ella y acunó en sus manos ambos pechos, los apretó sin cuidado, lo que le ocasionó una puntada de dolor. Se le revolvió el estómago; sintió unas terribles ganas de vomitar. Sin poder evitarlo, apartó las manos de Critias con brusquedad de su cuerpo.

Él la miró por unos segundos, se pasó la lengua por los dientes y le dedicó

una sonrisa que no supo identificar, pero que heló su sangre. Sin poder preverlo, él la tomó con brusquedad del cabello, tirando su cabeza hacia atrás. La acorraló contra una pared, pegando su cuerpo al de ella.

—No vuelvas a hacer algo como lo de recién... ¡Tú eres mía! ¡Me perteneces! Será mejor que te hagas una idea; cada vez que yo quiera, te tomaré, una y otra vez... Y quiero que sepas que no soy un hombre convencional; digamos que me gusta jugar. —Sonrió de forma macabra—. Pero hoy no jugaré contigo; aún no estás preparada para eso, y no deseo asustarte de momento con mis preferencias... Te follaré, una y otra vez; hoy me conformaré con eso.

Nerella no pudo evitar las lágrimas que escaparon de sus ojos, deslizándose por sus mejillas. Critias tiró aún más hacia atrás su cabello, lamió sus lágrimas, sonriendo, saboreándolas y luego tomó sus labios, con fuerza y brusquedad. Ella intentó evitar sus labios, pero él la sostenía con tanta fuerza que, al sentir una puntada fuerte en su cuero cabelludo, abrió la boca, emitiendo un gemido de dolor, momento que él aprovechó para meter su lengua y recorrer su boca.

Él, al sentir que ella lo rechazaba una vez más, que no correspondía a su beso, apartó su cuerpo de ella, pero sin soltarla del cabello; la arrastró hacia el lecho y la tiró sobre este. Nerella cayó y rebotó unos segundos, Critias se sacó el chitón, quedando desnudo frente a ella. Se recostó sobre ella, y Nerella se removió intentando apartarlo.

—¡Quieta, no te resistas! —Ella lo escupió en el rostro. Él se quedó unos segundos mirándola. Y, sin esperarlo Nerella, la golpeó con fuerza con el dorso de su mano.

Ella se sostuvo la mejilla golpeada y lo miró con furia. Él comenzó a reír a carcajadas.

—No quería ser rudo contigo... por lo menos la primera vez, pero parece que tú te opones a eso.

Me gusta... eres una fierecilla que pienso domar.

Se acercó a ella otra vez. Nerella, en un acto reflejo, se alejó lo más rápido que pudo y se agazapó en la punta de la cama. Él sonrió de lado, negando con la cabeza; un brillo divertido se dibujó en sus ojos. Nerella, al verlo, supo que estaba perdida, que nada iba a detener a ese hombre. Ahogó un sollozo, lo reprimió, provocándose un nudo en el pecho. No lloraría: no le daría ese

placer.

Critias se remojó los labios con la lengua. Estaba listo para jugar con ella.

Se abalanzó sobre ella, tomándola por los antebrazos. Nerella luchó con todas sus fuerza; forcejearon, y Critias le propinó un puñetazo, la sujetó fuerte por el antebrazo derecho, y con agilidad lo llevó hacia el rostro de ella, justo sobre su tabique. El golpe resultó certero. Y un hilo de sangre comenzó a salir de su nariz; el impacto la mareó, se sintió una tonta.

Él aprovechó su confusión para acomodarse sobre ella. Nerella apretujó sus rodillas cuando él intentó abrirlas con sus manos. La muy desgraciada tenía fuerza. Bajó hasta sus pechos y le mordió con fuerza uno de los pezones. El dolor que sintió fue tan intenso que perdió por unos segundos toda la fuerza de su cuerpo, momento en que Critias aprovechó para acomodarse sobre ella. Pasó la punta de su pene sobre la vagina; Nerella reprimió otro sollozo, pero aún no iba a darse por vencida...

Con sus manos libres, lo golpeó con fuerza sobre su rostro. Él le devolvió el golpe, que le giró la cabeza hacia el lado contrario; le ardió la mejilla. Acto seguido, él sacó de abajo de la almohada unas largas cintas de cuero; se las pasó por las manos y las ató por arriba de su cabeza a las vigas que sostenían el lecho.

El pecho de Nerella subía y bajaba con rapidez; una vez más se tragó las lágrimas, que pugnaban indómitas por salir de sus ojos. Pero no le dio el gusto; no la vería llorar. Volvió a acomodarse sobre ella y jugueteó con su lengua, deleitándose con avidez con su cuello y con sus pechos. De vez en cuando la pellizcaba, o la mordía con intención, marcando su piel, dejando el sello de que esa mujer le pertenecía, y haría lo que quisiera con ella.

Critias, sin consideración, la penetró, rompiendo la barrera de su cuerpo con brusquedad. De la boca de Nerella solo escapó un pequeño gemido; el grito fue interior, quebrándola en dos, desgarrándola, rasgándose por dentro. Sus embestidas no tenían consideración alguna; la penetraba con fuerza, acentuando y clavando sus dedos sobre su cintura, dejando una marca roja en la blanca piel de Nerella.

Critias terminó dentro de ella y se dejó caer aplastándola sin cuidado. Nerella sintió que se quedaba sin aire. Él respiraba con dificultad; ella simplemente deseó dejar de respirar y morir; no iba a soportar esto todos los días. Él se reincorporó y la miró de forma intensa a los ojos. Nerella no se

amedrentó, ni desvió su mirada; lo enfrentó con entereza. Sonrió con malicia.

—¡Oh, esposa mía, me divertiré mucho contigo!... —Nerella desvió la mirada, concentrándose en la jarra de vino que reposaba en la mesilla.

—Tengo sed —dijo en respuesta—. Quiero vino —exigió.

—Muy bien.

Critias se levantó del lecho, salió de ella, y Nerella respiró nuevamente con normalidad. Él tomó la jarra de plata y se acercó a ella, tomó su barbilla y la apretó con fuerza. Vertió dentro de su boca tal considerable cantidad de vino que Nerella sintió que se ahogaba. Él rio.

—No vuelvas a darme una orden ni a exigirme nada. ¿Entendido?

Ella asintió. Critias dejó de verter, y Nerella tosió, escupiendo el vino. Respirando con dificultad, intentó calmarse pero, cuando lo vio tomar un cuchillo y acercarse a la cama, temió lo peor. Él, de un mueble tipo cajonera, tomó otro par de correas de cuero, se acercó a ella y ató sus piernas con firmeza a la cama, inmovilizándola por completo. Nerella tembló.

Cerró con intensidad sus ojos, apretando con fuerzas las mandíbulas, al sentir la hoja del cuchillo cortar su piel, justo arriba de su pubis. Se mordió la lengua para no gritar, intentando reprimir con todas sus fuerzas el dolor, mas no pudo controlar las lágrimas; completamente derrotada y sintiéndose frustrada por ser tan débil, de sus ojos brotaron todas las lágrimas que había intentado contener.

Critias sonrió con suficiencia cuando terminó de marcar a su mujer. Había escrito su nombre en ella, para que no se le olvidara a quién pertenecía.

La habitación blanca volvía a ser el escenario que los rodeaba. Adam, completamente afectado por lo que acababa de presenciar, miró a Helena. No quería imaginar lo terrible que había sido para ella ser testigo de esa escena. Tenía sus bellos ojos celestes, completamente enrojecidos y, además, sus mejillas estaban cubiertas de lágrimas.

Sin pensarlo dos veces, se acercó a ella y la abrazó. Helena se aferró a él con intensidad, con un nudo que le oprimía el pecho con fuerza. Sentía una terrible impotencia; le hubiese gustado haber hecho algo para evitar que

Nerella viviera semejante situación, pero había sido inevitable.

—¡Tranquila! Fue horrible, realmente atroz. Ese tipo era un enfermo.

—Pobre Nerella, me siento muy mal por ella; no lo sé, fue como si experimentase todas sus emociones. Me siento extraña...

—Es lógico... —explicó la voz de la mujer de negro, que apareció detrás de Helena.

Ellos se volvieron para mirarla.

—¿Por qué siento este nudo en mi pecho? Me duele tanto que me cuesta respirar.

—Es porque estás conectada a Nerella en cierta forma. Experimentaste su dolor. Les dije, antes de haber empezado el viaje, que experimentarían muchas cosas. Esta es una.

—¡Estoy tan mal por Nerella!

—Tranquila, aún falta mucho. Esta historia recién comienza. Nerella es una mujer fuerte: Dorian la ayudará.

Helena sintió un fuerte alivio al saber que Dorian la ayudaría, pero ¿cuánto más debía soportar Nerella la crueldad de Critias?

Una música fuertísima, más el pitido del radio reloj, comenzó a sonar.

—Voy a despertar —anunció Helena.

Adam quiso decirle adiós, pero se quedó con la palabra atorada en la lengua, Helena se evaporó en un instante ante sus ojos. Miró a la mujer.

—Jamás nos has dicho tu nombre, ni dejás que veamos por completo tu rostro, ¿quién eres?

—Lo sabrás, pero ahora no es el momento.

—Pero... —La mujer lo interrumpió, chasqueando sus dedos.

—¡Despierta, Adam!

Y él abrió los ojos, sentándose sobre su cama. Confundido y frustrado.

CAPÍTULO 4 A media mañana,

su celular vibró. Helena lo sintió en alguno de los bolsillos más cercano al lateral de su rodilla derecha, lo sacó y miró la pantalla. Tenía un nuevo mensaje de Messenger. Su grupo estaba sacando fotografías en el Partenón;

ella aprovechó para chequear sus mensajes.

Al abrir el mensaje y ver que era de Adam, se apresuró a leer:

Adam Coop_ 11:30

Hola, Helena... ¿Cómo estás?

Adam Coop_ 11:33

Me preocupé cuando te fuiste, te vi mal...

Estaba mal; me angustió mucho lo que vi. Adam Coop_ 11:35

¿Ahora, ¿cómo te sientes?

Una mujer de su grupo, española, llamada *Teresa*, se le acercó. Se apresuró a escribir, antes de volverse hacia la mujer.

Debo volver al trabajo, hablamos más tarde. Adam Coop_ 11:36 *Ok.*

Helena frunció el ceño; odiaba esas dos letras. Uno se gastaba en escribir un mensaje y el otro te respondía: «Ok»; la fastidiaba. Dejó su celular nuevamente en uno de los bolsillos de su bermuda. Y respondió a las dudas de Teresa, que sonrió complacida e incluso le pidió que se tomaran una *selfie* juntas, para luego subir su foto a Instagram, con el *hashtag* #EnAtenasConLaMejorGuía.

Helena sonrió y regresó a reunir al grupo para continuar el recorrido.

Se había levantado con una horrible sensación de angustia en el pecho. Gía, en varias oportunidades, mientras desayunaban juntas, le preguntó si se encontraba bien; ella asintió de forma mecánica, alegando que había descansado mal.

Gía la miró enarcando una ceja; su madre estaba muy rara, demasiado taciturna, pensativa y, sobre todo, muy quieta. Raro en ella, que siempre por las mañanas rebosaba de energía y no paraba de moverse. Por eso le volvió a preguntar por segunda vez si realmente se encontraba bien.

La tristeza que vio en los ojos de su mamá la acongojó. Luego Helena le regaló una sonrisa y le restó importancia, encogiéndose de hombros. Después se quedó por varios minutos mirando la pulsera que llevaba desde su cumpleaños.

Helena ni se dio cuenta de que Gía la había saludado y partido hacia el colegio. Algo le dijo antes de salir, pero ni siquiera la escuchó; aún estaba con los sentimientos a flor de piel, y ese extraño nudo en el pecho, en vez de irse, se acentuaba aún más, al recordar la horrible escena entre Nerella y Critias. Él era un monstruo.

A medida que el día avanzaba, Helena se fue metiendo en la rutina y olvidó por completo ese horrible sentimiento. Aunque de vez en cuando se colaba en su mente la sonrisa de Adam e, inexplicablemente, su humor mejoraba.

Mientras, recorrían el Barrio de los Dioses (el barrio más antiguo de Atenas, que está cerca de la Acrópolis y presenta una ambiente especial, con sus estrechas calles enlosadas, repletas de tiendas, restaurantes y tabernas al aire libre).

El grupo de ese día tenía una media hora para recorrer, sacar fotos, comer o beber algo, mientras que Helena caminaba pensativa por el bello barrio de calles y callejuelas laberínticas, estrechas y pintorescas, embebiéndose del lugar, disfrutando el paseo.

Rebuscó su celular en varios bolsillos, hasta dar con él. Y revisó sus mensajes: no tenía. Suspiró y volvió a deslizarlo por alguno de esos grandes bolsillos. Se compró un agua mineral: ese día en particular hacía bastante calor. Se dedicó a mirar a los peatones, apoyada sobre la pared de una tienda, bajo la sombra. Pasaron unos minutos, y volvió a sacar su teléfono.

LenitaLove_13:45:

Estoy en un receso... ¿Tú, qué haces?

Guardó su teléfono y esperó a que Adam le respondiera. Bebió un poco más de agua. Se acomodó su gorra blanca y de otro de sus bolsillos sacó una barra de cereal; la comió con entusiasmo y, al terminar, volvió a sacar su teléfono;

él aún no había visto el mensaje. Vio a su grupo reuniéndose en el punto de encuentro: era hora de volver al trabajo.

Gía estaba frustrada. Había llegado a la escuela y entrado al aula; se sentó en su lugar habitual, junto a la ventana. Minutos después entró Dana, acompañada de Rachel, una de las chicas más populares y bonitas del curso. Dana se detuvo unos segundos, miró a Gía; sus miradas se encontraron, Dana la miró con un dejo de resentimiento, luego se giró y tomó asiento al lado de Rachel, lo más lejos de Gía, al fondo del aula.

Sintió cómo su corazón se rompía en mil pedazos. Dana había sido su amiga desde pequeñas; le dolía horrores el desplante que le estaba haciendo. Solo había sido una tonta discusión; aparentemente, Dana no opinaba igual.

El aula se fue llenando; Gía se volvió reteniendo las lágrimas hacia su hoja y comenzó a trazar líneas. Levantó los ojos para mirar a Alón, que entraba en esos momentos. El muchacho la ignoró y tomó asiento detrás de ella. Pocos minutos después, el profesor de Matemáticas hacía su entrada. Gía suspiró molesta; sacó de su mochila el cuadernillo de Matemáticas e intentó concentrarse en los ejercicios, cosa que se le daba fatal: no entendía, por más que intentara.

Resignada, dejó el ejercicio por la mitad, se volvió hacia su mochila y sacó de adentro una carpeta con diferentes trozos de lienzos, la abrió y se concentró unos minutos admirando los tonos de colores. Se giró con un trozo de lienzo hacia Alón, que la miró extrañado. Cuando Gía colocó al lado de su mano un pedazo de tela con grandes pincelas de color marrón oscuro, le preguntó intrigado:

—¿Qué haces? —susurró Alón, para no captar la atención de la profesora.

Gía levantó sus ojos y negó con la cabeza, se giró y volvió a darle la espalda; Alón enarcó una ceja: esa chica era demasiado rara.

Dos horas después, salían al primer receso. Gía siguió a Alón por los pasillos; él se dirigió hacia el baño. En el camino se cruzó con Dana y Rachel, que cuchicheaban entre ellas y, cuando pasó por su lado, las escuchó reírse, cómplices. Cerró los ojos evitando los sentimientos que le provocaba verlas juntas. Continuó sin siquiera dedicarles una mirada.

Alón había entrado al baño; ella se quedó esperando frente a la puerta.

Cuando él salió, la miró unos segundos. Y se acercó a ella, que abrazaba una carpeta negra, por donde sobresalían pedazos de lienzo.

—¿Por qué siempre me sigues? ¿Acaso tú me estás acosando?

—No... No estoy acosándote, aunque lo parezca. Ayer quería decirte algo y luego te fuiste.

—¿Qué querías decirme?

Gía se apresuró a abrir la carpeta. Alón pudo apreciar que todos los lienzos estaban pintados con diferentes tonos de color marrón.

—¿Puedo probar estos lienzos cerca de tu piel?

—¿Por qué haces esto?

—Porque quiero pintarte, Alón... Y estas son las muestras de color; intento dar con el tono de tu piel —explicó. Alón la miró extrañado, y caminó unos pasos hacia atrás.

—No.

—¡Vamos, solo será un segundo! ¡Por favor!

—¡Estás loca, mantente alejada de mí! ¡Eres muy rara!

—Solo quiero pintarte, plasmarte en un lienzo y, hasta no dar con el tono de piel, no puedo. ¿Acaso no entiendes? Tiene que ser igual... —Gía se acercó unos pasos hacia él y extendió su mano, tomando la remera de Alón—. Si te sacas la remera, será más fácil.

—¡Aléjate! No me toques...

—Pero, Alón... yo no...

—Mantente alejada de mí. No me molestes más.

Gía, en un arrebato, se adelantó y tomó la mano de Alón; ese simple contacto estremeció a ambos.

Alón, ignorando esa sensación, se zafó del agarre de ella.

—¡Basta! ¡No vuelvas a tocarme, ni tampoco a seguirme! —advirtió Alón, elevando el tono de voz.

—¿Algún problema, señor Brahimí, señorita Abignali?

Los dos se giraron para mirar de frente a la profesora Francesca Desa. Alón se adelantó un paso hacia la profesora, poniendo distancia entre él y Gía.

—¡Dígale a esta loca que no me acose más! —Francesca enarcó una ceja y miró intrigada a Gía, que abrazó con fuerza la carpeta que sostenía sobre su

pecho; una expresión de tristeza afloró en su rostro a cada palabra de Alón—. Olvídame de mí, no te me acerques... —Le dedicó una última mirada a Gía, con esos enormes ojos verdes. Se disculpó con la profesora y caminó por el pasillo, alejándose.

Gía cerró los ojos con impotencia y apretó la mandíbula. Odiaba que él la llamara *loca*; lo triste es que lo estaba y se sentía aun peor por eso.

—¿Abignali? ¿Se encuentra bien?

—No... Sé que me catalogan de loca y rara, pero solo deseaba pedirle algo: no quería que se ofendiera...

—Ven, vamos a mi oficina, hablaremos más tranquilas.

Gía siguió por los pasillos hasta el despacho de la profesora Desa; al entrar, le indicó que tomara asiento delante del lustroso y sólido escritorio de caoba. Francesca se sentó frente a ella.

—Explíqueme, por favor, ¿por qué Alón Brahimi la acusa de que lo está acosando?

Suspiró, relajando sus hombros.

—Puede ser que se haya sentido un poco acosado por mí, pero no fue con intención; desde que él llegó al colegio, no he podido dejar de pensar en él... —explicó. Francesca se sorprendió por la sinceridad de ella. Le hizo una seña, animándola a continuar—. No es que me interesa de la forma que usted supone, profesora...

—¿Y qué crees que supongo?

—Que me acerqué a él para coquetearle; al fin y al cabo, es un muchacho muy apuesto, pero mi acercamiento no tiene nada que ver con eso. ¿Usted conoce mi afición por la pintura? —Francesca asintió—. Bueno, desde que lo vi, no he dejado de imaginarlo en mi cabeza; no paré de dibujarlo ni un solo segundo, mire... —abrió la carpeta negra que descansaba sobre su regazo y le mostró a Francesca.

Gía, además de los lienzos con las muestras en tonos marrones, sacó más de una docena de hojas, con dibujos en carbonilla de Alón: su perfil, sus ojos, su sonrisa, su rostro. A medida que pasaba los dibujos, se lo veía al muchacho dibujado en diferentes escenas.

—¡Esto es increíble! Tienes un talento nato. Es muy real.

—Gracias, profesora. Cuando usted nos encontró en el pasillo, yo le estaba

pidiendo a Alón que me dejase contemplar estas muestras de color con su piel. No he podido dar con el tono exacto, y eso me desespera; no puedo ponerles color a los dibujos, hasta no dar con el tono adecuado de su piel.

—Comprendo... él no desea que usted lo pinte.

—No, se lo pedí, pero dijo que no. Es frustrante para mí; no estaré en paz hasta no plasmarlo en el lienzo. Él se aparece en mi cabeza y, por alguna extraña razón, necesito dibujarlo. No lo sé... es raro. Todos tienen razón al llamarme *loca*, pero siento algo... es tan profundo, aquí, en el centro del pecho —explicó Gía—. De alguna manera, siento que Alón y yo somos dos almas atormentadas, destinadas a estar juntas. Él ilumina mi camino llenándolo de color... —Levantó el rostro y vio la expresión de su profesora—. Lo sé, usted también cree que estoy loca...

—¡No! Creo y entiendo más de lo que piensas. Tal vez... tú sientes eso porque, en alguna vida pasada, tú y Alón estuvieron de alguna forma conectados. Hay veces que nuestras almas se reconocen a través del tiempo y del espacio; él aún no lo sabe pero, cuando lo haga, si sus caminos están predestinados a estar juntos, se cruzarán. Eso es un hecho.

—¿En serio? ¿Mi vida pasada? Jamás había pensado algo así. ¿Es posible?

—Absolutamente. Tú reconociste su esencia, su alma; puedes ver a través de él. Eso no te hace loca, mi niña: eso te hace única.

Gía le regaló una sincera sonrisa a Francesca.

—¿Uno puede conocer un poco más sobre su vida pasada?

—Claro que se puede. Hay diferentes formas. Puedes hacer una regresión a través de una sesión de hipnosis, o bien a través de un viaje astral, mientras dormimos.

—¿Qué interesante! ¿Puedo confesarle algo? —Francesca asintió—. Hay veces que me llegan imágenes a la mente de personas que jamás vi, y tengo la enorme necesidad de dibujarlas. Cuando lo hago, por alguna razón, siento que las conozco.

—Si deseas, yo puedo ayudarte a hacer una regresión —ofreció Francesca—. He estudiado mucho al respecto; tal vez saber quién fuiste tú y quién fue Alón te ayude a descubrir quién eres hoy.

—¡Sí! ¡Quiero! ¿Qué tengo que hacer?

—Primero debes calmar un poco la ansiedad. Luego, si estás de acuerdo,

puedes venir a mi casa y comenzamos con una sesión de hipnosis.

—Le pagaré... —se apresuró a decir Gía.

—¡Oh por favor! No es necesario... lo hago porque me apasiona todo lo referente a vidas pasadas. —Francesca se levantó de su asiento y rebuscó, en la enorme biblioteca, un libro, que le tendió a Gía —. Léelo; cuando lo termines, me vienes a ver.

—Gracias, profesora —agradeció Gía tomando el libro con una sonrisa.

El timbre sonó; Gía se levantó de la silla, le regaló una sonrisa y, antes de salir de la oficina, le regaló una sonrisa más a su profesora. En la hora de Geografía, se la pasó sumergida en el libro, leyendo testimonios de personas que habían realizado una regresión.

Adam se dejó caer cansado en el sillón de su camerino: hacía más de doce horas que estaba grabando en el set. Estaba exhausto, agotado. Sentía una fuerte puntada en la frente, que le provocaba un intenso dolor de cabeza. Tal vez era por hambre: estaba famélico; había desayunado en su casa y, durante el resto del día, no había tenido tiempo ni siquiera de almorzar. Solo tuvo un pequeño receso por la mañana, que había aprovechado para beber un café y enviarle un mensaje a Helena.

El solo hecho de recordarla le dibujó una sonrisa en su cansado rostro. No se reconocía; él jamás había pensado en alguna mujer como lo hacía con Helena. Detuvo sus ojos sobre la pulsera; esa esclava era la responsable de unir sus destinos. Sonrió negando con la cabeza; aún le costaba reconocerlo y creerlo, pero algo muy dentro de él sabía que era verdad. Sobre todo cuando le había enviado el primer mensaje y ella se lo había respondido. Helena era de carne y hueso; existía, vivía en Atenas, muy lejos de él, pero el solo hecho de saber de que ella era real y no solo un objeto de sus sueños lo tranquilizaba. Por alguna extraña razón, Helena lo hacía sentir diferente.

Revisó su celular y vio el mensaje de ella: «Estoy en un receso... ¿Tú, qué haces?». Consultó la hora: ella se lo había enviado casi a las dos de la tarde. Miró la hora en su teléfono: eran casi las nueve de la noche. Sin pensarlo dos veces, escribió:

Adam Coop_20:58

Hola... perdón...

*Hasta recién no vi tu mensaje
Tuve una jornada fatal, grabamos
todo el tiempo. ¿Cómo ha sido tu
día?*

Miró su última conexión: estaba inactiva desde hacía tres horas. No tuvo muchas esperanzas de que le respondiera. Sin ganas, se levantó del sillón y se cambió la ropa. Aún estaba vestido con el vestuario de la película.

Al terminar, caminó hasta su coche. Esa vez había llegado al set de grabación en su Audi Rb gris.

Se subió, hizo rugir el motor y salió a toda velocidad. Diez minutos más tarde, llegaba a su casa.

Beatriz lo esperaba en el umbral de la puerta, dándole la bienvenida, y poniéndolo al día con los mensajes y llamadas que había recibido. Él la escuchó con atención:

—Volvió a llamar esa mujer, señor... —Adam se volvió para mirar a su empleada de frente.

—¿Qué dijo?

—Dejó un mensaje para usted. Dijo: «Hazle saber que estoy detrás de la verdad».

Adam apretó los puños. Luego, hizo un gesto con la mano, como restándole importancia.

—Si vuelve a llamar, Beatriz, usted le corta la comunicación. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Qué hay de cenar?

—En el comedor lo espera la cena, señor. Preparé una sopa de pescado, luego un filete a la portuguesa y, de postre, su favorito.

—¿Hiciste ensalada de frutas?

—Sí, señor, y tengo crema chantilly para acompañarla.

—¡Por eso te adoro, Beatriz! No sé qué haría sin ti.

La mujer sonrió complacida. Adam caminó hacia el comedor, se sentó y engulló la sopa de pescado: estaba riquísima. Beatriz le sirvió el filete a

punto, con ají, cebolla, ajo, bañado con un suave vino blanco, con unas papas asadas con forma de rejilla.

Tragó hasta no dejar ni una sola papa en el plato. Le anunció a Beatriz que la ensalada de fruta la comería mientras miraba un poco de tele en la sala.

Se quitó la camisa y se recostó en el sofá. Encendió el enorme led de setenta pulgadas y buscó los canales de noticias.

Beatriz apareció cargando una bandeja, que dejó sobre la rústica mesilla. Adam le agradeció y se acercó para tomar la enorme copa con ensalada de frutas y crema. Se deleitó con su postre favorito.

Sintió que vibraba su celular. Lo sacó del bolsillo delantero de sus pantalones.

LenitaLove_21:37

Hola, estás perdonado.

Mi día tranquilo, tuve que guiar dos grupos por la ciudad.

Recién terminé de cenar.

¿De qué trata tu nueva película?

Adam Coop_21:38

Prométeme que algún día me llevarás a mí a recorrer Atenas. Mi nueva película, es un drama romántico de época. Será interesante.

LenitaLove_21:40

Lo prometo... cuando quieras conocer la ciudad, encantada te hago un recorrido especial...

Coop_
Me
gusta
eso
de
«espe

LenitaLove_21:42

Jajaja...

¿Qué estás haciendo?



LenitaLove_21:45

Mmm... ¡Qué rico! ¡Quiero!

Adam Coop_21:46

No te convidó nada...

Es solo para mí.

Adam sonrió cuando vio los emoticones con la carita enfurecida que Helena le mandaba. Engulló varias cucharadas de su postre; vio en la televisión una noticia de él, que le llamó la atención. Subió el volumen. La presentadora mostraba imágenes de él, de ese mismo día, cuando llegaba al set. En la entrada se había encontrado con su compañera de elenco, la bella Nina Dobrev. Al verla, la había saludado con un beso en la mejilla.

Pues, aparentemente, ahora él y Nina estaban teniendo un romance, según el análisis de la presentadora del programa, solo basándose en esa estúpida imagen donde él la saludaba y ella le sonreía en respuesta.

Apagó la televisión, molesto. Dejó el control sobre la mesa ratona, terminó su ensalada de frutas, tomó su teléfono y se fue a acostar: estaba muy cansado. Y al día siguiente tenía otro largo día de grabación.

Una vez acostado, le escribió a Helena.

Adam Coop_22:01

Ya me acosté.

*Estoy muy
cansado
hoy fue*

*agotado
¿A qué
hora te
vas a la
cama?*

LenitaLove_22:03

Termino de limpiar la cocina, me baño y me voy a acostar.

Adam Coop_22:03

Ok

Te espero en mis sueños, Helena...

Adam miró la pantalla una vez más y sonrió; apoyó su celular sobre la mesilla de noche y cerró los ojos. Pocos segundos después, se sumergía en un sueño profundo.

Gía terminó de lavar los platos de esa noche, y se giró para observar a su mamá, Helena sostenía en una mano el repasador con que debía secar los platos, y en la otra, su celular, que miraba como boba y, además, le dedicaba sonrisas a la pantalla.

—¿Quién es el hombre al que le dedicas esas sonrisas? —Helena se volvió hacia su hija, completamente sonrojada.

—¡No es un hombre! —mintió de forma descarada. En respuesta Gía enarcó una ceja.

—No soy tonta... desde hoy estás con el celular; no te apartas de él ni un solo segundo. Y, por el estúpido brillo de tus ojos, no tengo dudas de que se trata de un hombre. ¿Con quién hablas?

—No tiene importancia: solo nos estamos conociendo.

—Mamá, si solo se están conociendo y ya pones esa cara de tonta... no quiero imaginar cuando ya se conozcan en profundidad.

—¡Gía!

—¿Qué? ¿Acaso dije algo malo?

—¡No! Pero no me gusta que me digas esas cosas.

—¡Tú haces lo mismo! Siempre que se trata de un chico, me atosigas a preguntas, pues ahora te aguantas las mías. ¿Cómo se llama?

—Adam...

Gía la miró unos instantes pensativa.

—Mamá... ¿no será el tipo que se hace pasar por Adam Cooper?

—¡No se hace pasar por Adam! ¡Es Adam!

—¡Claro!... y yo soy Angelina Jolie. Cuéntate otro chiste, mamá.

—Pero... ¡es verdad, Gía! Es el verdadero Adam.

—Solo ten cuidado, ¿sí? Pululan muchos violadores seriales por la Red.

—Soy yo quien debería decirte eso... —reconoció Helena.

Gía se acercó a su mochila y sacó el libro que le había prestado su profesora, caminó hacia Helena y la tomó del hombro. Su madre no le quitaba los ojos de encima.

—Tuve un día fatal... Me voy a leer un rato a la cama antes de dormir.

—Me parece bien, ¿qué tienes ahí? —preguntó señalando el libro que Gía sostenía. Se lo tendió a Helena.

Helena reprimió su conmoción al ver el título del libro: *Regresión, conozca su vida pasada aquí y ahora*. Leyó el nombre de la autora: Francesca Desa.

—¿Desde cuándo te interesan estos temas, Gía?

—Hoy tuve una charla con mi profesora: es la autora del libro —se apuró a agregar—. Me encontré cruzando unas palabras con el muchacho de quien te hablé ayer, ¿lo recuerdas?

—Sí, Alón —Gía asintió.

—Bueno, le expliqué a ella que yo no estaba acosando a Alón: solo quería pedirle que me dejara pintarlo y le conté de esa extraña conexión que había sentido desde el primer momento en que lo había visto. ¿Sabes qué me dijo ella?

—¿Qué te dijo?

—Que, seguramente, Alón y yo tuvimos algo que ver en nuestras vidas pasadas, ¿puedes creerlo? Al principio mucho no le creí; luego ella me entregó el libro y es realmente interesante. ¿Sabías que puedes descubrir quién fuiste en tu vida anterior por medio de la hipnosis o de regresiones en el tiempo?

Helena asintió un poco aturdida. ¿Era casualidad que Gía se le apareciera

con un libro que hablaba de vidas pasadas? Quería con todas sus fuerzas creer que sí lo era.

—Cuando lo termines, ¿me lo prestas?

—¡Claro! No sabía que te interesaba este tipo de temas.

—La verdad es que no conozco mucho de la materia, pero me gustaría leer el libro, para interiorizarme.

—Lo termino y te lo doy —aseguró Gía.

Helena asintió, le echó una última mirada al libro, antes de devolvérselo a Gía. Depositó un beso sobre la frente de su hija, que subió apresurada hacia su habitación.

Terminó de acomodar la cocina y subió a darse una ducha; necesitaba quitarse el día de encima.

Media hora más tarde, se deslizaba a través de las suaves sábanas blancas. Cerró los ojos y dejó que el sueño la invadiera.

—Hola, Helena. Te esperaba.

Ella sonrió; se había materializado en la habitual habitación blanca. Adam, al sentir su presencia, se giró para saludarla. La estaba esperando hacía rato.

Helena se acercó de forma natural y lo saludó con un beso en la mejilla. Al rozar sus pieles, una energía inexplicable los envolvió, haciéndolos vibrar por dentro. Sus miradas se cruzaron inquietas.

—¿Has sentido eso? —preguntó con un hilo de voz Helena.

—Sí, lo sentí.

Se produjo un intenso silencio. Helena comenzó a respirar más deprisa.

Adam clavó sus ojos azules sobre los labios de ella, reprimiendo el irremediable deseo de probar esa boca; deseaba fundirse con su lengua, saborearla. Se acercó un paso, acortando la poca distancia que en sí ya los separaba. Extendió su mano y con el pulgar delineó su labio inferior.

Helena contuvo el aliento ante ese suave contacto. Se acercó a él, invitándolo. Se moría de ganas de que él la besara. Pero entonces el suelo comenzó a girar; ella se refugió en su pecho. Adam la rodeó con sus brazos

hasta que todo se detuvo. Se quedaron abrazados unos instantes. El grito de espanto de Rhea hizo que se separaran y observaran la escena que los rodeaba.

—Hoy no apareció la mujer de negro... vinimos directamente aquí — analizó Helena.

Adam estaba en estado de *shock*, al igual que Rhea. Frente a él se encontraba Nerella, recostada sobre su cama, con el rostro lastimado, con varios cortes y moretones; su cuerpo, en esos momentos, estaba siendo curado y atendido por varias esclavas, que lavaban y desinfectaban las heridas.

Nerella presentaba un estado deplorable. Sus ojos eran dos océanos oscuros y profundos, totalmente quebrados, sin brillo. Adam apretó los puños con impotencia. Sintió la mano de Helena sobre su hombro, infundiéndole ánimos. Para ella también había sido terrible ver el estado en el cual ese mal nacido de Critias había dejado a Nerella.

—¡Lo detesto! Ojala que cuando muera sufra el muy hijo de puta —escupió Adam.

—Yo también lo detesto, pero te cuento que la historia lo tiene como un gran hombre influyente; lo caracterizan como un sofista griego. Hijo de Calescro y tío de Platón. No fue ningún santo; al contrario, no solo fue un grano en el culo para Nerella, sino también para Atenas. Fue un gran flautista en su época juvenil y un reconocido escritor. —Adam enarcó un ceja sorprendido.

—¿Por qué sabes todo eso de Critias?

—Hoy lo busqué en Google. No hay muchos registros de él, salvo lo que pude encontrar en Wikipedia, o en algunas páginas donde mencionan el Gobierno de los treinta tiranos, que fue impuesto por los espartanos tras haber ganado Atenas. Era discípulo de Sócrates, y Jenofonte lo calificó como el más tirano de los hombres.

—Lo único que espero es que Nerella sea lo suficientemente fuerte para resistir a ese mal nacido.

—Lo hará. La mujer de negro dijo que Dorian iba a ayudarla.

El llanto de Rhea los distrajo de su conversación.

Ella se encontraba en el lecho de Nerella; las esclavas ya habían terminado

de vestirla con un chitón de seda de color rosa. Rhea tomó su mano y la apretó con fuerza, al ver el estado de sus muñecas, lastimadas por las cintas de cuero, los moretones, los cortes, la sangre. Rhea simplemente no podía dejar de llorar; sabía que Nerella había vivido un infierno. Y no tenía forma de repararlo.

Odió a su madre por haberla obligado a casarse; la odió con toda la fuerza de su alma.

—Lo siento tanto, Nerella... —se lamentó entre hipidos—. Mi madre arderá una eternidad en los confines del Tártaro por esto. Jamás debí permitir esta boda. ¡Perdóname! —Volvió a romper en llanto.

Sin pensarlo, se abalanzó sobre ella, la aferró con fuerza entre sus brazos y acunó su rostro en el pecho; depositó unos besos sobre su cabello, sin dejar de llorar. Se sentía terrible y, sobre todo, preocupada.

Nerella no hablaba, no lloraba, no se quejaba: solo estaba como una estatua, pálida, ojerosa, con los ojos enrojecidos e hinchados, ida, como si estuviese mucho más allá de esa habitación. Rhea, intentando que ella reaccionase, la sacudió por los hombros, pero Nerella levantó sus quebrados ojos celestes sobre los de la pelirroja; se deshizo de su agarre, la apartó y se levantó del lecho. Caminó a paso lento y, al llegar a la puerta, la abrió y se volvió hacia Rhea.

—Estoy bien —mintió con un tono de voz profundo—. Quiero que te vayas.

—Nerella, yo...

Nerella no la dejó terminar; como sabía que Rhea no se iría, se fue ella de la habitación. Caminó por los pasillos. Deambulando. Se cruzó con algunos esclavos, que bajaban la mirada cuando ella pasaba a su lado.

Sintió sed. Recorrió los grandes salones de la casa, en busca de la cocina. Cuando entró, había un hombre muy gordo preparando la cena. El olor a comida le cayó mal; revolvió su estómago.

—¿Podría convidarme con un vaso de agua, por favor? —solicitó Nerella con un hilo de voz.

El cocinero se giró, se quedó unos instantes mirando a la mujer, sosteniendo el cuchillo en alto, completamente quieto; sintió un escalofrío. El día anterior había visto a una mujer con la belleza de un ángel; hoy ese ángel

había desaparecido: era solo un cadáver con vida. Sintió mucha tristeza por ella.

—Le traeré agua, mi señora. Iré por ella al pozo, así estará más fresca. Espéreme aquí —pidió, dejando el cuchillo sobre una mesada.

Helena asintió; examinó la cocina: era grande y espaciosa, había una enorme mesa larga de madera que, debajo, tenía una especie de estante. Allí se guardaban todas las ollas, fuentes, sartenes, jarros y otros cacharros que se usaban para cocinar.

Había un horno de barro y un fogón encendido; sobre este, una enorme olla de hierro. Dentro se cocinaba un guiso de cerdo con vegetales. Se tapó la nariz: el olor le disgustaba.

Escuchó pasos; distinguió la voz de Critias que se acercaba. No quería verlo. Su cuerpo comenzó a temblar. Miró a su alrededor y vio que, cruzando la cocina, del otro lado, había una puerta; sin pensarlo, se metió allí. Estaba oscuro y olía a especias.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguió, además de especias, frutas, verduras, bolsas de harina, levadura, maíz, y mucho más. Se había metido en la despensa. Y allí se quedaría hasta que él no anduviese cerca.

Pegó su oreja a la puerta y distinguió la voz de Critias, que hablaba con el cocinero, que había vuelto con el agua. Él le preguntaba por ella, si la había visto. «Antes de salir a buscar agua, estaba aquí», respondió el cocinero.

Escuchó maldecir a Critias e irse de la cocina. Respiró aliviada, apoyando la frente sobre la madera de la puerta; cerró sus ojos por unos momentos y sintió nuevamente ese enorme nudo en el pecho. Las lágrimas otra vez afloraron en sus ojos. Se sentía rota, quebrada, vejada, sucia.

Esa mañana, cuando él había despertado, nuevamente la había sometido a su voluntad, jurándole que jamás se iba a cansar de ella. Cuando él se fue, Nerella se había hecho un ovillo, abrazando sus rodillas y llorando, deseando morir antes que vivir en ese infierno.

Cuando las esclavas le trajeron el desayuno, estuvo tentada de rebanarse el pescuezo con el cuchillo que descansaba en una hermosa bandeja de plata llena de fruta. Pero, aun teniendo el cuchillo en la mano, pegándolo contra su cuello y hundiéndolo en su piel, no tuvo el valor para hacerlo. Se sintió patética.

Caminó hasta el rincón más oscuro de la despensa; apoyó su espalda contra la pared y se fue deslizando poco a poco, hasta sentarse en el suelo. Abrazó sus rodillas y metió la cabeza entre estas.

Después de diez minutos, se había quedado seca. Ya no tenía más lágrimas que derramar. Con el único deseo de morir (era lo único que deseaba), no podía siquiera pensar en pasar una noche más con ese ser despreciable. Su cuerpo no lo soportaría; tampoco su mente, ni su corazón.

Se hizo más pequeña cuando escuchó la puerta de la despensa abrirse. No deseaba que la descubrieran. Escuchó pasos, y de pronto el costal de harina que la escondía se corrió. Ella se sintió expuesta y ahogó un grito al descubrir a Dorian, mirándola.

A Dorian le llevó unos segundos reconocerla tras tantos golpes y moretones y, cuando lo hizo, apretó sus mandíbulas; su barbilla comenzó a temblar ligeramente, se dejó caer de rodillas delante de ella, tomó sus manos, las miró analizando sus lastimaduras y, como si de un niño pequeño se tratase, se dobló en llanto.

Nerella se le unió y, sin premeditarlo, se aferró al cuerpo de Dorian, buscando en ese abrazo un poco de contención. Primero se sintió completamente avergonzada al ser descubierta por él pero, entre sus brazos, por algún motivo, sentía que todo iba a estar bien si él no se apartaba de su lado.

—No llores, Dorian —susurró ella, acunando el rostro de él entre sus manos—. Me rompe el alma verte llorar.

—A mí me sangra el alma al verte así... ¿Qué te hizo ese animal? —soltó con la voz quebrada.

Nerella apretó los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

—No importa lo que él me hizo. Estaré bien. ¿Qué haces aquí?

—Cuando me enteré de que te casarías con Critias, yo... solicité trabajo aquí. Quería estar cerca de ti para protegerte. De nada sirvió... ¡Mírate! —reconoció conteniendo la ira—. Voy a matarlo.

Se levantó. Nerella lo imitó, le tomó ambas manos; por algún motivo necesitaba que él no se apartase de ella: se sentía segura.

—¡No digas estupideces, Dorian! ¡No vas a matar a nadie!

—Es que no puedo tolerar que te haga daño; si sé que vuelve a tocarte, a

posar sus sucias manos en ti, no sé de lo que soy capaz de hacer.

—Dorian, olvídalos... estaré bien; supongo que aprenderé a vivir con él.

—No digas eso. ¿Por cuánto tiempo lo soportarás? Hasta que un día te mate.

Nerella se tapó los oídos; no deseaba escucharlo.

Dorian se acercó a ella y le tomó las muñecas con suavidad, apartándolas de sus orejas. Llevándolas hacia su boca, depositó pequeños besos sobre sus heridas. Nerella cerró los ojos y respiró profundo; todo su dolorido cuerpo se había revolucionado con ese simple contacto.

—No dejaré que vuelva a dañarte; buscaré la forma, pero te sacaré de aquí. Lo prometo. Solo te pido que resistas, Nerella.

—Lo haré por ti; tú me das fuerzas, Dorian.

—Te daría mi vida si con eso pudiese borrar el dolor de tu alma.

A Nerella se le aceleró el pulso. Se acercó a él, pegándose; levantó el rostro e intentó sonreír. Acarició con ambas manos sus mejillas y, de puntillas de pie, depositó un casto y corto beso en los labios masculinos, que lo hizo vibrar por dentro.

Él se aferró a su cintura, y una mueca de dolor cruzó por su rostro. Apartó sus manos al instante y se alejó de ella.

—Lo siento, no quise lastimarte.

—No ha sido nada, Dorian.

Escucharon la voz de Nerón, el cocinero, que llamaba a Dorian.

—Debo irme; lo distraeré para que tú puedas salir.

Nerella asintió. Él salió y se llevó al cocinero hacia el patio de atrás, con la excusa de que no sabía dónde colocar todas las calabazas; Nerón, refunfuñando, salió detrás de Dorian, momento que aprovechó Nerella para salir de la cocina.

La cruzó a toda velocidad, tomó el primer pasillo, dobló hacia la derecha y se chocó de frente con Critias, que le sonrió con malicia.

—Te estaba buscando, ¿dónde estabas?

—Por ahí...

Él enarcó una ceja, mirándola de manera calculadora, acariciándose el mentón. Nerella le mantuvo la mirada unos segundos y luego la desvió.

—Espérame en nuestro lecho; resuelvo unos asuntos y me divertiré un rato

contigo.

Nerella asintió de manera imperceptible y sintió náuseas. Él le tomó la barbilla, apretándola con los dedos, estudió sus ojos; el estómago se le contrajo. Sintió cómo el vómito subía por su garganta; lo retuvo cuanto pudo. Casi no podía respirar. Relajando su respiración, lo tragó. Él sonrió. Ella respiró aliviada.

—Vete —ordenó, soltándola.

Salió prácticamente huyendo de él, recorrió los salones y pasillos de la casa, como alma que se la lleva el mismo Hades y, cuando llegó a su habitación, cerró la puerta y se apoyó contra esta, conteniendo la respiración.

Pegó un grito al descubrir allí a Dorian.

—¿Qué haces, te has vuelto loco? Vendrá en cualquier momento.

Dorian se acercó a ella y depositó una pequeña botellita azul en su mano izquierda.

—Dentro hay un somnífero potente; vierte unas gotas en el vino, y dormirás. Por el momento es lo único que puedo ofrecerte.

—¿Dónde lo obtuviste?

—Lo hurté del boticario. Úsalo.

Nerella asintió. Dorian le regaló una sonrisa, acarició su rostro y caminó hacia la ventana, por donde se escabulló con agilidad.

—Ven... sigamos a Dorian —sugirió Adam—. No podré soportar otra noche si ella no logra darle el somnífero.

Helena asintió. Salieron detrás de Dorian por la ventana.

Ese muchacho tenía una increíble agilidad. Saltaba y trepaba techos y muros con una velocidad asombrosa. Adam le seguía el paso, pero Helena odiaba caminar y saltar estando en altura.

Adam se volvió hacia ella y la tomó de la mano, ayudándola. Helena se dejó guiar. Tomada de su mano, todo parecía más fácil y, a medida que recorrían los techos de Atenas, ella fue ganando confianza.

Vieron a Dorian ingresando en la ventana de Rhea; se escabulló dentro. Al entrar, encontró a Rhea echada en su lecho, llorosa, despeinada y con una tristeza inusual en su rostro. Al ver entrar a Dorian, se levantó de la cama como un resorte y se abalanzó en sus brazos. Lloró como una niña pequeña.

—Rhea... —Ella levantó el rostro hacia él, sorbiendo la nariz—... ¿qué

sucede?

—Hoy fui a visitar a Nerella —comenzó con voz quebrada—. Deseaba hablar con ella, que me contara cómo había sido su noche de bodas. Si bien ella no deseaba casarse, Critias es un hombre apuesto y... y nada me preparó para verla. Cuando entré a sus aposentos...

—Lo sé —la interrumpió Dorian; ella lo miró intrigada.

—¿Cómo lo puedes saber?

—Vi a Nerella hoy. La encontré escondida en la despensa de la cocina.

—¿Qué?

—Trabajo en la casa de Critias, soy ayudante de cocina. Cuando la vi, sentí... —Le tembló la voz; Rhea reprimió un sollozo—. Es un malnacido; se merece el peor castigo de los dioses.

—Yo volví a casa. Nerella no quería hablar conmigo; me asusté mucho. Al llegar, mi madre me sometió a un interrogatorio y le escupí toda la verdad en la cara, la maldije. Ella me abofeteó y me dijo que, si a Nerella le había pasado eso, fue porque ella se lo había buscado.

—Tenemos que ayudarla a escapar, Rhea.

—Sí, lo haremos. ¿Pero cómo? No podemos irnos de la ciudad: seríamos desertores. Nos mandarían a la horca, y Critias firmaría la sentencia de nuestra muerte.

—Buscaré la forma de sacarla de allí.

—Gracias, Dorian, eres un hombre increíble.

Se acercó a él y lo besó. Dorian besó sus labios por un momento; luego la tomó por los hombros y la apartó.

—Lo lamento, Rhea, pero no puedo... Lo siento.

Se escabulló por la ventana, dejando a Rhea completamente confundida.

Aparecieron nuevamente, cuando el suelo se detuvo, en la habitación blanca. Se extrañaron al encontrarse otra vez allí; la mujer de negro apareció ante ellos.

—Hola... los estaba esperando —saludó en un tono suave.

—Hola —respondió Helena. Adam miraba con intensidad a la mujer, y no se preocupó por saludarla.

—¿Cómo les está yendo?

—Supongo que bien —comentó Helena encogiéndose de hombros—. Nerella no tuvo una vida fácil. Tuvo que pasar por cosas horribles.

—Y aún no han visto nada: esto solo es el comienzo. ¿Tienen alguna duda?

—Sí, yo tengo una duda —intervino Adam de forma brusca y con determinación—. No quieres decirnos tu nombre, ¿por qué? ¿Quién eres? —se apresuró a agregar antes de que la mujer respondiera—. Y no me digas que lo sabremos en su momento, quiero saberlo ahora.

La mujer respiró profundo y largó un sonoro suspiro de resignación.

—¿Cuál es tu nombre? —volvió a la carga Adam.

—Conoces mi nombre, Adam...

—¡Quítate esa capa negra! Y muéstrate.

—Lo único que les pido es que no me juzguen antes de tiempo...

La mujer, con lentitud, tomó el borde de su capucha y la deslizó por su cabeza, retiró los anteojos de armazón con pedrería. Las líneas de su rostro por fin fueron visibles ante los ojos de Adam y Helena que, al descubrir la identidad de la misteriosa mujer, se quedaron petrificados.

—¿Rhea? —preguntó Helena, completamente asombrada.

—Sí, la misma...

—¿Pero cómo? No entiendo... ¡esto es muy confuso!

—Lo entenderán, no ahora, pero les prometo que todo tiene su lógica explicación.

Adam estaba anonadado; jamás se habría imaginado que Rhea era la mujer de la capa negra.

—¿Por qué eres tú?

—Adam... hice cosas malas que ocasionaron mucho daño a Nerella y a Dorian pero, más allá de todo lo malo que hice, si ahora estoy ante ustedes, es porque condené mi alma para evitar lo que pasó. Se lo prometí a Nerella. Ya entenderán todo a su debido tiempo; no fui una buena persona, ni tampoco una buena amiga. Rompí la confianza de ella y les juré a los dioses que algún día repararía mi error.

—Lo importante es que te diste cuenta de tus errores, Rhea.

—No, Helena, no me di cuenta de mis errores. Los celos y la envidia me llevaron por caminos muy oscuros. Tarde fue mi redención.

—Pero tú ayudarás a Nerella a escapar de Critias, se lo dijiste a Dorian, tú eres buena.

—Por ahora lo soy; luego me convierto en un ser vil y cruel. Por eso les pido que no me juzguen.

—No lo haré, lo prometo —aseguró con convencimiento Helena.

Adam, sin embargo, no dijo nada; solo se limitó a mirarla, intentando comprenderla. Lo había confundido su identidad.

La blanca habitación se ensordeció de pronto con el ruido de las alarmas. Adam se acercó a Helena.

—Te escribo, ¡hasta luego!

—Adiós, Adam —se volvió hacia Rhea y le hizo un gesto con la cabeza de despedida.

Helena desapareció. Adam miró Rhea, que se sintió incómoda ante su escrutinio; carraspeó.

—No te caigo nada bien, ¿cierto?

—La verdad, sí, no me agradas ni un poco. —Rhea sonrió negando con la cabeza—. Si tú estás aquí, ¿cómo fue posible que aparecieras en mi garaje? Eras real, lo sé. Y es imposible; no logro comprenderlo.

—Pronto lo harás, lo prometo...

Rhea se desvaneció ante él. Maldijo internamente. No quería que desapareciera: quería hablar con ella, aclarar ciertas cosas. Todo era un lío en su cabeza, un enorme embrollo. Y se devanaba los sesos intentando comprender, pero no había lógica.

Resignado, se dejó caer sobre el suelo de la habitación blanca y se recostó, esperando despertar pronto; era demasiado aburrido estar solo allí.

Gía entró corriendo al colegio: llegaba tarde; la campana ya había sonado. Recorrió los pasillos desiertos; todos los alumnos ya se encontraban en sus respectivas aulas; apuró su paso. Se había quedado profundamente dormida;

ni siquiera las alarmas de su mamá la habían despertado. Extraño, pero real.

Se había desvelado en la noche leyendo el libro: era muy interesante. Deseaba interiorizarse más en el tema. Pasada las tres de la madrugada, apagó su velador e intentó dormir; sus párpados le pesaban. Tardó unos minutos tan solo en conciliar el sueño, pero, cuarenta minutos después, se despertó completamente sudada y agitada. Había tenido una pesadilla, pero no la recordaba. Solo tenía una imagen horrible en su cabeza como recuerdo.

Se apresuró a doblar por el pasillo; al fondo se encontraba su aula. Entró y se quedó parada en el umbral de la puerta estática. La profesora María Lombardo, que dictaba Biología, la miró unos segundos, esperando a que entrara a la clase.

—¿Algún problema, señorita Abignali?

Ella negó, dio un paso dentro del aula y cerró la puerta tras su espalda. Pero allí se quedó parada, mirando su habitual lugar. Nada la preparó para encontrar a Dana, sentada en su «banco» junto a la ventana; a su lado, estaba Rachel. Ellas la miraron, luego cruzaron miradas y rieron por lo bajo con complicidad.

Sintió una inusual rabia. Sabía que Dana solo lo hacía para enfurecerla, y lo había logrado.

—Tome asiento, por favor, señorita Abignali.

Gía asintió. Buscó un lugar disponible. Tenía dos opciones: o se sentaba al fondo de la clase con una chica larguirucha a la que le hacían *bullying* por tener olor muy fuerte en sus axilas, o bien tomaba asiento al lado de Alón, que era el otro lugar libre.

Iba a sentarse con Ludmila, pero sus piernas, por alguna extraña razón, la guiaron al lado de Alón. Cuando ella colgó su mochila a su lado, él se apretujó contra la pared, tomando distancia lo más posible de ella.

Dana, que estaba en el banco de adelante, se giró y le sonrió con malicia. Gía, simplemente, le regaló una sonrisa cordial, fingiendo que nada le afectaba. No le daría el gusto.

Abrió su mochila, sacó su cuadernillo de Biología y el libro de la materia.

—¿Qué página? —le preguntó a Alón.

—Ciento treinta y cinco —respondió casi en un susurro.

—Gracias.

Abrió el libro en la página indicada. Y prestó atención a la clase; no era una de sus materias preferidas, pero le iba bien. Se defendía.

A la mitad de la clase, la profesora Lombardo dijo que trabajaran con el compañero de banco realizando la guía de ejercicios del libro.

Gía se giró hacia Alón. Él se encogió de hombros y sin decir nada se puso a trabajar solo. Sintió una puntada de decepción.

Frustrada, hizo lo único que se le apetecía hacer en ese momento; se giró sobre la silla, abrió su mochila que colgaba del respaldo y tomó su cuaderno de dibujo. Sacó una especie de cartuchera de cuero marrón, la abrió y tomó una carbonilla, abrió el cuaderno en ninguna hoja particular y comenzó a trazar las líneas que visualizaba en su mente.

Alón dirigió sus ojos a Gía, mirándola, intentando ver qué era lo que hacía; el ruido de la carbonilla con el papel no lo dejaba concentrar en la tarea.

—¿Puedes dejar de hacer eso...? Si te ve la profesora, va a retarte. Debes hacer los ejercicios.

—¿Me hablas a mí? —preguntó sin levantar su rostro de la hoja que dibujaba.

—¿A quién más voy a hablarle?

—No lo sé...

—Sí, te hablo a ti. Deja de hacer eso que haces y ponte con la tarea.

—No tengo ganas. Lo haré después; ahora necesito plasmar algo, o no estaré tranquila.

Alón entrecerró los ojos estudiándola; luego se acercó a ella un poco y miró por arriba de su hombro. Gía se percató y con su mano izquierda tapó su dibujo.

—No me gusta que miren mis dibujos mientras están en proceso; una vez terminado, si quieres y te interesa, te lo muestro.

—¿Qué dibujas con tanta concentración?

—Algo que vi en un sueño...

Gía se giró unos segundos hacia él, le regaló una extraña sonrisa y volvió a poner su atención sobre su dibujo.

Al sonar la campana del receso, todos sus compañeros salieron, menos Gía. Se quedó en el aula, terminando el dibujo.

Cinco minutos antes de que el recreo acabase, Gía terminó de plasmar en el

papel la clara imagen que había visto y recordado de su pesadilla. Miró el boceto con atención y sintió un frío recorrer su espina dorsal. De algún modo, ver esa imagen la asustó.

Era tétrico; había dibujado dos jóvenes manos, perfectamente delineadas, sosteniendo, sobre un manto, un feto, un pequeño pedacito de vida. No medía más de quince centímetros, pero los detalles eran perfectos; tenía sus piernas y brazos, y hasta se podían apreciar los diminutos detalles de su rostro. Sintió una puntada en medio de su corazón, colmándola de tristeza. La imagen era muy real.

Cerró su cuaderno y salió al baño, antes de que sonara nuevamente la campana, indicando el final del receso.

Regresó en el instante justo en el que también lo hizo la profesora de Literatura. Le dio los buenos días a su profesora y fue a su lugar. Al llegar al pupitre que compartía con Alón, se quedó de pie, mirándolo, admirando su perfil. Estaba concentrado analizando sus dibujos; sostenía su cuadernillo y pasaba las hojas mirando cada uno de ellos con una extraña expresión.

Alón enarcó una ceja con sorpresa y Gía carraspeó para llamar su atención; él se sobresaltó y cerró el cuadernillo con fuerza, dejándolo en el lado de Gía.

—Lo siento... no debí tocar tus cosas. Tienes un gran talento; dibujas increíble.

—Gracias, Alón —expresó, mientras tomaba asiento a su lado y con su mano acariciaba el cuadernillo—. Dibujar y pintar es lo que más me gusta.

—Y lo haces muy bien, eres una gran artista. Se nota: tus trabajos parecen fotografías; son muy reales.

—Eso dicen... —reconoció, encogiéndose de hombros.

—¿Qué te motiva a dibujar así?

—Dibujó todo lo que se me viene a la cabeza; hasta que no lo hago, hasta que no lo plasmo en un lienzo o un papel, simplemente no puedo dejar de pensar en ello... —Sonrió poniendo los ojos en blanco—. Mamá dice que pinto todo lo que me obsesiona. Y en cierto modo tiene razón; hasta que no lo hago, me obsesiono con eso.

—Me dibujaste muchas veces a mí —comentó Alón, mientras tragaba con dificultad.

Lo había alterado verse retratado con tanta intensidad sobre el papel. Él

había llegado al aula minutos antes de que sonase el timbre y, al tomar asiento en su lugar, al pasar, chocó con la mesa, y algunas cosas de Gía se cayeron al suelo, entre estas, su cuaderno. Allí se vio retratado; un sudor frío lo recorrió, y simplemente no pudo apartar sus ojos de esos dibujos.

Gía se quedó mirando a Alón con una media sonrisa.

—Sí, te dibujé muchas veces, pero aun así no logro dejar de verte en mi mente...

—¿Qué? —Alón se giró para mirarla de frente.

—Lo que oíste; por eso te pedí si me dejabas pintarte, literalmente, hacer un cuadro de ti; serías mi modelo. —Alón la estudió un poco confundido—. ¡No me mires así! Por eso el otro día andaba con esas muestras de tonos marrones; buscaba tu color de piel, porque, contigo o sin ti, voy a pintarte de todas formas.

—¿Por qué yo?

—Porque me inspiras, Alón; llenas mi mundo de color por alguna extraña razón.

Alón sonrió negando con la cabeza, se llevó una mano a la cabeza y se la rascó ligeramente.

—Cuando dices esas cosas... no lo sé, me pones nervioso —admitió avergonzado.

Gía se tapó la boca con ambas manos para no romper en carcajadas. Dana se giró para mirarla por sobre su hombro; ella le sacó la lengua en respuesta. Alón, que admiraba su perfil, encontró ese gesto encantador. Y, sin saber muy bien por qué, aceptó:

—¡De acuerdo, Gía, píntame!

De la garganta de Gía salió un grito de emoción y alegría que retumbó en toda el aula. Se ganó un regaño de la profesora y algunas miradas reprobatorias. Se disculpó, se acomodó en su silla, lo miró de reojo a Alón, que en esos momentos le regalaba una hermosa sonrisa exhibiendo sus perfectos dientes blancos. Ella sonrió para sí y se mordió el labio.

Intentó prestar atención a la clase, pero era muy aburrida; abrió su cuadernillo y arrancó un pedazo de hoja, tomó la birome negra y escribió: «Gracias por dejarme pintarte». Se lo dejó al lado de su mano.

Él lo tomó e hizo una mueca, giró su rostro y asintió con una media sonrisa.

Ella no cabía en sí de felicidad. Además, por primera vez la había llamado por su nombre y, cuando esas tres simples letras habían escapado de su boca, había sentido en su cuerpo una revolución hormonal. Jamás había escuchado su nombre sonar tan bien como en los labios de Alón.

Pensar en sus labios no la ayudó mucho; se ruborizó y volvió a mirarlo de reojo, pero él estaba concentrado en sus apuntes que no se percató del brillo que había nacido en los azules ojos de Gía.

Ella comenzó a anotar en una hoja limpia todos los materiales que necesitaría para pintar a Alón. Lo haría en su casa: era el lugar más indicado. Tendría que hablar con su madre, pero estaba segura de que Helena no iba a tener inconveniente. Deseaba comenzar cuanto antes.

—¡Corte! —resonó la voz del director en el set—. Adam, no sé qué te sucede, pero hoy estas distraído; toma un descanso, terminaremos esta escena después.

Adam se disculpó con sus compañeros, salió del set hacia su camerino. Era verdad: estaba distraído y, con la cabeza en otra parte, no recordaba sus líneas y se trababa en la escena; parecía un novato. Pero no podía evitarlo: Helena, Rhea, Nerella y Dorian se colaban en sus pensamientos; estaba confundido. Sobre todo desde que sabía que la mujer de negro era Rhea; aún le costaba entenderlo y procesarlo.

Llegó a su camerino y se recostó en el sillón; tomó su teléfono y miró el estado de Helena: desde la noche anterior no estaba conectada. Seguramente estaba coordinando un grupo por la ciudad a esa hora de la mañana.

Sintió unas enormes ganas de verla personalmente. Tenía la loca idea de tomarse unos días, un fin de semana quizá... y viajar a Atenas a conocerla. ¿Se estaría volviendo loco? Eso seguro. Desde que viajaban o soñaban juntos, no sabía cómo llamarlo; él, simplemente, no había podido dejar de pensar en ella.

Deseaba conocerla, aunque temía que, al relacionarse, ese interés que él sentía por ella se perdiera; al fin y al cabo, cada vez que estaba con alguna mujer que le llamaba la atención, tarde o temprano el encanto se terminaba. Tal vez lo mejor era mantener una relación así, a la distancia.

Le escribiría de todos modos; desbloqueó su celular y pasó rápidamente los dedos tipeando el mensaje.

Adam Coop_10:30

Hola...

¿cómo amaneciste hoy? Yo... igual que siempre, día malo en el set.

No logro concentrarme en las escenas.

¿Qué piensas de que Rhea sea la mujer de negro? A mí está por explotarme la cabeza de tanto pensar, no logro entender...

Dejó de escribir; esperaba a que ella respondiera. Cerró unos segundos los ojos, se llevó su mano izquierda a su frente, suspiró. La imagen de Helena se coló nuevamente en sus pensamientos y, en un impulso, volvió a sentarse; tomó su celular y abrió un buscador.

Su búsqueda se vio interrumpida cuando lo llamaron del set. Desganado, guardó su teléfono y volvió al trabajo. Intentaría concentrarse en su trabajo. Debía dejar sus pensamientos de lado y centrarse en las escenas.

Le retocaron el maquillaje y volvieron a rodar.

Varias horas más tarde, luego de haber terminado el día de filmación, mientras caminaba hacia su coche, una mujer lo interceptó camino al estacionamiento.

Era alta, de tez pálida y cabello negro; estaba vestida con un pantalón azul y con una camisa blanca; tenía un bonito cuerpo. Cuando ella se le acercó, él le sonrió. Creyó ingenuamente que era una fan.

—Hola, Adam Cooper... —saludó, y pronunció su nombre arrastrando las sílabas.

—Hola.

—Es difícil dar contigo —continuó; Adam enarcó una ceja y la miró intrigado.

—No entiendo...

—Sasha Lennon, investigadora, encantada —dijo presentándose y

extendiendo su mano.

Adam la miró unos segundos y finalmente estrechó la mano de la mujer.

—No hablo de la película, si a eso vienes... tengo terminantemente prohibido comentar algo respecto a ella.

—No vine por la película...

—Si vienes a confirmar el rumor que se dice de mí y Nina Dobrev, déjame decirte que no es cierto.

—Tampoco vine a verte por eso.

Adam la miró unos segundos extrañado.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Estuve llamándote; tu ama de llaves Beatriz me atendió.

Adam miró a la mujer estudiándola; se alejó de ella unos pasos hacia atrás. Ella le dedicó una sonrisa irónica. La rodeó y continuó camino hacia su coche. Ella se apresuró a seguirle el paso.

—No sé de lo que hablas...

—Sí lo sabes muy bien, Adam... ¿Es ese tu verdadero nombre?

Se volvió hacia ella enfurecido. Se acercó tanto que podía sentir el sonido de su respiración.

—No quieras meterte conmigo.

—¿Me estás amenazando?

—No, te estoy advirtiéndote.

Ella sonrió con malicia; se acercó aún más a él, pegándose.

—Y yo... te advierto que no te metas conmigo. Sé la verdad, sé quién eres en realidad.

—¿Qué quieres?

—Mmm... ¿Qué tienes para ofrecerme?

—¿Cuánto?

Sonrió con una carcajada. Adam apretó la mandíbula.

—¿Todo lo solucionas con dinero! Es patético. Mi trabajo es descubrir a gente como tú... Dalo por hecho, Adam... en algún momento, cuando tenga todas las pruebas, te desenmascararé.

Le regaló una última mirada, depositó un beso en la mejilla de Adam, giró sobre sus talones y se fue.

Adam apretó los puños con impotencia, mirando cómo la mujer se alejaba. Subió a su coche furioso y cerró la puerta de un portazo. Golpeó el volante con sus manos una y otra vez, descargando su frustración. Encendió el motor y salió a toda marcha del estacionamiento.

A mitad de camino, le sonó el celular; lo sacó de su bolsillo y, en el primer semáforo en rojo, lo miró.

LenitaLove_16:30

Hola Adam... Día agitado. Uno de mi grupo se accidentó en medio del recorrido.

Por suerte solo fue un susto, algunos golpes y magullones.

Ten calma, eres un gran actor, un profesional, sé que podrás hacer las escenas de manera increíble...

Rhea... no sé qué pensar sobre ella... Yo la tuve en frente, el día del cumple de Gía, era real, y ahora tendría, no sé, ¿miles de años?

Es una locura... ¿será posible?

Escuchó la bocina del coche de atrás; miró el semáforo y había cambiado a luz verde. Dejó el celular y arrancó: le respondería después.

Continuó camino hasta su mansión. Helena tenía razón: era imposible que la mujer de negro que se le había presentado a ella y a él fuera Rhea. Nadie vivía miles de años, ¿o sí?

—¡Pasa! —pidió Gía a Alón, mientras sostenía la puerta de su casa.

El muchacho entró un poco tímido; en un primer momento quiso decirle que se arrepentía, que no deseaba ser retratado, pero la emoción y brillo en los ojos de la muchacha lo hizo cambiar de opinión, manteniendo su palabra. Iba a dejar que ella lo pintara.

—Ponte cómodo, ¿quieres algo de tomar? —Alón negó, se sacó la mochila y la dejó sobre un pequeño puf.

Al salir de la escuela, Gía fue a la tienda a comprar más pintura y algunos nuevos pinceles, lienzo, tenía de sobra. Alón la acompañó y, camino a la casa

de Gía, pararon a comer una pizza.

—Creo que lo mejor será que te pinte en la terraza: tendré mejor luz — analizó—. Además, puedo jugar con el fondo. Ven, Alón, vayamos arriba.

Alón siguió a Gía por las escaleras.

—¿Tus padres llegarán pronto?

—No. Mis padres están separados.

—Lo siento...

—¡Oh, no te preocupes! Se adoran, son grandes amigos. Vivo con mamá y veo a papá, a mis hermanos y a Luisa, su esposa, los fines de semana y a veces entre semana; somos muy unidos. ¿Tú vives con tus padres?

—Sí, nos mudamos aquí por el trabajo de papá; antes era gerente de una empresa de comunicaciones en El Cairo. La compañía abrió una nueva sucursal aquí, y lo designó a papá cómo su responsable en Atenas. Vivo a pocas cuadras, junto con mis hermanas; tengo cuatro, pero dos de ellas, las más grandes, están casadas y viven en El Cairo. Aquí solo vivo con dos de mis hermanas, mamá y papá.

—¿Te gusta Atenas?

—Es bonito...

—Pero extrañas tu casa —resolvió Gía volviéndose para mirar a Alón; él asintió.

—Extraño todo: mi casa, mis amigos. No me acostumbro.

—Ya lo harás, solo date tiempo.

Gía entró en su habitación, Alón se quedó parado en el umbral de la puerta.

—¡Asombroso! ¿Tú lo pintaste?

Alón se refería a un increíble mural que decoraba una de las paredes de la habitación de Gía. Era Atenas, un paisaje increíble, con el océano de fondo y la ciudad vista de arriba.

—Sí, lo pinté yo, gracias. Tardé mucho meses, pero quedó bonito.

—Gía, realmente tienes un talento increíble... yo también dibujo...

Gía, que terminaba de alistar el lienzo y los utensilios que utilizaría, se volvió para mirar a Alón.

—¿Pintas?

—No, solo dibujo... No como tú. Lo mío es otra cosa; dibujo cómics. A veces hasta escribo historietas con los héroes que invento, un tontería al lado

de tu talento.

—No digas eso, Alón, jamás desmerezcas tu talento; estoy segura de que eres excelente dibujante.

Yo no sabría cómo hacer un cómic.

—¡No inventes! Dibujas personas como si hubiesen sido retratadas por una cámara de fotos y dices que no sabes dibujar cómics. Eso es porque jamás has dibujado un cómic, pero seguramente, si lo haces, te saldrá de maravillas.

Gía sonrió halagada. Se volvió hacia él y le tendió el atril de pintor; ella llevó un marco de madera, con un lienzo tensamente agarrado y una maleta llena de pinturas.

—Vamos a la terraza. Alcánzame esa sábana blanca, por favor.

Alón tomó la sábana y siguió a Gía; cruzaron el pasillo de las habitaciones hasta una puerta metálica blanca, que daba a una pequeña y bonita terraza. Tenía una hermosa vista de la ciudad. Gía miró el cielo, analizó la luz, el paisaje.

—Ese es el lugar indicado —dijo, señalando una esquina de la terraza.

—¿Yo qué hago?

—Puedes traer una silla de abajo; te pintaré sentado.

—¡Claro!

Alón bajó en busca de la silla; al subir nuevamente a la terraza, Gía ya había acomodado el atril y tensado el lienzo, había abierto la maleta, de donde salían unas especies de patas, que la dejaban a la altura justa al lado del atril. Acomodó los pinceles. Se volvió hacia él.

—Pon la silla justo en el centro —ordenó.

Alón dejó la silla justo donde ella le dijo.

—¿Empezamos?

—No aún. Sácate la ropa, por favor...

Las mejillas de Alón se sonrojaron y se atragantó con su propia saliva al escucharla; comenzó a toser.

—¿Vas a pintarme desnudo?

—No, solo quiero que te saques la ropa y luego envolver tu cuerpo en la sábana, simulando una especie de chitón, ¿me explico? Como en la antigüedad.

Alón movió su cabeza asintiendo, pero no se movió del lugar en donde estaba, con sus brazos relajados al lado de su cuerpo.

—¿Qué esperas? Se me va a ir la buena luz... puedes cambiarte en mi cuarto.

Alón le dio la espalda y arrastró sus pies hacia el cuarto de Gía, se pasó sus manos por el rostro y luego se agarró la cabeza; se moría de la vergüenza.

Él no era un novato con las chicas; de hecho era muy apuesto y tenía varias admiradoras en su antiguo colegio; también estaba Kiya, su novia, la que había dejado en El Cairo.

Alón se había enamorado de Kiya cuando tenía once años; ella era nueva en el vecindario. Se había mudado a la casa de enfrente, y la hermosa morena de cálidos ojos café, un año mayor que él, había robado su corazón a primera vista. Kiya iba al mismo curso que Alice, su hermana, y se habían hecho amigas. Alón siempre la espiaba a escondidas.

Se había besado con Kiya cuando una tarde ella lo había descubierto espiándola. Se acercó a él, susurró en su oído un «Me gustas» y lo besó. Desde ese momento habían sido inseparables.

Cuando Alón tuvo que darle la noticia de que se mudaría, Kiya se aferró a él en un abrazo y lloró desconsolada en su pecho; él también lloraba. Odiaba en esos momentos a su padre, que lo obligaba a separarse de Kiya, su amor, su mundo. Le había rogado a su padre que le permitiese quedarse viviendo en la casa de su hermana mayor, Cara. Pero él se había negado rotundamente.

Antes de partir, ellos hicieron el amor por primera vez; se prometieron amor para siempre y que, más allá de la distancia, mantendrían su relación. Hablaban casi todos los días por Skype, pero Alón la extrañaba horrores.

Entró a la habitación de Gía: era asombrosa. Todo allí brillaba de una forma extraña, con cientos de colores. Era un lugar al cual uno entraba y, por alguna razón inexplicable, se relajaba. Se sacó la camiseta y la dejó doblada sobre la cama; se sacó las zapatillas y el pantalón, quedando solo con un bóxer. Se miró un segundo en el espejo del bonito tocador.

Para sus casi dieciséis, tenía un buen físico, estilizado; le gustaría estar más marcado y obtener más músculos, pero para eso había que hacer ejercicio y no se le daba nada bien. Resignado, tomó la sábana blanca y se envolvió en esta; regresó a la terraza.

Gía lo esperaba lista para comenzar. Lo guió hasta la esquina, tomándolo

por los hombros. Lo miró riendo y negando con la cabeza.

—¿Qué?

—Te lo pusiste mal; déjame acomodarte.

Gía le sacó de un tirón la sábana, Alón se tapó con las manos la entrepierna y se puso nervioso. Ella no le prestaba la más mínima atención; estaba doblando la sábana. Se volvió hacia él y se la pasó por arriba de un hombro, cruzándola sobre su pecho; la dejó caer por su cintura, hasta arriba de sus muslos, y luego la anudó por detrás. Al hacerlo, se acercó demasiado, tanto que Alón pudo llenar sus fosas nasales con su dulce perfume, y su largo cabello rubio rozó parte de su piel desnuda, erizándolo.

Gía lo miró y asintió.

—Siéntate. —Alón tomó asiento y se encorvó un poco en la silla— ¡No así! Yo te acomodaré.

Tienes que estar lo más quieto posible, ¿podrás?

—Lo intentaré.

Gía hizo que se sentara de lado sobre la silla; le indicó que subiera su pie izquierdo y lo pusiera sobre su otra rodilla y que su codo derecho se apoyara sobre la pierna que tenía levantada, formando un cuatro, pero sentado.

—¡Bien! Así como estás, apoya tu cabeza sobre la mano, sosteniendo tu mentón.

Alón lo hizo, y así se quedó. Gía asintió complacida; caminó detrás del atril y tomó una carbonilla. Antes de trazar la primera línea en el lienzo, giró su rostro para mirarlo, grabando a fuego en su mente esa imagen, memorizándola; una vez que se sintió segura, comenzó a trazar primero con carbonilla todo el contorno.

—¿Lo terminarás hoy? —quiso saber Alón; le llegó la risa de Gía a carcajadas.

—Me llevará mucho tiempo, Alón, pero descuida: cuando termine, te aseguro que quedarás conforme con tu cuadro.

Alón suspiró; se sentía incómodo y estúpido. Gía estaba muy concentrada. Él podía admirar su perfil; era muy bonita y muy extraña, pero se notaba que era una buena persona y, además, olía de maravillas. Se reprendió internamente cuando sintió un pequeño tirón en su entrepierna al recordar su olor. Se recriminó por ello: no debía olvidarse de que él amaba a Kiya.

Helena entró en la sala de su casa, dejó el bolso y le llamó la atención una mochila desconocida sobre el puf; continuó camino hacia la cocina y, al pasar por el comedor, se giró unos segundos para mirar la mesa y las sillas: todas estaban perfectamente acomodadas, pero faltaba una.

Miró hacia la escalera; luego volvió a mirar el hueco de la silla que faltaba y a lo lejos vio la mochila en el puf. Sin dudarle mucho, comenzó a subir las escaleras.

Al llegar al pasillo, notó que la puerta de la habitación de Gía estaba abierta; se asomó, examinó todo y no pasó por alto el par de tenis en el suelo y la ropa sobre la cama. Escuchó risas que provenían del exterior de su casa.

Cruzó el pasillo y salió a la terraza. Se quedó muda ante la escena que tenía delante. Gía estaba de espaldas a ella, trabajando concentrada trazando líneas sobre el lienzo; más allá; estaba un muy buen mozo muchachito sentado, semidesnudo, con una sábana que rodeaba su cuerpo. Se rascó la cabeza confundida: «¿Qué se supone que debe hacer una madre ante esta situación?».

No estaban haciendo nada malo; conocía la afición de Gía por la pintura, pero jamás pensó en encontrarse con una escena así. Carraspeó para llamar la atención. Gía se giró y le regaló una hermosa sonrisa a su madre. Alón, en cambio, se enderezó en la silla y tragó grueso. Intentó cubrirse con la sábana.

—¡Caray! No quise interrumpir —se disculpó Helena.

—No interrumpes, mamá. Él es Alón, el compañero de quien te hablé.

Helena se acercó hacia Alón y depositó un beso en la mejilla del avergonzado muchacho.

—Un gusto conocerla, señora.

—¡No me llames *señora*! Soy Helena, y el gusto es mío, Alón. Gía me ha hablado de ti. ¿Te mudaste hace poco?

—Sí, señora... digo *Helena* —se corrigió.

—Eres bienvenido.

—Gracias.

—Iré abajo, prepararé algo para comer; no te quedes mucho más, Gía, está refrescando, y el pobre Alón se va a morir de frío.

—De acuerdo, mamá... —aceptó Gía, volviéndose al lienzo—. Unos minutos más y terminamos por hoy.

—Los espero abajo.

Helena regresó a la cocina, abrió la heladera y comenzó a preparar unos sándwiches de jamón y queso, que luego puso en la tostadora, y sirvió tres vasos de zumo de naranjas. Diez minutos después, Gía, seguida de un tímido Alón, entraban en la cocina.

Helena estudiaba al muchacho. Era obvio para ella que a Gía no solo le gustaba, sino que le encantaba: tenía algo diferente en sus ojos cada vez que lo miraba. Y él, bueno, de él no podía decir mucho: era bastante callado y reservado.

Comió en absoluto silencio el sándwich caliente que le sirvió y bebió el jugo; de vez en cuando asentía o negaba con la cabeza los comentarios de Gía. Al terminar el sándwich y beber todo su vaso de jugo, le agradeció a Helena, la saludó y se fue. Gía lo acompañó hasta la puerta.

Al regresar a la cocina, Helena la esperaba con una media sonrisa y una mirada divertida. Su espalda estaba apoyada sobre la encimera, adoptando una postura completamente relajada.

Gía, en cambio, se tensó al ver a su madre; sabía que Helena quería que le contara todo. Intentó girar sobre sus talones e ir arriba, pero la voz de su madre la detuvo.

—¡Gía Abignali, no vas a ninguna parte! Quiero que me cuentes...

—¡Mamá! No hay mucho para decir.

—¡Ah, ¿no?! Yo creo que sí. ¿Qué fue lo que vi en la terraza?

—Alón acepto que lo retratará.

—De eso me di cuenta, Gía. —Helena se apartó de la mesada—. ¿Por qué lo vestiste como un griego?

—No lo sé, así lo visualicé en mi cabeza y sentí que debía retratarlo de esa forma.

—Es muy apuesto tu Alón. —Las mejillas de Gía se colorearon; Helena sonrió divertida.

—¡Basta, mamá! Sí, es apuesto, pero solo quiero pintarlo.

—Y besarlo —bromeó Helena, ganándose una mirada de reproche por parte de su hija—. ¡Vamos, no me mires así! Yo miraba a tu papá de la forma

en que tú lo miras a Alón.

—¿Y qué con eso? Yo no soy tú, mamá. Sí, me gusta, un poco... mucho, tal vez —dijo reprimiendo una sonrisa—. Pero no quiero nada con él. Solo pintarlo.

—Por ahora...

Gía miró a su madre entrecerrando los ojos y frunciendo los labios.

—Me voy arriba, tú eres imposible...

Helena sonrió a carcajadas. Gía salió de la cocina, y Helena se volvió hacia el refrigerador; lo abrió y comenzó a sacar los ingredientes que necesitaría para la cena.

Sonó su celular. Lo sacó de su bolsillo.

Adam Coop_19:30

Hola... perdón por la demora...

No tuve un buen día.

¿Tú?

LenitaLove_19:32

Hola, Adam Yo... preparando la cena para Gía y para mí, tuve un día tranquilo, sin sobresaltos. ¿Pudiste grabar las escenas?

Adam Coop_19:33

¡¡¡Sí!!! Las escenas por suerte bien, el director quedó conforme.

Entonces ¿qué te tiene mal? Adam Coop_19:35

Mi vida está mal, Helena...

LenitaLove_19:36

No digas eso, Adam, la vida es una sola y hay que disfrutarla. Ve siempre el vaso medio lleno, no medio vacío.

Adam Coop_19:40

La verdad... tú eres lo único que hoy por hoy tiene sentido para mí...

Anhelo que llegue la noche para poder verte.

Helena se mordió el labio inferior y rio como una boba a la pantalla de su

teléfono; sintió cómo unas mariposas comenzaban a revolotear en su estómago. Ella también deseaba que llegara la noche para verlo.

Tenían una extraña relación, si así se podía llamar lo que ellos tenían, pero sentía esos nervios en la boca del estómago, esa sensación previa al encuentro de quien uno espera, esas ansias por verlo; como si fuese una adolescente, una inexperta, y le gustaba sentirse así: era revitalizante.

Helena, a sus treinta y un años, tenía experiencia con los hombres y sabía identificar que su cuerpo reaccionaba de otra manera con Adam; jamás se había sentido así, y eso era nuevo para ella. La llenaba de algún tipo extraño de adrenalina.

Además, solo se veían en sueños. No quería imaginarse lo que su cuerpo sentiría si lo tuviese frente a ella. De solo pensarlo, una puntada inesperada recorrió su vientre. Cerró los ojos, sonrió y se llevó las manos hacia allí, donde aún vibraba por dentro. El sonido de su celular la sacó de ese estado. Miró su teléfono e hizo una mueca de desagrado: Saúl le había escrito para verse esa noche.

Le escribió que estaba muy cansada e iría a la cama temprano. Él le preguntó si deseaba compañía, pero Helena no se gastó siquiera en responderle.

Adam se materializó en la habitación blanca y, por primera vez, Helena ya se encontraba allí.

Ella se había ido a la cama temprano y había tardado muy poco en conciliar el sueño, expectante por su reencuentro. Le sonrió al verlo aparecer. Él, sin siquiera pensarlo, se acercó a ella y la abrazó. La abrazó tan fuerte que Helena sintió que iba a partirla en dos, pero no le dijo nada; solo le devolvió el abrazo con la misma intensidad. Sintió el cuerpo de Adam temblar ligeramente. Entonces se apartó para mirarlo a los ojos.

—¿Qué te sucede, Adam?

Él chistó y desvió la mirada; sentía la cabeza mareada, se rascó la punta de la nariz, y maldijo para sus adentros.

Se había dormido, sí, pero antes se había dado un buen colocón con

cocaína; esa mierda estaba destruyendo su vida, pero simplemente no podía controlarlo. La presencia de esa investigadora que rondaba cerca de él, como una abeja a la miel, lo desesperó, y nuevamente la droga fue su modo de escape. Lo que no se esperaba era estar tan colocado frente a Helena. Ella lo miraba esperando una respuesta. Se rascó el cabello nervioso y nuevamente volvió a rascarse un poco la nariz.

—Estoy bien... solo que no tuve un buen día.

—¿Seguro? Me preocupa tu estado; no te ves nada bien.

—¡Estoy bien! —dijo elevando la voz. Helena dio un paso hacia atrás, alejándose de él.

El piso comenzó a girar; ella le dedicó una mirada examinándolo, y él nuevamente desvió sus ojos.

No se tomaron de las manos. Helena percibía que algo no andaba bien en él.

La escena se hizo visible ante sus ojos; todo dejó de girar. Y Rhea se materializó ante ellos.

—Hola —saludó esbozando una sonrisa.

—Hola, Rhea —Helena se acercó a ella y la abrazó. Adam simplemente hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo—. ¿Dónde estamos? —quiso saber Helena.

—Nos encontramos a siete kilómetros de Atenas, en otra ciudad ática, El Pireo. Atenas tiene su recinto amurallado, y otro recinto que acaba por rodear toda la península del Acte protege al Pireo. Los *muros largos, las piernas*, unen las dos aglomeraciones y Atenas con el mar. Ninguna otra ciudad de esta época consagró tantos cuidados, esfuerzos y recursos a la unión íntima entre sus centros vitales, así como su defensa.

—¡Es increíble! —apreció Helena maravillada.

—¿Qué te parece increíble de un lugar como este? —preguntó Adam.

Helena se volvió hacia él.

—El Pireo es una ciudad moderna —Adam enarcó una ceja, echando una mirada a su alrededor—. ¡Adam, es una ciudad moderna para el siglo v! Fue construida siguiendo los principios del urbanismo del momento. Bordea el único puerto comercial del Ática y uno de los tres puertos del Mediterráneo, donde se descargan las mercancías más variadas. Detrás se extiende la ciudad. La mayor parte de la Atenas está compuesta por extranjeros de todas

las nacionalidades que hablan todas las lenguas.

—¿Qué con eso?

—Tú no lo entiendes: ver esto, poder estar aquí, para mí es asombroso. Inimaginable.

—Vengan, síganme —los interrumpió Rhea—. Los he adelantado un poco. Estamos, como les dije, en El Pireo; aquí nos encontraremos con Nerella y Critias, que están en uno de los mercados.

—¿En uno de los mercados? —indagó Adam.

—Sí. Aquí se encuentra un grupo clasificado de mercado, por ejemplo, el barrio de alimentación; el barrio donde se comercian los caballos, asnos y demás animales; el barrio de los esclavos; barrios de cerámica, vestidos y del calzado.

—¿A dónde nos dirigimos nosotros? —quiso saber Helena.

—Al barrio de los esclavos.

Continuaron camino por las estrechas callejuelas; Helena iba detrás de Rhea, pero Adam estaba retraído y lento. En varias oportunidades se giró para alentarlo a caminar más deprisa.

Reconoció el perfil de Critias. A su lado estaba Nerella. Helena contuvo la respiración unos segundos. Nerella estaba pálida, ojerosa, sin brillo, extremadamente delgada. Su aspecto la asustó.

Adam también se percató del estado deplorable de Nerella y, en un acto de extremada locura, intentó abalanzarse sobre Critias, con impulso y fuerza; cayó al suelo, ya que su «cuerpo» traspasó el de Critias, como si fuese humo. Helena lo ayudó a levantarse.

—¿Qué te sucede hoy? ¿Acaso te has vuelto loco? ¿Qué pretendías?

—¡Basta! No me atosigues a preguntas...

Helena iba a responderle, pero luego se arrepintió: notaba a Adam demasiado extraño y no valía la pena comenzar una disputa entre ellos en ese momento. Más allá de todo, ella también deseaba golpear a Critias por haber convertido a Nerella en un cadáver viviente.

El mercado de los esclavos estaba rebosante de gente; muchos hombres se encontraban reunidos alrededor de una improvisada tarima, donde se llevaría a cabo el remate. Nerella estaba al lado de Critias. Él caminaba mostrándola como un trofeo, su gran y bello premio. Era innegable la belleza de Nerella, y

él se enorgullecía de mostrar a su mujer.

Nerella vivía en el infierno mismo; su vida se había reducido a ser el objeto y juguete sexual de Critias. Hacía con ella lo que deseaba, y ella no podía negarse; a lo largo de esos meses aprendió muchas cosas de él.

Se excitaba de una forma voraz si ella gritaba, lloraba o daba alguna señal de dolor. Y se volvía salvaje, rayando casi en la locura; era vil y cruel, y saciaba sus particulares gustos con ella.

También aprendió que él, frente a otros, era extremadamente dulce y bueno con ella. Cualquier persona que los viera de afuera solo vislumbraba una hermosa pareja, porque ambos eran bellos, uno para el otro, tal para cual, jóvenes enamorados.

Él se abstuvo de volver a golpear su rostro; lastimaba cualquier parte de su cuerpo que no estuviese a la vista, de forma brutal, dejando siempre su rostro intacto.

Nerella aprendió a fuerza de golpes a no gritar, a no llorar, ni siquiera a emitir ningún tipo de gemido o signo de debilidad. Todo el sufrimiento era por dentro. Muriéndose un poco más cada día.

Pero era la única forma que ejercía cierto poder sobre él. Frustrándolo.

Critias se ensañaba más y más con ella, pero Nerella se mordía la lengua antes de darle la satisfacción y placer que él buscaba; atoraba su grito en la garganta y lo contenía con todas sus fuerzas, mirándolo a los ojos, con intensidad.

Él, como castigo por su osadía a enfrentarlo, la había metido varios días en el *pozo*. Así lo llamaba él. En su enorme casa, tenía una habitación especial, una muy oscura; ató sus manos y sus piernas, extendiéndola, lastimando sus músculos, desnuda y con una bolsa de arpillera en la cabeza. De vez en cuando lo escuchaba y, sin esperarlo, podía presentir el golpe, ya que él golpeaba con una vara alguna parte de su cuerpo.

No supo cuántos días había estado así; llegó un determinado momento en que ella había perdido la conciencia. Cuando volvió en sí, se despertó en su lecho, bañada, cambiada y con las heridas curadas.

Mientras estuvo atada, el único pensamiento en su cabeza era a los dioses; les rogaba que tomaran su vida, que la liberasen de ese infierno. Ni siquiera Dorian podía rescatarla. Iba a ser imposible escapar. No sabía cuánto tiempo más iba a soportar.

Nerella volvió a la realidad cuando escuchó rugir a la multitud que la rodeaba y las manos de Critias aferrarse a su cintura expectantes. Sobre la tarima había un hombre regordete envuelto en un chitón de calidad; aplaudió, y varios hombres, mujeres y niños subieron a la tarima, con grilletas en las manos y en los pies.

Critias la había llevado a Nerella al mercado de esclavos porque quería que ella eligiese a los nuevos esclavos que la servirían; dos habían intentado escapar y él los había matado. Otra estaba parturienta, así que no contaba con ella por un tiempo.

Nerella no quería estar allí, pero entonces sus ojos hicieron contacto visual con otros ojos de un color verde intenso. Un niño, negro, de no más de diez años, la miraba. Podía ver en los ojos del niño el dolor de su alma. Los tenía hinchados y lloraba; la pequeña barbilla le temblaba y miraba a una mujer con mucho tristeza.

Ella prestó atención a la mujer, que no dejaba de mirar al niño con amor. Entonces lo supo: era su madre y los iban a separar. Se giró hacia Critias.

—¡Cómprala! La quiero a ella y al niño.

Él levantó la mano, elevando la oferta; luego se volvió hacia ella y la miró enarcando una ceja, preguntó con voz suave y aterciopelada.

—¿Para qué quieres al niño?

—Para que me sirva —dijo resuelta, restándole importancia.

Compró a la mujer, que fue apartada a un lado, reservada para Critias.

Llegó el turno de la subasta del niño. Nerella no se perdió detalle de los ojos del niño, que buscaba a su madre, y de las lágrimas en sus ojos.

—Critias, quiero al niño —volvió a decir, al ver que él no ofertaba por el pequeño.

Él se volvió con media sonrisa.

—¿Qué me darás a cambio por él?

—¿Qué más quieres de mí? Ya te di todo...

—No, no lo has hecho. ¿Quieres al niño? —Nerella asintió—. Yo quiero a cambio de que grites.

¿Qué dices?

El mentón de Nerella tembló ligeramente; miró al niño, la tristeza en sus ojos, el dolor detrás de aquellas bellas e inocentes gemas verdes. Cerró los

ojos, tragó grueso, intentando no traicionar a su corazón. Finalmente asintió con la cabeza.

—Lo haré.

Critias sonrió complacido y compró al niño.

Cuando el pequeño fue apartado junto a su madre, ella lo rodeó con sus brazos, y acarició su rostro.

El niño sorbió la mucosidad de su nariz.

Critias, además, compró dos esclavos más. Se acercó al mercader y los pagó. Nerella se acercó a

la mujer y al pequeño, les regaló una sincera sonrisa. La mujer bajó los ojos, pero hizo un imperceptible gesto de agradecimiento con la cabeza.

Helena miraba estupefacta la escena: ese niño, de no más de diez años, era Alón; de eso no tenía la menor duda. Era más pequeño, de textura delgada, pero esos ojos, indudablemente, eran los de Alón.

—Ese niño es el amigo de Gía —le comentó a Adam; él se giró mirándola extrañado, intentando comprenderla—. Hoy conocí a ese niño. Bueno... unos años más grande, pero era él; de eso no me cabe duda.

—¿Dónde lo conociste?

—Estaba en mi casa. Gía lo está pintando. Van juntos a la secundaria.

Adam no dijo nada; solo se limitó a asentir, si sus vidas se cruzaron en el pasado, también era probable que se cruzaran en el presente, ¿no?

Aparecieron nuevamente en la casa de Critias. La escena había cambiado; ahora estaban en la cocina. Nerella presentaba a los nuevos esclavos. Dorian, que estaba presente, se la comía con los ojos. Estaba desesperado: no hallaba la manera de sacarla de allí. Veía a la mujer que había robado su corazón morirse día a día un poco más, y él, simplemente, no podía hacer nada. Se sentía patético.

La nueva esclava, la madre del niño se llamaba *Sarabi* y el pequeño, *Duka*. Nerella les explicó que ellos le servirían pura y exclusivamente a ella. Sarabi le agradeció el haberlos comprado juntos.

Las otras esclavas llevaron a Sarabi y a Duka a que se asearan y le otorgaron ropa nueva. Nada ostentosa, pero limpia.

Nerella le ordenó al cocinero que preparara un menú especial; esa noche irían a cenar Rhea y Ophelia. Las había invitado. Extrañaba horrores las largas charlas con Rhea; a su madrastra no la extrañaba tanto, pero sería descortés no invitarla.

Ultimó los detalles con el cocinero, que salió en busca de agua. Dorian aprovechó el momento; tomó a Nerella de la mano y la arrastró sin que nadie los viera, hasta la despensa.

Allí, donde sus manos se rozaron, la piel les comenzó a quemar. Nerella sintió latir muy rápido su corazón. Cuando la puerta se cerró, ella respiró tranquila; casi nunca podían verse. Él intentaba colarse en sus aposentos, pero Nerella siempre estaba vigilada.

Se abrazó a él, lo estrechó con fuerza, sintió su cuerpo vibrar por dentro, él le provocaba tanto con algo tan simple como un abrazo... Dorian tomó el rostro de ella entre sus manos y, sin dudarlo, la besó, primero uniendo sus labios con un roce suave, sutil, que los estremeció a ambos. Él la tomó con delicadeza de su nuca y la acercó hacia su boca; se detuvo unos segundos. Jadeante de deseo, le susurró:

—Es una tortura verte, tenerte tan cerca y no poder tocarte, Nerella, me enloquece.

Nerella sintió que su cálido aliento le golpeaba los labios, estremeciéndolos. Los humedeció pasando la punta de su lengua por ellos.

—Sabes que es muy peligroso, Dorian. Si alguien nos descubre, nos sentenciarían a muerte.

—Lo sé, pero arriesgarse tiene su recompensa.

—¿Cuál es la recompensa? —preguntó ingenua.

—Tu boca, Nerella.

Dorian experimentó, al sentir que un suave gemido escapaba de los labios de ella, una corriente fría que se desplazó hasta la entrepierna; sintió el irremediable deseo de besarla, de besar sus labios, sus mejillas, su cuello, el escote, y de olerla, hasta embriagarse de su perfume.

Nerella levantó su mano y acarició el jopo desarmado que caía a la izquierda de su rostro; lo llevó hacia atrás. El silencio los rodeaba; de un

momento a otro ella experimentó paz, tranquilidad. Se habían acabado sus problemas; ya no se sentía en peligro inminente. Dorian causaba ese efecto en ella; la calmaba, la sedaba. Cerca de él, toda su vida parecía menos horrible.

Sin poder contenerse más, Dorian volvió a tomar su boca. Nerella vibró por dentro, sintiendo cómo su cuerpo se volvía blando de placer, los músculos no le respondían, las piernas parecían hechas de arena. Se aferró al cuello de Dorian y sintió todo al mismo tiempo: las manos de él se cerraban sobre su cintura, los labios masculinos devoraban su boca, su lengua impetuosa la poseía con frenesí. La energía y magnetismo que desprendía Dorian la envolvía a ella, colmándola de una intensidad inexplicable. Jamás había experimentado tal sacudón de sensaciones, potenciando sus sentidos, haciéndola estremecer, sintiéndose protegida y a salvo entre sus brazos. No deseaba separarse más de él. Dorian había calado hondo en su corazón, y ahora ya era imposible sacarlo de allí.

Se separaron, uniendo sus frentes, respirando con dificultad, tratando de recuperar el aliento. Nerella se abrazó a él, refugiándose en su pecho; él la rodeó entre sus brazos y depositó un beso en su coronilla. Con sus manos, acarició su suave y largo cabello. Nerella rompió en llanto.

Dorian cerró los ojos e intentó reprimir sus lágrimas; lo partía en dos. No podía hacer nada para salvarla, y se sentía terrible por eso.

—¡Shhh! Nerella, Nerella —susurró , acariciando con delicadeza su espalda—. Te prometo, amor mío, que te sacaré de aquí, no sé cómo, no sé cuándo pero, por los dioses, juro que lo haré, te llevaré lejos. ¿Confías en mí?

Nerella se apartó para mirarlo a los ojos, se sorbió la nariz y asintió.

—Sí, Dorian, confío en ti.

—Solo te pido que resistas, un poco más, amor mío, luego nos iremos juntos, lo prometo.

La escena volvió a cambiar. Adam y Helena aparecieron en el enorme salón comedor. La larga mesa estaba llena de apetitosos manjares, con su mejor platería. Allí estaban sentados Critias, en la cabecera; Nerella, a su izquierda;

Ophelia, a su derecha; y Rhea, al lado de Nerella.

La cena transcurría amena, tranquila, sin ningún tipo de sobresalto. Nerella se sirvió su tercera copa de vino y se ganó una mirada reprobatoria de Rhea.

—No has comido casi nada y has bebido mucho: te va a caer mal —le susurró.

—¡No me caerá mal! Créeme, conozco mi límite.

Nerella intentaba no pensar; bebía para lograr soportar la noche que le esperaba. Critias le había asegurado que quería su recompensa por el niño esclavo y necesitaba embriagarse lo más posible, o no lo aguantaría. Critias hablaba con Ophelia sobre política, cuando anunció:

—Me alejaré unas semanas; estaré fuera varios días. Los negocios hay que atenderlos personalmente...

—¿Tendré el agrado de acompañarlo? —preguntó Nerella con voz dulce. Critias la miró unos segundos, le regaló una sonrisa y negó con la cabeza.

—No, esposa mía, debo partir en barco y voy a una zona bastante intensa por la guerra; no es lugar para ti.

Nerella no hizo ningún gesto; Critias la estudiaba. Se había vuelto una experta en esconder sus emociones pero, por dentro, quería gritar de alegría. Él partía, ¿qué importaba cuándo y adónde?; estaría tranquila por varias semanas. Eso la llenaba de júbilo. Pensó en Dorian y reprimió una sonrisa.

Al finalizar la cena, Critias se disculpó y se encerró en su estudio a terminar de firmar unos documentos. Nerella, Rhea y Ophelia tomaron un té, descansando en los cómodos sillones del bello andrón. Sarabi, acompañada de Duka, les servía exquisitos manjares.

—No te estás alimentando bien, Nerella —la regañó Rhea—. Estás muy delgada.

—Estoy bien... —retrucó cansina. Rhea no dejaba de insistir con su delgadez.

—Me preocupas, Nerella.

—No tienes que preocuparte por mí.

—Pero lo hago: eres mi amiga.

—Rhea... —Nerella se acercó a ella y tomó sus manos; le regaló una sonrisa—... ¡Estoy bien! No quiero que te preocupes. Si en algún momento sucede algo, tú serás la primera en saberlo, lo prometo.

Rhea asintió conforme. Ophelia escuchaba el intercambio sin decir una sola palabra. A ella también le había llamado la atención la delgadez de Nerella, pero no emitió opinión. Se concentró en su té y, al finalizar, se levantó del sofá para ir a descargar su vejiga a la letrina. Rhea aprovechó para preguntarle a Nerella:

—¿Dorian está aquí?

Nerella sintió una puntada en medio de su pecho, sonrió y asintió.

—Deseo verlo; hace mucho que no viene a verme, creo que no me ama. Sin embargo, yo no he podido dejar de pensar en él. Lo amo tanto, Nerella... En un primer momento, debo admitir que me avergonzaba a mí misma el haberme enamorado de alguien como él, pobre y sin nada que ofrecer, pero no puedo evitar sentir esto que siento. —Se llevó una mano al corazón—. Aquí, en medio del pecho.

—Entiendo de lo que hablas... —aclaró Nerella, cargada de culpa; no podía confesarle la verdad a Rhea; la lastimaría, y jamás se lo perdonaría.

—¿Puedo ir a verlo?

A Nerella la pregunta la tomó por sorpresa, y asintió.

—Acompáñame, ¿sí? Me haces de vigía por si aparece alguien.

Asintió. Se levantó del sofá, y la seda de su chitón amarillo cayó pesada, cubriendo sus pies.

—Ven, sígueme.

La llevó hacia la cocina; esperaba que Dorian no estuviese. No quería verlos besarse. Pero la suerte no estuvo de su lado. Al entrar, Dorian reía junto a Nerón, mientras terminaban de alistar la cocina. La risa de Dorian se convirtió en una tos intensa, al verlas juntas.

—¡Mis señoras! —saludó Dorian, aclarándose la garganta, intentando recuperarse del ataque de tos. Nerón se giró e hizo una reverencia a modo de saludo.

—¿En qué podemos servirles?

Rhea iba a hablar, pero Nerella intervino primero.

—Nerón, ¿quedó algo de ese pastel de trufas?

—Sí, mi señora.

—Me gustaría un trozo, gracias.

Nerón asintió, se secó las manos con un trapo blanco y salió de la cocina.

Rhea aprovechó para dirigirse a Dorian.

—Hola... ¿podemos hablar afuera unos minutos?

Dorian miró a Nerella. Rhea interpretó que le estaba pidiendo permiso, ya que Nerella asintió con la cabeza. Salieron por la puerta hacia el patio.

Adam y Helena los siguieron de cerca.

La noche había caído, y afuera estaba completamente oscuro; era una noche sin luna. Rhea removió las manos, nerviosa y, cuando él detuvo su andar, y se volvió hacia ella. Rhea se abalanzó a sus brazos, estrechándolo con anhelo. Dorian, sin embargo, no le devolvió el abrazo. Ella se apartó para mirarlo en la negrura que los rodeaba.

—¿Qué sucede? ¿Ya no te intereso? —preguntó sin titubeos.

—Eres muy hermosa, Rhea... pero no, ya no me interesas, lo siento.

Rhea lo abofeteó. El rostro de Dorian se giró hacia la derecha, y su mejilla izquierda comenzó a arder.

—¿Hay otra, cierto? —preguntó con la voz en un hilo, conteniendo las lágrimas.

—Mi corazón pertenece a alguien más, Rhea.

—Debí suponerlo, ¿quién es? ¿La conozco?

—Eso no importa.

—A mí sí me importa saber...

—Lo lamento, Rhea.

Se acercó hacia ella para abrazarla y contenerla. Odiaba romperle el corazón, pero no iba a mentirle: él amaba a Nerella, desde el momento en que la había visto salir del Egeo, como una diosa.

Cupido le atravesó con su flecha el corazón, y ya nada tuvo sentido, más que Nerella.

Rhea lo empujó, apartándose de él, de sus brazos; lo odiaba. Mucho.

—¡No te me acerques! ¡No me toques! —gritaba histérica, sin contener las lágrimas—. ¡Te odio, con toda mi alma! Y ojalá que tú y tu puta sean muy infelices...

Se giró y se alejó de él lo más rápido posible. Entró nuevamente a la cocina, donde encontró a Nerella sosteniendo un trozo de pastel de trufa y al cocinero; pasó por su lado como alma que se lleva el diablo.

Nerella le agradeció a Nerón y salió detrás de Rhea. La alcanzó en medio

del patio principal.

—Oye... espera, ¿qué sucede? —preguntó agitada por la corrida; cuando la alcanzó, la giró del brazo y la frenó.

Los ojos de Rhea eran dos mares rojos; la barbilla le temblaba; su mirada estaba rota.

—¡Soy una estúpida! Eso pasa, Nerella. Creí que Dorian me amaba y no... Al parecer, ama a otra mujer. Me lo dijo.

Nerella se acercó y la abrazó con un solo brazo; en la otra mano aún sostenía el pastel de trufa.

—¡Shhh, tranquila!

—Lo odio, lo odio a él y a esa zorra. —Nerella sintió como si una lanza atravesara su corazón—. La voy a buscar y la voy a encontrar y, cuando lo haga, ella me conocerá. ¡Me robó a mi hombre! ¡A mi amor! Le deseo una eternidad en los confines del Tártaro.

—No digas esas cosas, Rhea. Es horrible.

—Es que ellos no me conocen, Nerella. No tienen idea de lo que soy capaz. —Un sudor frío recorrió la espina dorsal de Nerella al escuchar esas palabras cargadas de odio de la boca de Rhea—. Voy a hacer sus vidas miserables, lo juro.

Y, sin decir una sola palabra más, se apartó de Nerella y se fue.

Nerella vio cómo su silueta se hacía cada vez más pequeña a medida que Rhea se alejaba. Se sobresaltó cuando escuchó las voces de Ophelia y de Critias.

—¿Dónde te habías metido, niña? ¿Rhea está contigo?

Se giró, miró primero a Ophelia y luego a su esposo; reparó en el plato con el pastel que aún sostenía y dijo lo primero que se le vino a la mente.

—Fuimos a la cocina por más pastel de trufa. —Tomó el trozo en su mano y se lo llevó a la boca—. Rhea se fue: estaba un poco indispuesta. —Se hizo comprender con la boca llena, ganándose una mirada de reproche de Ophelia.

—¡Se fue sin mí! Va a escucharme... —Se volvió hacia Critias y le agradeció su hospitalidad; le dirigió una mirada reprobatoria a Nerella y salió detrás de Rhea.

Critias la miró con una media sonrisa, que a Nerella le heló la sangre. Esa noche gritó.

Volvieron a aparecer en la habitación blanca. Rhea lo esperaba, con las manos entrelazadas delante de su cuerpo.

—Me avergüenza lo que han presenciado —admitió con sinceridad.

—Es lógico; estabas dolida: te había roto el corazón.

—Tú siempre tan benevolente, Helena —expresó Rhea con una media sonrisa—. Pero la realidad es que me convertí en alguien horrible, y esto solo recién comienza.

—¡Me siento mal! —exclamó Adam con voz grave. Rhea y Helena se volvieron para prestarle atención.

Adam estaba muy pálido.

—¿Qué tienes?

—Siento que voy a vomitar, creo que...

Y Adam desapareció delante de ellas. Despertó completamente sudado, con un dolor intenso en el cuello, ya que se había quedado dormido sentado sobre el sofá. Se sentía mareado, con revoltijo del estómago y náuseas. Se dobló en dos y descargó todo el contenido de su estómago en la alfombra.

Se levantó del sillón y tropezó con la mesita ratona; miró la mesita, y sobre ella había lista una línea de cocaína para consumir. Al verla se le secó la boca y se odió por ser tan dependiente de esa mierda.

Le propinó una patada a la mesa y la volcó hacia un costado; todo lo que había sobre esta se derramó en el suelo. Se dejó caer al suelo, abatido y vencido, sosteniendo su cabeza entre medio de sus manos y temblando todo su cuerpo.

Solo podía visualizar una cosa clara en su cabeza: necesitaba paz, la necesitaba a Helena.

CAPÍTULO 5 Helena recorría

junto a Omar, en la combi de la agencia de turismo, los diferentes hoteles que habían contratado sus servicios, recogiendo a los turistas emocionados por conocer Atenas.

Chequeó su planilla; tenía un grupo grande ese día, poco usual, más de treinta personas, pero a último momento, se le sumaron al recorrido los integrantes de un equipo de rugby.

Omar detuvo la combi en la puerta del lujoso hotel Luxury; recogieron a un solo hombre, que subió en la camioneta, vestido con ropa de deporte holgada, una gorra roja con la visera hacia atrás y un par de enormes anteojos negros, que le cubrían gran parte de la cara. Saludó a ambos, entró en la combi y tomó asiento en el último lugar, abrazando su mochila.

Continuaron el recorrido por los diferentes hoteles hasta llenar la camioneta de pasajeros. Helena se levantó de la comodidad de su asiento al lado de Omar y encendió el micrófono.

—¡Buenos días! Mi nombre es Helena Papaulukas, seré su guía el día de hoy, espero que tengan una jornada agradable y amena... Los llevaré a recorrer las antiguas calles de esta hermosa ciudad, Atenas. Les contaré un poco de historia y de los principios de la civilización griega. —Hizo una pausa para tomar aire—. Les doy la bienvenida. Gracias por contratar a Atenas Tur; espero que disfruten del paseo.

Hubo una pequeña ovación, cargada de expectativa; la camioneta se llenó de aplausos. Helena les entregó mapas de la ciudad, sus credenciales y un presente que otorgaba la agencia de turismo, que consistía en una caja, con dulces dentro.

Omar los dejó en el Templo de Zeus Olímpico. Helena los reunió a todos y comenzaron el recorrido por el templo. Cincuenta minutos después, continuaron hacia la Puerta de Adriano; tomaron fotos y siguieron a pie, cruzando la avenida principal Amelías para tomar la peatonal Dionissiou Areopagitou y comenzar el extenso recorrido de ascenso a la Acrópolis, accediendo a ella por la ladera sur, a través del Teatro de Dionisio.

Helena esperaba a la sombra, mientras su grupo tomaba fotos; sacó su botella de agua y bebió un poco. Sintió su teléfono vibrar en alguno de los bolsillos de la bermuda negra que ese día llevaba. Tanteó con sus manos por arriba de la tela, hasta dar con el celular; lo sacó y miró la pantalla. Tenía un mensaje de Adam.

Adam Coop_8:45

Hola Helena. ¿Cómo estás?

Lamento haberme ido así, me desperté muy descompuesto. Lo siento.

LenitaLove_8:46

Hola, Adam.

Aquí estoy, trabajando como todos los días.

Ayer me preocupé al verte; te noté extraño.

¿Hoy cómo te sientes?

Guardó su teléfono; el grupo de muchachos del equipo de rugby estaba armando revuelo; se acercó a ellos y les preguntó de modo cortés si podía hacer algo por ellos.

Ellos sonrieron, la miraron con interés y negaron con la cabeza. Helena les dedicó una fría mirada de advertencia, prendió el altoparlante y reunió a su grupo.

—¡Recuerden que no deben alterar, marcar o escribir nada; lo que ven son monumentos históricos y el salvajismo es penado por la ley! —dijo elevando la voz, dedicándole una mirada al grupo de rugby—. Como les expliqué, después de visitar la Acrópolis, descenderemos nuevamente hacia la peatonal y desde allí podremos ir a conocer las colinas al sur de la Acrópolis: Filopapo, Areópago y el monte Pnix. ¡Andando, señores! ¡Aún queda mucho por recorrer!

Había llegado a Atenas en la madrugada. En un acto impulsivo, había llamado al director y le había dicho que necesitaba tomarse unos días.

Discutieron. No fue una conversación amena, pero Adam fue muy claro: «Si no me das los días, tendrás que buscarte otro protagonista para la película».

Finalmente llegaron a un acuerdo, y Adam regresaría el lunes a rodar. Reservó un vuelo privado y llegó a Atenas un par de horas después. Se había reservado una habitación en el Luxury. Y, no bien traspasó las puertas de hotel, le solicitó al conserje que le contratara el tour por la ciudad con la agencia Atenas Tur.

A las ocho en punto de la mañana, una combi Mercedes Benz de color

blanca aparcaba en la puerta del hotel. Adam se había camuflado para que Helena, ni ninguna fanática desquiciada, lo reconocieran. Se había puesto su conjunto Adidas de color negro, que era bien holgado. Se sentía cómodo; se calzó unos anteojos enormes, con marco de carey negro y estilo aviador, que tapaba gran parte de su cara. Se colgó una mochila y esperó ansioso la llegada de la camioneta.

Se acercó a la combi y respiró hondo, embriagándose por primera vez con el perfume de Helena. Ella había bajado de la camioneta y el viento había agitado su cabello rubio, trayendo su dulce aroma a las fosas nasales de Adam. Lo saludó, ofreciendo su mano de forma cortés; anotó algo en una planilla, le regaló una sonrisa y lo invitó a entrar en la camioneta.

Se sentó al fondo, abrazando su mochila, y se dedicó a mirarla de forma descarada, ocultando sus ojos tras los enormes anteojos. Helena no se percató en ningún momento de su presencia, ni reparó en él.

Minutos después, pararon en otro hotel, subieron a la combi unos diez hombres de tamaño colosal, que reían, cantaban y hablaban muy alto. Adam sonrió cuando Helena les dedicó una mirada de atención. Podía sentir que a ella no le agradaba mucho la presencia de esos tipos.

Comenzaron el tour por la ciudad. Adam se mantenía apartado de Helena, pero cerca a la vez, lo suficiente para escucharla dialogar con los turistas. Ellos le hacían preguntas, y ella las respondía con cordialidad y siempre mostrando su bella sonrisa.

Estaba fascinado. Era más hermosa de lo que había esperado. De vez en cuando se acercaba lo suficiente para olerla, se deleitaba con su perfume y luego se alejaba, recuperando la distancia, lleno de emociones indescriptibles que recorrían su interior.

Sacó su celular, tomó unas fotos y, sin poder contenerse, le escribió un mensaje. Se rió de Helena al verla buscar el teléfono en los bolsillos de su bermuda; cuando dio con este y vio la pantalla, ella sonrió. Adam percibió una sensación en medio de su pecho; deseó poder acercarse. Lo haría, pero no aún.

Ella le respondió de inmediato, él se giró y leyó su mensaje. Luego la escuchó regañar a los rugbiers y reunió a todos para continuar el recorrido.

Adam caminaba camuflándose entre medio del grupo y trataba de mantener siempre la mirada hacia abajo; había mucha gente, y cualquier persona podría

reconocerlo. Siempre había alguna fan loca suelta por ahí.

—¡Atención, grupo! —Adam se acercó a ella, al igual que todo el contingente de turistas—. Ahora, tomaremos la calle Apostolou Pavlou (*Apóstol Pablo*), bordearemos el Ágora, que se encuentra a nuestra derecha y llegaremos al barrio de Monastirake. Pasaremos la estación del metro Thisio; a pocos metros se encuentra la puerta de acceso al Ágora. Después de haberla visitado, podremos disfrutar de un merecido almuerzo en las muchas terrazas y tabernas del barrio Monastirake.

¡Andando!

Helena tenía una energía que contagiaba a los demás. Estuvieron más de cincuenta minutos recorriendo el Ágora, tomando fotos, y algunos de los turistas del grupo le hacían preguntas a Helena.

Al regresar al barrio Monastirake, los reunió a todos una vez más.

—¡Solo voy a robarles unos minutos! ¡Sé que están cansados y, sobre todo, hambrientos! —Hubo un asentimiento general—. Quiero recordarles que tienen una hora y media para almorzar; pueden hacerlo en donde más les agrade. Todos los restaurantes tienen una excelente gastronomía regional. Nos reuniremos aquí, para continuar nuestro recorrido; pasaremos por la Plaka y, si aún nos quedan energías, subiremos nuevamente a la colina Filopapo a contemplar la puesta de sol.

El grupo se dispersó; Adam se alejó unos metros de Helena y se escondió detrás de una columna. La observó. Ella caminaba mientras tanteaba los bolsillos de su bermuda; sacó su billetera y caminó hacia un puesto de comida callejero. Minutos después, con su comida en la mano, se refugiaba a la sombra, sentada sobre un alto cantero lleno de flores de colores. Adam sacó su teléfono.

¡Te ves increíble hoy!

La vio chuparse los dedos y rebuscar su teléfono en uno de sus bolsillos; sonrió mientras masticaba y enarcó una ceja al leer el mensaje. No tardó en

llegarle la contestación.

LenitaLove_13:41

¿Cómo puedes saberlo?

Si me vieras en este momento, te reirías, estoy comiendo mi almuerzo, el pan de mi gyros se está rompiendo, y se me está chorreando todo el yogur por el brazo... nada sexy que digamos... Jajaja.

Adam Coop_13:41

Así y todo, luces encantadora.

¿Cuántos bolsillos tiene tu bermuda? Apuesto a que tienes de todo allí dentro...

Adam reprimió una carcajada al mirar la expresión de confusión de Helena, levantó la mirada y observó a su alrededor, buscándolo.

LenitaLove_13:43

¿Cómo sabes? ¿Acaso puedes verme?

Adam Coop_13:44

Sí, puedo verte.

Luces hermosa, y se te nota un poco confundida.

Te rascas la cabeza, y miras alrededor, buscando... Te preguntas: ¿Será cierto? ¿Está aquí?

La vio sonreír y morderse el labio inferior. Ella continuaba mirando y buscando su rostro, entre los cientos de personas que caminaban y pasaban por allí. Adam continuó escribiendo.

Adam Coop_13:45

Aleja a ese tipo de la gorra roja que se te acerca, y encuéntrame.

Helena se giró y se encontró con el hombre de grandes anteojos y gorra roja; sin prestarle atención, continuó buscando el rostro de Adam.

—¡Disculpe, no quiero molestar!... me dijeron que hable con usted por recorridos especiales. — Helena negó con la cabeza.

—¡Lo siento, no hago recorridos especiales! Si desea realizar un recorrido diferente, le aconsejo que hable con la agencia. Ellos seguramente podrán preparar un paseo especial para usted, señor.

Ella no lo miraba directamente; estaba concentrada buscando reconocerlo entre los turistas. El hombre de la gorra roja se sentó sobre el cantero, a su lado. Helena lo ignoró, volviendo a mirar su celular.

—Dijiste que, cuando viniera a Atenas, me harías un recorrido especial, ¡qué feo que faltes a tu palabra, Helena!

En ese momento ella se giró de golpe y se quedó estudiándolo por unos segundos, con una expresión de sorpresa, buscando en ese hombre de la gorra roja a Adam.

Él bajó el marco de los anteojos, deslizándolo por su nariz, descubriendo sus ojos, pero sin quitarse por completo los lentes. Sonrió de lado cuando ella lo reconoció.

Sus miradas se encontraron; la sonrisa se le dibujó en el rostro a Helena, cuando Adam, con su dedo índice, empujó la montura de los lentes para ponerlos nuevamente en su lugar y le susurró:

—Mejor me mantengo de incógnito; siempre hay alguna fanática loca rondando... ¡Shhh, no digas nada!

Helena, en un impulso de su cuerpo, se abalanzó sobre él y lo abrazó. Adam la envolvió entre sus brazos y enterró por primera vez la nariz en su cabello, aspirando su aroma: olía increíble.

Sentir su cuerpo lo estremeció. Ella era real. Y eso lo hizo darse cuenta de muchas cosas. El rollo del destino, vida pasadas y viajes astrales no eran solo habladurías. Había más. Se separó un segundo de ella y tomó su mano izquierda, y tocó la esclava que descansaba en la muñeca de Helena.

Ella siguió el recorrido de sus dedos, vibrando ante ese suave y cálido contacto. Adam estaba hechizado ante ella; sus ojos eran dos zafiros penetrantes. Mucho más bonita que en lo sueños, de eso no tenía duda.

—¿Qué haces aquí, Adam? —preguntó, luego de la sorpresa.

—Necesitaba alejarme un poco de Londres, no es mi mejor momento; además, tenía unas ganas locas de conocerte. —Helena asintió.

—Yo también tenía unas ganas locas de conocerte o, mejor dicho, de tenerte en persona... —Levantó su mano y le rozó con la punta de sus dedos la mejilla con suavidad—. Eres tan real... Siento por algún motivo inexplicable que mi corazón va a salirse de mi pecho.

—Entiendo de lo que hablas; yo siento lo mismo.

Se creó como una burbuja a su alrededor; solo eran ellos dos. Todo el mundo se había reducido a nada. Como si el tiempo de un momento a otro se hubiese detenido, justo ahí, en ese instante.

Grabando a fuego en su memoria ese primer encuentro.

—¡Disculpe!... —dijo una mujer, rompiendo el hechizo entre ambos.

Helena se volvió hacia ella. Adam, detrás de los lentes, le dedicó una mirada cargada de furia por haberlos interrumpido.

—¿En qué puedo servirla, señora?

—¿Cuándo retomamos el tour?

—En unos minutos, cuando todo el grupo se reúna en el punto de encuentro, aún faltan... —miró su reloj —... diez minutos.

La mujer bufó por lo bajo y se fue.

—Decías... —dijo Helena volviéndose hacia él.

—¿Cenas conmigo esta noche? —Helena sonrió al escuchar la propuesta; asintió.

Un viento le soltó un mechón de cabello.

Adam lo tomó con cuidado, lo miró con detenimiento: era de color amarillo dorado, con diferentes tonos; lo deslizó entre sus dedos y lo acomodó detrás de su oreja.

—¿Qué dices de la cena?

—Sí... —susurró Helena. Se había quedado sin aliento ante ese suave y casto roce.

Le tomó el rostro entre las manos.

—Siento muchos deseos de besarte ahora, Helena —Ella se sonrojó y se humedeció la lengua expectante.

—¡Señorita! —volvió a interrumpir la mujer.

Helena cortó el contacto visual con Adam para volverse otra vez.

—¿Sí?

—Ya han pasado los diez minutos; tenemos que retomar el recorrido: debo estar a las seis en el hotel.

—Enseguida, señora.

Helena comenzó a caminar; Adam la siguió a su lado. Llegaron al punto de encuentro, y aún faltaba el grupo de rugby. Encendió el altavoz y comenzó a llamarlos; cinco minutos después, aparecieron, ganándose una mirada de reproche de parte de la señora.

Helena le dedicó una mirada de disculpa a Adam; él hizo un gesto restándole importancia. Esa noche la tendría solo para él. Un sentimiento expectante se instaló en su pecho.

Ella retomó el recorrido por la ciudad; de vez en cuando, cruzaban miradas y sonrisas. Subieron nuevamente al monte Filopapo para ver la puesta de sol. Era un espectáculo impresionante. Los colores naranjas se perdían en la inmensidad de un intenso púrpura; formaban a lo lejos una especie de espejismo. Las nubes parecían olas de mar. Y, más allá, la hermosa Acrópolis. Era una ceremonia única de la naturaleza, que quitaba el aliento por unos segundos y brindaba una especie de paz interior. Helena amaba ese lugar.

Adam se acercó a ella y admiró su perfil; la línea de su nariz era perfecta, pequeña y apenas respingada.

—¿Te tomas una foto conmigo?

Se giró para mirar a Adam y asintió. Se acomodó a su lado; él acomodó la cámara frontal de su teléfono celular e hizo un buen plano de la Acrópolis de fondo y de ellos, a un costado. Él la abrazó y ella sonrió de forma inevitable, al sentir cómo cientos de mariposas revoloteaban en su estómago y le provocaban cosquillas.

Lo que Adam y Helena no sabían es que un par de ojos oscuros los miraba de cerca, tomándoles fotos, escondidos tras las sombras.

Gía había tenido una mañana bastante difícil en la escuela. Primero, Dana. La chica la había interceptado en el baño; estaba junto a Rachel. Gía entró,

las miró y las ignoró pero, cuando salió del cubículo, ambas la atacaron a insultos y burlas por su aspecto aniñado.

Intentó hacer oídos sordos, demostrarles que no le importaban sus burlas, pero a su edad y, sobre todo, lo relacionado con su cuerpo la encabronaba.

Ella era una adolescente normal; no se sentía fea. Al contrario, era muy bonita, menuda, de contextura pequeña; tenía una marcada cintura y unas buenas caderas. No tenía mucha cola, o por lo menos eso creía ella, y mucho menos tenía senos. Apenas lograba llenar los sostenes con *pushup* y, como toda chica de su edad, y más teniendo en cuenta el precoz desarrollo de sus compañeras de curso, Gía aún se sentía con el cuerpo de una niña.

Iba caminando tan enojada por los pasillos que se chocó de frente con la profesora de Historia, Francesca Desa. Y la carpeta que llevaba en sus manos cayó al suelo; algunos de sus dibujos se desparramaron.

Francesca se agachó y ayudó a Gía a recoger los dibujos; tomó uno y lo miró con detenimiento. De un segundo a otro había perdido todo rastro de color en su rostro. Gía la miró preocupada.

—¿Se encuentra bien, profesora?

—¿Tú dibujaste esto?

—Sí.

—¿Dónde viste esta imagen?

—En mi cabeza. Se me vino a la mente y la dibujé. —Francesca asintió.

—¿Has leído el libro que te di?

—Sí, es muy interesante. Cuando lo termine, se lo prestaré a mi madre; ella me lo pidió.

—¿Tu madre? —Gía asintió con una sonrisa—. ¿Podrías pasar por mi despacho después de clases?

Me gustaría hablar contigo.

—¡Claro! —aseguró Gía un poco extrañada.

Francesca le entregó los dibujos; ella los guardó en su carpeta y retomó camino hacia el aula. Tenía Matemáticas, su peor pesadilla.

Al entrar, caminó hasta el banco en donde estaba sentado Alón; la saludó al verla. Ella le hizo un gesto con la cabeza y tomó asiento a su lado. Suspiró resignada, sacó de su mochila el cuadernillo de la materia y lo abrió.

Las fórmulas, los números y las ecuaciones se hicieron visibles ante sus

ojos. Se tomó la cabeza con ambas manos, frustrada; murmuró una maldición, que captó la atención de Alón.

—¿Qué te sucede? —Gía se volvió hacia él.

—Odio Matemáticas, no entiendo nada. Seguramente el profesor pedirá la tarea y, como no sé qué hacer, ni por dónde empezar, no la hice.

—Puedo ayudarte si quieres. Se me dan bien las matemáticas.

—Alón, te lo agradezco, pero soy un caso perdido.

—¡Vamos! Yo te enseñaré. Tú me pintas y yo te enseño matemáticas; me parece un trato justo, ¿no?

Gía asintió. No tenía mucha esperanza, pero haría un esfuerzo. Más si Alón se ofrecía a enseñarle. El profesor de Matemáticas entró en el aula, dio los buenos días. Hubo un saludo general en toda la clase; luego se acomodaron en el más absoluto silencio.

El profesor Coleman apoyó su maletín sobre su escritorio, lo abrió, tomó una hoja, se volvió hacia el pizarrón y comenzó a copiar un ejercicio. Cuando terminó, miró a la clase.

—¿Quién quiere pasar a resolver el problema?

Reinó un silencio sepulcral.

—¿Elijo yo? —volvió a preguntar. Pasó una mirada general por el aula—. Señorita Abignali, pase al frente.

Gía cerró los ojos. ¿Justo a ella tenía que elegir? Se levantó desganada y caminó arrastrando los pies; el profesor le entregó un trozo de tiza. Se giró hacia el pizarrón, miró el ejercicio y suspiró resignada. No tenía idea de qué hacer. Podía sentir la mirada del profesor clavada en su nuca.

—Para hoy, señorita Abignali. —Gía se giró y miró apenada al profesor.

—No puedo hacerlo. No sé. No lo entiendo.

—¿Hizo la tarea?

—¡Claramente no! No sé por dónde comenzar; siempre me costaron las matemáticas.

Sus mejillas se tornaron rojas, al escuchar reír sonoramente a Dana y Rachel, que se ganaron una mirada reprobatoria por parte del profesor.

—No es excusa, señorita Abignali; si quiere aprobar, tendrá que saber hacer los ejercicios.

—Lo sé. Mi compañero de banco, Alón, minutos antes de que usted entrara,

me ofreció a ayudarme.

Prometo esforzarme, profesor.

—Eso espero, Abignali. Ve a tu asiento.

Gía se sentó, y Dana se giró para mirarla sobre su hombro con desdén. Ella ni se inmutó. Y así comenzaba su día...

Al finalizar la última clase del día, que era Educación Física, Gía se cambió la ropa sudada y fue al despacho de la profesora Francesca Desa. La esperaba; la hizo pasar y tomar asiento. Le ofreció algo de tomar, pero Gía se negó: así estaba bien.

Francesca descansó los codos sobre el escritorio y entrelazó las manos; apoyó su mentón en estas y miró a Gía con una sonrisa.

—Gía, debo confesarte que me llamó mucho la atención ver tus dibujos. Me dijiste que lo que dibujas se te viene a la mente, y tú lo plasmas en el papel. —Gía asintió—. Son tan reales... Hay más detrás de esos dibujos. Hay personas que tienen el don de ver. Tú lo tienes. Las personas que dibujas fueron personas reales, que existieron en algún momento en este tiempo o bien en otro.

¿Comprendes?

—No mucho, estoy confundida.

—Cuando vi el dibujo hoy, lo entendí. ¿Tienes el dibujo? —Ella asintió, abrió la carpeta y lo sacó—. ¿Sabes quién fue este hombre? —Gía negó—. Este hombre existió; se llamaba *Critias «el Tirano»*. Reinó Atenas en el siglo v antes de Cristo. Hay esculturas, hay cuadros de este hombre, pero ninguno como tú lo retrataste. —Gía se rascó la cabeza—. ¿Hace cuánto dibujas este tipo de imágenes?

—Mucho tiempo. Algunos meses tal vez no llevo la cuenta. Solo lo hago.

—¿Podrías ordenar los dibujos cronológicamente?

—¿Cómo?

—Ordenarlos desde el primero que pintaste hasta el último. ¿Puedes hacer eso?

—Supongo que sí.

—¡Hazlo, por favor! y, cuando lo hagas, ven a verme, no aquí, en mi estudio personal, si te parece bien. Podemos, tal vez, si aún estás interesada hacer una regresión y ver el significado de estos dibujos.

—¡Claro! Sí, quiero hacerlo.

—¡Excelente! Ten, aquí está mi número. —Le entregó una tarjeta personal—. Ante cualquier duda que tengas, solo escríbeme.

Gía asintió; luego salió de la oficina de Francesca. Se fue de la escuela rumbo a la casa de su padre. Los viernes, por lo general, iba siempre a comer allí y se quedaba a pasar el fin de semana.

Al llegar, la recibió Luisa y le sirvió un succulento almuerzo. Cuando terminó, se dedicó a ayudar con la tarea a Tobías y a Ángel; y, al terminar con los deberes, se pusieron a jugar. Neal llegó cerca de las seis de la tarde, abrazó a Gía al verla y le besó la coronilla.

—¿Cómo anda mi princesa?

—¡Bien, papá!

—¿Tu madre?

—Supongo que trabajando.

Luisa entró a la sala con una bandeja de limonada fresca y galletas; los niños se abalanzaron sobre la bandeja.

—¿Cómo te va a ti, Gía? ¿La escuela?

—Bien, siempre en el mismo lugar...

—¡Ja, ja, ja! Muy graciosa, jovencita.

—Bien, salvo Matemáticas, el resto de las materias las tengo aprobadas este semestre.

—¿Qué harás con Matemáticas? ¿Helena te manda a clases particulares?

Gía negó con la cabeza; tomó un vaso de limonada de arriba de la mesilla; bebió un poco.

—No. Pero un compañero se ofreció a enseñarme.

—¿Un compañero?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Alón. Es nuevo. Vivía en El Cairo. No le gusta mucho Atenas... —dijo pensando en él.

—Alón... —repitió Neal grabando el nombre del muchacho a fuego en su memoria—. ¿Y ese tal Alón y tú...?

Gía se ruborizó y sonrió nerviosa. Las alarmas saltaron en la cabeza de

Neal.

—¡Gía, no sé si lo hablaste con tu mamá, pero tienes que saber que hay muchachos que...!

—¡No! ¡No quiero hablar de esto contigo! Ya lo hablé con mamá —lo cortó Gía antes de que su padre comenzara.

—¿Tienes alguna duda?

—Ninguna duda, papá. Puedes estar tranquilo, lo aseguro. Todo está muy claro y, en caso de tener alguna duda, lo hablaré con mamá, ¿te parece bien?

—Sí, me tranquiliza saber que estás informada.

Luisa, que escuchaba en intercambio de palabras entre padre e hija, sonrió. Neal era muy celoso de Gía. Y no aceptaba que su pequeña princesa ya no era tan pequeña.

—¿Vienes hoy en la noche a cenar con nosotros? Celebraremos el cumpleaños de la mamá de Luisa.

—Lo lamento, pero no voy a ir. Dale mi saludos a tu mamá, Luisa. Pero hoy quiero quedarme en casa.

—¿Segura?

—Muy segura, papá.

Se quedó un rato más en la casa de su papá y, cuando ellos partieron hacia la casa de los padres de Luisa, la dejaron de pasada en su casa. Al entrar, escuchó ruidos arriba.

Subió las escaleras y vio la puerta abierta en la habitación de Helena; entró y se encontró con su mamá revolviendo toda la ropa. Había una enorme pila en el centro de la cama. Gía se tiró sobre el colchón, al costado de la montaña de ropa, y la saludó.

—¡Hola, mamá! —Helena se giró para mirarla.

—Hola... —respondió Helena, sosteniéndose la toalla que envolvía su cabello húmedo—. Creí que te quedarías en lo de tu papá.

—Iba a hacerlo, pero cambié de parecer. Hoy es el cumpleaños de la mamá de Luisa; me invitaron, pero no me agrada esa señora, y yo a ella tampoco, así que preferí quedarme en casa. Compré helado; lo dejé en el refrigerador. Creí que tal vez querías ver una película conmigo, pero al parecer tienes planes esta noche.

—Cariño, lo siento, sí, tengo planes esta noche —afirmó Helena, mientras

se abrochaba un corpiño de encaje negro tipo *straples*.

—Y deben de ser unos planes muy intensos, para que te pongas esa lencería... ¿te vas a ver otra vez con Saúl?

Helena sonrió y puso cara de asco.

—¡No! No con Saúl. Ni loca. No voy a salir más con él. Es un buen tipo, pero no va conmigo.

—¿Y para quién te vistes así? —preguntó Gía interesada.

Helena se subió la cremallera lateral de un vestido color fucsia intenso, con escote corazón, que se acentuaba en su cintura y se adhería a sus caderas, delineando sus curvas, se puso unos zapatos dorados, con una plataforma de más de diez centímetros. Dejaban a la vista la uña de su dedo gordo, que se encontraba pintada de fucsia.

—¿Me veo bien? ¿O mejor el negro? ¿Te parece que este color me favorece?

—Negro, olvídalo. El fucsia te hace lucir increíble, te realza. Siempre te quedan bien los colores intensos; van contigo, te complementan. ¿Y quién es el afortunado?

—¿Recuerdas a Adam? —comentó Helena, y Gía se sentó de pronto en la cama.

—¿Vas a salir con el tipo que dice ser Adam Cooper? ¿El de Internet?

—Sí. Y no es un tipo que se hace pasar por Adam, ¡es Adam!

—¡Mamá! ¿Te has vuelto loca? No puedes salir con ese tipo, ¿y si es un psicópata? O un asesino... es peligroso.

—Gía... tranquila, no es nada de eso. Es Adam. Vendrá a buscarme a las ocho, así que lo conocerás; espero que seas cortés.

—Lo seré, siempre lo soy —le recordó.

Helena le regaló una sonrisa, prendió el secador de pelo y comenzó a secar su cabello.

Gía amaba ver a su mamá cambiarse, peinarse y maquillarse. Helena era una mujer hermosa. Todos decían que ella era igual, un calco de Helena, pero ella no se sentía de esa forma; se sentía alguien fuera de lugar, fuera de este mundo. Por alguna extraña razón, sentía que no pertenecía allí. Tal vez hacer la regresión y conocer su vida pasada, quién fue, qué hizo y cómo era la harían verse a sí misma.

Escuchó el motor de un auto estacionarse en la vereda. Gía se levantó de la cama, se acercó a la ventana de la habitación de Helena, corrió la cortina púrpura y vio que un Porsche negro estacionaba en la puerta de su casa.

—Tiene un bonito auto, mamá... ya llegó —le informó Gía; se volvió hacia Helena, que se delineaba los ojos.

—Puedes abrirle; dile que bajo en unos minutos.

Gía suspiró y asintió. Bajó las escaleras, y a mitad de camino sonó el timbre. Arrastró los pies hasta la puerta de entrada y abrió. Se quedó estática, con los ojos clavados en la imagen del hombre que tenía frente a ella. No parpadeaba; temía que, si lo hacía, él desapareciera, no podía ser real...

¿En dónde cabía que su madre estuviese saliendo con ¡Adam Cooper!?

—Gía, ¿cierto? Un gusto, soy Adam —le tendió la mano.

Gía por fin parpadeó y puso atención en la mano que le ofrecía. No pudo contenerse; simplemente se abalanzó sobre Adam, abrazándolo con intensidad.

Él era uno de los hombres más apuestos del mundo. Era raro; no sabía cómo explicarlo, sintió una enorme emoción. Adam, acostumbrado a generar ese tipo de reacciones en jovencitas como ella, la abrazó cariñosamente. Apareció Helena en la puerta y miró la escena. Gía se separó de Adam y se volvió hacia ella con la boca extremadamente abierta.

—¿Es Adam Cooper! ¿Puedes creerlo?

—Te dije, tú no quisiste creer. Deja pasar a Adam, Gía.

Gía se hizo a un lado, y él aprovechó para darle un beso en la mejilla y aspirar su perfume, embriagándose.

—Por fin conozco a la famosa Gía. Tu mamá no deja de hablar de ti. Es un placer conocerte.

—El placer es mío, Adam... ¿Podemos tomarnos una foto?

—¡Claro!

Gía sacó su teléfono y se acercó a Adam; se tomaron una *selfie* y luego tomaron otra, incluyendo a Helena.

—¿Adónde irán a cenar? —se interesó Gía.

—No lo sé; tú mamá se comprometió a llevarme al mejor restaurante de Atenas.

Gía se volvió hacia Helena, que guardaba su billetera en la cartera.

—¿Lo llevarás a Aleria?

—No... Adam es un aventurero y reservé una mesa en el cielo; espero que disfrutes de esta experiencia —explicó, volviéndose hacia él.

—Adonde tú digas, Helena. Luces bellísima.

—¿Estás segura de que estarás bien sola? —preguntó Helena mientras cruzaba la cartera sobre su hombro derecho.

—Sí, mamá... estaré bien.

—Tienes comida en la nevera. Y, ante cualquier cosa, me envías un *whatsapp*.

—Sí, mamá, descuida. Cenaré y me tiraré cual morsa en el sillón con mi pote de helado a mirar alguna película en Netflix. ¡Diviértanse!

Salieron de la casa, y Adam le preguntó camino al coche:

—¿Cómo es eso de que reservaste una mesa en el cielo?

Se giró hacia él con una sonrisa enigmática y le susurró:

—Ya lo verás... espero que no temas a las alturas.

—¡Ohhh! —exclamó Adam al verse impulsado hacia arriba, con una Helena risueña y divertida sentada a su lado.

Dinner in the Sky (*Cena en el cielo*) es un restaurante de comida gourmet, que brinda a sus clientes la particularidad de sentarse en una mesa suspendida en el cielo, a más de cincuenta metros de altura. Las mesas son enganchadas con grúas. Cada mesa cuenta con veintidós lugares y, en el centro, el chef y los mozos sirven, mientras se disfruta de las mejores vistas de Atenas, una deliciosa comida regional y un buen vino.

Adam, en un principio, creyó que Helena bromeaba pero, al llegar al restaurante, supo que hablaba en serio: cenarían en el cielo. Debía reconocer que lo había sorprendido.

Los recibió un hombre que, al ver a Helena, se acercó y la estrechó entre sus brazos con cariño.

Cruzaron un par de palabras.

—¡Helena! ¡Qué gusto verte! Cuando llamaste y dijiste que vendrías, no

podía creerlo.

—Gracias a ti por reservarme una mesa. Sé que ustedes se manejan con reservas anticipadas.

—Es cierto... pero siempre tenemos lugar para ti. Síganme, les reservé una mesa especial.

Los escoltó hasta el playón, donde se encontraban las enormes grúas amarillas. Los acompañó hasta la mesa.

—Solo serán ustedes dos. Pediste discreción, la tendrás, Helena; es un placer tenerlo esta noche cenando con nosotros, señor Cooper. Espero que disfruten de una amena velada. Marco los servirá esta noche, y Homero, su chef, uno de los mejores de nuestro staff.

Tomaron asiento en el centro de la mesa. Las butacas eran amplias y cómodas, de cuero negro y una estructura plateada. Se sentaron, y Marco les ajustó el cinturón de seguridad. Cuando todo estuvo listo, la mesa comenzó a ganar altura. Helena sonrió divertida al escuchar a Adam. Se giró hacia él.

—¿Asustado?

—Ni un poco.

La mesa subió con lentitud; todo se iba alejando poco a poco, haciéndose pequeño. Y la vista de Atenas a la luz de la luna era simplemente majestuosa. Adam reconoció que Helena lo había maravillado.

De pronto, dejaron de subir, para comenzar a dar vueltas muy despacio, con una vista de trescientos sesenta grados de la ciudad. De fondo, podían ver completamente iluminada la Acrópolis, las montañas circundantes, el mar y el bello paisaje urbano.

Sintió una suave brisa, y su cuerpo se estremeció; miró a Helena sentada a su lado y pensó que sería demasiado fácil enamorarse de ella. No debía; él estaba metido de mierda hasta el cuello; no podía arrastrarla a ella también. Se aclaró la garganta y, para bajar la tensión, le preguntó divertido:

—¿Qué pasa si se me cae el tenedor?

—Marco seguramente te dará otro —respondió Helena; el mozo asintió, mientras le servía una copa de champaña a cada uno.

Adam tomó la copa y la levantó.

—Por una noche maravillosa.

Helena se ruborizó; el tono que había usado la había hecho sonrojar.

Chocaron sus copas y bebieron. Se les acercó el chef y les mostró el menú seleccionado. Consistía en una entrada de pulpo con aceitunas negras, pimientos, alcaparras, remolacha y ensalada mizouna. Luego, un plato llamado *Dolmadakia de Kassos*, que eran hojas de parra rellenas con arroz y carne picada, aromatizadas con hierbas, y el clásico yogur griego. El plato principal era un filete de ternera con jengibre y salsa de naranja, acompañado con papines en palillos de bambú, con zanahorias braise y hebras de queso parmesano. De postre, podían seleccionar el que más le gustase de tres opciones: galleta crujiente de limón, con mousse y salsa de limón; mousse de chocolate; o helado.

—Buena elección, Helena. Tengo que reconocerlo, me has sorprendido, ¿cómo lograste conseguir mesa?

—Una guía turística tiene contactos —explicó orgullosa—. El hombre que nos recibió es el dueño. Yo siempre le mando clientes; recomiendo su restaurante, bueno... Hoy lo llamé y le pedí una mesa; le aseguré que un actor famoso cenaría conmigo y él me dijo que estaba encantado de recibirnos. ¿Te agrada? —preguntó mientras bebía un poco más de champaña.

—¡Me encanta! Menos mal que no sufro de vértigo —bromeó.

Marco recargó las copas. Helena le agradeció, tomó la copa y bebió otro poco. Miró a Adam: era increíblemente bello. Sintió de pronto un cosquilleo en sus labios, anhelando probar los suyos; volvió a beber un poco más de champaña. No quería pensar en besarlo.

—¿Qué es esta palanca? —preguntó Adam a Marco.

—Si presiona esa palanca, su asiento se reclinará; podrá disfrutar las estrellas, señor.

Adam tiró de la palanca, y el asiento se reclinó, otorgándole una vista magistral del cielo nocturno plagado de estrellas. Helena lo imitó. Él extendió su mano, agarrando la de ella. A ambos los invadió una descarga de fuego ardiente, como lava, que recorría su interior. Adam giró su rostro hacia ella.

—No creo en todo ese rollo del destino... —comenzó, tragó. Helena encontró encantador el subir y bajar de su nuez de Adán—. Pero estoy empezando a creer. Helena, tú eres lo más real que me ha pasado en la vida. —Levantó la mano de Helena, y señaló la esclava—. Agradezco a esta pulsera, al destino, a Dios, o a lo que sea, por haberme cruzado contigo. ¿Tú que piensas? Necesito saber, Helena, necesito saber que yo no soy el único

que está perdiendo la cabeza aquí.

—Adam... todo esto es realmente confuso y extraño. Pero por algo hoy estamos aquí. Llamémosle *destino*. —Adam hizo una mueca de disgusto—. Ponle el nombre que más te guste pero, lo importante, es real. Tú y yo aquí, a cincuenta metros del suelo, en una mesa suspendida en el aire, mirándonos como dos adolescentes que no entienden qué es lo que está sucediendo. Pero no nos preocupemos, no intentemos comprender; las respuestas llegarán cuando tengan que llegar, Adam...

solo... solo vivamos el momento.

—Te besaría en este momento —dijo Adam—. Muero por probar tus labios. —Helena se sonrojó.

—¿Qué te detiene? —provocó.

—Que estoy atado y que no tengo la libertad de abrazarte a mi antojo.

—Entonces... deberás esperar a estar en tierra firme para besarme —afirmó ella, mientras tiraba de la palanca para poner nuevamente el asiento en vertical.

Adam tiró de la palanca también y, no bien el asiento se acomodó, una distancia corta lo separaba de ella. Sin dejarle tiempo a reaccionar, separó la espalda del respaldo, sintió el cinturón apretarse sobre su pecho, pero no le importó. Tomó con su mano el mentón de Helena y la giró hacia él, atrayéndola. No iba a aguantar hasta estar en tierra para besarla.

Buscó la boca de Helena, que salió a su encuentro. El primer contacto de sus labios los congeló; las emociones y sensaciones que invadieron sus cuerpos los hizo por unos segundos estar estáticos. Inspiraron, al unísono, con los ojos cerrados, expectantes. Adam, con las dos manos, sostuvo su rostro, abrió la boca y se apoderó de la de Helena.

Si el roce de sus labios había sido intenso, el primer contacto de sus lenguas fue demoledor. Un instante, un solo segundo donde sus almas se reconocieron, donde se encontraban otra vez, los hizo tomar conciencia de que a ellos dos los unía algo demasiado grande y mágico.

Ellos fueron y serían almas gemelas que se reencontraban a lo largo de la eternidad. Solo ellos podían aprender del amor en toda su magnitud. La fuerza y atracción que Helena y Adam sentían iba mucho más allá de la atracción sexual y de la pasión erótica.

Al sentirse sus almas otra vez, al reencontrarse nuevamente, experimentaron desde el primer instante una atracción extraordinaria, una pasión fuera de lo común y un deseo desmedido sin ningún tipo de lógica racional, manifiesto con una fuerte energía frenética que los recorría por dentro y les provocaba que por unos momentos el corazón les dejase de latir.

Adam inició un juego con su lengua, entrelazándola con la de ella, abriéndose camino en su boca. Los dedos de Helena se tomaron de la nuca de él, profundizando el beso. Adam de a poco fue menguando el ritmo del beso, hasta romper el contacto con su boca, pero quedando unidos por sus frentes. Se quedó observándola unos instantes; ella mantenía aún los ojos cerrados, y sus labios, hinchados y enrojecidos, brillantes de saliva, seguían semiabiertos. Con lentitud levantó los párpados; se encontró con la mirada de él y con una sonrisa bellísima en los labios.

—¿De qué te ríes?

Adam amplió la sonrisa y lanzó una carcajada.

—Eres hermosa.

Helena se giró, no sin antes dedicarle una mirada intensa de reojo; tomó su copa y la bebió de un tirón, la levantó y le pidió a Marco que la recargara.

Adam se acomodó en su asiento, estudiando el perfil de Helena. Sacó su teléfono celular y le tomó una foto sorprendiéndola.

—¡Oye! No soy nada fotogénica.

—Para mí luces bellísima.

Marco les sirvió la primera entrada: pulpo, con una copa de vino tinto y, en una copa más grande, agua.

—¡Buen provecho! —exclamó Adam, tomando el tenedor pequeño.

Helena pinchó una aceituna negra y la saboreó con ganas. Estaba hambrienta.

La cena fue amena, divertida; aprovecharon para conocerse. Helena le contó su vida. Adam se mostraba un poco reacio a hablar de él; siempre desviaba la conversación para centrarse en ella, y no en él.

—¿Cómo llegaste a ser una estrella de Hollywood? —se interesó Helena.

Adam se puso pálido de un momento a otro y comenzó a toser; bebió un poco de agua para relajarse. Se aclaró la garganta, se limpió la boca con la servilleta.

—Tuve suerte. Fui a un casting para un papel; me dijeron que ese papel ya estaba ocupado, pero que había otro disponible. Me dieron las líneas que debía decir; las memoricé, las dije y me tomaron. Resultó ser que la película era un musical; se me daba bien cantar y bailar. Hago de todo: soy multifacético. Esa película fue un éxito y mi personaje, que no era el principal, pero que jugaba un papel fundamental para el protagonista, pegó fuerte en los jóvenes y aquí estoy...

—Tu vida debe haber cambiado de la noche a la mañana —comentó Helena.

—No te das una idea...

Helena percibió un dejo de tristeza en sus ojos; sin dudarlo, lo tomó de la mano.

—¿Amas tu trabajo, Adam? ¿Te gusta lo que haces?

Él se tomó unos segundos para pensar su respuesta.

—Sí, me gusta actuar. A veces más que otras, pero sí, me siento bien haciéndolo. Solo que a veces no tienes ni un segundo de intimidad; tu vida se reduce a ser el boca en boca de la prensa. Debo andar con mil ojos, desmintiendo romances por doquier. —Helena lanzó una pequeña carcajada—. Puede ser agotador; las sesiones de rodaje son eternas: horas y horas repitiendo la misma escena, pero vale la pena al final del día. Las personas se entretienen con mis películas, y ese es el objetivo principal: que el público, tan solo por una hora y cuarenta, se olvide de todos sus problemas para adentrarse en la película. Hacerlos, llorar, reír, incluso enojar, vale cada segundo de rodaje. Sí, Helena, amo lo que hago.

—¡Eres un excelente actor! Vi muchas de tus películas; además, como sabrás, Gía es una ferviente seguidora tuya.

—Es hermosa tu hija, Helena. Es igual a ti. Dos gotas de agua.

—Y pensar que yo quedé embarazada de ella a su edad...

—¿Te arrepientes?

—¡No! Gía es la persona más importante en mi vida; jamás me arrepentí de haberla tenido. Muchos me decían que iba a desperdiciar los mejores años de mi vida, que perdería mi juventud, que en algún momento iba a querer vivir todo lo que no pude vivir con una hija a cuestas. Eso nunca pasó... ¿Quiénes son ellos para decir que desperdicié los mejores años de mi vida? Al

contrario, los disfruté con la persona más importante para mí. Salir de disco, ligar con muchachos ebrios, probar sustancias prohibidas, emborracharme... no lo hice; puede que un poco. —Rio de solo recordarlo—. Pero Gía vale todo eso y mucho más. Nada se puede comparar con la felicidad que experimento cada vez que veo su sonrisa.

—Eres una gran madre, Helena.

Helena se sonrojó hasta las orejas: era el mejor cumplido que podía decirle. Ella se sentía una buena madre.

Continuaron riendo y conociéndose luego del postre. Helena degustó la galleta con mousse de limón y Adam, una porción de helado. Helena le contó de su encuentro con la mujer de negro el día del cumpleaños de Gía.

—¿Qué crees? Es extraño: no puede ser Rhea, o sea, la Rhea del año cuatrocientos cuatro antes de Cristo.

—No, pero yo la tuve delante, frente a mí en mi garaje, y no sé qué decir, Helena. Ella de pronto se fue, desapareció delante de mis narices. ¿Piensas que podremos evitar la muerte de Dorian y Nerella?

—No sé.

—Es difícil entender; yo mismo me escucho y me creo un loco.

—Pase lo que pase, lo intentaremos evitar juntos. —Ella le tomó la mano y depositó un pequeño beso en su dorso.

Adam vibró ante ese leve contacto.

Después del postre, la mesa comenzó a descender lentamente. Él aferró sus dedos a la mano de Helena y, hasta que no tocaron el suelo firme, no la soltó. Lo primero que hizo, no bien se vio liberado del cinturón de seguridad, fue tomar a Helena de la cintura, atraerla hacia él y poseer el control de su boca. La penetró con su lengua agresiva, buscándola. Helena le respondió con el mismo ímpetu.

Adam la sedujo con caricias suaves de sus labios, incitándola. Helena se apartó solo unos segundos para respirar, apoyó su cabeza en el hueco que se formaba entre el cuello y el hombro; él, en respuesta, estrechó aún más su cintura entre los dedos.

—No creo que sea el lugar adecuado; hay mucha gente que puede vernos —advirtió ella.

—Es cierto; siempre hay alguna fanática loca o un paparazzi por ahí...

¡Vamos! —Le acomodó un mechón de cabello rubio detrás de la oreja, le tomó la mano y la guio hacia la salida.

Tardaron en llegar al Luxury veinte minutos; entraron en la recepción del hotel, y Adam la guio. Saludó al conserje, tomó la tarjeta magnética de arriba del mostrador y caminaron hasta los ascensores.

En el momento en que las puertas del ascensor se cerraron, Adam acorraló a Helena en una esquina, estrechando su cintura, aspirando su aroma, sintiendo su piel; acercó sus labios a la boca de ella y se detuvo un milímetro antes de unirlos. Helena entreabrió los labios y largó un suspiro anhelante.

Era tan fuerte lo que sentían, se deseaban... No se podían contener por mucho más tiempo, lo sabían. Adam, desde el primer momento en que había conocido a Helena, supo que jamás hallaría mujer más perfecta. Él la deseaba de todas las formas posibles. Cortó finalmente la distancia entre ellos. Una energía invisible se disparó por su interior, recorriendo sus venas, haciéndolo vibrar.

Helena abrió la boca para recibirlo; jugueteó con su lengua, incitándolo, invitándolo a un juego intenso. Apoyó las manos sobre el pecho de él y lo apretó, lo empujó, y la espalda de Adam golpeó contra el espejo. Él se aferró a su cintura, envolviéndola con su brazo izquierdo y con su mano derecha; la tomaba por la nuca, para profundizar el beso.

Se escuchó el pitido del ascensor; habían llegado al piso indicado. Las puertas se abrieron; ellos salieron, pero en ningún momento separaron sus bocas. Caminaban por el pasillo, unidos, jugueteando con sus lenguas, acariciándose. Adam la acorraló contra la pared y Helena, de un salto, enrolló sus piernas sobre su cintura.

Adam aprovechó y la sujetó por el trasero; ella se elevó unos centímetros, y él se aventuró a besar la piel de su cuello, bajando con suavidad. Helena dejó escapar un gemido y Adam sintió cómo su erección de un momento a otro deseaba escapar de sus pantalones.

Acortó la distancia que los separaba de su habitación; pasó la tarjeta

magnética, abrió la puerta y entró sosteniendo a Helena. Cerró la puerta de una patada, caminó unos pasos y tropezó. Ambos cayeron al suelo alfombrado. Rompieron en carcajadas. Helena rodó por el suelo y se acomodó arriba de él, mirándolo con mucha intensidad. Adam la tomó por la cintura y la pegó a su pecho besándola.

Sus labios se encontraron. Las manos de Helena fueron hacia los botones de la camisa. Sus dedos se movieron ágiles; la abrió. Su pecho de ensueño la hizo contener el aliento; por ese abdomen suspiraban millones de mujeres de todo el mundo. Se mordió el labio inferior, admirando tan maravillosa obra de arte. Acarició sus pectorales, que se endurecieron ante su contacto. Continuó delineando, desde su esternón, bajando lentamente con la yema de los dedos, dibujando su contorneado abdomen. Las manos de Adam se aferraron a sus muslos, cuando las de ella llegaron al botón de su pantalón.

Él se sentó, tomándola por el rostro, y besando sus labios; estaba fuera de control: ella le estaba provocando sensaciones demasiado explosivas.

Se hundió en su boca; sus lenguas danzaban el mismo baile pasional, cargado de deseo. La besó como si la vida de ambos dependiera de ese beso. Helena se aferró a su cabello y jugueteó enredando sus dedos en este.

Adam la besó con urgencia; la acercó de tal manera a su cuerpo que ella sintió que la partiría en dos, pero no se quejó. Al contrario: lo besó con más ansias. Vagó por la curvatura de su cuello, dándole pequeños besos y mordidas. Adam, ante ese toque, gimió, y su respiración se alteró.

La levantó del suelo, sin cortar un segundo el contacto visual. Ella abrió la cremallera lateral de su vestido y él tiró de la tela. El vestido se escurrió por el cuerpo de Helena, hasta el suelo.

Adam sonrió al ver el sexy conjunto de ropa interior negra y de encaje: era una prenda sumamente delicada. La abrazó y ella enredó nuevamente las piernas en su cintura, sus bocas volvieron a encontrarse; él la llevó hasta el enorme *sommier king size*, la recostó con cuidado sobre las sábanas blancas, sin separar sus labios.

Adam comenzó un recorrido de besos sobre el cuerpo de Helena; ella no podía reprimir los gemidos de placer que escapaban desde el fondo de su ser. Sus caricias eran dulces, placenteras, sus cuerpos cada vez más se iban fundiendo en uno; el calor que comenzaron a experimentar los agobiaba.

Los besos eran cada vez más prolongados, delirantes, y las caricias,

excitantes. Adam la invadía con la lengua; los labios de Helena se abrieron para dejarla entrar, mezclándose con la suya, en una pelea que no iba a tener vencedores ni vencidos, una contienda de placer, donde ambos se estaban comprometiendo con una guerra cargada de delirio y pasión.

Las manos de Adam la recorrían, buscando, tocando, sintiendo, conociendo su cuerpo, sin dejar un céntimo de piel por explorar. Helena sentía una excitación tan grande que le costaba contenerse. Sintió sus pezones estallar debajo del sujetador, y él deslizó las manos por su espalda, lo que le ocasionó escalofríos. Con maestría abrió el broche del sujetador, dejando los pechos libres para él.

Helena, sacando su lado más oscuro, oía su respiración, oía su silencio y sus jadeos, y eso simplemente la excitó; llevó las manos a sus pantalones y desabrochó la bragueta ante ese contacto. Adam ahogó un gemido, mientras vagaba con sus labios por la piel del cuello; sus bocas se unieron una vez más. Helena recorría con las manos su ancha espalda, sus brazos, su pecho, en una sofocante caricia de placer.

Se desnudaron con destreza, impacientes. Helena se recostó sobre el colchón y él comenzó a vagar con su lengua, recorriendo sus pechos, delineando su forma, humedeciendo la piel, haciéndola estremecer. Continuó bajando, depositando besos aquí y allá, hasta llegar a sus muslos, buscando su interior.

Helena irguió la cabeza para observarlo. Él parecía una serpiente que buscaba un oasis donde saciar su sed, y estaba esperando beber ese vergel de ella. No sabía si ese delirio era su imaginación, o lo provocaba el calor que emanaba de sus venas.

Arqueó su espalda cuando sintió la lengua acariciar con suavidad su vulva. Un torrente de vibraciones comenzó a formarse en su vientre. Gimió al sentir cómo él la penetraba con sus dedos. Contorsionó aún más su columna de ser posible, entregándose al delirante placer que él le estaba proporcionando. Adam se embargó de su sabor, deleitándose. Sintiéndola vibrar con sus caricias. Volvió a subir, buscando nuevamente sus labios y, con las manos, delineando su cuerpo, aferrando los dedos a su cadera.

Las piernas de Helena escudriñaron su cintura, al percibir su enorme erección golpear, rozando su vagina; sufrieron una explosión interna, sintiéndose prisioneros de lujuria. Adam besó sus pechos, y ella se deleitó

ante tanta delicia; se los sostuvo con ambas manos, ofreciéndoselos. Adam los mordió, los besó, con intensidad y entusiasmo.

Su miembro rebuscaba en medio del cuerpo de ella, queriendo entrar; sentía aquel músculo entre sus muslos, buscando penetrarla en medio de aquella locura de caricias. Se puso con rapidez un preservativo, que sacó del cajón de la mesa de luz.

Helena deseaba sentirlo con demencia en su interior; quería que entrara en ella y le otorgara ese placer tan ansiado. Quería poseerlo entre sus dedos, tentarlo con movimientos, buscarlo y llevarlo hacia su interior; ella misma lo ayudó a entrar, guiándolo con las manos. Fue una expansión de intenso gozo. Todo se llenó en lo más profundo de Helena, y le provocó un fuerte gemido.

—¡Ohhh, Adam! —arqueó la espalda, permitiendo embargarse de las maravillosas sensaciones que él le provocaba. Sintiendo aquella presión interior, era la gloria.

Se contrajo, intensificando su placer. Helena lo estaba volviendo loco; ella tenía las piernas enredadas sobre su cintura. Se arrodilló un poco, la tomó por las caderas y comenzó un vaivén, entrando en ella con fuerza, con intensidad, deteniéndose por unos momentos, para retirar su pene unos segundos muy despacio, para luego penetrarla nuevamente con renovadas energías, volviéndolos presos de una eterna agonía placentera.

Helena se aprisionó a él con sus brazos; sus piernas no se soltaban de su cintura, mientras que las manos se aferraban a su cuello. Y así, una y otra vez se dejaron llevar. Ambos deseaban calmar ese fuego interior, intentando apaciguar el momento donde todo se funde. Helena explotó en un orgasmo sofocante, apasionado, llenándola de una hermosa e increíble sensación.

Notó en el rostro de Adam el momento previo al clímax. Presionó las paredes de su vagina, sobre su sexo, para intensificar el placer, al tiempo que pensaba que el cielo iba a caérsele encima; otra descarga de fuego se convulsionó en ella. Creyó ahogarse en medio de toda aquella pasión; perdió todo control de ella misma y lo abrazó, acompañándolo hasta el instante en el que se derramó en su interior, fundidos en uno, con un ronco y grueso gemido.

Se recostó a su lado, abrazándola, cobijándola en su pecho; sus respiraciones aún estaban agitadas. Helena se aferró a él, cómo si su vida dependiera de ese instante; su mano comenzó a acariciarle el cabello,

mientras que las de ella trazaban, con sus dedos, pequeños círculos imaginarios en su abdomen.

—Eres maravillosa, ¿lo sabías? —susurró; ella levantó sus ojos para mirarlo.

Le regaló una sonrisa. Se mordió el labio inferior y sonrió de lado. Sus mejillas se tornaron de un rosa más intenso. Adam la encontró encantadora.

—Tú lo eres, Adam... fue increíble —reconoció.

—Y la noche recién comienza, preciosa...

La jaló hacia él, acarició su rostro; a Helena se le estremeció el estómago, y sintió como un fuerte cosquilleo, que le robó una sonrisa. Sus manos sudaban. Adam, a centímetros de distancia, podía sentir ambas respiraciones tan cerca que sentía que le respiraba y él la respiraba.

Sus manos jalaron el rostro de Helena hacia él y se hundieron en un beso virulento. Sintió diferente ese beso; esa vez parecía como si algo hubiese poseído a Adam; hubo una especie de magia. Helena sentía como nunca antes; sus labios besaban su cuello con cuidado. El cuerpo de ella se estremeció. Un suave gemido se escapó de entre los labios, cuando él mordió una pequeña parte de la piel de su cuello.

—Tu sabor es maravilloso, Helena.

Ella cerró los ojos, disfrutando de sus besos. Él volvió a besarla. Atrapó nuevamente sus labios, con una enorme descarga de pasión contenida. Helena se recostó y él lo hizo a su lado, mirándola, sin apartar sus ojos azules de los de ella.

Adam le recorrió el abdomen con una suave caricia; ella rio ante el contacto. Ese roce le producía cosquillas. La tomó de la mano y tiró ligeramente de ella. Helena lo miró con las mejillas encendidas, sintiendo erizarse cada vello de su cuerpo. Adam subió su mano y con suavidad acarició su rostro. Ella se acercó, ofreciéndole otra vez sus labios. Adam la miraba con intensidad y, sobre todo, muy serio.

—¿Pasa algo, Adam?

—Me están pasando muchas cosas en este momento, Helena. Tantas que no sabría por dónde comenzar a explicarte.

—No pienses... solo vivamos este momento, disfrutemos de nuestra compañía; conozcámonos. El ahora es solo nuestro.

Adam sonrió de lado; tomó un mechón de cabello y se lo puso detrás de la oreja. Se acercó a ella y le susurró:

—Entonces... todo cuanto soy en este momento es tuyo, Helena. Me tienes completamente cautivado.

Él deslizó la mano por el cuello, delineando la forma curva con las yemas de sus dedos, bajando hacia su pecho. El sentimiento desbordaba a Helena, mientras él la hacía vibrar ante su contacto. Él se acomodó para tener mejor acceso a su boca; la tomó con desesperación. Ella creyó volverse loca, presa del delirio; sus labios le nublaron la visión. Lo besó una y mil veces, mientras que sus cuerpos desnudos volvieron a encenderse de pasión.

Helena trazó un camino de besos por su cuello, llegando a su hombro. Lo mordió con suavidad, pero de forma intensa. Adam ahogó un gemido. Ella sonrió contra su piel al escucharlo; sintió la dureza de su pene, sobre su vientre, se movió contra él, frotándose.

Le mordió los labios, exigiéndole más; ya no solo se conformaba con sus caricias. Necesitaba apaciguar ese fuego interno, deseando sentirlo nuevamente en su interior.

Se posicionó arriba de él. Adam aprovechó para devorar sus pechos, lamiendo con avidez sus pezones erectos. Aferró las dos manos sobre su estrecha cintura y la apretó contra su pelvis.

Helena abrió el cajón de la mesita de luz y sacó otro condón; tomó su pene, lo apretó con ligereza y deslizó el látex a lo largo de su miembro; después lo metió en su interior. Él la tomó por las caderas, intensificando el placer de ambos. Intentó reprimir los gemidos, no perder el control, pero la urgencia de calmar ese fuego era tal que no lograba contenerse. Comenzó a moverse con un ritmo lento, para luego cabalgar sobre él de forma salvaje, contrayendo los músculos de su vagina, magnificando la sensación; el calor cada vez se hacía más insoportable.

Apretó su vientre, ejerciendo presión sobre su pene; un gemido ronco y profundo se escapó de su boca, que murió en los labios de Helena. Él aprovechó, corrió su cabello y comenzó a besarla en el cuello, mientras que con sus manos estimulaba sus senos.

El cuerpo de Helena se estremeció por completo; él llevó ambas manos sobre su trasero, ejerciendo presión, e inclinando con fiereza su pelvis, introduciéndose bien profundo en ella.

Helena no podía explicar la sensación de placer que sintió en ese momento; fue como una explosión que convulsionaba su cuerpo y la dejaba flotando en medio de la nada. El mundo a su alrededor había desaparecido; se había evaporado, esfumado. Lo único real eran ellos dos. Con un brusco movimiento, Adam se introdujo en ella, ahogándose en un orgasmo intenso y demoledor.

Helena se dejó caer agitada sobre su pecho; él le dio una palmadita en su trasero, y luego la rodeó con los brazos. Para ella, todo se había vuelto brillante de un momento a otro. Estaba experimentando un inexplicable sentimiento de felicidad extrema.

Con ese sentimiento, cerró los ojos y se quedó profundamente dormida.

CAPÍTULO 6

Helena abrió los ojos y se llevó ambas manos a la boca, evitando romper en una sonora carcajada.

Adam se encontraba frente a ella, completamente desnudo. Se miró, y ella también estaba desnuda; los dos estaban una vez más en la habitación blanca. Rhea se materializó ante ellos. Una mueca divertida surcó su expresión al verlos; luego intentó ocultarla.

—Qué inoportuno... —expresó, aclarándose la garganta.

Adam se tapó con las manos la zona de la pelvis; al ver a Helena, frente a él, completamente desnuda, se había puesto duro otra vez. Rhea había llegado en un mal momento.

—¿No podemos tomar un día de descanso? No quiero viajar esta noche —pidió Adam, ganándose una dura mirada de Rhea.

—¡No! ¡Esto no es un juego, Adam! ¡Tienes que ver lo grave de la situación! Deben evitar la tragedia... —Su voz sonó apenas audible—. No deseo verlos morir otra vez; no lograría soportarlo.

—¡Oye! ¿Qué quieres decir con vernos morir otra vez? ¿Cuántas veces has hecho esto?

—Intenté evitar esta tragedia más de lo que te puedas imaginar. Siempre di

con ustedes, en sus diferentes vidas; siempre se enamoran en el proceso: como ustedes... es evidente. —Se lamentó con una triste sonrisa—. Todo lo que hago jamás es suficiente para salvarlos. ¡Hay algo que estoy haciendo mal! —Se pasó las manos frenética por el cabello rojo—. Y no logro verlo...

—¿Puedes darnos algo de ropa? —preguntó Adam.

Rhea se volvió hacia él y asintió. Aplaudió dos veces y, sobre el cuerpo de ambos, se materializó una especie de chitón blanco.

—Es una broma, ¿cierto? —ironizó Adam.

—Es lo único que puedo ofrecerte... —Se volvió hacia Helena—. Vamos... adelantaré un poco el tiempo. Critias está por irse. ¿Listos? —Ambos asintieron.

Tomaron sus manos, y todo el escenario cambió. Se encontraban en un enorme baño. En el centro, una gran bañera, llena de agua caliente, nubes tenues de vapor se elevaban sobre esta. Nerella estaba con los ojos cerrados, disfrutando. Sarabi, su esclava, lavaba su cabello y le proporcionaba un suave masaje por su cuero cabelludo.

—Mi señora... —Nerella abrió los ojos y miró a su esclava—. No lo tome a mal, no deseo ser entrometida, pero quiero preguntarle algo.

—¿Qué deseas preguntarme, Sarabi?

—¿Hace cuántas lunas no sangra, mi señora? —Nerella se sentó de golpe; el agua se agitó en la bañera.

—¡Oh, por los dioses! ¿Crees que estoy embarazada?

—Mi señora, desde que comencé a trabajar para usted, ha cambiado; su cuerpo está diferente. Tiene los senos más llenos, se le han ensanchado las caderas y tiene un brillo hermoso en los ojos, sin contar los malestares matutinos que ha estado padeciendo. No me queda duda, mi señora: está encinta.

Nerella comenzó a llorar. Se llevó las manos al vientre y apretó un poco su piel, intentando sentir la vida en su interior. En ese preciso instante entró Critias, que estaba buscándola. Miró a Sarabi fijamente; la esclava interpretó que debía irse. Nerella lo miró; las lágrimas se derramaban por las mejillas. No quería llorar delante de él; no deseaba despertar a la bestia.

—¿A ti qué te pasa? —Nerella abrió los ojos como platos, no sabía qué decir—. ¡Contesta!

—Nada... solo me entró un poco de jabón, eso es todo.

—¿Me crees idiota? Estás blanca como un cadáver, ¿qué sucede? No voy a preguntarlo por tercera vez —le advirtió.

Tembló, tenía las palabras atoradas en la garganta; por más que quisiera hablar, estaba en estado de shock ante la noticia.

Critias, enfurecido, se acercó a la bañera, entró en esta y tomó a Nerella del antebrazo y tiró de ella, sacándola a la rastra. Ella intentó zafarse de su agarre, pero los dedos de él se adherían con mucha fuerza a su brazo.

La arrastró, desnuda y mojada por los pasillos de la casa hasta su habitación especial; estaba harto de esa chiquilla, que no aprendía a respetarlo, que se creía que podía desafiarlo cada vez que se le viniera en gana. Antes de partir, le iba a dejar un grato recuerdo de él por su atrevimiento.

Cerró la pesada puerta de madera; la habitación estaba a oscuras. Él encendió un candelabro. En esa habitación, a comparación del resto de la casa, las paredes no estaban encaladas y tenían un tono negro como el carbón. Era un lugar lúgubre y tétrico. Nerella comenzó a temblar. Sus ojos se acostumbraron a la tenue luz, proveniente del candelabro; pudo ver, más allá, una enorme X de madera robusta. En sus cuatro extremos había correas de cuero. Y, al lado, una larga mesa con docenas de herramientas extrañas.

Se acercó a ella, le retiró el cabello mojado que cubría parte de su rostro. Le sonrió de forma macabra.

—Hace rato que tengo ganas de jugar aquí contigo.

Nerella ahogó un gemido doloroso en su garganta. Comenzó a negar con la cabeza.

—¡Por favor! ¡Critias, no lo hagas!...

—¡Adoro verte suplicar! Es música para mis oídos... Aproxímate —ordenó. Nerella se quedó parada en el lugar.

—No quiero ser duro contigo; no lo haces fácil. Ven acá, Nerella.

Se acercó a él apretando las mandíbulas con impotencia. Critias la tomó de las manos y la acercó de espalda a la X de madera. Colgó primero una mano, y luego otra, ajustando la cinta de cuero sobre sus muñecas. Hizo lo mismo con las piernas.

Con una última mirada a Nerella y con una sonrisa de satisfacción, se dirigió a la mesa, donde se encontraban las herramientas. Ella no deseaba

pensar, pero lo vio tomar de la mesa, una larga vara metálica; no sabía para qué era, pero no le quedaba la menor duda de que iba a torturarla. Seguramente, esa herramienta era para aplastar, desgarrar, cortar, quemar, ahogar o descuartizar. Sintió terror. Intentó relajar su respiración. Podía sentir las gotas de agua escurrirse por la espalda; el cabello le goteaba. Critias se volvió sosteniendo la vara y sonrió. Se acercó un paso.

—Critias... por favor, ¡no lo hagas! —Él dio otro paso—. No quise desafiarte, ¡lo juro! Me... me... enteré o, mejor dicho, me di cuenta de algo minutos antes de que tú entraras al baño...

—¡Ah sí!... ¡¿De qué te diste cuenta? —Él llegó hasta ella, y pasó por sus pechos, con suavidad la barra metálica. Nerella tembló ante ese frío contacto.

—Sarabi hizo que me diera cuenta... —continuó, mientras él absorbía el perfume de la piel de su cuello; ella intentó mantener el control—. Hace dos lunas que no tengo mi periodo, que no sangro.

Estoy embarazada.

Critias se quedó estático delante de ella; la miró a los ojos con muchísima seriedad, analizando la verdad en sus ojos. Miró el cuerpo de su esposa y apoyó su mano sobre el vientre. Nerella tragó con dificultad al sentir la mano de él sobre su piel. Pero intentó no mostrar su desagrado. Él continuó mirándola; ella en ningún momento apartó la mirada. Critias, de pronto, aflojó las cuerdas de las piernas y luego la de los brazos; la cargó y la llevó a su habitación. Al entrar, la dejó recostada sobre el lecho que compartían. Se arrodilló, hasta quedar a la altura de ella.

—Cuidarás de ti y te alimentarás el doble. Mi primogénito debe nacer sano y fuerte. ¿Entendido?

—¿Y si es una niña? —preguntó Nerella; sentía muy dentro de ella que esa vida que crecía en su interior era una bella niña.

—Más te vale que sea niño —aseveró él; sonrió y le guiñó un ojo. Aunque Nerella sabía que hablaba muy en serio—. Partiré por un tiempo. Tendrás una guardia cuidándote día y noche; no podrás salir de la casa al caer el sol. Y, adonde vayas, ellos irán contigo.

Nerella asintió. Él se acercó a ella y acarició su vientre, besó su frente y salió de la habitación. Ella se abrazó las rodillas, escondió la cabeza entre aquellas y dejó de reprimir las lágrimas que, segundos después, bañaban por completo sus mejillas.

Todo dejó de girar. Adam no soltó la mano de Helena en ningún momento; tenía la necesidad de sentirla, rozarla, olerla. Prestó atención a la escena que tenía frente a él. Nerella estaba recostada en su cama; tenía un cuenco de hierro al lado de su lecho. Los vómitos matutinos la tenían a maltraer. Estaba pálida; tenía dos grandes ojeras azules alrededor de sus ojos. Además, hacía dos noches que no dormía bien.

Apoyó las manos sobre su vientre, cerró los ojos y suspiró. Odiaba con todo su ser a Critias; era un hombre cruel, tirano, que disfrutaba del dolor de los demás. No tenía escrúpulos, y ella, en más de una ocasión, había deseado con todas sus fuerzas morir, siendo sometida por él. Y ahora la vida le regalaba un hijo, o hija, se dijo internamente. Ella podía sentir que era una niña; rogaba a los dioses que naciera un niño fuerte y sano. Aborrecía con toda la fuerza de su alma a ese hombre, lo despreciaba pero, desde que se había enterado de que llevaba un bebé dentro, creyó que no cabía en sí de felicidad. No le gustaba que él fuera el padre, pero ese ser inocente no tenía la culpa del padre que le había tocado. Ella se encargaría de entregarle todo su amor.

Se escuchó un golpe seco en la habitación. Nerella se levantó de la cama, exaltada. Dorian había entrado por la ventana. Ella se levantó de inmediato; al hacerlo, sintió un mareo. Se detuvo, sosteniéndose de la pared más cercana. Él se acercó a ella preocupado. No le vio buen semblante.

—¿Qué sucede, Nerella? ¿Te encuentras bien?

Ella asintió con la cabeza.

—Estoy bien, Dorian... no tienes que preocuparte.

—Sarabi me dijo que él ya partió a su viaje —dijo con una sonrisa—. Sería el momento oportuno para escapar.

Nerella negó. Dorian frunció el ceño.

—¿No? Es nuestra oportunidad, Nerella. Con él lejos, podemos irnos juntos. Así lo planeamos, ¿recuerdas?

—¡Sí! Lo recuerdo... pero él jamás me dejará ir. Menos ahora; él me buscará... y también te buscará a ti. Y, cuando nos encuentre, nos matará a ambos. Además, estoy... —hizo una pausa, Dorian la miraba expectante.

—¿Qué estás? —preguntó impaciente.

—Embarazada —sentenció, y clavó sus ojos azules en los de Dorian, que la miraban perplejo—. Si me voy... me buscará y luego me torturará, a mí, al bebé y a ti. Sería algo que no puedo soportar. Además, tengo un guardia que me sigue a todos lados; seguramente ahora esté postrado en la puerta.

No sería tan sencillo escapar.

Dorian había escuchado hasta el momento en que ella le había confesado su embarazo. Sintió un nudo en el pecho. Él, amaba con locura a esa mujer. Deseaba irse lejos con ella, comenzar juntos una nueva vida. Pero un niño lo complicaba todo. Ella lo miraba esperando una respuesta, una mínima reacción de su parte.

Llegó a la conclusión de que amaba a Nerella más que a nada en el mundo; poco le importaba que ella estuviese esperando un hijo de ese ser despreciable de Critias. Si ella tenía un bebé en su vientre, él lo aceptaría. Porque era de ella, provenía de ella y, seguramente, él lo amaría, lo aceptaría, solo por ser de la mujer que amaba.

Se acercó a Nerella, acarició su rostro, ella cerró los ojos e inclinó su mejilla hacia la mano de Dorian, para profundizar esa caricia.

—Amaré a ese hijo como si fuese mío. Si me das la oportunidad, Nerella, nos iremos juntos, bien lejos de Atenas. Comenzaremos de nuevo. Seré un maravilloso padre para tu hijo, si es que aún sientes cosas por mí.

Nerella sonrió y contuvo las lágrimas; se acercó a él y tomó su rostro entre las manos.

—¡Oh, Dorian! Amor mío... Mi corazón explota de amor por ti. Desde el momento en que te vi en la playa, mi amor fue tuyo, Cupido atravesó con su flecha mi pecho, y desde ese momento no puedo dejar de amarte.

Dorian amplió su sonrisa, dejando a la vista sus blancos dientes. Estiró su mano y tomó un mechón de cabello, que acarició entre sus dedos, para luego colocarlos detrás de la oreja de ella. Nerella suspiró.

—¿Qué dices? —preguntó Dorian—. Sé de un barco que sale dentro de unos días; va a Egipto.

Podríamos ir en ese barco.

—No lo sé... Me da muchísimo miedo, Dorian. No será fácil salir de aquí; me vigilan todo el tiempo.

—Tranquila... buscaremos la mejor forma de escapar sin que nos

descubran.

Nerella asintió. Sentía el calor del cuerpo de Dorian, y algo se encendió en ella. De pronto el malestar que había sentido minutos atrás había desaparecido.

Se hizo un silencio entre ellos; solo se percibían sus respiraciones acompasadas. Nerella sentía su corazón rebosante de amor; amaba y era amada como ella siempre había añorado. Un amor así, tan puro, fuerte y sincero como el de ellos.

Apoyó las manos sobre el pecho de él y se puso de puntas de pie, buscando sus labios. Dorian no dudó un segundo y le respondió; salió en busca de esos labios que lo volvían tan loco.

Se besaron. Fue un beso cargado de pasión contenida, afiebrado; Dorian aferró las manos sobre la pequeña cintura, apretándola ligeramente. Pegándola a él, buscando la profundidad de su boca, jugueteando con su lengua, enajenado.

Escucharon un ruido en el pasillo; se separaron agitados, mirándose exaltados. Dorian iba a irse, pero ella lo detuvo; le hizo señas de que se escondiera bajo su lecho. Ella se acercó a la puerta.

Al abrirla, estaba su guardia plantado, erguido; él la miró unos segundos.

—¿Necesita algo, mi señora?

Nerella negó con la cabeza.

—Que nadie me moleste, me siento mal —ordenó; él hombre asintió.

Cerró la puerta; Dorian salió debajo de la cama, se acercó a ella nuevamente, hambriento de deseo. Ella se dejó besar, cruzando sus manos detrás de la nuca, profundizando ese increíble contacto con sus labios.

Las manos de Dorian recorrieron el cuerpo de Nerella; ella se estremeció. Su cuerpo jamás había experimentado sensaciones semejantes. Sentía que, con cada caricia de Dorian, su interior se encendía, vibraba; podía sentir la sangre en sus venas más espesa, más caliente, que esparcía ese calor por toda su anatomía.

Dorian intentó correr el broche dorado de su chitón. Nerella se alejó un poco y lo miró con seriedad.

—¿Qué pasa? No quise incomodarte.

—No es eso —aclaró avergonzada—. Ya no soy la Nerella que viste en la

playa. —Contuvo las lágrimas. Odiaba ver su cuerpo desnudo: Critias lo había destrozado. No quería que él la viera así.

—No importa, amor mío. Déjame que te vea, déjame curar tus heridas a fuerza de besos —suplicó.

Nerella tragó con dificultad, pero finalmente asintió. Fue ella quien retiró el broche que sostenía su chitón. La tela de seda se deslizó sobre su cuerpo, cayendo al suelo.

Dorian fijó sus ojos en sus senos, bien llenos, grandes, apetecibles. Luego continuó bajando por su cintura; contuvo la respiración al ver en cicatrices el nombre de ese infeliz gravado sobre la blanca piel de Nerella. Además, tenía pequeñas cicatrices, moretones y quemaduras; el muy hijo de puta la lastimaba a conciencia. Sintió mucha impotencia. Nerella se cubrió con sus manos, llena de vergüenza.

—No, mi amor, no llores... —Se acercó a ella y la envolvió entre sus brazos —. Yo estoy contigo; no dejaré que vuelva a hacerte daño.

Volvió a buscar su boca, besándola con cuidado, haciéndola sentir especial. Con las yemas de sus dedos, recorrió la espalda de ella, que vibró ante esa suave y delicada caricia.

Nerella era perfecta, femenina, exuberante, bella. Sus manos subieron hasta sus senos, sosteniéndolos, acariciando con sus pulgares los pezones, que se endurecieron antes ese leve masaje. Ella quedó apabullada por la increíble electricidad que sentía. Dorian, por su parte, experimentó la ardiente necesidad de hundirse en ella, de hacerla suya, de sentirse dentro de ella.

La tomó por la cintura, rodeándola con sus brazos, la alzó y la llevó sobre el lecho. Se recostó a su lado y, rozando su piel, comenzó a besarla con delicadeza. No quería ser brusco con ella. Era demasiado frágil.

Le besó la frente, los párpados, después los pómulos y, finalmente, los labios, intentando que ella se sintiera segura, que ganase confianza. Él jamás iba a lastimarla; ella debía saberlo, y se lo haría saber a fuerza de besos.

Nerella respondía a sus caricias con timidez. Dorian buscó su boca, besándola, provocándola, hasta percibir que Nerella olvidaba sus temores, y entonces su cuerpo olvidó todo resquemor, entregándose a la pasión que Dorian le ofrecía.

Con dedos temblorosos, Nerella retiró el chitón de Dorian, quedando completamente desnudo ante ella. Retuvo el aliento, al verlo duro y erecto

delante de ella; sus mejillas se sonrojaron. Dorian volvió a buscar su boca, acomodándose sobre ella.

La penetró con suavidad, con delicadeza, con cuidado de no hacerle daño. Su cuerpo lo recibió, atrapándolo en su interior. Nerella aferró sus manos a los hombros de Dorian, con los ojos cerrados; él se detuvo unos segundos para mirarla.

—¿Te lastimo? —preguntó preocupado. Ella abrió los ojos, que brillaban, y negó con la cabeza.

—No, no me lastimas... me haces muy feliz.

Dorian depositó un pequeño beso sobre sus labios, con una sonrisa. Comenzó a mecerse sobre ella con ansiedad, explorándola, conociéndola, besando cada porción de piel, introduciéndose en ella con ímpetu, buscando con cada embestida entrar más en ella, de ser posible.

Nerella se sentía flotar; jamás en su vida había experimentado tanto placer junto. Critias nunca le había provocado una sensación placentera; al contrario, siempre era dolor y sufrimiento. Pero esto, esto era la gloria, era amor, en su estado más puro; no pudo evitar que algunas lágrimas de dicha escaparan de sus ojos. Quería dejarse amar por Dorian, sin reservas, sin miedo; en ese instante se sentía plena, hermosa, deseada y, sobre todo, amada.

Las sensaciones que Nerella experimentaba eran nuevas y, sin embargo, ella sentía que esa energía que se acumulaba en su vientre, que subía y bajaba, terminaría en una explosión, y así fue... El calor se expandió por todo su cuerpo, convulsionándose sin control, colmándola de placer.

Dorian enterró las manos en la almohada y, con un gemido ronco, se hundió una vez más en ella; los músculos de los brazos vibraron; su cuerpo tembló. Una mueca placentera se dibujó en su rostro. Se dejó caer sobre ella, agitado. La besó, y ella lo abrazó muy fuerte, queriendo guardar ese momento para siempre.

Él se recostó a su lado. Nerella abrió los ojos asustada. Se pegó a él, buscando su cobijo; la besó en la sien, abrazándola.

—Todo será diferente, Nerella. Lo prometo.

—Te amo, Dorian —susurró; él la miró con una sonrisa.

—Yo te aseguro que te amo más...

Volvían a estar en la habitación de Nerella, y Dorian estaba con ella. Vestían otra ropa, y su vientre comenzaba apenas a abultarse.

—¡Amor mío! —Dorian la estrechó entre sus brazos—. Te necesitaba.

—Yo te extrañé tanto... ¿Cómo te ha ido? —preguntó Nerella, uniendo sus labios. Él la tomó por la cintura.

—En una semana parte el barco. Hay dos lugares para nosotros —le explicó con una sonrisa cargada de ansiedad—. Tú deberás darle belladona al guardia; tiene que dormirse. Te buscaré y nos iremos por la noche; nadie debe vernos, ¿entendido?

Nerella asintió. Dorian sonrió; lo excitó tenerla nuevamente así de cerca. La apoyó contra la pared, comenzó a acariciar su piel y besar su cuello. Nerella reprimió una sonrisa; le hacía cosquillas.

La puerta de la habitación de Nerella se abrió, y entró Rhea, que se quedó como una estatua en el umbral. Ellos, tan ensimismados besándose, no se percataron. Cerró la puerta, dejándola apenas abierta; miró el interior de la habitación.

Sentía su respiración agitada y un dolor punzante en su corazón. Rhea los espiaba por el resquicio de la puerta; nada la había preparado para ver a su Dorian y a quien consideraba su hermana besarse. Se quedó boquiabierta, no solo por sentirse traicionada, sino por la forma en que Dorian tomaba a Nerella, estrechándola en sus brazos y por la manera en que la besaba, la miraba y volvía arremeter sobre su boca, con desesperación, necesidad y vehemencia. La tomó de su nuca y la apretó contra él; ella parecía tan frágil y pequeña entre sus brazos...

Las mejillas de Rhea se abnegaron en lágrimas; le costaba respirar. Apretó los puños y sintió unas enormes ganas de gritar. Percibía el odio corroer su interior. Tenía enormes deseos de verlos muertos a ambos, por jugar con ella. Había sido tan incrédula...

La dulce Nerella, tan pequeña, frágil, buena... Todos la amaban; siempre había sido así. Desde pequeñas decían que Nerella provenía de un linaje superior, ligado a los dioses. Un ángel bello, caído del cielo.

Rhea siempre sintió celos, pero intentó ocultarlos; al fin y al cabo, con el

correr de los años se habían hecho amigas. Y la quería y la apreciaba mucho. Pero Nerella tenía lo que ella nunca iba a tener: un apellido respetable. Ella era la hija de una puta. Y nadie la consideraba digna de respeto. Envidiaba a Nerella en silencio, y se odiaba por sentir eso. No le gustaba. Una vez más, Nerella se quedaba con algo que ella amaba. Pero esa vez no iba a permitirlo. Había sido una tonta; después de haber visto lo que Critias le había hecho, hasta había sentido lástima y pena por ella. Pero ahora ella merecía un terrible castigo. Limpió sus lágrimas, se tragó su orgullo y se fue de la casa con la cabeza en alto con un solo objetivo: hacer sus vidas miserables.

—Deberían seguirme a mí —sugirió Rhea materializándose frente a ellos.

Adam y Helena asintieron y fueron tras ella.

La *Rhea del pasado*, así la llamó Helena, caminaba por las callejuelas atenienses, con una mirada desviada, seria, llena de resentimiento. Entró a ver al boticario y salió cargando un paquete. Regresó a su casa, cruzó el patio, vio a su madre, que la llamó, pero ella no hizo caso al llamado de Ophelia.

Subió las escaleras y se encerró en su cuarto.

Mucho tiempo atrás, antes de morir su abuela, cuando ella aún era una niña inocente, carente de maldad, su abuela le había explicado que tenía el don de la magia. Al principio no le creyó; pero, a medida que fue pasando el tiempo, su abuela también le contó que ella, si lo deseaba, podía desarrollar el don y, de a poco, ella se fue interesando en el tema. Poco tiempo después su madre se casó con el padre de Nerella; su abuela murió y ella dejó de interesarse en las artes ocultas, hasta ese momento.

Revolvió sus cosas, abrió cajones; buscaba allí y allá, hasta que dio, en el fondo de un rústico ropero, con el ejemplar de nigromancia de su abuela. Era un pesado tomo, de lomo negro, con hojas de papiro, escritas con una desprolija caligrafía, pero se entendía a la perfección. Se sentó sobre su lecho, apoyando el pesado ejemplar sobre sus rodillas; corrió de sus ojos su cabello rojo y abrió el libro. Leyó concentrada, frunciendo el ceño. La Rhea de los sueños se materializó nuevamente frente a ellos, con una expresión triste.

—A partir de este momento, haré cosas horribles... —advirtió con pesar.

Adam le dedicó una mirada cargada de un sentimiento difícil de explicar, mas no dijo nada. Helena, sin embargo, deseaba entender.

—¿Harás un hechizo?

Rhea sonrió y negó con la cabeza.

—¡No! Peor... Les haré una maldición. Mi abuela, de pequeña, me mostró el poder que tiene la nigromancia, mejor conocida como *magia negra*. La magia en la Grecia clásica era muy poco común; tenía sus raíces en el Oriente y solo alcanzó un gran desarrollo en la época helenística. Mi abuela me había enseñado lo básico, y ese libro se encargaría de enseñarme el resto. —Hizo una pausa, tomó aire y continuó—: las prácticas de la magia tienen dos objetivos básicos: atraer a la persona amada, o bien destruir a quien se cree enemigo y, en ese momento, Nerella y Dorian eran mis peores enemigos.

—Entiendo que haya sido duro para ti —susurró Helena.

—No intentes justificarme; lo que hice no tiene perdón —afirmó Rhea.

—¿Cómo los maldecirás? —se interesó en saber Adam.

—Es mejor que lo vean ustedes mismos... —contestó Rhea. Aplaudió, y la escena cambió.

Estaba en la playa; el sol estaba declinando en el horizonte. Sus rayos anaranjados se mezclaban con las pesadas nubes grises. Llovería, no había duda. Sobre la orilla se la podía ver a Rhea. Había dibujado con sal una estrella de cinco puntas sobre la arena. En el centro había una plancha de plomo, como una tablilla. A su lado, estaba el libro abierto, y Rhea dibujaba concentrada.

Terminó de tallar y la dejó en el centro de la estrella; el viento le agitó su cabello, despeinándolo, simulando que de su cabeza se alzaban llamas rabiosas. Cuando el último rayo de sol se extinguió y la luna salió, ella la recibió con los brazos en alto, recitando unas palabras en un idioma inentendible.

—¿A quién le rezas? —quiso saber Helena. Rhea se volvió hacia ella.

—¿Conocen a la diosa Hécate? —Adam y Helena negaron—. Era una diosa lunar, asociada con el inframundo, la brujería y la oscuridad. Se la identifica con el aspecto oscuro de Artemisa. Así como Artemisa personifica la luna creciente, Selene personifica la luna llena. Hécate es la cara oscura de la luna; representa su oscuridad y los temores de la noche.

Un relámpago iluminó el cielo nocturno, seguido de un sonoro trueno, que hizo vibrar la tierra. La playa se tornó fría y oscura; la luna había

desaparecido detrás de un manto de espesas nubes. Rhea danzaba sobre las puntas de sus pies, repitiendo una y otra vez una frase; sus cánticos parecían una extraña canción. En un momento se detuvo y, de entre la seda de su ropa, sacó una larga daga. Caminó hasta una bolsa de arpillera y sacó un gato negro, que se retorció para librarse del agarre de su captora, en vano.

Rhea se acercó nuevamente danzando hacia el centro de la estrella, sosteniendo el gato en alto con su mano izquierda y, con la derecha, la filosa hoja de la daga. Dio un grito a la noche y rebanó el pescuezo del animal. La sangre cubrió por completo la tablilla. Luego juntó todo, acomodándolo en una cesta de mimbre: la tablilla, el cadáver del gato, un mechón de su cabello y unas gotas de su propia sangre. Caminó hasta la orilla y comenzó a repetir:

Hécate, retened el cuerpo y el alma y la lengua y pies y obras y decisiones de Nerella, hasta que descienda al Hades consumida.

Hécate, retened el cuerpo y el alma y piel y manos y obras y decisiones y lengua de Dorian, hasta que descienda al Hades consumido.

Hécate, retened los cuerpos y las almas en una eterna agonía, a lo largo del tiempo, de Nerella y Dorian...

Empujó la canasta sobre las frías aguas del Egeo, y nuevamente un trueno envolvió la fría noche.

Adam sintió que un escalofrío lo recorría al ver la escena. Apretó inconsciente la mano de Helena, que se giró para mirarlo. Él hizo un gesto con la cabeza, restando importancia; ella se volvió a mirar a la Rhea que salía empapada del mar. En cambio, Adam se fijó en la Rhea materializada cerca de Helena. No se fiaba de ella. Por más que aseguraba que estaba arrepentida, él no lograba confiar.

Ella se giró y lo miró; se sostuvieron la mirada por unos segundos. Luego ella desvió sus ojos.

La escena cambió, volvieron a la habitación blanca.

—Es todo por hoy... deberían despertar —dijo rápidamente; aplaudió. Y ambos despertaron un poco mareados en la enorme cama del Luxury. Era evidente que Rhea no deseaba hablar con ellos, o mejor dicho que no hicieran preguntas.

Adam se levantó de la cama, fue hasta el frigobar y tomó una pequeña botella de agua mineral; la abrió, bebió un poco y luego se la tendió a Helena.

—Eso fue extraño... No confío en ella, Helena —le confesó.

—Yo sí lo hago; está arrepentida —afirmó, mientras acariciaba la esclava que descansaba en su muñeca izquierda.

—No lo sé, yo iría con cuidado.

Volvió a la cama y se recostó a su lado; le acarició la mejilla y depositó un beso sobre sus labios.

—Adam... espera... —pidió entre beso y beso—... tengo que irme. —Él se apartó y la miró serio.

—¿Por qué?

—Primero, debo ir a trabajar; segundo, jamás paso la noche fuera de casa y, tercero, quiero desayunar con Gía antes de ir al trabajo —explicó apartándose de él; se levantó de la cama y comenzó a buscar su ropa interior.

—¿Puedo acompañarte?

—¿A desayunar?

—Sí, y a tu trabajo también; al fin y al cabo, soy un turista más que recorre Atenas. ¿Qué dices?

—Me gusta la idea.

Cuarenta minutos más tarde, entraban a la casa de Helena, cargados con café de Starbucks y de diferentes tipos de pasteles y *cupcakes*.

Helena hizo una mueca de disgusto al entrar y ver a Gía despatarrada en el sillón de la sala. Por lo visto, se había quedado dormida; la televisión estaba encendida y el pote de helado, vacío sobre la mesita ratona.

Apoyó los cafés sobre la mesa. Adam la imitó, y ella caminó hasta el sillón; acarició el cabello largo de Gía, retirándoselo de la cara, y ella abrió los ojos. La miró extrañada, tragó con dificultad y luego lanzó un bostezo largo. Miró a su mamá; luego reparó en la presencia de Adam.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz ronca.

—Las siete —respondió Helena, mientras sacaba los panificados de sus respectivas bolsitas; levantó y se la mostró a Gía—. Trajimos el desayuno.

—¡Genial! —se alegró ella; estirándose, volvió a bostezar—. Me voy a lavar la cara y vengo a desayunar. Buenos días, Adam —lo saludó con una sonrisa al pasar por su lado.

—Buenos días.

Adam la siguió con la mirada, hasta que ella desapareció escaleras arriba; se volvió hacia Helena:

—Tu hija es un encanto.

—Lo sé —aceptó orgullosa.

—¿*Latte* para quién?

—Para Gía; el mío es el capuchino. —Adam dejó un vaso grande delante de ella.

El otro vaso, de café negro, era para él.

Gía regresó a los pocos minutos. Se sentó frente a Adam, tomó varios sobres de azúcar y los agregó a su vaso.

Adam se sentía un poco incómodo; jamás había vivido una situación semejante. No sabía qué decir. Por suerte, el sonido del celular de Helena rompió el silencio; ella se levantó de la mesa y fue directo a su cartera; la abrió y sacó el teléfono.

—Hola... Sí. No, estaba despierta. ¿Qué sucedió? Claro, me encantaría, puedo cubrirla sin inconveniente. ¿En serio? Excelente. Muchas gracias.

Helena cortó y se volvió hacia ellos con una sonrisa.

—¿Quién era? —preguntó Gía.

—Mi jefa... —bromeó con una graciosa tonada—. Me pidió que hoy cambiara el recorrido. Laura se enfermó y debo tomar su grupo.

—¿Y eso te parece tan divertido? —ironizó Gía.

—Sí, porque Laura tenía el recorrido en barco por las islas griegas... Además, me dijo que podía llevar a quien yo quiera. Me preguntaba si a ambos les gustaría acompañarme. Adam asintió, pero Gía negó.

—¡Oh, vamos, Gía! ¡Por favor! Hoy será un día hermoso.

—Lo sé, pero tengo planes...

—¡Cancélos!

—No puedo... —se disculpó mordiéndose el labio inferior.

—¿Y qué es tan importante?

—Quedé con Alón —respondió como si esa simple explicación fuese suficiente—. Hoy continuaremos la pintura.

—¡Gía, por el amor de Dios! ¿Prefieres quedarte encerrada pintando a Alón que venir a la playa? —Ella asintió; Helena se indignó—. ¡Mientes! Te conozco; quieres ir a la playa, pero no quieres dejar de ver a Alón. Si es eso, invita a Alón a la playa con nosotros.

—¿Ni loca! ¿Qué le voy a decir?

—Lo invito yo.

—Ni lo sueñes, mamá... —se volvió Gía hacia Helena.

Helena le tendió su celular.

—Lámalo —ordenó.

—No quiero. —Se volvió hacia el muffin de chocolate y lo mordió.

—¿Gía! ¡Lámalo! No lo vuelvo a repetir —advirtió.

Gía bufó, maldijo a su madre por lo bajo; cuando Helena usaba ese tono, sabía que iba en serio. Le quitó con brusquedad el teléfono y marcó el número; se lo había aprendido de memoria. Le dio el teléfono de nuevo a Helena con la llamada en curso. Adam reprimió una sonrisa.

—Hola, ¿hablo con la casa de Alón?, ¿qué tal? Soy Helena, la mamá de Gía Abignali; sí, se hicieron amigos los chicos. Gía dijo que hoy Alón vendría a casa; me surgió un cambio de planes y nos iremos a la playa. Me preguntaba si Alón querría acompañarnos. Sí. No es ninguna molestia. Al contrario. Sí, por supuesto, no se preocupe. Muchas gracias, lo pasamos a buscar en cuarenta minutos. Hasta luego.

Gía entrecerró los ojos, dedicándole una mirada calculadora a su madre. Helena, en cambio, le dedicó una sonrisa llena de satisfacción.

—Va a venir Alón.

—Me di cuenta.

—¿No te agrada?

—¡No! —contestó desganada.

—Termina de desayunar y ve a buscar tu traje de baño; yo iré a preparar mis cosas.

—¿Podemos pasar por el hotel? —preguntó Adam.

—¡Claro que sí! ¡Será un día maravilloso! —aseguró Helena mientras subía las escaleras.

Después de que Helena estuvo más de veinte minutos hablando con la madre de Alón —una simpática mujer llamada Catalina— en la vereda de la casa, Adam esperaba en un taxi, y Alón y Gía se miraban avergonzados por

el intercambio de palabras de sus madres.

Se saludaron con una leve sonrisa y un apretón de manos; Alón reparó en el hombre, que aguardaba en el asiento del taxi.

—¿Es tu papá? —Gía se giró para ver a Adam; negó, se acercó a Alón y le susurró:

—No es mi papá. Es Adam Cooper, el actor. —Alón enarcó una ceja sorprendido—. Mi mamá sale con él.

Abrió los ojos como platos y miró a la madre de Gía completamente sorprendido.

Helena se despidió de Catalina y entraron al taxi. Gía hizo las presentaciones y Alón aún no lograba entender que Adam Cooper pasaría el día con ellos; si alguna de sus hermanas se enteraba, se iban a volver locas: lo adoraban.

El taxi se detuvo en el Luxury; Adam bajó, y ellos lo esperaron en el coche. Unos minutos después, bajó completamente camuflado; llevaba unas enormes bermudas hawaianas, de color naranja con palmeras verdes y amarillas; una camisola fresca de bambula blanca, unas cómodas sandalias de playa marrones, una gorra roja y unos anteojos enormes. Gía se burló de él al entrar al auto.

—¿Adónde vas así disfrazado, Adam?

—No quiero que me reconozcan por la calle —explicó—. Se vuelve incómodo. Alguna persona me ve, me para, me pide un autógrafo, una foto, luego otra que pasa me ve y así; es una cadena. Termino rodeado de gente y llega un momento en que me asfixio.

Gía pensó, sin saber la razón, que Adam debía de tener una vida muy solitaria. Y experimentó un sentimiento de pena muy fuerte hacia él. Eso la turbó.

El taxi los dejó en el centro de Atenas; a lo lejos, Helena reconoció el bus de la compañía. Ese día, su chofer no era Omar, sino Arturo, un viejo al que Helena adoraba.

El recorrido que debía cubrir era un crucero de un día a Hydra, Poros y Egina, tres bellísimas islas griegas, que le proporcionaban al turista un paisaje increíble, una magnífica comida regional y playas paradisíacas.

Helena revisó la ficha que le había dado la agencia: era un contingente

importante de personas. Tenía alrededor de cincuenta. A medida que iban llegando, los recibía, les entregaba su carnet, con los nombres y datos de su guía. Y los invitaba a subir al colectivo. Adam, Gía y Alón la esperaban.

Adam se había sentado en la primera hilera de butacas y Gía, junto con Alón, en la de atrás.

El micro se llenó; Helena subió y les dio a todos la bienvenida. Hubo un instante de aplausos y silbidos; siempre era igual. Ellos esperaban pasar un día de relajación y diversión, y ella se encargaba feliz de acompañarlos: amaba su trabajo.

—¡Atención! Saldremos del puerto de Pireo en un crucero hacia la isla de Poros. Tendremos dos horas arriba del barco: el crucero cuenta con un bar, cafetería y restaurante, una preciosa cubierta con reposeras y una piscina para quien desee refrescarse antes de llegar. Cuando lleguemos a Poros, la más pequeña de las tres islas que hoy visitaremos, tendrán una hora para pasear por la isla. Les recomiendo visitar Trinzia, el astillero ruso de la isla, donde aprenderán la participación de Grecia con la armada rusa, en los siglos xviii y xix. También pueden dar un paseo por el bosque de Lemonodassos, característico por su denso bosque de limoneros y naranjos, entre molinos de vientos y cascadas; un paisaje maravilloso para tomar fotografías.

Helena apagó el micrófono y tomó asiento al lado de Adam. Él la miraba con admiración; ella se ruborizó ante su escrutinio.

—¿Qué? —preguntó incómoda.

—¡Eres maravillosa! ¿Lo sabías? —Ella amplió su sonrisa, mostrando sus dientes blancos.

Adam no pudo contenerse; con ambas manos la tomó de su nuca y la besó; abrió su boca, buscando su lengua sediento de ella. Helena le respondió, pero intentó reprimir su impulsividad, poniendo sus manos en los hombros de él.

—Adam... —susurró sobre sus labios—. No puedo. Estoy trabajando.

Se apartó de ella, con una sonrisa sexy y seductora. Helena se sintió vibrar ante él. Ese beso la había revolucionado. Por suerte, Arturo la llamó y ella se alejó; no sabía cuánto tiempo más aguantaría no tirársele encima a Adam. Los sentimientos que le provocaba eran demasiado fuertes.

Intensos. Y el solo recuerdo de la noche anterior la hizo ruborizar.

Llegaron al puerto; Helena los guió hasta el crucero y esperó a que todos

estuviesen a bordo para subir ella; una vez dada la orden, el crucero zarpó del puerto hacia la isla de Poros.

—¡Este lugar es increíble, Gía! —comentó Alón emocionado, sosteniendo la barandilla, con los brazos extendidos, la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, disfrutando de la brisa sobre su rostro, con una media sonrisa en los labios y observando todo ese majestuoso paisaje de playas preciosas. Gía se grabó esa imagen en su mente; lo encontraba irresistible y, sobre todo, encantador.

Suspiró.

—Te agrada ese chico, ¿cierto? —Gía pegó un salto. Adam la había asustado; se le apareció a su lado, tendiéndole una especie de trago frutal.

—¡Shhh! ¡Baja la voz! Va a escucharte... —susurró, y Adam amplió su sonrisa.

—Hacen una bonita pareja... —Las orejas de Gía se pusieron al instante rojas de la vergüenza.

Alón se había girado hacia ellos.

Gía agarró con brusquedad el trago y le dedicó una mirada de advertencia a Adam, que le pasaba otro trago a Alón. Bebió confiada... luego tuvo que reprimir una arcada. Era fuertísimo; le había quemado la garganta. Tosió. Adam comenzó a reírse a carcajadas y Alón también.

—¡¿Qué es?! ¡Es horrible!

—Vodka con jugo de fresa —le explicó Adam.

Alón tomó apenas un sorbito y asintió complacido.

—No me gusta; además, casi nunca tomo alcohol. Mamá me deja beber una copa en ocasiones especiales.

—¡Ah, tonterías! —objetó Adam restándole importancia—. Debes aprender a beber. ¿Cuántos años tienes?

—Quince...

—Es momento de que aprendas. Yo a tu edad ya me emborrachaba...

En ese instante se acercó Helena.

—Hola... ¿qué hacen? —preguntó uniéndose a ellos.

—Adam quiere emborrachar a Gía —explicó Alón con una sonrisa—. Gía casi se ahoga con el vodka.

Helena se volvió hacia Adam con una mirada de reproche. Levantó su dedo índice, en señal de advertencia.

—Ni se te ocurra, Adam... o me conocerás enojada.

Adam tragó; su nuez de Adán subió y bajó prácticamente en cámara lenta.

—Lo tomé confiada; creí que era jugo de frutas. Casi me muero.

Helena aflojó el semblante.

—¡Nada de bebidas alcohólicas a los chicos, Adam!

—Entendido.

Helena les sacó el vaso a Gía y a Alón.

—Vayan al bar; dile a Peter que eres mi hija. Pidan lo que quieran comer o tomar, y que lo anote a mi cuenta.

Gía asintió; le hizo a Alón un gesto con la cabeza, y ambos caminaron al bar.

Adam se acomodó los anteojos y le regaló una medio sexy sonrisa de lado.

—Te ves realmente encantadora cuando te enfadas; tanto que me pusiste muy duro. Podría desnudarte ahora y hacerte el amor aquí en la cubierta...

—¡Adam! ¡Basta, no digas esas cosas! Estoy trabajando —volvió a recordarle.

—Es que me vuelves loco, Helena. Necesito más de ti.

—Y yo de ti, pero no es el momento ni el lugar.

Una mujer se acercó a Helena, interrumpiéndolos. Adam la miró con fastidio; luego otra señora se unió a la primera y, cuando se dio cuenta, Helena estaba rodeada de un grupo de mujeres que rondaban los sesenta años. Todas le hacían preguntas y le pedían recomendaciones de restaurantes casi al mismo tiempo.

Adam le hizo una seña y caminó hacia una de las reposeras libres alrededor de la piletta; se sacó su camisola blanca. Ese simple acto atrajo prácticamente casi todas las miradas femeninas que estaban en la cubierta, incluidas Helena y el grupo de señoras.

Se recostó en la reposera y bebió su trago, despacio, disfrutándolo.

Un poco más allá, estaban Gía y Alón degustando un jugo de naranjas

recién exprimido. Gía podía notar que Alón estaba un poco tenso.

—¿Está bien tu jugo? —indagó. Alón asintió—. ¿Tú estás bien? Te noto raro.

Él desvió los ojos. Gía podía presentir que había algo que lo inquietaba. Apoyó su mano derecha sobre el hombro de Alón; los ojos verdes se clavaron en los celestes de Gía. Una electricidad los recorrió a ambos con ese simple roce.

—Anoche discutí por Skype con Kiya, mi novia —confesó.

—¡Ahhh!... —expresó intentando reprimir las ganas de preguntarle todo.

—Kiya ayer tenía una fiesta y, cuando me llamó, la vi toda arreglada, con un precioso vestido negro. Me dieron unas enormes ganas de acompañarla, de estar con ella. La extraño, ¿sabes? Esa es la verdad, pero ayer me puse mal, celoso, y le dije cosas horribles. Que ella se iba a divertir, mientras que yo no hacía otra cosa que pensar en ella, y me recordó que fui yo quien se había ido... en fin, soy un idiota.

Alón se descargó; necesitaba abrirse, sacar su frustración. Gía apoyó ambas manos sobre los hombros de él.

—¡Mírame! Tú no eres un idiota, Alón. No vuelvas a decir eso. Es lógico que te sientas así. No solo la extrañas a ella, también a tus amigos; fue un cambio muy grande. Todo lo que tú conocías ya no está, pero ve esto como una nueva oportunidad para conocer gente, hacer nuevos amigos, vivir otras experiencias. Disfruta de la vida hoy; el pasado eso es: pasado. Saca fuera esos pensamientos que te inquietan y goza del maravilloso día que se te presenta hoy. —Alón asintió, elevando la comisura de sus labios hacia arriba.

—Gía, siempre tienes las palabras justas para hacerme sentir mejor. Eres una gran persona y una buena amiga.

—Gracias —expresó con un leve dejo de decepción.

—¿Interrumpo? —preguntó Adam. Gía apartó las manos de los hombros de Alón con rapidez y se giró enfadada mirando a Adam.

—¡Sí, lo haces!

—Lo siento... no era mi intención, pero me aburro. Tu madre fue capturada por un grupo de urracas que no dejan de hablar. ¿Qué hacen?

—Hablamos... —respondió Alón.

Entonces Adam reparó en Alón; lo miro fijamente, y a su mente le vino una

imagen, la de un niño, de unos diez años en el mercado de esclavos en la Grecia antigua.

—¡Tú eres Duka! —comentó asombrado.

—Me llamo Alón —lo corrigió.

—Eso lo sé, pero eres... olvídenlo, no lo entenderían. —No iba a ponerse a explicarles que Alón, en su vida pasada, era un esclavo que servía a Nerella y que Nerella era Helena.

Regresaron los tres a la cubierta del barco. Helena reunía al grupo; estaban por llegar a la isla, y ella daba las indicaciones.

—¡Todos aquellos que desean pueden venir conmigo a visitar el fuerte! ¡También pueden ir a dar un paseo por las tiendas, la playa y por los bosques! Tienen una hora, así que aprovéchenla como más deseen. Nos reuniremos en la playa y, al regresar al barco, podrán almorzar en su restaurante mientras continuamos nuestro recorrido hacia la isla de Hydra.

El barco atracó en el muelle; los pasajeros fueron bajando. Helena controló que nadie quedase dentro y fue al encuentro del grupo. Adam, Gía y Alón se acercaron a ella.

—Mamá... —Helena miró a Gía—... nosotros vamos a quedarnos en la playa.

—¡Bien! Recuerda ponerte protector solar; a esta hora está demasiado fuerte el sol. —Gía asintió—. Yo tengo unas doce personas que guiar por el fuerte; el recorrido dura veinte minutos. Vendré al terminar.

—De acuerdo, mamá.

Adam carraspeó para llamar su atención.

—Me quedaré en la playa; el grupo de urracas irá al fuerte, ¿cierto?

—Sí. Y no les digas así, pobres señoras: solo quieren conocer un poco de nuestra historia.

Adam enarcó una ceja, y Helena puso sus ojos en blanco.

—Cuida de los chicos, y nada de darles bebidas inadecuadas.

—Descuida. Te veo en un rato.

No le importó el resto de las personas que rodeaba a Helena; sintió unas ganas locas de besarla, y no pensaba reprimir ese deseo; la agarró de la cintura, con ímpetu, y unió sus labios a los de ella, tomándola por completa sorpresa. Se escucharon algunos silbidos y risas a su alrededor. Adam se

separó de sus labios con una sonrisa, saboreándola aún.

Helena carraspeó para retomar la compostura; le dedicó una mirada acusatoria con las mejillas arreboladas a Adam y solo obtuvo como respuesta una increíble sonrisa. Él le guiñó el ojo; giró sobre sus talones y caminó hacia Gía y Alón, que acomodaban una lona sobre la blanca arena. Ella aplaudió, captando la atención del grupo; se disculpó por la escena y convocó a todos los que desearan acompañarla al recorrido por el fuerte de la isla de Poros.

Adam se acercó a los jóvenes y, a diferencia de ellos (que estaban sentados sobre la lona), se dejó caer en la arena, con las piernas estiradas. Apoyó las manos y reclinó su cabeza hacia atrás.

—No debiste besarla en público —lo reprendió Gía. Adam la miró, captando toda su atención.

—¿Por qué no?

—A mamá no le agradan mucho las muestras de afecto ante desconocidos; la pone incómoda.

—Me gusta ponerla incómoda, es divertido —reconoció Adam, y Gía rompió en carcajadas—.

Cuéntame un poco más, Gía. ¿Cómo es ella?

—Tiene una energía inusual por las mañanas, e intenta contagiarte esa energía; si le llevas la contraria, se pone de un humor de perros. Odia el color rosa. Ronca si duerme boca arriba. Le agradan, aunque ella siempre lo niegue, los bares karaoke; tiene una excelente voz. Aborrece la mentira y los engaños, y es una excelente mamá, un poco loca, fuera del típico estereotipo que se espera de una madre, pero así de imperfecta la quiero más.

—Tienes una mamá increíble, Gía y, además, muy hermosa.

—Lo sé, Adam. No la hagas sufrir: es lo único que te pido. Ya sufrió demasiado.

—Jamás le haré daño, Gía. Lo prometo.

Alón carraspeó incómodo, captando la atención de Gía.

—Tengo sed, ¿quieres algo? —preguntó poniéndose de pie.

—Una Coca-Cola, por favor.

—¿Adam?

—Una cerveza bien fría.

Alón se alejó hacia el parador. Gía sacó de su bolso un cuadernillo y un

lápiz; lo abrió y comenzó a trazar líneas. Adam se inclinó hacia delante para mirar lo que hacía.

Silbó, y exclamó sorprendido.

—¡Eres muy talentosa! Tu mamá comentó que te gustaba pintar, pero jamás creí que fueses tan buena, Gía.

—Gracias, Adam... Pero no es para tanto, ¿quieres verlos? —le tendió su cuaderno.

Adam lo tomó y comenzó a mirar los dibujos. La verdad, estaba anonadado con el talento de esa criatura. Parecía que las personas trazadas con tanto detalle saldrían de la hoja. Eran tan reales... Pasó varios y entonces se detuvo mirando un dibujo. Su semblante cambió rotundamente; Gía lo percibió y se acercó para mirar cuál de sus bocetos había causado tanta impresión en Adam.

—¿Dónde viste a este hombre? —preguntó señalando a un hombre muy bello, de increíbles ojos verdes, cabello rubio, enrulado y, con una mirada fría, calculadora y, sobre todo, malvada.

—Me vino a la mente... Suelo dibujar lo que sueño, o a veces, las imágenes se cuelan en mi cabeza y tengo la necesidad de plasmarlo en el papel. ¿Por qué preguntas por ese hombre? ¿Conoces a alguien parecido?

—No importa... una tontería, la verdad —mintió.

Adam se había quedado inmobilizado, mirando un retrato perfecto de Critias; se podía sentir tan solo al mirarlo un aura oscura a su alrededor y, por algún motivo inexplicable, sintió una corriente recorrer su espina dorsal.

No quiso darle importancia; pasó un par más de dibujos y nuevamente se quedó helado. No solo había dibujado a Critias, sino que también había un retrato increíble de Rhea. Continuó pasando las hojas; había imágenes muy crueles y crudas; no reconocía a las personas que interactuaban. Pasó varios retratos de Alón; le regaló una sonrisa pícaro, señalando al muchacho a lo lejos en el parador.

Gía se mordió el labio, nerviosa.

—¿Es muy evidente que me gusta? —preguntó avergonzada.

—¡Definitivamente! —aseguró Adam—. ¿Cuántas veces lo has dibujado?

—Muchas...

Volvió a pasar las hojas y se quedó mirando un perfil, un increíble y

precioso perfil.

—Es mamá —explicó Gía—. Aunque está vestida de forma antigua, ¿no parece una diosa? No sé por qué la visualicé así, pero está hermosa, ¿no crees? —Adam asintió; aunque sabía muy bien que esa no era Helena, sino Nerella.«¿Por qué los dibuja?», se preguntó Adam, mas no encontró una respuesta lógica. Lo hablaría con Helena y, en su defecto, si Helena no encontraba una respuesta coherente, le preguntaría a Rhea, aunque mucho no le agradaba esa idea.

Alón volvió con las bebidas; hicieron un brindis, y luego se fueron a dar un chapuzón al mar. Media hora más tarde, así los encontró Helena, disfrutando de la playa. Se sacó las bermudas de bolsillos y su musculosa blanca, mostrando su torneado cuerpo, con una bikini de color negra y naranja intenso. Corrió hacia la orilla y se metió al mar de una zambullida. Nadó unos metros hasta llegar a ellos, que en esos momentos se tiraban debajo de una enorme ola, para evitar la rompiente.

Adam fue el primero en verla; se acercó con rapidez, la aferró por la cintura y la besó. Una ola rompió sobre ellos y los tiró arrastrándolos por la arena. Helena reía divertida, mientras que Adam se quejaba de haberse raspado las rodillas con la arena. Gía se burló de él, y Adam metió su mano bajo el agua; tomó un puñado de arena, la apretó entre los dedos, formando una especie de bola un poco deformada y se la tiró a Gía.

Chilló al sentirla romperse contra su hombro izquierdo; lo miró de forma calculadora y lo imitó. Segundos después, se les unieron Alón y Helena a esa inusual pero divertida guerra de arena. La estaban pasando de maravillas; los cuatro se reían a carcajadas, cuando Helena vio que los turistas de su grupo se iban reuniendo en la playa. Les hizo señas y salieron del agua. Se secó unos minutos al sol y luego se puso la ropa. Gía le convidó un poco de Coca-Cola y regresó a coordinar el grupo.

De regreso al barco, todos, hambrientos, se reunieron en el restaurante para disfrutar de un increíble almuerzo regional, mientras disfrutaban de una increíble vista del Mediterráneo. Una hora después, atracaron en el puerto de Hydra, cuya forma de anfiteatro alguna vez había servido como refugio de piratas sarónicos. Helena los reunió nuevamente a todos. Adam, Gía y Alón la esperaban en un costado.

—¡Atención! Hydra es conocida por su colorida y pequeña capital, repleta

de pintorescos y estrechos callejones, encantadoras mansiones y casas de tejas rojas, que han contemplado en silencio una turbulenta y larga historia. Pueden ir a disfrutar de los negocios, las cafeterías o adentrarse por los bellos callejones, o bien continuar disfrutando de sus maravillosas playas. Pueden recorrer el lugar por su cuenta; tienen dos horas, nos encontraremos aquí al cabo de ese tiempo. ¡A divertirse!

Se volvió hacia Gía, Alón y Adam, con un brillo peculiar en sus ojos.

—Bueno... ¿qué les gustaría hacer? ¿Qué quieren conocer primero?

—Playa... —resolvió Gía—. Es un día hermoso; no voy a ir a encerrarme en un museo. Olvídalo.

—¡Bien! Vamos a la playa. Sígueme... —Helena comenzó a caminar adelante—. Esta isla... —comenzó—... cuenta con increíbles y bellas playas. La más cercana y una de las más concurridas es la de Spilia; la arena es un poco rocosa, pero es una playa perfecta para nadar. Sus aguas son cristalinas y profundas...

—Mamá —interrumpió Gía—. No es necesario que nos des detalles de la playa a la que vamos: no somos turistas.

—Tú y yo no somos turistas —la corrigió Helena—. Alón y Adam jamás han venido aquí, ¿cierto?

Ambos asintieron. Helena le dedicó una mirada de clara razón, y Gía se fastidió un poco.

Al llegar a la bella playa Spilia, Gía tiró nuevamente la lona sobre la arena, y Alón la invitó al mar. La corta caminata y el sol en su punto más alto e intenso los había hecho acalorarse. Se zambulleron una y otra vez, entre risas.

Helena guardó su ropa en la mochila de Gía y le tendió la mano a Adam. Él la tomó, y ella comenzó a caminar hacia la orilla, pero no se metió al mar, sino que emprendió una caminata por la costa. El agua del mar mojaba apenas sus pies.

—¿Quieres caminar?

—No, señor Cooper, ahora comienza su recorrido especial... —anunció de forma enigmática y sugerente.

—¿A dónde me llevas?

—A la Bahía Avlaki; se trata de una playa en una cala protegida. Está al finalizar esta playa. La arena es un poco más pedregosa y de más difícil

acceso, pero es mucho más bella y, sobre todo, más tranquila.

—Me gusta eso de más tranquila. Quiero besarte, Helena.

Ella se detuvo; él se acercó, la estrechó por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo. Ella unió sus manos detrás de la nuca de él, jugando con los pocos cabellos que se escapaban de la gorra roja. Fue al encuentro de su boca, y una explosión interna alteró su flujo sanguíneo, que provocó que su corazón palpitara desbocado en su pecho. Jamás ninguna mujer había ocasionado algo similar en él.

Y eso en parte lo asustaba. No podía y, sobre todo, no debía enamorarse de ella.

Jugueteó con su lengua y aflojó un poco su agarre; tenía una terrible erección que elevaba su bermuda de palmeras. Helena sonrió divertida, al percatarse de la situación. Se alejó de él y lo guio de la mano hasta un lugar increíble que pocos conocían.

Después de una larga caminata por la playa, se encontraron con una escollera que cortaba el camino. Entonces, Helena se metió en el mar y comenzó a nadar, rodeando el tumulto de grandes piedras. Se giró para mirar a Adam y gritarle: «¿Vienes o no?». Él, se metió en el mar, nadando, hasta llegar a ella.

—Adonde vamos solo se puede llegar nadando —le contó—. ¿Listo?

Adam asintió. Helena comenzó a brucear a un ritmo rápido, y Adam la seguía de cerca.

Rodearon las piedras con un poco de dificultad, ya que la corriente los llevaba hacia otro lado. Continuaron, y Helena se detuvo delante de una enorme roca, muy grande. Adam, agitado, le preguntó:

—¿Por qué te detienes?

—Hay que bucear unos tres metros para abajo —informó Helena—. Hay una gran abertura, como la entrada a una cueva; entramos y nadamos un poco más. Todo se vuelve muy oscuro ahí y no ves adónde vas pero, cuando quieres darte cuenta, saliste hacia el otro lado y créeme: vale la pena, ¿te animas?

Adam lo meditó unos minutos; no le agradaba mucho la idea de sumergirse unos tres metros, meterse en una cueva y nadar en la oscuridad. ¿Si se quedaba sin aire? Nadaba bien, se defendía, pero en una ocasión, de niño, había tenido una muy mala experiencia. Finalmente asintió.

—Toma una buena bocanada de aire; no lo largues, fraccionalo, lárvalo de a poco, ¿listo?

—Sí.

—Una vez que salgamos del otro lado, tendremos que andar un poco más, pero ese lugar es mágico.

—De acuerdo.

Ambos tomaron una gran cantidad de aire.

Helena se sumergió y comenzó a descender, Adam la seguía de cerca. A medida que se hundía, podía sentir la presión del agua sobre él, y los oídos comenzaron a zumbarle. Helena desapareció tras la negrura absoluta. Él largó un poco de aire, comenzó a sentir que le quedaba poco; se apresuró.

También fue tragado por la negrura de esa especie de cueva; comenzó a largar un centenar de burbujas. Por un momento sintió angustia de ser tragado por la oscuridad y morir ahogado. Agitó sus pies con demencia, impulsándose a toda velocidad hacia delante, buscando con desesperación salir de allí. Su corazón comenzó a latir a una velocidad alarmante; creyó que era su fin. La sensación más horrible que había experimentado en toda su vida.

Entonces el agua de pronto se aclaró de un azul profundo a un celeste verdoso coral; podía ver la luz metros más arriba. Pataleó con su último aliento y, al salir a la superficie, abrió la boca con desesperación, buscando oxígeno. Respiró el aire, llenando sus pulmones y sintió un enorme alivio: lo había conseguido. Se encontró con los ojos de Helena.

—¿Te encuentras bien?

—Eso fue horrible... Creí que moriría ahí abajo —reconoció.

—La primera vez que vine aquí sentí lo mismo; el regreso se hace más fácil, créeme.

—Eso espero. ¿Y ahora?

—Ven. Sígueme.

Nadaron hasta una especie de ladera escabrosa; el sol se elevaba sobre

ellos. Mientras cruzaban, se toparon un una especie de lagarto que tomaba sol. La belleza del lugar embobaba los sentidos. Helena comenzó a trepar por una cornisa; lo hacía con rapidez y determinación. Adam la seguía de cerca. Al llegar a la cima, dieron con una cumbre de laureles; después de haberla rodeado, continuaron por una pradera recubierta de pequeñas flores amarillas y, por último, siguieron el curso del agua en un riachuelo pedrusco.

Finalmente, llegaron a una enorme arcada natural, rodeada de una gruta de helechos a ambos lados. Una gran cascada se manifestó justo delante de ellos. En la parte superior había diferentes saltos de agua, que se unían en el centro en una catarata de unos siete metros de altura.

El torrente de agua se zambullía en una profunda piscina natural azul clara, y sobre su roca, un bello arrecife de coral. A su alrededor se alzaban unos gigantescos muros escarpados, repletos de hendiduras; a través de esos pequeños agujeritos, entraban los rayos del sol.

La belleza de ese lugar era arrebatadora. Helena lo tomó de la mano y cruzó la arcada. Lo guió hacia el estanque; era profundo, pero había unas cómodas e increíbles rocas planas. Podían sentarse sobre estas y, el agua solo los cubría hasta arriba de la cintura. Él la atrajo hacia su boca pero, antes de unir sus labios, susurró sobre estos:

—Gracias por este recorrido especial. Este lugar es maravilloso.

Ella, en respuesta, acortó la distancia que separaban sus labios, fundiendo sus lengua, despertando en sus interior sus pasiones más profundas, un deseo único, voraz, que debía ser aplacado.

Adam deslizó su lengua, buscando la de Helena; su cuerpo comenzó a latir de deseo. Palpitando, como una convulsión de la sangre corriendo por sus venas, encendiéndolo, quemando su interior, como un torrente de fuego que arrasaba todo a su paso.

La enorme erección se hizo evidente nuevamente en sus pantalones y Helena, sabiéndose solos allí, aprovechó para sacarle su traje de baño. Adam la tomó por las caderas y, enredando sus dedos sobre la lycra de su malla, la retiró de un brusco movimiento. El agua se agitó en torno a ellos. Helena se colocó arriba de él. Adam aprovechó para desanudar su bikini, dejando expuestos sus senos a la merced de su boca. Helena tiró la cabeza hacia atrás, cuando sintió la lengua de Adam delinear sus pezones. La apretó contra él, intensificando la sensación del roce de sus sexos. Recorrió su espalda,

ascendió hasta su cabello, lo tiró ligeramente hacia un costado, obligándola a ladear el cuello; él aprovechó y besó su yugular, mordiendo una pequeña porción de piel, dejando allí una marca violácea. Helena gimió.

De manera instintiva, alzó el rostro, buscando nuevamente sus labios. Los unieron con frenesí. Helena solo era consciente de sus besos, de sus manos que incendiaban cada porción de piel que tocaba, arrebolándola de pasión.

Adam aferró las manos a su cintura, la cernió sobre él, enloqueciéndola. Ella apoyó las palmas en los poderosos músculos de su torso, lo acarició con la yema de los dedos y le provocó pequeñas descargas de energía, allí donde ella lo tocaba. Descendió hasta sus caderas, y sus caricias continuaron hasta posarse en sus glúteos; los apretó. Él suspiró; su miembro erecto se había aplastado contra su vagina.

—Quiero sentirte dentro de mí, Adam —le susurró Helena, con una voz cargada de deseo.

Los ojos de Adam brillaron como dos zafiros; ella le acarició la línea de la mandíbula. Sus ojos se encontraron. Se podía observar en ambos el deseo hambriento crecer en su interior. Ella se contorneó sobre él, y Adam besó sus labios con ardor, arrancando de la garganta de Helena hondos gemidos, que envalentonaron sus sentidos, arrastrándolo a la locura.

Helena tomó su pene y con suavidad lo guio hacia su hendidura. Él la penetró, y desde el fondo de su garganta escapó un gruñido satisfecho. Una oleada de placer intenso los envolvió. Sus gemidos se mezclaron. Ella comenzó a moverse sobre él; el agua se agitó, le acarició las caderas. Helena se arqueó hacia atrás, intensificando el placer, sin dejar de moverse. Él jadeaba consumido por la pasión, la misma que embargaba y llenaba cada rincón del cuerpo de Helena.

Volvió a enderezarse y buscó sus labios; sus senos se aplastaron contra el pecho de Adam y, sin dejar de moverse, ambos llegaron al clímax. Él largó un ronco bramido y Helena vibró por dentro varios instantes, ahogando sus jadeos contra el hombro de él.

Las aguas se calmaron y retomaron su habitual calma. Helena aún lo alojaba en su interior; no se apartó. Continuó a horcajadas de él. Le acarició el cabello.

—Adam... tal vez creas que estoy loca, pero... jamás había sentido nada parecido —murmuró contra su piel.

Él la tomó por los hombros y la obligó a mirarlo. Estaba serio. Demasiado. Le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja y acarició su mejilla con suavidad.

—Helena, tal vez es demasiado pronto para decirte esto, pero es lo que siento. —Se tocó el pecho, sobre su lado izquierdo—. Ninguna mujer nunca me provocó lo que tú me provocas. Me enloqueces. Lo supe desde el instante en que te vi aquella primera vez en mi sueño, ¿recuerdas? —Ella asintió—. No sabía si eras real, o producto de mi imaginación, pero supe que eras diferente a todas. Y lo que estoy sintiendo es demasiado grande, Helena. No sé si es amor, pero deseo que lo sea.

Helena lo miró con seriedad, se mordió el labio inferior, se removió y se alejó.

—¿Dije algo malo? —Ella negó con la cabeza—. ¿Entonces?

—Adam, tengo mucho miedo —reconoció—. No sé qué es lo que pasa entre nosotros. Es evidente que tenemos una muy fuerte atracción y sí, yo también siento cosas intensas e inexplicables por ti. Te soy sincera: me aterra. Siento que podrías, si quisieras, hacerme muchísimo daño.

—¡Jamás te lastimaría!

Ella le dedicó una sonrisa; él la atrajo hacia él y la abrazó.

—Helena, yo nunca te haría daño. Siento que me estoy enamorando demasiado rápido de ti, y a mí también me aterra.

Ella se despegó de su pecho y lo miró seria.

—Yo siento lo mismo, Adam... —reconoció—. ¿Qué haremos?

—Disfrutar, Helena. Disfrutar de esto que sentimos. Libres. Sin restricciones. No será fácil tú aquí... yo en Londres, pero podemos vernos los fines de semana.

—Adam, yo trabajo; los sábados y domingos son los días que más gente coordino.

—Buscaremos la forma, Helena; estoy dispuesto a todo por ti.

A ella se le llenó el corazón de alegría al escucharlo; se acercó y lo besó con delicada ternura. Ella se revolvió entre sus brazos, sonrió y se lanzó de espaldas hacia atrás, alejándose de él, nadando hacia la enorme olla de agua cristalina. Él la siguió; era profunda. Llegó hasta ella y la tomó por la cintura. Se hundieron un poco; ella enrolló las piernas en su cintura y él la agarró de

su trasero. Se volvieron a besar, hundiéndose bajo el agua. Salieron jadeantes a tomar aire y sonrieron como dos adolescentes cuando sus miradas se encontraron.

—Sonará raro en mí, pero... —levantó la esclava de oro blanco —... agradezco al destino, Helena... porque me unió a ti.

Se abalanzó sobre él, buscando sus labios otra vez; se besaron con suavidad, jugando con sus lenguas, saboreándose. Helena se separó un momento, rodeándolo por sobre los hombros y apoyando su frente sobre la de él.

—No quiero decir esto, pero debemos regresar.

Adam se quejó, pero Helena comenzó a nadar hacia la roca plana; tomó su bikini y cubrió sus senos. Lo incitó a que se apresurara; había que hacer un largo camino de regreso.

Llegaron justo a tiempo; casi todo el grupo estaba esperando para regresar al barco; entre los turistas también estaban Gía y Alón. A Gía no se le había pasado inadvertida la marca violácea en el cuello de su madre. La estudió por unos segundos: estaba radiante. Subieron al barco y continuaron el recorrido hacia el tercer destino, la isla mayor de Egina.

El grupo tenía una hora para recorrer a sus anchas la isla de Egina. Adam, Helena, Alón y Gía decidieron ir a relajarse a un pintoresco bar, donde bebieron y disfrutaron de una deliciosa y succulenta merienda, mientras el sol declinaba en el horizonte, inundando el cielo con un espectáculo de colores anaranjados.

El viaje de regreso al puerto Pireo duró un poco más de una hora. La excursión concluyó cuando Arturo dejó al último pasajero en su hotel; le hizo el favor de dejar a Alón en su casa, que le agradeció con una tímida sonrisa a Gía por haberlo invitado, al igual que a Helena. Estrechó la mano de Adam y entró a su casa contento. Luego, Arturo los llevó hasta la casa de Helena. Había sido un día agotador. Al entrar, se dejó caer en el sofá de la sala. Adam tomó asiento a su lado; Gía subió a su habitación.

—¿Te quedas? —preguntó llena de expectativa.

—No, lo siento. Mi vuelo sale a primera hora de la mañana; debo regresar al hotel. —Ella hizo una mueca de tristeza con los labios—. Me encantaría quedarme, pero debo irme. Volveré pronto, lo prometo.

Helena asintió. Se besaron con ansias, con frustración; no deseaban

separarse, no querían alejarse. Se necesitaban porque sus almas estaban destinadas a estar juntas; eran uno, se complementaban a la perfección.

Con resistencia Adam partió en un taxi hacia su hotel. Helena se quedó mirando cómo el coche se alejaba por la calle, llevándose a Adam, llevándose la mitad de su corazón; un vacío enorme la envolvió. Se sentía de pronto incompleta.

CAPÍTULO 7 Al abrir los ojos,

se encontró con Adam delante de ella, esperándola; con los brazos abiertos, corrió a su encuentro y lo rodeó, uniéndose en un abrazo interminable. Nuevamente se encontraban en la habitación blanca.

—¡Dios mío, Helena! Te he extrañado horrores... Estas horas alejado de ti fueron una tortura. No veía la hora de dormirme; sabía que aquí te vería, pero no lograba conciliar el sueño —confesó Adam.

—Me pasó lo mismo. Cené, me di una ducha y me acosté. Tardé más de una hora en dormirme.

Unieron sus labios; se besaron desesperados con los ojos cerrados. No se percataron de que todo había comenzado a girar a su alrededor; cuando volvieron a abrir sus ojos, se separaron; sus respiraciones estaban alteradas. Helena echó un vistazo: reconoció el lugar. Estaban de nuevo en la sala de la casa del padre de Nerella. Ophelia estaba sentada, rígida, con las manos entrelazadas, y movía con insistencia la punta de su pie derecho. Su semblante era de absoluta preocupación.

Rhea entró a la sala: iba descalza, mojada, con el cabello rojo completamente despeinado de forma salvaje. Sostenía el pesado libro entre su brazo izquierdo y su cuerpo; en una mano llevaba la filosa daga y, en la otra, sus sandalias. Se detuvo al ver a su madre. Ophelia se levantó de inmediato y la increpó.

—¡Por todos los dioses! Estaba tan preocupada por ti... ¿Dónde te has metido toda la noche? Hubo una tormenta horrible. ¿Por qué traes esas fachas?

Ophelia reparó en el estado de su hija y reconoció el pesado ejemplar que sostenía. Frunció el ceño con dureza.

—¿Qué hiciste?

Rhea pasó por su lado, empujando ligeramente al pasar el cuerpo de su madre. Dejó las cosas sobre la mesilla.

—No tengo por qué darte explicaciones.

—¿Has estado practicando magia? ¿Otra vez con esas tonterías? —Rhea se volvió cargada de furia hacia su madre, se acercó a ella, sus narices casi se

rozaron.

—No son tonterías, madre... —Ophelia tembló al sentir la voz de su hija; la forma en la cual arrastraba las palabras la hizo estremecer y, por un momento, sintió mucho miedo.

Rhea pudo percibir el temor en ella; sonrió de lado con autosuficiencia.

—Arderás en los confines del Tártaro. No se juega con magia. Mi madre lo sabía y, sin embargo, continuó con sus rituales y maldiciones, metiéndote cosas raras a ti en la cabeza de pequeña. ¿Cómo terminó? —le preguntó con rudeza. Rhea no respondió, desvió la mirada—. Muerta. Quemada en la hoguera. Aún puedo escuchar sus gritos; no quiero ver a mi hija morir así.

—Hice lo que tenía que hacer. Y no te entrometas en mi asuntos.

Ophelia apretó los puños, le lanzó una mirada de decepción a su hija y salió de la sala, pegando un portazo. Rhea se dejó caer en el sillón, y una sonrisa se dibujó en sus labios, que luego se fue ampliando más y más, hasta convertirse en una sonora y macabra carcajada.

Ahora, la escena había cambiado: estaban en la habitación de Nerella. Dorian dormía a su lado desnudo. Lo miraba embelesada. Ella tenía un abdomen un poco más prominente; su embarazo se había comenzado a notar. Le acarició un mechón de cabello y él se removió. Escuchó ruidos en el pasillo.

Lo sacudió; él se despertó en el acto. Se levantó del lecho y tomó todas sus cosas, para salir al minuto siguiente por la ventana. En ese momento, las puertas se abrieron. Rhea entró a su habitación. Nerella cubrió su cuerpo con las sábanas de seda. Rhea la miró unos segundos. Había olor a sexo en el cuarto: de eso no le cabía la menor duda. Apretó la mandíbula, controlando la ira que comenzaba a acumularse en su interior. Fingió una sonrisa y se acercó a Nerella; tomó asiento al lado de ella y la miró con seriedad.

—Eres una traidora —escupió; Nerella abrió desmesuradamente los ojos.

—No entiendo... —comenzó, pero Rhea la interrumpió.

—No te hagas la mosquita muerta. Sé toda la verdad. Tú y Dorian. ¿Acaso vas a negarlo?

Nerella cerró los ojos dolida, respiró profundo y negó con la cabeza.

—¡Rhea, lo siento tanto! —comenzó.

—Creí que eras mi hermana. Nosotras hicimos un juramento de sangre. Lo has roto.

—Lo siento, Rhea... me enamoré de él. No pude evitarlo.

—Siempre consigues lo que quieres. Él era lo único que yo tenía, lo único real, y tú me lo arrebataste.

—Rhea...

—Te arrepentirás, Nerella. Lamentarás todo el daño que me has causado, y lo pagarás con sangre y sufrimiento, eso te lo aseguro.

—Rhea... ¿qué hiciste? —preguntó Nerella, al ver la determinación y el odio en sus ojos.

—Hice lo que tenía que hacer —sentenció.

Se levantó de la cama. Entonces se escucharon gritos en el pasillo; la puerta se abrió de par en par, rebotando contra la pared. Critias entró buscando a Nerella. Rhea la miró y sonrió de lado.

—¿Es cierto? ¿Me engañas con el ayudante de cocina? —preguntó con un tono siseante.

El vello del cuerpo de Nerella se erizó y, un escalofrío la recorrió. Tembló de miedo; se sostuvo el vientre, protegiendo su abultada barriga.

—¡Vaya a saber si ese hijo es mío! —escupió con desprecio.

—Es tuyo, eso puedo asegurarlo —aseveró enfrentándolo.

—Me sigues creyendo un ingenuo, un iluso. ¿Te revuelcas con esa rata y quieres hacerme creer que el niño es mío?

Se volvió hacia el guardia, que estaba postrado en la puerta.

—Ve, encuentra a ese energúmeno, tráelo ante mí.

—¡No! —gritó Nerella.

—A ella... —dijo señalando a Nerella —... llévala a la habitación especial.

Nerella intentó zafarse del agarre del guardia que la llevaba, pero fue en vano. Miró a Rhea, rogándole ayuda, pero ella la ignoró por completo.

—¿Qué harás con ella? —se interesó por saber.

—¿Quieres ver? —ofreció con una sonrisa macabra.

A Rhea le brillaron los ojos. Se tornaron verdes intensos, como una brillante

esmeralda.

Al entrar a la «habitación especial» de Critias, Rhea experimentó un estremecimiento; le tembló todo su cuerpo. Su interior se agitó, un sudor frío le recorrió la espalda. Tragó con dificultad. Jamás creyó que le causaría tanta impresión ver a Nerella maniatada a una cruz.

Sus extremidades estaban en hiperextensión; seguramente el dolor en todas las articulaciones de su cuerpo sería intenso, mas ella no se quejaba.

Su vientre abultado sobresalía de su abdomen; estaba desnuda. Una bolsa de arpillera cubría su cabeza, inclinada hacia su hombro izquierdo, inerte.

Critias se volvió hacia ella al verla entrar; la sonrisa que enmarcaba su rostro era de pura ansiedad. Se relamía los labios, impaciente de comenzar. Rhea sintió un momento de pena por ella: al fin y al cabo, había sido una de las personas que más había querido, su amiga, su hermana del corazón. Cerró los ojos, apretó los puños, reprimiendo esos sentimientos que la hacían flaquear. Recordó su traición y, nuevamente, el odio se apoderó de su alma; abrió los ojos, respiró profundo y miró a Critias.

—Toda clase de artilugios tienes ahí —comentó Rhea, señalando las herramientas de tortura arriba de una larga mesa.

Él se acercó a la mesa; tomó una especie de grillete con un tornillo. Se volvió hacia ella, mostrándoselo.

—¿Sabes qué es? —Rhea negó—. Es un rompemanos o rompepiés; insertas la mano, o el pie, y vas girando el tornillo, hasta romper los huesos. ¿Quieres probarla? —preguntó con ansiedad.

—Muéstrame cómo funciona.

Critias sonrió complacido.

—¿Mano o pie?

—Pie.

Él caminó hasta la cruz donde estaba Nerella; desató un momento su pie derecho y lo metió entre los hierros. Ella se removió ante su tacto. Lo ajustó en torno a su dedo pequeño y nuevamente aseguró las correas a la cruz.

Se puso de pie y retiró la bolsa de la cabeza de Nerella. Ella respiraba con dificultad, le dedicó una mirada asesina a Critias y una mucho peor a Rhea.

Se sostuvieron las miradas. Entonces Nerella sintió cómo el tornillo traspasaba la delgada piel de dedo; apretó las mandíbulas y cerró los ojos, tiró la cabeza hacia atrás. El dolor fue insoportable.

Pero no gritó. De sus labios solo escapó un leve gemido lastimero.

Critias apretó más, y se escuchó un chasquido: fue su pequeño hueso al romperse. El dolor fue tan intenso que le fue difícil no gritar; si seguía apretando así sus mandíbulas, se romperían sus dientes. Respiró de manera ruidosa y acelerada; sintió cómo su barriga se endurecía. Sus ojos se colmaron de lágrimas; brotaron de entre sus párpados cerrados y le rodaron por las mejillas. Temía por su bebé; deseaba protegerlo, pero no tenía ninguna esperanza de salir con vida de esa habitación.

Rhea, en un primer momento, creyó que disfrutaría del espectáculo, pero solo sentía un nudo en la boca de su estómago. La fortaleza y entereza de Nerella ante tal salvajismo la sorprendió. Era valiente la muy zorra.

Nerella se sentía helada; el frío trepaba por sus piernas, brazos y torso. Intentó concentrarse en otra cosa, llevar su mente más allá, alejarla del dolor y frío que padecía. Pero, cuando sintió el ruido de una fina y delgada vara cortar el aire y luego golpear sus piernas en varios puntos diferentes, así como también en sus brazos y abdomen, entró en un estado de semiinconsciencia. El dolor no lo podía soportar.

Critias azotó sus plantas de los pies; Nerella ya no podía reprimir los gritos. El dolor la surcaba como una corriente que se expandía por todo su cuerpo. Abrió los ojos un momento; vio a Rhea frente a ella, inmutable, con sus ojos verdes fijos en ella. Eso le dolió más que los azotes; le desgarró el corazón.

Sintió una serie de latigazos cortar la piel; deseó con todas sus fuerzas morir. Además de la sangre que le salía de la planta de los pies, aquella comenzó a brotar de forma intermitente de las heridas en carne viva provocadas por el látigo sobre su abdomen y torso; ya no se contenía: el dolor era tal que le era imposible reprimir los gritos.

A sus oídos le llegaban las carcajadas de Critias. Quería morir, le rogaba a los dioses que tomaran su vida, deseaba que el padecimiento acabase. Pero los dioses no se apiadaron de ella, y la tortura continuó.

Rhea vio a Critias dejar el látigo y tomar una especie de pinza. Se acercó a

Nerella y tomó su mano. Cerró los ojos al verle arrancar la primer uña. Ella se desmayó. Pero él la reanimó tirándole un baldazo de agua helada. Y, por si fuera poco, de un recipiente de barro sobre la mesa, tomó un puñado de sal y se la tiró en las heridas de los pies.

El grito que escapó de la garganta de Nerella fue desgarrador. Y la pesadilla continuó...

Helena no soportó más; giró dándole la espalda a la escena que tenía delante. Adam la abrazó por la espalda, uniendo sus manos delante del abdomen de ella. Apoyó su mentón en el hombro, infundiéndole ánimos. A él también lo había afectado ver semejante tortura.

Para la suerte y el alivio de ambos, la escena cambió. Volvían a estar en la habitación de Nerella. Ella estaba pálida; tenía todo el cuerpo lastimado, menos el rostro, pero la palidez de su cuerpo era alarmante. Una especie de médico la examinaba.

Al correr las sábanas que cubrían su cuerpo, el médico contuvo el aliento y miró a la esclava que estaba sosteniendo la mano de su ama. Sarabi temía por la vida de su señora. Ese hombre tirano la había torturado hasta casi matarla. El médico se encontraba allí, porque Nerella padecía de una hemorragia fuerte, consecuencia del aborto espontáneo que había padecido.

Sarabi aún podía escuchar los gritos de su señora, clamando por la vida de su hijo. La señorita Rhea había salido de la habitación pálida como la muerte, sosteniendo una especie de paño blanco que le entregó no bien la vio. No le dijo nada y se fue. Como alma perseguida por Hades.

Sarabi había abierto el paño y contuvo un grito de terror; enseguida las lágrimas bañaron sus mejillas. Envuelto en el paño blanco, estaba el feto, de unos veinte centímetros. Era un perfecto bebito, todo pequeñito; tenía sus brazos y sus piernas; estaba todo formadito. Acunó la tela y salió corriendo de la casa.

En la cocina encontró a Duka comiendo pan; cruzó un par de palabras con su hijo y le entregó el paño. El niño asintió, le dio un abrazo a su mamá y salió corriendo.

Sarabi enseguida regresó a atender y curar a su señora.

La escena volvió a cambiar. Ahora, Adam y Helena corrían detrás de Duka. Era una noche de luna llena; el pequeño se movía con agilidad por un espeso bosque. Y, a cada pisada, las pequeñas ramas de los árboles, crujían bajo sus

pies.

Se detuvo en un claro, rodeado de flores; la luz de la luna las iluminó. Brillaron con un color carmesí intenso. El pequeño Duka dejó el bulto a un lado y tomó una piedra con punta; cavó con ayuda de la piedra y de sus manos una pequeña tumba. Cuando terminó, tomó el paño, lo abrió y lo miró con detenimiento, desobedeciendo la orden que le había dado su madre, pero era curioso por naturaleza.

Sus tiernos ojos verdes se enrojecieron a causa de las lágrimas; dejó con cuidado el paño dentro del agujero que había cavado. Se levantó y cortó varias flores, las ató sobre sí mismas, formando una corona.

Levantó la corona al cielo y dijo a los dioses unas palabras inentendibles. Cantando una canción extraña, luego dejó la corona de flores sobre el feto y con sus manitas rellenó la tumba, apisonando la tierra. Al terminar, se limpió con el dorso de la mano el sudor de su frente y emprendió el camino de regreso.

Helena estaba compungida; caminaba al lado de Adam, tomada de su mano, mientras seguían a Duka.

—Ahora que lo recuerdo... —comenzó Adam— ... ¿por qué no me dijiste que el amigo de Gía, Alón, es Duka? Imagina mi sorpresa cuando me di cuenta.

—¡Lo olvidé!, lo lamento, Adam.

—Por cierto, otra cosa que se te olvidó comentarme es que Gía dibujó a Critias, a Rhea y ella dice que a ti, pero es Nerella.

Helena se frenó de golpe y se giró para mirar a Adam; tenía una expresión muy seria.

—¿Qué has dicho?

—Hoy, en la playa, Gía me mostró sus dibujos y vi los retratos de ellos. Gía dijo que esas imágenes se le habían venido a la cabeza. Pero... ¿crees que es una casualidad?

Helena aún procesaba las palabras de Adam. No tenía idea, pero pensaba averiguarlo.

Entonces, ambos lo escucharon. Un grito desgarrador resonó en el bosque.

—¿Qué fue eso? —preguntó Adam.

Helena agudizó el oído; entonces la reconoció. Era Gía. Estaba llamándola

con insistencia.

—¡Mamá... mamá! ¡Por favor, despierta! ¡MAMÁ!...

Adam apenas tuvo reacción; Helena se evaporó delante de él. Y él regresó de forma brusca a la habitación blanca, con un fuerte dolor de cabeza.

Mientras que Helena se incorporaba en su cama un poco mareada y con náuseas, Gía se le abalanzó encima y la abrazó; lloraba de forma desconsolada. Ella la rodeó con sus brazos y comenzó a acariciar su cabello con suavidad.

—Shhh... Tranquila, mi amor. ¿Qué sucedió? —susurró en su oreja.

—Tuve una pesadilla horrible —contó entre hipidos—. Fue tan real... había tanto sufrimiento y dolor... —Se despegó del pecho de su madre, para mirarla. Helena le limpió las lágrimas con sus pulgares.

—Solo fue un sueño. Tranquila. Ven, acuéstate conmigo.

Palmeó el colchón y Gía, de un movimiento, se acomodó a su lado. Helena la abrazó y ella acurrucó su cabeza en el pecho de su madre, como cuando era pequeña.

—¿Quieres contarme qué soñaste?

—Sí... —Tomó aire—. Había un niño. No tendría más de diez años; caminaba por el bosque y llevaba algo en sus manos. —Helena sintió un frío recorrerla al escuchar a Gía—. El niño cavó una pequeña tumba, cerca de un claro, una noche de luna llena; había muchas flores rojas dentro de la tumba. El niño dejó un embrión; era un bebé muy pequeño. Y luego cantó una canción; lo rodeó con las flores y, cuando comenzó a tapar la tumba con la tierra, abrí los ojos y sentí que la tierra me entraba en estos. Intenté decirle que no lo hiciera, que me estaba ahogando, pero el niño no me escuchaba. Ese bebito era yo... fue tan real, mamá... tan real...

Helena la abrazó con mucha fuerza; Gía se fue calmando, regulando su respiración, hasta volver a caer en un sueño profundo; pero ella no volvió a pegar un ojo en toda la noche. Necesitaba respuestas.

El domingo a primera hora de la mañana, partía el avión que lo regresaba a

su casa, a Londres.

Había dormido mal y, estaba preocupado por Helena y por Gía.

Aún podía escuchar los gritos desesperados de la joven. Helena se había evaporado, y él se había quedado hasta que se había despertado en la habitación blanca, solo.

Mientras esperaba para abordar el avión, pensaba en que no deseaba irse. No quería regresar a su vida habitual y, sobre todo, no quería volver a sus viejos hábitos. Deseaba quedarse en Atenas pero, por mucho que lo deseara, debía regresar a Londres: tenía una película que filmar. Ya había gozado de demasiados privilegios; era momento de cumplir con las responsabilidades.

Sacó su teléfono celular, abrió la galería y miró con detenimiento las fotos que se habían sacado durante ese fin de semana. Sonrió como un tonto a la pantalla. ¡Cielos santo, no deseaba irse! Antes de embarcar, le escribió un mensaje a Helena. Grande fue su sorpresa al ver que ella respondía a esa hora de la mañana un día domingo.

Adam Coop_06:05

Hola hermosa, buenos días.

¿Dormiste bien?

Me quedé preocupado al escuchar a Gía gritar.

¿Ella

está bien? ¿Qué le pasó? Estoy por embarcar... no quiero partir.

LenitaLove_06:06 *¡¡¡Adam!!!*

Hola, no pegué un ojo en toda la noche.

Fue horrible.

Gía soñó con Duka, enterrando al bebé de Nerella, asegura que ese bebé era ella....

No sé qué pensar, tengo la cabeza hecha un lío.

No quiero que te vayas... ya te estoy extrañando...

Releyó la pantalla de su teléfono varias veces, para procesar lo escrito por Helena. ¿Por qué Gía, además de dibujar a Critias y a Rhea, sueña con ellos y asegura que ese bebé era ella? De tan solo pensarlo, un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Escuchó por el altoparlante que anunciaban su vuelo; debía embarcar. Se apresuró a tipear: «Debo embarcar, voy a echarle de menos». Le entregó su

pasaje a la joven mujer, que le dedicó una sonrisa mostrando toda su dentadura, y le deseó: «Que tenga un excelente viaje, señor Cooper», lo cual ignoró. Subió al avión, tomó asiento en su butaca correspondiente en primera clase y se apresuró a sacar el celular. Ella aún no le había respondido. Una azafata se le acercó y le ofreció algo para beber.

—Un café, por favor. Sin azúcar.

La mujer asintió y se fue. El teléfono le vibró, se apresuró a leer.

LenitaLove_06:23

¡¡¡Que tengas buen viaje!!!

Voy a extrañarte mucho...

Adam Coop_06:24

*Yo te aseguro
que te
extraña.
más...
Te veo
en mis
sueños,
Helena.*

Guardó su teléfono, recostó su cabeza en el mullido asiento y cerró los ojos. Suspiró, cargado de resignación. No deseaba apartarse de ella, no quería verla solo en los sueños, o donde sea que se veían mientras dormían, pensó. Quería estar cerca de ella, la necesitaba. Durante todo el fin de semana no había consumido droga, y eso era un récord: jamás pasaba tantas horas limpio de estupefacientes.

Simplemente, estando con ella, no tenía la necesidad de hacerlo, porque inexplicablemente se sentía bien, lleno de dicha, completo. Helena lo complementaba y, además, lo hacía una mejor persona.

De tan solo pensar que regresaría a su rutina, ya podía sentir esas cosquillas, esa ansiedad por probar de nuevo; tenía la garganta seca. Y el solo pensar en drogarse lo había alterado; movía su pie con insistencia y sus dedos intentaban controlarse. Se odió por ser tan débil.

Por suerte, la azafata regresó con su café, que prácticamente arrebató de las

manos, sin siquiera agradecer; lo bebió rápido, y se quemó la lengua. Se maldijo internamente. Terminó el café, se ajustó el cinturón de seguridad, e intentó dormir un poco. Se durmió tan profundo que ni se percató del despegue. Un par de horas más tarde, el avión aterrizaba en Londres.

El domingo para Helena era un día más. Siempre trabajaba; ese día en particular coordinaba un pequeño grupo de doce personas, en su recorrido habitual a la Acrópolis.

Era un grupo especial y quería un recorrido corto, ya que tenían que continuar camino, así que se sintió afortunada: tendría casi toda la tarde libre.

Gía se había ido a pasar el día a la casa de Neal. Por la mañana Helena la notó apagada, taciturna, triste. No quiso indagar; sabía que «la pesadilla» la había afectado mucho, pero a ella mucho más. Hablaría con Rhea, le daría un ultimátum; o le explicaba lo que estaba sucediendo con Gía, o se negaría a evitar la tragedia de Dorian y Nerella. No tenía idea de cómo, pero le haría saber su disgusto; además, no la habían vuelto a ver, y eso la cabreaba. Los estaba ignorando. Lo sabía.

Por otro lado estaba Adam. Sonrió como tonta y se le encendieron las mejillas de tan solo pensar en él. Podía sentir cosquillas en el estómago; cientos de mariposas revolotearon dentro y lanzó una risilla divertida, lo que atrajo algunas miradas del grupo que guiaba.

Se le había ocurrido hablar con su jefa y solicitarle el próximo fin de semana libre; quería viajar a Londres, quería ir a darle una sorpresa. Ella siempre trabajaba sin descanso y, si alguno de sus colegas faltaba, ella estaba dispuesta a cubrirlos. Su jefa no podía negarse.

El recorrido terminó al mediodía. Llegó a su casa, almorzó y se acostó en el sillón de la sala a mirar una película, pero se durmió profundamente a los cinco minutos. Su siesta duró más de tres horas, y se despertó cerca de las seis de la tarde.

Acomodó un poco la casa, ordenó la ropa limpia, llevó la ropa de Gía a su habitación, la acomodó dentro del armario y, antes de salir, reparó en el libro que estaba arriba del escritorio; se acercó a él y lo tomó. Lo miró un momento y lo bajó con ella a la sala. Se sentó en el sofá y comenzó a ojear el

libro.

Se quedó helada mirando una imagen. Luego miró su muñeca izquierda. En la imagen estaban las dos esclavas de oro blanco unidas entre sí. En el pie de la foto, leyó: «Esclavas del destino, mítico objeto de regresión». Y se sumió en la lectura del libro: tal vez allí encontraría las respuestas que tanto buscaba.

Dos horas más tarde, Gía, acompañada de Neal, entraba a la casa. Dejó el libro sobre la mesita ratona y se levantó del sillón; abrazó a Gía y saludó a Neal con un beso en la mejilla.

—¿Cómo has estado, Helena?

—Muy bien, Neal, ¿tú?

—Mucho trabajo —respondió con voz cansada.

—¿Quieres una cerveza? —Él asintió; ella le hizo señas y la siguió a la cocina.

Helena sacó dos latas frías de cerveza; le tendió una a Neal, que apoyó su espalda baja en la mesada.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó Neal de forma enigmática.

Helena entrecerró los ojos antes de responder.

—¿Qué quieres saber del fin de semana? —Neal sonrió—. ¿Qué te contó Gía?

—Que se fueron a la playa con Alón... —dijo poniendo énfasis en el nombre del muchacho—... y con tu nuevo novio.

—Así es.

—Helena, no quiero parecer entrometido, ni deseo que pienses que quiero inmiscuirme en tu vida privada, pero ten cuidado, ¿sí?, No sé qué clase de hombre es, y tú llevas a Gía a pasar el día con él y con ese tal Alón...

Helena rompió en carcajadas. Neal la miró con el ceño fruncido.

—No es gracioso; lo único que hace es hablar de Alón... —le reprochó—. Y me siento un idiota, estoy celoso de ese tal Alón.

—No debes preocuparte por Alón: es un buen muchacho; además, deberías confiar en ella, Neal.

Gía sabe muy bien cómo cuidarse.

—¡Pero es tan pequeña!

—¡Neal! Es una adolescente; está creciendo. Es lógico que ella se interese

en muchachos. Tienes que confiar en ella.

Neal resopló molesto.

—Tampoco dejó de hablar de tu novio; está como idiotizada. ¿Es un buen hombre, Helena?

—Sí, Neal, Adam es un buen hombre.

—¿Así que se llama *Adam*! ¿A qué se dedica?

—Es actor —contestó Helena, sin entrar en detalles.

Neal bebió su cerveza.

—¿Cómo estuvo Gía hoy? ¿La viste bien? —preguntó desviando la conversación.

—Por la mañana estuvo decaída; se la pasó dibujando junto a la piscina. Al mediodía ayudó a Luisa a preparar el almuerzo y jugó por la tarde con los niños. Estuvo de buen ánimo. ¿Por qué preguntas?

—Anoche tuvo una pesadilla; se despertó muy alterada. Y, antes de irme a trabajar, la noté apagada.

—Ha estado bien, con su humor de siempre.

—Eso me deja más tranquila.

Se hizo un silencio entre ambos, pero para nada incómodo: se conocían de toda la vida, eran amigos y cómplices; terminaron la cerveza. Helena lo invitó a que se quedase a cenar, pero Neal se negó. «En otra oportunidad», aseguró; subió al cuarto de Gía a saludarla, se despidió de Helena y partió hacia su casa.

Helena se puso a preparar la cena. Gía entró a la cocina arrastrando los pies.

—¿Cómo ha sido tu día?

—Tranquilo, mamá. Nada interesante que destacar.

—¿Estás mejor? —Gía asintió—. Tomé prestado tu libro; espero que no te importe.

—Léelo tranquila. Es interesante.

—¿Lo escribió tu profesora?

—Sí.

Helena asintió; le dio la espalda a Gía y comenzó a lavar las verduras. Le gustaría conocer a esa mujer; tal vez, ella podía ayudarla a entender un poco más.

Adam entró a su mansión, y Beatriz lo recibió con un increíble pastel de chocolate horneado.

Saboreó el trozo de pastel, mientras ella lo ponía al día con los mensajes recibidos.

—Llamó nuevamente esa mujer. —Se le atoró el pastel al escucharla.

—¿Qué quería?

—Dijo que falta poco, que muy pronto todo saldrá a la luz.

Adam cerró los ojos y apretó los dedos, cerrándolos en un puño. Esa mujer era peor que un grano en el culo; debía buscar la forma de deshacerse de ella, pero no sabía cómo hacerlo. Matarla no estaba en sus planes: no era un asesino.

—¿Algo más pasó en mi ausencia?

—No, señor. Me alegro de que haya regresado a casa.

Él no podía decir lo mismo. Le hizo una seña a Beatriz, y ella se retiró a la cocina.

Se dejó caer en el sillón de la sala, tomó su portátil, respondió mails y algunos mensajes de trabajo. Llamó al director. Mañana regresaría a grabar y sería una jornada extenuante: así se lo había hecho saber el director.

Sonó el timbre; le gritó a Beatriz que él abriría la puerta. Al hacerlo, se encontró con Mike Calahan, acompañado de cuatro hermosas señoritas.

Mike era un actor, no tan reconocido cómo él, pero estaba en el medio. Tenía fama de mujeriego: siempre estaba rodeado de buena compañía. Además, era el compañero de juego de Adam y quien siempre le conseguía la droga.

Al verlo, se hizo a un lado para dejarlo pasar. Las chicas entraron detrás de él. Una pelirroja preciosa lo miró con intensidad, devorándolo con la mirada. Por alguna razón se sintió extraño.

—¡Mike! ¿Qué haces aquí, hermano? —saludó mientras se daban de palmaditas en la espalda.

—¿Dónde te metiste todo el puto fin de semana? Te estuve buscando.

—Viajé.

—Me di cuenta. ¿Cuándo llegaste?

—Hace un rato. ¿Las señoritas?

Mike las presentó.

—Violeta, Loreley, Amanda y Sheryll —dijo señalándola una por una.

—Un placer —saludó Adam.

Carraspeó incómodo; sabía muy bien por qué Mike había ido allí. Siempre era lo mismo con él; le traía mujeres, droga, y se la montaban en grande.

Mike se acomodó en la sala, y las chicas se sentaron alrededor. Adam entró a la sala y lo vio sacando un paquete de su chaqueta; no tenía que ser adivino para saber qué contenía. Sacó una tarjeta, abrió el envoltorio y comenzó a preparar varias líneas de cocaína.

La boca se le secó. Un sudor frío lo recorrió y tragó grueso. Ansiaba probar una vez más. La pelirroja fue la primera en aspirar; cerró los ojos, disfrutando del subidón. La respiración de Adam se aceleró: podía saborearla. Le siguieron la morena y las dos rubias. Mike lo miró y le hizo señas de que se le uniera; se acercó sin rodeos, se arrodilló, le sacó de la mano a Mike una especie de tubito de plástico, lo introdujo en su nariz y, cuando estaba por aspirar, el rostro de Helena se le vino a la cabeza.

Se quedó mirando esa línea blanca; parecía hipnotizado. Mike lo incentivó, pero Adam dejó el tubito sobre la mesa con extremada lentitud. Se levantó y caminó hacia el baño, ganándose una mirada extrañada por parte de Mike y de las cuatro mujeres.

Se encerró en el baño. Apoyó la espalda sobre la puerta, se fue deslizando de a poco hasta quedar sentado en el frío piso de mármol. Temblaba; todo su cuerpo se convulsionaba. Ansiaba consumir, su mente se lo pedía a gritos, pero no podía. No debía. Quería dejar esa mierda de una buena vez, no quería depender más de la cocaína; ahora tenía un motivo que lo incentivaba para hacerlo, y todo se resumía en Helena.

Se levantó del suelo aún temblando; abrió el grifo del agua, metió la nuca y dejó que el agua fría se escurriera por su cuello y su rostro. No supo cuánto tiempo estuvo así. Pero le sirvió para aclarar sus ideas. Salió del baño decidido. Al volver a la sala se encontró a Mike en cueros y a las cuatro chicas bailando a su alrededor, con la música a todo volumen. Las dos rubias se habían sacado la remera. Al verlo le sonrieron de forma sexy, pero Adam apenas reparó en ellas; cruzó la sala hasta el equipo de sonido y lo apagó. Los

cinco se volvieron para replicar. Mike fue el que habló.

—¿Qué te sucede, hermano?

—Se van —ordenó Adam con determinación.

La pelirroja se le acercó contorneando las caderas, pero él la ignoró olímpicamente.

—¡Mike! Lo digo en serio: los quiero fuera de mi casa, ¡ahora!... —volvió a decir.

—Vamos a divertirnos, hermano; a eso vine, no seas aguafiestas. Traje blanca de la buena, ¿qué te sucede?

Adam respiró profundo.

—Toma la droga y vete... Tampoco te gastes en volver, Mike.

Mike lo estudió por unos segundos. Tomó su camisa, se la puso ofuscado, levantó el paquete con la cocaína y salió seguido de las cuatro chicas.

Cuando escuchó que la puerta se cerró, suspiró aliviado. Al volver a abrir los ojos, frente a él, estaba Beatriz, que lo miraba con una sonrisa.

—Yo limpiaré eso, señor. No se preocupe. Usted vaya a descansar.

—Gracias.

Se fue a su habitación, se dejó caer en el colchón; sentía el corazón latir fuerte en su pecho. Aún temblaba, pero intentó relajarse; se prepararía un baño de inmersión: eso le haría bien.

Cuando Adam se materializó en la habitación blanca, Helena lo esperaba hacía un largo rato. Ella cenó, se duchó y se había ido a la cama apurada, deseosa de conciliar el sueño lo antes posible, así volvía a verlo. Lo extrañaba.

Por eso, se abalanzó sobre él apenas apareció. Lo abrazó con fuerza, rodeando con sus delgados brazos su cintura, inspiró su aroma y dejó que su seductor perfume la embriagara.

—¡Oh, Adam! ¡Te eché de menos! —susurró, acurrucando la cabeza sobre su pecho.

Adam pasó con suavidad la mano sobre su cabello dorado. Él no había

tenido tanta suerte como Helena y, después del baño de inmersión, se había ido a la cama. Pero no lograba dormirse. Estaba alterado. Su cuerpo le pedía a gritos una sola dosis más. Giraba para un lado, luego hacia el otro, acomodaba la almohada propinándole pequeños golpecitos, que luego se convirtieron en una serie de puñetazos; maldijo cuando erró a la almohada, y su puño dio contra el respaldo de madera de la cama, y se lastimó los nudillos. Cuando quiso darse cuenta, estaba abrazado a sus rodillas, temblando y en un mar de lágrimas. La abstinencia lo estaba afectando.

Era curioso, pensó él: durante el fin de semana con Helena, ni una sola vez había pensado en consumir, pero ahora se moría por probar un poco. Y se odiaba por eso.

Tardó más de tres horas en dormir. Sacudió su cabeza, intentando apartar esos horribles pensamientos; ahora solo quería disfrutar de ella. Le hacía demasiado bien.

—Hace rato te espero —comentó Helena, apartándose su cabeza del pecho para mirarlo a los ojos—. ¿Te encuentras bien?

—Sí... estoy bien, tuve que ponerme al día... y me costó conciliar el sueño.

—No importa, ya estás aquí...—Tomó entre sus manos el rostro de Adam y unió sus labios a los de él.

Sintieron el suelo girar debajo de sus pies. Él se aferró a su cintura y besó sus labios con anhelo.

Cuando todo se detuvo, se separaron.

Ante ellos, estaba Dorian hablando en susurros con Sarabi en un rincón oscuro de la habitación de Nerella.

—¡Vamos, Sarabi! Déjame verla, solo será un momento.

—Lo siento, Dorian... Mi señora está muy mal y, si alguien llega a descubrirte, no solo pones el peligro tu vida, sino la de ella. Sufrió mucho —explicó con ojos brillantes.

—Lo sé... ese hijo de puta la torturó; lo escuché al médico.

—Entonces entiendes que es peligroso que estés aquí. Si él te encuentra, volverá a ensañarse con ella, y mi ama no resistirá... Por favor, Dorian, lo mejor es que te vayas.

—Sarabi... prometo irme, pero antes necesito verla una última vez.

—Cinco minutos —determinó Sarabi. Dorian asintió.

Dorian reprimió un grito de horror al ver a Nerella. Estaba dormida, pero las heridas de su cuerpo eran visibles. Sintió una culpa terrible y un odio irremediable a Critias.

Se sentó sobre el lecho. Nerella se removió; él tomó su mano y la apretó con delicadeza. Reparó que a esa mano le faltaban tres uñas... Cerró los ojos y no pudo evitar que las lágrimas se escurrieran entre sus párpados.

—¡Amor mío! —susurró y besó su mano con delicadeza.

Sintió cómo los dedos de Nerella se aferraban a su mano; ella había abierto los ojos y los miraba con ansiedad.

—Dorian... mi amor —gimió; tenía la garganta seca—. ¿Qué haces aquí? Es peligroso, él... tiene a toda la guardia buscándote... no debes estar aquí.

—Necesitaba verte. No pensaba irme de la ciudad sin antes despedirme de ti. ¿Qué hizo contigo?

Nerella cerró los ojos y lanzó un sonoro suspiro.

—No importa eso...

—A mí sí me importa, Nerella —admitió—. ¡Juro por los dioses que algún día le haré pagar todo lo que te hizo!

Ella se incorporó sobre el lecho y se acercó a él.

—Perdí mi bebé... —se lamentó con voz quebrada.

Dorian la abrazó, acariciando con suavidad su espalda, besando la coronilla.

—Nerella, ahora me iré, pero volveré por ti. Lo prometo. Vendré a buscarte. Solo te pido que resistas. Sé que te estoy pidiendo demasiado, pero no pienso dejarte aquí.

—Resistiré, amor mío. Lo haré por ti. Por nuestro amor.

Unieron sus labios con suavidad. En un casto y corto beso, pero lleno de promesas.

—Esto no es una despedida, Nerella —susurró sobre su oreja.

—Lo sé.

—Te amo, Nerella —murmuró sobre sus labios.

Depositó un beso delicado sobre ellos.

En ese momento, Sarabi se acercó apresurada.

—Escucho ruido en el pasillo. Debes irte... ¡Ahora!

Dorian apretó los dedos de Nerella entre sus manos, los besó, le dedicó una última mirada y salió apremiado por la ventana.

Adam y Helena corrieron persiguiendo a Dorian, que saltaba por los tejados; sus pies se movían con maestría por los desvencijados techos atenienses. De un salto, bajó a la calle poco transitada del mercado: a esa hora los comerciantes cerraban sus puestos. Debía apresurarse, o no conseguiría salir esa noche de la ciudad.

Tenía a media guardia del ejército ateniense persiguiéndolo. Si deseaba seguir con vida, debía dejar la ciudad como diera lugar: era apremiante escapar.

Se camufló entre los pocos transeúntes de la calle; le robó a un joven regordete su clámide, una especie de esclavina o capa que se sujeta al cuello. Dorian no la ató sobre su cuello; él se la colocó a modo de capucha sobre su cabeza.

Se detuvo de golpe y, con un ágil movimiento, se escondió detrás de un gran puesto de vasijas de barro. Había divisado al final de la calle media docena de hoplitas (soldados atenienses).

Caminaban en su dirección, mirando todo a su alrededor, buscándolo.

Dorian se agazapó sobre el suelo y rodó debajo del puesto, refugiándose entre la tarima de madera.

Los soldados se habían detenido justo ahí. Podía verlos y, temía que ellos lo descubrieran.

Admiró la espalda ancha de uno de los hombres; para llevar esa armadura, el soldado debía ser un atleta muy bien entrenado. La armadura que portaba era pesada; llevaba un casco de bronce, que dejaba ver el rostro del soldado; sobre este, una cresta de crines teñidas de colorado. Una coraza cubría su pecho, con un peto y un espaldar de bronce, unidos entre sí por correas y unas hebillas, las grebas, delgadas placas de bronce flexible, que se ajustaban a sus pantorrillas por correas de cuero. Debajo, llevaba una túnica color rojo carmesí, que terminaba sobre sus rodillas. Y lo más importante: su enorme y pesado escudo. Dorian calculó que la armadura debería pesar unos veinticinco kilos.

Los soldados continuaron por la calle, alejándose. Respiró aliviado. Esperó unos minutos a que ellos desaparecieran a lo lejos, antes de salir de su escondite.

Se escabulló por las callejuelas. El sol declinaba en el horizonte, y la luna llena era visible en el cielo anaranjado; pronto oscurecería, y cerrarían las puertas de la ciudad: debía apresurarse.

Se detuvo. Escondió su cuerpo detrás del tronco de un ancho árbol. Del patio de una casa salía una carreta empujada por dos bueyes llena de paja y algunos baúles. Escuchó la voz del conductor saludar a su esposa: «Regresaré en unos días, querida, debo salir de Atenas antes de que cierren las puertas». Cuando el hombre se giró para saludar a su mujer, Dorian aprovechó para correr con habilidad hacia el carro, saltar y escabullirse entre el montón de paja.

No sabía adónde se dirigía el hombre, pero iba fuera de Atenas y, eso era lo único que le importaba. Quince minutos después, un grupo de hoplitas lo detuvo; le preguntaron al hombre adónde iba. Él respondió que entregaría una mercancía en Corintio. Se acercaron a la carreta. «¿Qué hay en los barriles?», preguntó uno de los soldados. «Vegetales: soy un granjero», respondió. Lo obligaron a abrir los barriles. Lo hizo; estos estaban llenos de todo tipo de verduras. Lo dejaron continuar.

Dorian respiró tranquilo cuando la carreta se alejó rumbo a Corintio. Asomó la cabeza de entre la paja para mirar por última vez Atenas. Sintió un nudo en el pecho. Se le estrujaba el corazón por dejar atrás a Nerella, pero entendía que debía irse. Era lo mejor por el momento para ambos. Sus vidas estaban en juego. «Regresaré a buscarte Nerella», se prometió. Con ese último pensamiento se recostó, descansando su espalda entre la paja, y se entregó a un sueño profundo.

Dorian entró a una vieja y destartalada taberna en las afueras de Corintio. Era lo único que estaba disponible si se deseaba comer un plato comida caliente y rentar un aposento para dormir. Dorian no se podía permitir alquilar una cómoda cama: apenas le alcanzaba para pagar una cena. Ya vería

dónde se las arreglaría para pasar la noche. Pero no sería la primera vez que dormía a la intemperie.

Se sentó en una mesa, la más cercana a la puerta, por si debía escapar con rapidez por algún motivo. Una mujer regordeta se le acercó y puso delante de él un vaso de barro, que llenó con un líquido ambarino. Dorian lo tomó entre sus manos y bebió con avidez: tenía la garganta seca. Era una especie de vino dulzón; se lo bebió todo de un tirón, dejó el vaso sobre la mesa y le hizo un gesto a la mujer que le sirviera un poco más. Volvió a llenar el vaso, pero esta vez solo bebió un poco.

La mujer regresó y le dejó un cuenco con una porción caliente de col de habas con cebollas; el olor le llegó a sus fosas nasales, y su estómago, al sentir el olor a comida, rugió hambriento. La mujer le regaló una sonrisa, dejó un trozo de pan y se alejó.

Dorian se abalanzó sobre el plato. Comió atiborrándose la boca. Cuando terminó el primer plato, la mujer se le acercó y le ofreció más. Él aceptó, le dio las gracias y engulló el segundo plato.

Con la panza llena, salió de la taberna y encontró un pequeño prado. Recostó su espalda en el tronco de un viejo árbol. Miró las estrellas y pocos minutos después se quedó dormido.

Al alba se despertó por el ruido de un carruaje. Se escondió detrás de unas grandes rocas. A los lejos del camino de tierra, cruzaba una tropilla de soldados, montados en sus caballos. Sabía muy bien que lo estaban buscando. Trotó con rapidez cruzando el prado a toda velocidad, hasta camuflarse con la espesura del bosque. Corrió entre las ramas de los árboles, que se enganchaban en su ropaje, ralentizando su marcha. Saltó un arroyo y continuó su huida. De pronto, se vio impulsado hacia arriba; había pisado un colchón de hojas secas, y una enorme red lo envolvió al cerrarse sobre sí misma. Había caído en una trampa. Se colgó de la red, intentando escapar, pero era en vano. Si los soldados lo encontraban, era hombre muerto.

No supo cuánto tiempo estuvo atrapado. Escuchó la voz de un hombre hablarle y luego caer al suelo estrepitosamente. Se golpeó la espalda, masculló una maldición. Se liberó de la pesada red. El hombre que lo había liberado se acercó y le tendió la mano. Dorian lo estudió unos minutos, la aceptó y se puso de pie.

—Caíste en mi trampa para osos, hijo —explicó el hombre estrechando su

mano.

—¿Hay osos por aquí? —preguntó escéptico Dorian enarcando una ceja.

El hombre lanzó una carcajada.

—¿Qué hace un muchacho como tú por el bosque?

—No le interesa —respondió de mala manera.

—Eres el muchacho que los hoplitas están buscando —aseguró el hombre.
Dorian desvió la mirada.

El hombre se rascó su cabello blanco y finalmente dijo:

—Ven conmigo, te ayudaré a irte lejos.

Dorian lo miró esta vez con interés.

El hombre aparentaba unos sesenta y cinco años, vestía una túnica de calidad; la tela costaba buen dinero: de eso se daba cuenta a simple vista. Llevaba consigo atado a su cintura un cinturón de cuero, donde colgaba enfundada una larga espada con una magnífica empuñadura. Tenía grandes ojos color café, con una mirada amistosa, que generaba confianza. O, tal vez, eso creyó él. Decidió confiar en ese extraño. El hombre sonrió complacido cuando aceptó su ayuda.

—¿Adónde se dirige? —se interesó por saber Dorian.

—A Creta. Hay un barco que sale al mediodía del puerto de Corintio. Puedes venir conmigo.

—El puerto estará lleno de hoplitas —dedujo Dorian.

—Buscan a un muchacho, no a un sirviente; te harás pasar por mi lacayo y te llevaré a Creta conmigo. Ya estoy viejo y necesito ayuda, ¿qué dices?

Dorian se rascó la cabeza unos segundos, despeinando su cabello.

Finalmente asintió con la cabeza.

El hombre sonrió, mostrando su dentadura cuidada. Volvió a tenderle la mano, presentándose.

—Soy Thanos Andreatos.

—Dorian.

Estrecharon sus manos.

Dorian comenzó a seguir al viejo por el bosque. Para ser un hombre mayor tenía una agilidad y movilidad asombrosas. Le costaba seguirle el paso. La escena cambió. Adam se tomó de la mano de Helena al sentir el suelo girar. Cayeron dentro de un lujoso camarote; estaban en un barco: de eso no había

duda.

Thanos revolvía dentro de un baúl sacando ropas que esparcía por todo el suelo. En una esquina, sentado sobre un taburete, estaba Dorian, que no se perdía detalle del hombre que lo había ayudado a subir a un barco con destino a Creta. Le estaba buscando ropa adecuada cuando Dorian le preguntó:

—¿Por qué le dijo al guardia que yo era un meteco? Soy ateniense.

—Le dije que eras un extranjero, porque andan buscándote, muchacho; si eres un extranjero, no llamas la atención. Ten. Ponte esto —le tendió una tela blanca suave.

Dorian la tomó entre sus dedos; la suavidad de la tela se escurrió entre sus dedos y cayó al suelo.

Se agachó rápidamente para recogerla. Miró a Thanos.

—¿Por qué me ayuda?

—Esa no sería la pregunta correcta. ¿Por qué no ayudarte? Suena mejor. ¿No crees? —preguntó con media sonrisa.

—No entiendo por qué lo hace.

—¡Lo hago porque quiero, muchacho insolente! —respondió cabreado—. Y no te quejes... Estás solo y necesitas ayuda, yo te la ofrecí. Ahora date un baño. Allí está el baño; apesta a hedor. Tira esa ropa. O mejor quémala. Estaré en la cubierta.

Dorian asintió. El hombre le echó una última mirada antes de salir; luego cerró la puerta, que hizo un chasquido al cerrarse.

Al entrar al baño, sonrió complacido: había una espaciosa bañera de madera, con agua caliente, que lo esperaba. Tiró su ropa a un rincón y se zambulló en la bañera. Deslizó su espalda recostándose, disfrutando de la increíble sensación de un baño caliente. Él siempre se bañaba en el Egeo. Y era la primera vez en su vida que tomaba un baño caliente en una bañera. Los músculos se relajaron poco a poco. Se sentía en un estado de plenitud inexplicable. Cerró los ojos.

No comprendía muy bien por qué Thanos lo estaba ayudando; siempre había sido desconfiado por naturaleza. Pero internamente estaba agradecido al viejo. Igualmente se andaría con cuidado con él; a la mínima señal de peligro, desaparecería.

Una hora después, Dorian subió a la cubierta. Encontró al viejo impartiendo

órdenes a unos hombres. Ellos asintieron, y cada uno volvió a su labor en el barco.

Thanos se giró encontrándose con Dorian. Le dedicó una mirada de aprobación y se acercó a él.

—¿Cómo te encuentras, muchacho?

—Mucho mejor. Gracias.

Se produjo un silencio entre ambos. Thanos dirigió su mirada al horizonte. Dorian, sin embargo, no quitó sus ojos azules del anciano.

—¡Deja de mirarme! —le reprochó el hombre, incómodo por el escrutinio de él. Dorian se sobresaltó.

—Lo siento —se apresuró a decir.

Pero aun así no podía quitar sus ojos de él. Thanos Andreatos se giró fastidiado y lo miró con intensidad.

—¿Qué? —preguntó hosco.

—Nada. No quise incomodarlo. Solo que... estoy agradecido por su ayuda.

—No me agradezcas; aún no hemos llegado.

—¿Por qué lo hace? —Thanos enarcó una ceja—. Siento ser tan desconfiado —se apresuró a agregar, a modo de excusa—. Nunca nadie me ha ayudado, y me resulta extraño.

—¿Te sentirías mejor si supieras quién soy y qué hago? —preguntó, mientras sacaba una petaca plateada de entre su túnica. La abrió y bebió de un tirón.

—Ayudaría mucho.

Le ofreció la petaca. Dorian la tomó y bebió un sorbo; sintió el alcohol bajar por su garganta, quemándola a su paso. Carraspeó un poco.

Miró al hombre; se había apoyado sobre el barandal de madera. Tenía sus ojos perdidos en algún punto indefinido del mar. Se aclaró la garganta y comenzó a hablar con una voz profunda...

El relato de un guerrero espartano

Nací en Esparta hace casi setenta años. Mi madre era una bella mujer espartana y mi padre, un general de alto rango en el ejército.

Esparta siempre se caracterizó por ser una de las polis griegas con una

orientación social y política enfocada en lo militar. Siempre se calificó a Esparta como un «campamento de guerra», y lo que eso realmente significaba era que Esparta vivía en un estado de guerra permanente.

Crecí en el seno de una buena y adinerada familia; conocí el amor de una madre: muchos niños espartanos no tenían ese privilegio; yo sí.

Antes de cumplir los siete años, mi madre dio a luz a un bebé. Un niño. Jamás voy a olvidar la tristeza en sus ojos al ver al pequeño.

Con miedo me acerqué a él; estaba envuelto en una sábana blanca, sobre el lecho de mi madre. Lo primero que aprecié fue su rostro de ángel. No comprendía la expresión de desolación del rostro de mi madre; entonces, continué mirando a mi hermano, bajando mis ojos por su pequeño cuerpo. Tragué grueso y, un nudo se formó en la boca de mi estómago.

Entonces sí comprendí ese dolor detrás de los ojos de mi madre. El bebé presentaba uno de sus pies curvado de forma extraña. Su pie era perfecto, pero estaba chueco. Al nudo de mi estómago se le sumó la horrible sensación de tener algo clavado en el centro del pecho, algo punzante.

Yo no tenía un solo pelo de tonto; sabía muy bien lo que ese pie defectuoso significaba. Pronto, alguien visitaría la casa para examinar a mi hermano.

Licurgo había ordenado que todos los recién nacidos debían ser revisados al nacer. Todo aquel que presentara deformidades físicas o estuvieran defectuosos debía morir.

Generalmente los niños «diferentes» eran abandonados en el bosque a merced de cualquier criatura salvaje, o bien se los despeñaba desde el monte Taigeto sin ningún tipo de remordimiento.

Recuerdo que me costaba horrores respirar al darme cuenta del futuro de mi hermano. Yo no quería que él corriera esa suerte. Pero nada pude hacer.

Un hombre llegó, lo revisó y sin dudarlo lo declaró defectuoso. «No sirve, no podrá ser soldado con ese pie chueco» dijo sin más; se lo arrancó de los brazos a mi madre, que lloraba desconsolada y se fueron llevándose a mi hermano.

Después de eso... nada fue como antes. Mi madre se sumió en una gran depresión, y mi padre estaba en el ejército, como siempre.

El día que cumplí siete años, por la mañana fue un grupo de soldados a reclutarme para mi formación militar. Yo no quería irme, no quería dejar sola a mi mamá. Pero debía hacerlo: era la ley.

Subí a un carruaje destartalado, que rechinaba tirado por dos caballos. Pronto tres niños más me acompañaban en la carreta.

Llegamos a una especie de campamento. Me recibió una regordeta mujer de mirada dura. Vestía una túnica amplia y llevaba el cabello oculto debajo de un pañuelo blanco. Había otras mujeres con la misma vestimenta guiando a los niños por el campamento.

Lo primero que nos hicieron al llegar fue conducirnos hacia una carpa. Dentro había una mujer enorme, robusta, que se encargó de despojarme de mi cabellera. Me dio unas ropas amplias grises y me guiaron a un río, en el cual tuve que bañarme; sus aguas estaban heladas.

Me guiaron a una carpa más grande; al entrar había docenas de lechos dispuestos por doquier.

Me indicaron mi camastro.

La vida allí no era fácil. Las nodrizas eran duras; ellas tenían la tarea de forjar el carácter militar en cada uno de los niños, alejarlos de todo sentimiento de debilidad sentimental.

A veces nos hacían pasar por pruebas y sufrimientos que solo tenían como propósito endurecer el carácter.

En ocasiones, los educadores promovían e instaban peleas entre los niños; así estudiaban las cualidades individuales de cada uno.

Padecía frío, hambre, caminé descalzo por lugares pedregosos y dormí sobre barro bajo la lluvia. Aprendí a hablar poco y a decir las cosas de manera precisa, con el mínimo de palabras. Se nos exigía ciega obediencia.

Siete años después, cuando cumplí catorce años, me sentía todo un guerrero, pero no era más que un efebo.

Era bueno en el manejo de las armas, pero aún seguía siendo un niño inexperto, aunque me creía muy sabio e inteligente.

Al entrenar y luchar, nos hacían repetir estas palabras: «Resiste mientras miras el rostro de la muerte, y alarga tu brazo hacia el enemigo mientras los tienes cerca».

Al cumplir los dieciocho, me entregaron mi armadura. Deseaba que mi madre me viese convertido en un hombre, pero ella había muerto en el verano, pocos días después de mi cumpleaños número quince.

Mi padre tampoco estuvo presente en mi nombramiento: como fiel espartano se encontraba en batalla. Vestía con orgullo mi armadura,

caminaba con la cabeza en alto, ondeando mi larga capa escarlata.

Poco tiempo después, Esparta entró en guerra con Mesenia. Era mi primera batalla. Fue cruda y sangrienta. Perdí la mitad de mis compañeros; éramos muchachos sin experiencia, con aires de grandeza e inexpertos en el campo de batalla real.

No volví a ver a mi padre. Murió con honor. Me entregaron una medalla en reconocimiento a su valor.

Años después, cuando ya rondaba los veintiocho años, era un hombre fuerte, experimentado soldado, pero un completo idiota con las mujeres.

Regresé a Esparta. Debía casarme, así debía hacerlo, me lo exigían. Mi deber era tener descendencia.

Esparta, a diferencia de otras polis griegas, estaba regida por dos reyes. Durante aquellos años, uno de esos reyes era Plistoanacte, vencedor de la batalla de Platea, miembro de las familias Agiadas. El otro monarca era Arquídamo II, perteneciente a la dinastía Euripórtida.

Durante varios días se realizaron festejos previos al cumpleaños del rey Arquídamo II. Había sido el rey Plistoanacte quien había organizado la celebración en honor a su colega monarca.

Pero fue el día exacto del cumpleaños de Arquídamo II cuando se llevó a cabo la mayor celebración.

Habían sido invitados todos los nobles espartanos, así como la mayoría del pueblo.

El patio central estaba repleto de exóticas palmeras y flores. Las grandes columnas de mármol eran decoradas con guirnaldas de laureles. Los imponentes salones, donde se llevaba a cabo el banquete, estaban colmados de largas mesas con increíbles y apetitosos manjares, en medio de farolas de oro y plata. Sonaba una suave y delicada música, proveniente de las arpas y laúdes a un costado del salón.

Los hombres más ilustres de la ciudad estaban engalanados con sus túnicas costosas, la mayoría en colores carmín y dorado, hondeándolas en el centro del salón mientras bailaban al son de la alegre música.

Yo paseaba entre los hombres y mujeres, mirando todo a mi alrededor, deleitándome con los vivos colores. Alguien me ofreció una copa, de la mejor platería del rey; bebí el contenido y, acto seguido, sentí que mi garganta ardía. Me quemaba. Tosí, tosí mucho, casi ahogándome, apoyé mis manos

sobre mis rodillas, doblando mi torso, y en ese acto, me choqué con alguien.

Levanté mi cabeza y la vi. En ese preciso momento sentí cómo mi corazón era atravesado por la flecha de Cupido. Era la mujer más bella que en mi vida había visto. Tenía como un aura que me hechizó, y su sonrisa me enamoró. Llevaba su cabello marrón oscuro semiatado a sus laterales con dos pequeñas trenzas, unidas con una flor lila diminuta; luego caía salvaje sobre la parte baja de su espalda. Y olía a flores silvestres.

Su cuerpo estaba cubierto por una especie de túnica de seda azul oscuro, muy costosa. La miré y descubrí unos exóticos ojos negros. Ella me miró y desequilibró el mundo bajo mis pies.

Juré a los dioses que la convertiría en mi esposa. Ya repuesto del ataque de tos, me enderecé; ella me siguió con la mirada, elevando su iris hacia arriba. Le quitaba más de una cabeza.

Tuvimos una pésima presentación; el vino que había tomado tampoco me ayudó. Sin dudarlo la tomé de las manos e intenté obligarla a bailar conmigo. Un hombre joven y fuerte salió de la nada y me golpeó.

Desenvainé mi espada y apunté su hoja hacia él. Ella, en cambio, sin dudarlo, se situó delante del hombre, abriendo los brazos, con la cabeza en alto; desafiándome con la mirada. Sus ojos negros se encendieron.

Me reí de la ridícula situación. Le dije que no pensaba herir a su prometido, y ella, por primera vez en la noche, sonrió: «No es mi prometido: es mi hermano», aclaró.

Guardé mi espada y me presenté ante ella de la manera correcta. Y le pedí disculpas por mi comportamiento. Después de ese primer encuentro, volvimos a vernos un par de veces más a escondidas. Su nombre era Selene. Había llegado a Esparta acompañando a su hermano. Él iba a cerrar un trato con un hombre para que se casara con ella. Selene no deseaba casarse con el sujeto que había elegido su hermano. No lo dudé un segundo; solicité una audiencia con su hermano, Dorisio, y pedí su mano en matrimonio. Nos casamos pocas semanas después.

Nos mudamos a la isla de Creta. Su madre tenía una bonita casa y nos la legó como regalo de bodas.

Yo continué en el ejército, pero volvía a Creta tras cada batalla. Tuvimos un hijo dos años después. Él había nacido en Creta. Y sentí alivio. No deseaba que mi hijo tuviese la educación militar espartana. La educación en

Creta era diferente; no separaban a los niños de su madre, al igual que no asesinaban a recién nacidos deformes.

Seguí sirviendo al ejército espartano por muchos años más. Me ausentaba por largos periodos de tiempo; pero siempre tenía un hogar y una familia hermosa por la cual volver.

—Te preguntarás, muchacho, ¿por qué te cuento todo esto? ¿Por qué te brindo mi ayuda? —Dorian asintió—. Me recuerdas a mí. Tienes ese brillo en la mirada. Te ayudaré a que recuperes a tu mujer, a tu amor.

—¿Cómo?

—¡Eso ya lo veremos!

—¿Qué sucedió con su esposa e hijo?

—Me retiré del ejército al cumplir los setenta años, con honores. Pero ellos murieron a causa de una plaga que azotó a Creta, unos años antes de mi retiro. Mi hijo era un hombre adulto; estaba por casarse con una bellísima joven. —En sus ojos se reflejó un vestigio de tristeza, pero continuó—: regresé a Creta, a la casa que compartía con mi esposa; compré un barco, y aquí estamos. Ahora me dedico al comercio. Tengo un pequeño imperio marítimo.

Dorian se quedó estudiando al anciano. Se notaba un hombre fuerte, de anchos hombros, musculoso, para su longevidad. Lo estudió a conciencia. Siempre había sido un muchacho desconfiado, pero por algún motivo inexplicable sentía que podía confiar plenamente en él.

Adam y Helena contemplaban la escena uno al lado del otro. Ella se giró para mirar a Adam, y notó que tenía sus ojos enrojecidos. Sus mejillas estaban surcadas en lágrimas, el mentón le temblaba ligeramente y su respiración era errática. Sin dudarlo lo tomó de la mano.

Adam, al sentir los finos y delicados dedos de Helena entrelazarse con los suyos, sintió alivio. Ella inexplicablemente se había convertido en su sostén, en su salvavidas. Sus ojos azules lo miraban con preocupación.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—¿Qué sucede? ¿Conoces a ese hombre?

Adam asintió. Tomó una bocanada de aire, juntando fuerza para hablar, pero se quedó callado; no encontraba las palabras adecuadas para explicarle a

Helena.

—¡Adam! —lo llamó ella ante su mutismo. Él se liberó de sus dedos y se alejó, dándole la espalda. Helena no lo dudó un segundo; se acercó por detrás y rodeó con sus brazos la cintura de él.

Envolviéndolo en un cálido abrazo. Apoyó su cabeza sobre el hombro de Adam y le susurró.

—Sea lo que sea que te está atormentando, yo estoy aquí contigo. Si no quieres contarme, lo entiendo. Únicamente quiero que sepas que no estás solo, Adam.

Él respiró aliviado.

El suelo bajo ellos comenzó a girar. Helena en ningún momento se soltó de su abrazo. Cuando cayeron en la habitación blanca, aún seguía envolviéndolo con los brazos.

Antes de que pudiese decir algo, el sonido de las alarmas retumbó en sus oídos. Le echó una última mirada a la espalda de Adam, antes de despertar.

CAPÍTULO 8 **A**largó su brazo

para callar el pitido de la alarma del radio reloj, se reincorporó en la cama, tanteó con sus manos las sábanas revueltas en busca de su teléfono celular, que en ese momento sonaba a todo volumen; lo halló debajo de su almohada y lo apagó al instante. Se desperezó, estirando sus brazos hacia arriba, mientras bostezaba profundamente. Corrió las sábanas, dejando al descubierto sus largas piernas y se levantó.

Tenía una sensación extraña en el pecho, como si algo se le hubiese clavado dentro de él; era un nudo horrible: le costaba respirar. Lo atribuyó a Adam. Había notado lo mucho que lo había afectado la escena de Dorian y Thanos.

«Solo estoy preocupada por él», se dijo mentalmente. Pero eso no hizo amainar esa extraña sensación en su pecho; podía asegurar que algo malo pasaría, como un escalofriante presentimiento.

Sacudió la cabeza negando. Abrió el grifo de agua fría y se lavó el rostro, despabilándose.

La sensación del agua fresca en contacto con su piel la ayudó a relajarse un poco. Cepilló su cabello, alzándolo en una coleta alta y lavó sus dientes. Regresó a la habitación, abrió su placard y tomó unas bermudas verdes oliva llenas de bolsillos, una camiseta básica blanca y sus cómodas zapatillas deportivas.

Al bajar a la cocina, se encontró con Gía en pijamas preparando dos tazas de café. Besó la frente de su hija, le deseó los buenos días y se dispuso a preparar el desayuno, pero antes encendió la televisión en el canal de noticias.

La presentadora estaba anunciando el pronóstico. Helena se volvió a concentrar en la preparación de la comida más importante del día. Gía salió de la cocina y regresó varios minutos después, cambiada, peinada y muy perfumada; pero Helena no hizo ningún comentario al respecto. Se sentaron a comer, escuchando las noticias de fondo. Helena untó con un poco de mermelada de frutillas una tostada, miró a Gía.

—¿Vas a casa de tu padre al salir de la escuela? —Gía bebió un sorbo de café antes de responder.

—Sí, pero antes iré con Alón a su casa; debemos terminar un trabajo de

Matemáticas —anunció, y sus mejillas se sonrojaron al decir el nombre del muchacho.

Helena sonrió, pero no hizo alusión alguna. Bebió un sorbo de café, y la voz de la presentadora de las noticias robó toda su atención.

Espectáculos, hoy les traemos una noticia caliente, caliente... Adam Cooper, el famoso actor de Hollywood, al parecer, tiene un nuevo romance. Aparentemente, solicitó permiso para tomarse unos días de descanso durante el rodaje de su próxima película, que protagonizará con Johnny Deep y Nina Dobrev. Al parecer, Adam tomó un vuelo privado desde Londres a Atenas.

Helena dejó su tostada suspendida en el aire y se giró hacia el televisor. Gía miró a su mamá unos segundos y luego la imitó. En la pantalla, se mostraban fotos de Adam el día del recorrido por la Acrópolis, junto a todo el grupo de turistas. Luego, mostraron otra fotografía, donde se la veía a Helena hablando con Adam; luego otra, donde ellos se abrazaban, en el momento exacto en que ella lo había reconocido.

La tostada cayó de su mano y se estrelló en docenas de trozos sobre el mantel blanco de la mesa; ella, sin embargo, ni se inmutó. Toda su atención continuaba fija en el programa televisivo.

Y eso no es todo... Se preguntarán quién es esta mujer. Por lo que pudimos averiguar, se llama Helena Papaulukas, es ateniense y es guía de turismo. Adam contrató un tour por la ciudad; creemos que allí se conocieron, y la atracción entre ellos fue inmediata. Esa misma noche, Adam la pasó a buscar por su casa y salieron a cenar a un restaurante bastante particular en medio del cielo. Nuestro informante tuvo el privilegio de tomar unas increíbles fotos de su cena en las alturas.

La sensación horrible que sentía esa mañana en el pecho se hizo cada vez más y más intensa. Le estaba costando respirar a cada fotografía que mostraban.

¡Pero esperen! ¡Hay aún más!... Esa noche, luego de la cena fueron al hotel de Adam y pasaron allí la noche. ¡Y eso no es todo! El domingo por la mañana, disfrutaron todo el día juntos; esta mujer es madre de una hermosa jovencita que los acompañó junto a su novio, disfrutando un día de crucero, playa y romance.

Se mostró primero una foto de Gía con Alón, y otra de Gía hablando con

Adam y, entonces, una foto de ellos semidesnudos, metidos en el agua besándose, o más bien comiéndose; no se sabía dónde comenzaba uno y terminaba el otro.

Esperemos a ver si Adam da declaraciones de esta misteriosa mujer...

La programación fue a comerciales. Helena se volvió lentamente sobre la silla; Gía tenía los ojos clavados en el rostro de su madre. Pudo percibir el nerviosismo en ella: sus manos temblaban ligeramente.

—¿Mamá?... ¿Te encuentras bien? —preguntó con cautela.

Helena se llevó una mano tapándose la boca, intentando asimilar lo que acababa de ver.

—Debo hablar con Adam...

Fue todo lo que salió de la boca de Helena a modo de respuesta. Luego salió de la cocina como alma que lleva el diablo.

Entró en su habitación como un torbellino, se abalanzó sobre el teléfono celular, que descansaba cargando su batería sobre la mesilla de luz, desbloqueó la pantalla y escribió a toda velocidad.

Ad

llár

urg

Pasó algo terrible

¿Viste las noticias?

Hay fotos nuestras

íntimas, del fin de

semana.

¡¿Adam?!

¿¿¿Estás???

Miró el celular; su última conexión había sido la noche anterior. Seguramente aún estaba durmiendo, dedujo Helena.

Ofuscada, preparó sus cosas personales dentro de su clásica riñonera negra, que cruzó sobre su pecho. Salió de la habitación, bajó las escaleras a toda prisa, se despidió de Gía y se fue cerrando la puerta con más fuerza de lo normal.

Al salir a la calle, se detuvo en el acto y miró aterrada a su alrededor. Había más de veinte personas con cámaras fotográficas y de televisión y varios periodistas. Estuvo tentada de volver a entrar a su casa, pero no se dejó amedrentar por las cámaras y por la catarata de preguntas que le hicieron, todas relacionadas con Adam y con ella.

No se molestó en responder ninguna pregunta; caminó abriéndose paso entre las cámaras y salió trotando a toda velocidad. Los periodistas la comenzaron a seguir. Apresuró su paso y, al llegar a la esquina, detuvo un taxi y se subió, o más bien se abalanzó a la seguridad que el coche le proporcionaba.

El hombre al volante la miró frunciendo el ceño a través del espejo retrovisor. Helena hizo un gesto de disculpas, suavizando su mirada y regalándole una sonrisa al hombre.

—Buenos días... a la calle Flessa y Adrianou —indicó.

El taxi salió a toda velocidad, y Helena respiró profundo, tratando de calmarse. Eso que acababa de sucederle le pareció de lo más irreal. Jamás en toda su vida imaginó ser acosada por la prensa.

Sacó el celular de uno de sus bolsillos. Chistó molesta. Aún no había tenido respuesta de Adam. Cerró los ojos, apoyó la cabeza sobre el respaldo del asiento trasero y lanzó un largo suspiro. Se ganó una mirada del conductor. Sus ojos se encontraron en el espejo.

—¿Una mala mañana? —preguntó al pasar.

—Una verdadera pesadilla...

—No se preocupe, señora... mi esposa dice que, si las cosas suceden, es porque así estaba escrito.

Uno jamás puede escaparse de su destino. ¡Pero qué voy a saber yo! Solo repito lo que ella dice.

—Y tiene mucha razón su esposa —acordó con una sonrisa.

Diez minutos después el coche frenaba en la puerta de la agencia de turismo. Helena bajó del taxi y nuevamente se vio rodeada de periodistas que se le abalanzaron como aves de rapiña sobre su presa fresca. A empujones logró llegar a la puerta de la agencia y entró.

Cerró la puerta de vidrio y colocó la traba. Se giró y vio a todos sus compañeros y a su jefa observándola.

Si Helena creía que su día mejoraría un poco en el trabajo, estaba completamente equivocada. Su jefa le hizo una señal de que la siguiera con la cabeza. Fue tras ella con paso determinante. Ignorando las miradas de sus colegas.

Al entrar a su oficina, le ofreció asiento delante de su escritorio. Helena se acomodó en la butaca de cuerina negra y se cruzó de brazos ofuscada. Rehuyendo la mirada de su jefa.

Fiona Onisse era una mujer de unos cincuenta años, de abundante cabello negro y de ojos café, de carácter fuerte, con una personalidad bien definida. Manejaba hacía más de diez años la agencia de turismo; ella la había fundado, en el 2006. Le gustaba trabajar con su grupo de gente. Era innovadora y una buena jefa; sus empleados la apreciaban.

Helena había sido una de las primeras empleadas; había entrado a trabajar en el verano del 2007, con veinte años. Y se convirtió en la mano derecha de Fiona y en una buena amiga.

Ahora, la tenía frente a ella, con los codos apoyados, los dedos entrelazados y el mentón apoyado sobre ellos, hamacando su cabeza, con una sonrisa de medio lado y una mirada pícara en su rostro, aunque Helena podía percibir un dejo de reproche en sus ojos café.

—¿Adam Cooper? —soltó con una ligera sonrisa—. Te lo tenías bien escondido.

Helena se rascó la cabeza incómoda.

—Helena, esto ha sido una locura desde que salió en las noticias.

—¡Ah, sí, no me digas! —dijo irónica—. Ha sido una pesadilla... Y si no te dije nada fue porque no es nada seguro. Todo lo que dijeron en la tele es en parte verdad, pero han sacado muchas cosas de contexto...

—Helena, no te recrimino, al fin y al cabo es tu vida, pero ¿Adam Cooper? Cariño, deseo cuidarte, no es bueno para ti tanta exposición.

—¿Crees que no lo sé? Yo no quiero esto, Fiona. Estoy por entrar en crisis. Y encima, ¡para colmo!, Adam no me responde los mensajes.

Fiona chistó los labios.

—Helena, sabes cómo son estos tipos, sobre todo él; todas las semanas aparece con novia nueva.

Cuando comienzan los problemas, se alejan y se buscan una diferente.

Helena la miró con reproche.

—Adam no es así... —soltó sin pensar. Luego deseó morderse la lengua. Él era así, no debía ser cínica y negarlo—. Lo siento... es que todo me abruma y no sé qué hacer, no sé qué decir. ¿Qué hago, Fiona?

—Por el momento, quiero que vayas a casa.

—No voy a dejar de trabajar —se apresuró a decir.

—No te estoy diciendo que no vas a trabajar. Lo que digo, «como tu jefa»...

—recalcó con sus dedos la palabra —... es que te tomarás unos días hasta que todo esto de la prensa se calme.

—No, Fiona, ¡por favor! Necesito trabajar, me ayudará.

—Helena, ¿acaso tienes problemas de oído? Dije que te tomarás unos días.

—Pero...

—Helena, sé que eres una mujer muy trabajadora; siempre que necesito apareces tú para ayudarme; jamás me dejaste sola con la agencia, y eso realmente lo valoro. Pero... necesito que te alejes unos días. Esta repentina fama hizo que comenzaran a llamar, enviar mails y mensajes miles de personas que te solicitan como guía.

Helena se quedó muda ante la sorpresa.

—Tómame unas vacaciones, las mereces.

Bufó sonoramente, pero asintió con reticencia la orden de su jefa.

—Promete que ante cualquier cosa que necesites me llamarás —exigió Helena.

Fiona asintió; luego con una sonrisa cómplice, dijo:

—¡Ahora que nos pusimos de acuerdo... quiero detalles!

Gía entró en la escuela y se sintió completamente intimidada por las miradas que recibía por parte de los estudiantes que se cruzaba en el pasillo rumbo a su primera clase del día.

Había sido toda una odisea salir de su casa. Varios periodistas la rodearon y la abrumaron a preguntas sobre la relación entre Adam y su madre. Ella intentó ignorarlos. Camino hasta la parada del colectivo escolar y la

siguieron. Repetían sus preguntas, le colocaban micrófonos frente a su boca, buscando una respuesta de su parte, pero de su boca solo salió un «No tengo nada que decir», pero ellos siguieron insistiendo, hostigándola.

Para colmo, algunos se habían tomado el atrevimiento de seguirla hasta la escuela, llamando así aún más la atención sobre ella. Odiaba ser el centro de interés de sus compañeros. Siempre se caracterizó por ser una chica de perfil bajo y, así quería que siguiese siendo.

Al entrar en el aula, se detuvo debajo del umbral de la puerta; todas las cabezas de sus compañeros giraron para clavar sus ojos en ella. Tragó grueso, respiró profundo tomando valor, ignoró las miradas y caminó cruzando el salón hasta llegar a Alón.

Se dejó caer en la silla. El muchacho clavó sus orbes verdes sobre ella, pero a Gía el que él la mirase no la incomodaba en absoluto. Giró su rostro para mirarlo.

—¡Buen día, Gía!

—Hola.

—¿Qué tal comenzaste el día? —Gía enarcó una ceja ante la pregunta de Alón.

—¿Es broma? ¿Acaso no viste las noticias?

—Sí, las vi. Por eso te pregunto. Al salir de casa había por lo menos media docena de periodistas esperándome.

—¿Qué? ¿A ti también?

—Sí. Me hacían todo tipo de preguntas respecto a tu mamá y a Adam. Fue una locura.

—Lo lamento, Alón —dijo apenada.

—No tienes que pedirme disculpas. Tú no tienes la culpa de nada, y tu mamá tampoco —agregó.

—Gracias.

—Eso sí, hoy no iremos a mi casa a estudiar Matemáticas —se apresuró a decir Alón—. Mis hermanas y mi madre van a querer saber todo, con lujo de detalles... Están ofendidas conmigo por no haberles conseguido una foto autografiada de Adam, en fin... será mejor que busquemos otro lugar para estudiar.

—Podemos ir a la casa de mi papá a la salida de la escuela.

—¿Tu padre no tendrá problemas?

—No, en absoluto.

Un carraspeo detrás de Gía los interrumpió. Ella se giró para encontrarse con Dana, que la miraba con interés.

—¿Qué puedo hacer por ti, Dana? —preguntó de forma irónica, fingiendo una amistosa sonrisa.

—¿Es cierto lo de tu mamá y Adam Cooper? —preguntó con ansiedad.

Gía, antes de responderle, tomó aire, colmándose de paciencia. No le extrañaba la actitud de su ex mejor amiga: ella era fanática de Adam.

—Sí.

—¡Vaya! ¿Cómo se conocieron?

—No es de tu incumbencia, Dana. No se lo dije a los periodistas, menos te lo voy a decir a ti. Es la vida privada de mi mamá.

—Bueno... ahora ya no es más privada. Está en boca de todo el mundo.

—Por más que mi madre esté en boca de todo el mundo, aun así hay cosas que nadie sabe, y no pienso decirlas.

Dana lanzó una risita burlona.

—Intuía que tu madre siempre fue una put...

Pero nunca terminó de pronunciar el insulto. Gía se levantó de la silla, cerró su puño y lo cruzó a toda velocidad sobre el rostro de Dana. Le dio de lleno en la nariz; pocos segundos después las manos de Dana se cernían sobre su nariz, intentando detener la hemorragia que el golpe le había provocado, chillando de dolor.

Para mala suerte de Gía, en el momento en que golpeaba a Dana, su profesora Francesca Desa hacía su entrada al aula. La regañó al instante; Gía bajó su mirada. Se acercó a Dana, la examinó y la mandó a la enfermería, para luego volverse hacia Gía.

—No acepto este tipo de comportamiento, señorita Abignali.

—Ella dijo algo horrible sobre mi madre —se defendió.

—No es motivo para usar la violencia física.

—Pero ella...

—No interesa lo que ella insinuó sobre su madre; usted debe comportarse. Está castigada. La veo después de clases.

Gía maldijo su suerte. Se sentó ofuscada junto a Alón, que le dedicó una

mirada apenada, mas ella lo ignoró. Sentía unas enormes ganas de llorar, pero apretó la mandíbula, tragándose las lágrimas. No solo estaba enojada con ella misma por su actitud impulsiva (cosa rara en ella, que siempre se admiraba por su autocontrol), sino que estaba furiosa por el castigo. Eso solo significaba una cosa: la tarde no la pasaría con Alón estudiando Matemáticas, sino castigada con su profesora.

Sacó con brusquedad su cuadernillo, que dejó caer con fuerza sobre el pupitre; lo abrió en cualquier hoja, tomó un lápiz negro y comenzó a trazar líneas por aquí y por allá, absorta en el dibujo. Abstrayéndose por completo del mundo que la rodeaba.

Adam se levantó ese día con energías renovadas. Se dio un largo baño, disfrutando de la increíble sensación del agua, purificándolo de todo pensamiento negativo.

Lo había afectado, y mucho, la aparición de Thanos en la vida de Dorian. Se había quedado pasmado al ver el rostro del viejo guerrero espartano. Un rostro que creyó que jamás volvería a ver.

Pero, más allá de esos recuerdos tormentosos que aquel rostro le hizo evocar, se sentía bien.

El recuerdo de Helena, rodeándolo con sus brazos, infundiéndole ánimo y apoyo emocional, lo había afligido más que cualquier cosa. Ella era tan real, tan importante para su vida, tan todo que lo aterraba. Jamás alguien había calado tan hondo y tenido tanto poder sobre él.

Sentía que, al lado de Helena, nada era imposible y que el mundo era un lugar simplemente maravilloso, solo por el hecho de que ella habitaba en él.

Con ella cerca, estaba seguro de que podría salir de la droga. Helena le había dado un verdadero motivo por el cual luchar: su amor.

Después del baño, Beatriz lo esperaba en el comedor diario con un suculento desayuno. Besó la frente de la regordeta mujer y le dio los buenos días. Se sentó y se sirvió un poco de jugo de naranjas.

—Amaneció de excelente humor —comentó la mujer mientras le servía el café.

—Sí, he dormido muy bien. Hoy será un excelente día —Beatriz carraspeó incómoda—. ¿Qué sucede? —preguntó enseguida captando la incomodidad de la mujer.

—¡Oh, señor, apareció en todas las noticias!

—¿Qué con eso? Siempre hablan de mí.

—No es eso. Lo fotografiaron en su viaje a Atenas y publicaron fotos con una hermosa mujer rubia.

Palideció de golpe, se tomó el rostro con las manos consternado. Él estaba acostumbrado a lidiar con la prensa, ¿pero Helena? Definitivamente no.

Sacó su celular del bolsillo de su pantalón, y entonces divisó la pantalla: tenía varios mensajes de Helena y tres llamadas perdidas. Tipeó con rapidez un «Prometo arreglar la situación con la prensa».

Bebió con prisa la taza de café, la dejó sobre la mesa y salió a toda velocidad.

Primero debía ir al set; había recibido un mensaje del director. Tenía que reanudar las grabaciones de inmediato. Al llegar, un grupo de periodistas lo esperaba en la entrada del set. Los ignoró y aceleró su coche; el guardia de seguridad, al verlo, le abrió la barrera. Estacionó su auto. Al bajar, sintió cómo lo fotografiaban desde la entrada; ni siquiera les dedicó una mirada.

Saludó a algunos camarógrafos y caminó a su camerino; dentro, lo esperaba la maquilladora. Mientras ella lo preparaba, él aprovechó para realizar un par de llamadas. Se comunicó con algunos periodistas conocidos e intentó minimizar su viaje, recalcando que Helena era solo una «amiga» y que no había nada entre ellos.

Media hora después, comenzaba con el arduo día de grabación.

Helena no regresó a su casa. No tenía intención de lidiar nuevamente con los periodistas, que aún hacían guardia frente a su vivienda, esperando su llegada para increparla a preguntas. Había pasado con el taxi y, al ver la congregación que allí la esperaba, le indicó al taxista la dirección de Neal.

Luisa abrió la puerta de su casa y se quedó como una estatua al encontrarse con Helena; estaba hablando por teléfono y le hizo señas de que pasara y

cerrara la puerta.

La casa relucía de limpia. Los niños estaban a esa hora de la mañana en la escuela; cruzó la sala y tomó asiento en el sillón individual. Luisa enseguida cortó la comunicación y se acercó a ella. Se sentó en el sofá de enfrente y la miró con preocupación.

—Vi las noticias —se apresuró a decir.

—¿Neal las vio? —Luisa asintió. Helena dejó caer la espalda sobre el sofá, desplomándose abatida.

—Soy tan estúpida, Luisa. Solo a mí me pasan este tipo de cosas.

—No quiero inmiscuirme en tu vida privada, Helena. Pero... ¿tú y Adam Cooper? Es decir...

¿cómo? Cuando vimos las noticias, nos quedamos impactados.

—Es una historia larga de explicar. ¿Cómo lo tomó Neal?

—Mmm... —Hizo una pausa e hizo una mueca con la boca—. Por extraño que parezca, no dijo nada. Se quedó mirando de manera estática la pantalla de la televisión, pero de su boca no salió ni una sola palabra. Bebió su café y se fue a trabajar.

—Eso no es un buen augurio; cuando Neal se queda callado, solo acumula bronca en su interior hasta estallar. Y ahí sí, ¡arde Troya!

—¿Tú cómo te sientes con todo esto?

Helena cerró los ojos y lanzó un largo suspiro. Luisa notó la preocupación en el semblante de ella.

Conocía a Helena desde hacía más de diez años. En algún momento de su vida había sentido enormes celos hacia ella y su relación con Neal. Le tomó mucho tiempo adaptarse a la idea de que realmente eran buenos amigos, los mejores, diría su esposo, y que no quedaba vestigio de su relación amorosa. Esto había causado más de una pelea entre ellos. Él siempre le recalcaba, una y otra vez, que a Helena siempre la iba a amar, pero no de la manera en que un hombre ama a una mujer. Helena representaba mucho en la vida de Neal; fue desde un principio su amiga de la infancia, luego su primer amor y, lo más importante, la mamá de su hija. Le llevó varios años comprender que Helena formaría siempre parte de la vida de Neal. Y, ahora que la había llegado a conocer, la adoraba: era una mujer increíble. Los celos infundados habían quedado en el pasado.

Luisa se levantó del sillón dedicándole una sonrisa.

—Luces fatal. Te prepararé un té relajante. Lo mejor va a ser que descanses un poco.

—Gracias, Luisa. No quiero molestarte; seguramente, debes estar ocupada.

—Nada de eso, sube a acostarte; usa la habitación de Gía. Enseguida te llevo el té.

—Gracias otra vez —repitió Helena poniéndose de pie.

Luisa hizo un gesto con la cabeza, se giró y salió hacia la cocina. Helena se quedó observando la espalda femenina. Siempre le había agradado la esposa de Neal. Era una buena mujer y una excelente madre; jamás hizo diferencia entre sus hijos y Gía, y eso lo valoraba mucho.

Se desperezó estirando sus brazos, dio un largo bostezo y subió las escaleras hasta la habitación de Gía. Sin dudarlo un segundo, se tiró en la cama, rebotó unos segundos y cruzó los brazos detrás de su cabeza, usándolos de almohada. Miró el techo y largó un suspiro.

Cinco minutos después apareció Luisa cargando una humeante taza de té de tilo. La apoyó sobre la mesilla de noche. Y se volvió hacia ella.

—Estaré abajo. Ante cualquier cosa que necesites, no dudes en pedírmela.

—Gracias una vez más, Luisa.

Le regaló una amistosa sonrisa que Luisa respondió antes de salir de la habitación.

Tomó la taza y bebió con precaución. No era muy fanática del té; prefería mil veces una taza de café, pero debía reconocer que la infusión estaba deliciosa.

Apoyó la taza nuevamente y sacó del bolsillo izquierdo su celular. Bufó molesta al comprobar la escueta respuesta de Adam: «Prometo arreglar la situación con la prensa».

Apretó el teléfono entre sus manos, deseando ahorcar a Adam por minimizar ese problema. ¿Qué iba a decirles? ¿Desmentirlo? ¡Como si fuese tan fácil! Las fotos en la playa los delataban.

Dejó el aparato debajo de la almohada. Agarró nuevamente la taza y tomó un sorbo. Cerró los ojos e intentó relajarse, concentrándose en su respiración, tratando de despejar su cabeza de todos los problemas.

El sonido de varias notificaciones que llegaban al mismo tiempo cortó

abruptamente su momento de mantra. Gruñó internamente, dejó la taza y volvió su atención hacia el maldito teléfono. Miró asombrada la pantalla al ver muchas notificaciones de sus redes sociales.

No tuvo mejor idea que abrir su Facebook. Tenía cientos de solicitudes de amistad que ignoró y docenas de mensajes de fanáticas de Adam que la amenazaban de muerte.

Borró los mensajes abochornada. Puso en mudo el celular e intentó dormir un poco. Pero su cabeza no podía dejar de pensar; trató de poner su atención una vez más a su respiración, pero no estaba dando resultado. Deseaba que todo fuese una horrible y macabra pesadilla. No sabía qué hacer, ni cómo actuar.

Y lo que realmente la inquietaba era Neal. No quería enfrentarse a él. ¿Qué iba a decirle? Ella jamás en toda su vida supo mentir y, si en su adolescencia había dicho alguna que otra mentira piadosa a Neal, siempre la descubría. La conocía demasiado bien. Iba a ser difícil persuadirlo.

Ante ese último pensamiento y contra todo pronóstico, se quedó profundamente dormida.

Después de clase Gía se dirigió a la oficina de su profesora. Al entrar, encontró a la mujer corrigiendo exámenes. Le hizo una señal con la cabeza y la invitó a entrar.

—La estaba esperando, señorita Abignali. Tome asiento, por favor.

Gía se dejó caer ofuscada en la silla, resopló molesta. No quería estar allí.

—No refunfuñe... No estuvo nada bien su actitud en clase.

Le dedicó una mirada fulminante a su profesora.

—¿Quiere que le diga que lo siento? Pues no lo haré. Dana se portó horrible conmigo. Si usted hubiese escuchado lo que dijo de mi madre...

—No hace falta que me expliques, entiendo que ella insinuó algo feo sobre tu madre y, entiendo también tu bronca: es tu mamá. Es lógico que desees defenderla. Pero no puedo dejar pasar por alto que hayas utilizado la violencia en mi clase. Es inaceptable.

—¿Qué hubiese hecho usted?

Francesca relajó los hombros, apoyó los codos sobre el escritorio y entrelazó los dedos. Le regaló una sonrisa mediadora.

—A tu edad seguramente lo mismo que tú. Pero eso no quita que has actuado de forma precipitada.

—¿Va a castigarme?

—¡Claro que no! Solo quería hablar contigo; prométeme que no volverás a reaccionar de manera violenta a las provocaciones de tus compañeros.

—Lo prometo.

—Bien. Puedes irte.

—Gracias, profesora.

—Hasta mañana, Abignali —Gía se levantó de su lugar dispuesta a salir; abrió la puerta. La voz de Francesca la detuvo—. Gía, ¿has podido organizar los dibujos cronológicamente?

—Sí, lo hice.

—Me gustaría verlos.

—De acuerdo. Los traeré a la escuela.

—Excelente.

—Adiós.

Cerró la puerta y caminó por los desiertos pasillos rumbo a la salida. Cruzó la entrada principal, recorrió varios metros cuando la voz de Alón la detuvo. Se volteó y lo vio corriendo hacia ella.

—¿Qué haces aquí? Creí que te habías ido a tu casa.

—Quise esperarte. ¿Fue muy duro el castigo?

—No. No me castigó. Solo me hizo prometer que no volvería a reaccionar de forma violenta — comentó Gía, retomando la marcha con Alón a su lado.

—Genial. Me cae bien esa profesora —reconoció Alón.

Caminaron varios metros en absoluto silencio.

—¿Qué harás? —se interesó por saber Gía.

—Creí que estudiaríamos Matemáticas.

—Pensé que, al quedarme después de clase, se suspendía el estudio.

Alón enarcó una ceja y la miró estudiándola.

—Excelente actuación —dijo aplaudiendo—, no vas a embaucarme, Gía

Abignali. Tú no quieres estudiar.

Ella soltó una risita ante el tono dramático que había utilizado Alón. Asintió.

—¡Es cierto! Lo admito... me has descubierto. No quiero estudiar Matemáticas.

—¿Qué es lo que tienes ganas de hacer? —preguntó Alón, mientras sacaba un paquete de chicles del bolsillo de su pantalón; sacó uno y se lo ofreció a la joven.

—Gracias —dijo aceptando la golosina—. Creo que lo que me gustaría hacer en este momento es pintar un poco.

—Algo dentro de mí sabía que dirías eso.

—No tienes que venir conmigo si no quieres —se apresuró a decir.

—Está bien. Podemos ir un rato a tu casa, así adelantas la pintura.

—No quiero que te sientas obligado a posar para mí si no deseas hacerlo, Alón.

—Es que quiero hacerlo. —Ella le dedicó una mirada incrédula—. ¡Es en serio, Gía! No me mires así.

—Bien. Te creo. No te alteres. Podemos ir a casa un rato. Pero no más de las seis —le advirtió—; tengo que ir a la casa de papá.

—De acuerdo.

Quince minutos después, sorteaban la pequeña congregación de periodistas que hacía guardia en su casa. Los ignoraron por completo, y Gía se apresuró a abrir la puerta; entró con rapidez, seguida de Alón.

Una vez dentro de la seguridad del hogar, y a salvo de los flashes de las cámaras, se relajó. Se volvió hacia su amigo.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—Ven, vamos arriba.

Subieron las escaleras; Gía fue directo a buscar a su habitación todos sus utensilios, óleos, pinceles, paletas y el lienzo para llevarlos a la terraza. Alón entró detrás de ella y silbó sorprendido desde el umbral. El sonido que salió de sus labios llegó a sus oídos y se giró para mirarlo.

—¡Vaya! ¿Qué son todos esos dibujos? —preguntó azorado, al ver todos los retratos en carbonilla de Nerella, Dorian, Critias y Rhea que Gía había

dispuesto sobre una pared.

Se acercó a ellos y los miró con detenimiento. Se volvió hacia la muchacha.

—Son maravillosos.

—Gracias. —Se ruborizó ante ese simple halago.

—Déjame que te ayude con eso —se apresuró a decir, al verla cargando con todos sus materiales.

Salieron a la terraza. Alón la ayudó a acomodar el atril y su pequeña mesa plegadiza con pinturas. Mientras ella preparaba los colores que iba a utilizar, Alón aprovechó para regresar al cuarto y cambiarse con la especie de túnica griega con la que posaba.

Diez minutos después regresaba a la terraza. Al verlo aparecer le hizo señas de que se acomodara. Él más o menos había entendido el concepto básico de la luz que ella le había explicado: «Alón, la luz en una pintura es uno de los grandes pilares de la obra que uno desea representar, además del color y la perspectiva. Más en una escena real. La luz es fundamental. Si no, veríamos solo oscuridad y negrura; la luz puede revestir infinitas formas diferenciadas que condicionan el resultado final de la obra representada y nuestra percepción».

Recordó sus palabras y elevó su rostro perfilado hacia la luz. Ella sonrió complacida. Y se puso a trabajar concentrada en la pintura.

Después de unos largos treinta minutos, a Alón ya se le habían entumecido las piernas; podía sentir cómo un hormigueo se extendía desde su pie hasta la mitad del muslo. Miró a Gía, que fruncía el entrecejo mientras observaba el lienzo y mordisqueaba la punta del pincel.

Ese gesto en particular lo encontró increíblemente encantador. Ella mordía con suavidad la madera del pincel, lo pasaba de un lado hacia el otro sobre sus rosados labios; y no pudo evitar sentir un tirón en su ingle. Descubrió que la joven tenía un atractivo del cual él no se había percatado, hasta ese momento.

Intentó no pensar en ella de esa forma: era una buena amiga, además, él tenía novia; pero la erección debajo de la túnica lo delataba. Y las cosquillas que se extendían por su pierna dormida lo estaba impacientando.

—Por favor, Alón. —Su voz le llegó como un susurro—. Intenta moverte lo menos posible.

—Lo siento: es que se me ha dormido la pierna —explicó y movió un poco el extremo entumecido.

Tras ese brusco movimiento, la túnica se le desenganchó de su hombro, la tela se deslizó sobre su piel mulata dejando a la vista su torso desnudo.

A Gía le causó gracia la expresión frustrada de Alón luchando con la tela, intentando sujetar el nudo sobre su hombro, así que, apiadándose de él, se acercó a ayudarlo.

Alón tragó con dificultad cuando un aroma fresco y floral inundó sus fosas nasales; su olor le causó una revolución hormonal, como una alta dosis de un estimulante que recorría sus venas. Ella estaba delante de él con una sonrisa burlona; chasqueó la lengua, le sacó la tela de las manos y se puso a trabajar en asegurar de forma correcta el nudo.

Lo trenzó con destreza, acomodándolo sobre su piel negra. Terminó con el nudo y se dispuso a arreglar la tela sobre el cuerpo masculino. Alón se sobresaltó al sentir las manos de ella rozarlo con suavidad mientras alisaba las arrugas de la túnica. Su corazón se disparó desbocado en su pecho. La cercanía de la chica lo estaba alterando demasiado; sobre todo, intentaba disimular la erección que en esos momentos formaba una especie de carpa en los antiguos ropajes. Se encorvó ligeramente hacia delante, intentando esconder su pelvis.

—¡Alón! ¡Ponte derecho! —lo regañó Gía, totalmente ajena a la situación que padecía el muchacho.

Ella estaba concentrada en acomodar correctamente la tela, y él no dejaba de moverse. Fue entonces cuando levantó sus ojos para mirarlo.

Sus iris se encontraron, y ella pudo sentir cómo el aire a su alrededor se volvía pesado.

Dificultándole la simple acción de respirar. Se quedó estática observándolo.

Alón inspiraba de forma agitada; su pecho se elevaba rápidamente con cada inhalación. Sus ojos verdes refulgían como dos brillosas esmeraldas; estaban fijos en ella.

Un escalofrío lamió su espina dorsal, haciéndola temblar al darse cuenta de que él libraba una lucha en su interior. Tragó con dificultad al sentir cómo él delineaba con la yema de sus dedos la piel de su mejilla. Ese simple contacto hizo que se sonrojara hasta las orejas.

De pronto sintió un pánico irracional. ¿Y si él la besaba? Ella jamás en su vida había besado a un muchacho; no tenía experiencia en ese campo.

Alón, sin poder contenerse más, acunó el rostro de ella en sus manos y le acarició con suavidad la piel. Llegado este punto, el corazón de Gía latía frenético en su pecho. Él acercó su rostro un poco más. Y, sin dudarlo, en un acto completamente descabellado, se elevó sobre las puntas de sus pies buscando los labios de Alón, que sin meditarlo salieron a su encuentro.

Una especie de energía celestial los envolvió a ambos con el primer roce de sus labios, lo que les provocó una revolución interior. Inspiraron al unísono, él sonrió sobre sus labios y, sin esperarlo más, abrió la boca y se apoderó de la de ella.

Gía vibró; todas las emociones que sentía en ese momento se apropiaron de su razón. Y, más allá de su inexperiencia con los besos, la boca y el deseo de Alón le dictaron qué hacer. Separó los labios y dejó que su lengua se encontrara por primera vez con la masculina.

El primer contacto de sus lenguas los impactó y los dejó por un breve lapsus de tiempo inmovilizados; Gía, en ese instante, comprendió que lo que estaban compartiendo era único, especial y mágico.

Alón comenzó a jugar con su lengua, entrelazándola con la suya, buscando hundirse aún más dentro de su boca; le tomó la cabeza con suavidad, enredando sus dedos sobre la espesa mata de cabello rubio. Hasta ese momento no supo las ganas que tenía de tocar su melena.

Las manos de Gía se movieron hasta encontrarse detrás de la nuca masculina, profundizando así el beso. Estaba de puntillas; él le sacaba más de una cabeza; sintió las manos firmes tomar su cintura, apretándola con delicadeza, pegándola más hacia él. Allí, donde sus negras manos la tocaban, sentía como si su piel se estuviese quemando.

Alón, con extrema dulzura, rompió el contacto y se quedó maravillado observándola. Gía aún mantenía los ojos cerrados y sus labios, húmedos y brillantes de saliva, seguían entreabiertos.

Levantó los párpados lentamente y se animó a mirarlo.

La encontró encantadora, con las mejillas sonrosadas, y sonriendo vergonzosa por lo que acababa de suceder.

No supo por qué la había besado; solo se descubrió haciéndolo. Y, ahora que ella lo miraba con esa expresión encandilada, supo que había sido un

error besarla. Le había encantado; de eso no tenía dudas. De hecho, deseaba besarla una y otra vez, pero el recuerdo de su novia lo golpeó. Había actuado de manera precipitada. Se aclaró la garganta, rompiendo el silencio que los envolvía.

—Lo siento, Gía... yo no debí...

Intuyendo lo que él deseaba decirle, se alejó unos pasos hacia atrás, poniendo distancia entre ambos. Hizo un gesto con su mano, restándole importancia.

—¡Olvídalo! —Su voz sonó extremadamente alterada; respiró profundo para calmarse—. Está bien, Alón. No tienes que explicarme nada.

Le dio la espalda, caminando hacia el atril; sentía que su interior temblaba y que le costaba dominar sus piernas, pero lo disimuló de forma magistral. Miró la pintura; le iba a ser imposible continuar. Se volteó hacia él de nuevo y le regaló una sonrisa conciliadora.

—Será mejor que continuemos en otro momento. Debo ir a la casa de mi papá.

Alón asintió; caminó vacilante hacia ella.

—Gía... yo te pido disculpas, fue...

Ella comenzó a negar con la cabeza.

—¡Deja ya de hablar! —lo interrumpió. No deseaba escucharlo decir que ese beso había sido un error, porque para ella había sido maravilloso—. Hagamos de cuenta de que nada pasó, ¿de acuerdo?

Movió su cabeza de forma afirmativa y salió rumbo a la habitación de la joven a cambiarse.

Ella se quedó mirando la figura masculina alejarse. Y, cuando él desapareció de su vista, llevó los dedos a sus labios, los tocó con la yema, en un simple roce. Aún lograba sentir los labios de Alón sobre los de ella, provocándole un suave cosquilleo. Con una tonta sonrisa guardó sus cosas. Había tenido su primer beso. Y le encantó: sería un momento que siempre atesoraría en su memoria.

Neal llegó a su casa al caer el sol; ese día en particular había sido fatal en la oficina. Al entrar, vio a los niños jugando con los bloques de construcción en medio de la sala, los besó en la cabeza y continuó camino hacia la cocina. El aroma delicioso de comida casera inundó su nariz, y su estómago rugió de manera violenta, recordándole que estaba hambriento.

Se acercó a su esposa y la abrazó por detrás; ella pegó un brinco en el lugar al sentir las manos de su esposo rodear su cintura: no lo había oído llegar. Él sonrió complacido: le encantaba hacerla sobresaltar. Depositó un beso en la curvatura de su cuello.

—¿Cómo estuvo tu día, cariño? —preguntó Luisa, volviendo su rostro para darle un corto beso de bienvenida.

Neal suspiró y apoyó su mentón en el hombro femenino; Luisa continuó cortando las verduras.

—Fue un infierno. No veía la hora de llegar a casa. ¿Por aquí todo tranquilo? ¿Los niños?

—Fue un día diferente... los niños, bien; hicieron sus deberes, discutieron por quién usaba primero la computadora... Vino Helena, está muy compungida por todo lo que está sucediendo; su casa estaba llena de periodistas y le dijeron del trabajo que se tomara unos días hasta que la situación de la prensa cese un poco.

—¿Dónde está?

—Arriba, en el cuarto de Gía.

—¿Gía está con ella?

—No, ella no ha llegado aún.

Neal se apartó de su esposa, no sin antes depositar sobre su mejilla un casto beso.

—Voy a darme una ducha; necesito quitarme este día de encima.

Salió de la cocina, subió las escaleras hasta su habitación y entró en el baño. Veinte minutos más tarde salió totalmente renovado.

Bajó a la sala, los niños miraban los dibujos animados en la televisión, fue hacia la cocina y escuchó risas femeninas. Al entrar, Luisa y Helena sonreían de forma cómplice; cada una sostenía una copa de vino blanco.

Helena, al verlo aparecer, se tensó al instante. Su sonrisa se apagó en cámara lenta al sentir los ojos de Neal sobre ella. Luisa carraspeó incómoda y

observó a la mujer a su lado; el semblante mortificado de ella le dio pena. Apuró la copa de vino.

Neal, en cambio, sonrió internamente. Sabía que Helena estaría completamente afligida; no le pondría las cosas fáciles. La realidad era que no le molestaba en absoluto que ella saliera con el actor; él no era quien para decirle a Helena con qué tipo salir y con cuál no. Sí le había chocado verla expuesta de esa manera en televisión.

Se acercó a la alacena, tomó una copa, se sirvió un poco de vino, bebió con lentitud y les regaló una sonrisa a las mujeres.

—Hola, Helena —saludó, y amplió su sonrisa mostrando sus dientes cuando pronunció su nombre.

—Hola, Neal...

La conversación quedó en la nada al ver aparecer a Gía en la cocina; llegaba de la calle agitada, con el cabello revuelto, la piel de sus mejillas arreboladas y un brillo inusual en los ojos. Se detuvo delante de ellos sorprendida de encontrar a los tres reunidos allí.

—¿De dónde vienes así de alterada? —indagó Neal endureciendo su semblante.

Observó a su padre; luego miró a su mamá y por último a Luisa. No sabía qué decir. Se sentía descubierta. ¿Qué les iba a decir? ¿Que Alón al salir de su casa había decidido acompañarla hasta allí y al llegar a la esquina la había retenido unos segundos y había vuelto a besarla? ¿Que había sentido el momento exacto en el cual el tiempo se había detenido y todo a su alrededor había perdido sentido, que solo era consciente de los tibios y apetitosos labios de Alón? No podía decirle eso a su papá: iba a matarla.

Literalmente había perdido toda relación con el espacio-tiempo cuando se dieron cuenta de que habían pasado más de una hora besándose camuflados bajo el frondoso árbol de la esquina.

—Estoy esperando, Gía —comentó impaciente su padre.

—Se me hizo tarde, lo siento —se disculpó en un susurro.

—Noté que has llegado tarde, esa no fue mi pregunta. ¿De dónde vienes?

—De casa —respondió. Neal arqueó una ceja.

—¿Me tomas por estúpido, Gía?

—¡No, papá! Estuve en casa, es la verdad.

Helena decidió intervenir.

—Dijiste por la mañana que, al salir de la escuela, ibas a ir a estudiar con Alón —le recordó. Se volvió hacia su mamá.

—Sí, iba a ir a estudiar Matemáticas con él, pero no fui. Tuve que quedarme después de clase.

—¿Por qué? — quiso saber Neal.

—Actué de forma precipitada y golpeé a Dana, cuando ella insinuó algo feo sobre mamá. La profesora me vio y me hizo quedar después de hora. Lo siento —dijo afligida—. Salí de la escuela tarde y Alón se quedó esperándome; me dijo de ir a estudiar, pero no estaba de humor y fuimos a casa a adelantar la pintura. —Neal aplaudió de forma irónica.

—¡Pero qué bonito! La señorita no estaba de humor y decidió irse a pintar en vez de a estudiar — dijo elevando a cada palabra el tono de su voz. Se volvió hacia Helena—. ¿Tú apruebas este tipo de comportamiento?

Helena miró primero a Neal y luego a su hija; la conocía bien, sabía que había más, que algo ocultaba; el brillo de sus ojos y la constante sonrisa en su rostro la delataban.

—No, no lo apruebo. Creo que estuviste mal en no avisarnos a tu padre y a mí sobre tus cambios de planes.

—No volverá a ocurrir —prometió.

Luisa revisó el horno y, antes de salir de la cocina, comentó.

—Voy a bañar a los niños antes de la cena.

—Yo lo hago —se apresuró a decir Gía. No soportaba la mirada acusatoria de su papá; debía dejar la cocina cuanto antes.

—Gracias, Gía —expresó Luisa—, prepararé la mesa mientras tú los bañas.

Helena, al verse a solas con Neal e intentando evitar su conversación pendiente, se apresuró a decir:

—Ayudaré a Luisa.

Se giró y antes de salir le llegó la voz de Neal.

—Eres una cobarde, Papaulukas. —Y lanzó una profunda carcajada.

Después de bañar a los niños, Gía se sentó en la sala con un lápiz negro y su cuadernillo. Comenzó a trazar líneas aquí y allá concentrándose en todos los detalles. Cuando terminó, miró su dibujo y, sin poder contenerse, se ruborizó. Había dibujado su beso, ella entrelazando las manos detrás de la

nuca; él hundiendo los dedos en su cabello, sus labios unidos, su cuerpos perfectamente acoplados, fundiéndose a través de sus bocas en un mismo ser.

La escena estaba representada de forma tan real que, con tan solo mirarla, aún podía evocar el sabor de sus besos. ¡Dios!, había sido maravilloso.

Su hermano Tobías pegó un saltó y cayó junto a ella en el sillón. Acercó su curioso rostro, miró el dibujo de su hermana y frunció el ceño.

—¿Eres tú?

Gía cerró el cuadernillo en las narices del niño.

—No. Y no has visto nada —le advirtió poniéndole un énfasis persuasivo a cada una de sus palabras—. ¿De acuerdo, Tobi?

El niño asintió. Se escuchó la voz fuerte y clara de Luisa desde el comedor: «La cena está lista, todos a la mesa». Dejó su cuaderno sobre la mesa ratona y caminó hacia el comedor. Tomó un lugar y ayudó a Luisa a pasar los platos que ella servía.

El pollo con vegetales estaba riquísimo, pero ella no tenía apetito. Había comido algunos bocados, para luego dedicarse a jugar con el tenedor, moviendo la comida de un lado hacia el otro.

Neal, que estaba observando a su hija desde hacía varios minutos, notó que ella no dejaba de sonreír como una boba, con una sonrisa estampada en su rostro. Y el brillo refulgente de sus ojos se lo confirmaba. La intriga lo estaba carcomiendo por dentro.

Helena, por su parte, teniendo a su hija sentada a su lado, también se dio cuenta de su extraña actitud, se percató de la mirada constante de Neal sobre la joven; al parecer, Luisa también lo había notado. Carraspeó llamando su atención, pasándole la ensalada, pero Neal se dedicaba a mirar a Gía mientras masticaba un pedazo de pollo de forma lenta y calculada, entrecerrando sus párpados.

Gía pegó un brinco en su lugar cuando sintió que la voz fuerte de su padre la llamaba. Se había quedado perdidamente ajena a todo su entorno; solo tenía cabeza para pensar en sus emociones. Y, por más que lo deseara con todas sus fuerzas, no lograba dejar de sonreír.

—¡Gía! No has comido nada; solo has jugado con tu plato. Y, para colmo, no dejas de reír como una chiquilla boba.

—¡Neal! —intervino Helena.

—Me pone nervioso —reconoció—; no soy estúpido. Noto que algo te tiene alterada.

Entonces la dulce vocecita de Tobi se escuchó en toda la mesa.

—Gía se dibujó a ella y a un muchacho besándose —dijo antes de comer un trozo de pollo.

Reinó el silencio. Neal tragó con dificultad el bocado que estaba masticando y se quedó estático observando a su hija, cuyo rostro en esos momentos se iba tornando del rosa pálido de su piel hasta el rojo furioso de una amapola. Luisa y Helena intercambiaron una mirada cómplice.

—¿Puedes explicar lo que está diciendo tu hermano?

Se volvió enojada hacia el niño.

—¡Eres un bocazas, Tobi!

Se aclaró la garganta para tener nuevamente la atención de Gía, que evitó mirarlo a los ojos.

Helena se sintió conmovida; deseaba saber todos los detalles. Su pequeña había sido besada por primera vez. Seguramente debía estar sintiendo cientos de cosas. Le tomó la mano y la apretó, infundiéndole su apoyo. Gía giró su cabeza para ver a su mamá, que la miraba con una sonrisa. Luisa se levantó de su silla y se acercó a la joven; rodeó con sus manos los hombros en una muestra de afecto y comprensión. Neal no entendía esas extrañas miradas de complicidad de las tres mujeres; se estaba volviendo loco. Era su pequeña, ¡maldita sea!

—¿Cómo fue? —se interesó por saber Helena.

Gía se mordió el labio nerviosa, respiró profundo y dijo segura.

—Fue épico, mamá. Perfecto, tan... inesperado.

—¡Oh cariño! Es tan dulce...

—¡QUÉ! —gritó Neal desde la cabecera de la mesa. Las mujeres se volvieron hacia él—. ¡No es dulce, es asqueroso! Gía no puede ir por ahí besuqueándose con cualquiera...

—No es cualquiera, papá —lo interrumpió Gía—, además, Alón me gusta.

—Pero, es, es, es... —repitió buscando las palabras. Su mente se había quedado en blanco—... es tan inaceptable... Tienes quince años. Eres una chiquilla.

—Neal, por favor, cálmate. ¿Acaso te olvidas de cómo eras tú a los quince?

—le recordó Helena.

—Por eso mismo, porque me acuerdo muy bien de cómo era, es que encuentro una locura que ella se ande besando. No tiene edad para eso.

Helena lanzó una fuerte carcajada, y Luisa la imitó. Eso lo enfureció.

—Papá... —lo llamó Gía—, ¿ves por qué no quería decirte nada cuando llegué? Sabía que te pondrías frenético y no quería que me arruinaras el momento.

—¿Arruinar el momento? —preguntó completamente desconcertado.

—Fue su primer beso, Neal —recordó Helena—. Es un momento único en la vida de cada mujer, ¿acaso no puedes darte cuenta?

—Helena tiene razón —acordó Luisa—, yo aún recuerdo mi primer beso. Fue a los dieciséis en un baile con Paolo Giacomo. Inolvidable.

—No logro entenderlas —convino Neal.

—Es lógico, ¿qué puedes saber tú de primeros besos? —preguntó mordaz Helena.

—No lo sé, no me acuerdo —dijo rascándose la cabeza.

—Pues te recuerdo, Abignali —comenzó Helena con tono amenazante—, que tú me diste mi primer beso, y es el día de hoy que lo recuerdo.

—¿Como un momento mágico?

—No, como uno de los peores días de mi vida.

Gía y Luisa soltaron una risita ante el claro malestar que las palabras de Helena causaron en él.

—Fue en Noche de Brujas, ¿recuerdas? Hacían un baile. Quisiste que nos disfrazáramos acorde y te encargaste de los disfraces...

Neal se rió sonoramente al recordarlo.

—Te veías realmente encantadora disfrazada de Chewbacca.

—Sí, claro... Me moría de calor dentro de ese traje peludo, mientras él se lucía como Luke.

—Te dije que el traje de la princesa Leia estaba alquilado.

—En fin... volviendo al beso, te emborrachaste, me hiciste bailar toda la noche. Lo único que deseaba era regresar a casa, sacarme el disfraz y darme un baño, pero... la suerte no estuvo de mi lado. Neal no podía mantenerse en pie; lo llevé a casa, vomitó en una esquina y, antes de despedirse de mí, me besó. Al otro día no recordaba haberlo hecho. En una palabra, fue un fiasco.

—Eso no es verdad. Yo no recuerdo muy bien esa noche, pero exageras.

—No, no lo hago. Y deja de atosigar a Gía; merece disfrutar lo que le está pasando.

Bufó molesto. Y sonrió internamente. La verdad era que su princesa estaba creciendo tan rápido que temía ese momento, cuando de a poco los jóvenes comienzan a experimentar la vida, a levantar vuelo, y tenía pánico de dejarla volar.

Le regaló una mueca conciliadora a su hija. El resto de la cena transcurrió entre risas y anécdotas de antaño.

Helena se dispuso a juntar los platos sucios. Luisa había subido a acostar a los niños. Gía se había levantado en la primera oportunidad y había subido a su habitación. Ella comenzó a lavar los trastos. Neal, en cambio, observaba cada uno de sus movimientos. Sabía que él estaba allí haciendo tiempo para hablar con ella.

Terminó de limpiar y acomodar la cocina; se giró, miró a su ex y se cruzó de brazos, mientras descansaba su espalda en la encimera.

—¡Bien! Te escucho...

Neal elevó la comisura en una pícara sonrisa. Eso le crispó los nervios.

—¿Un café? —ofreció. Ella asintió.

Lo siguió con la mirada; observó cómo sacaba dos tazas de la alacena y ponía en funcionamiento la cafetera. Minutos más tarde le ofreció una humeante infusión, que aceptó gustosa.

—Sé que estás enfadado —comenzó Helena.

—Error: no estoy enfadado, pero sí estoy sorprendido.

—Neal, de verdad lamento mucho esta situación, yo...

—No tienes que darme explicaciones, solo estoy preocupado por ti. La última vez que hablamos, te dije que fueras con cuidado; me aseguraste que lo hacías, pues debo admitir que no fuiste precavida.

Jamás pensé ver fotos tuyas «comprometedoras» en la televisión.

—Ni me lo digas; este día ha sido un verdadero tormento —reconoció; después bebió un sorbo de café, lo saboreó—. Riquísimo.

Se hizo un silencio para nada incómodo entre ambos. Neal se dedicó a observarla.

—¿Cómo piensas manejar esta repentina fama?

—La verdad, no tengo la menor idea. Adam dijo que él se encargaría de la prensa.

—¿Confías en él?

No sabía responder a esa pregunta. Lo que sí sabía era que el actor, de un día para el otro, había trastocado todas sus emociones para ponerla de revés. Y ahora no sabía qué hacer, mucho menos como actuar.

Bajó sus ojos derrotada; miró la pulsera. Todo había comenzado el día que ese brazalete se había adherido a su muñeca sin poder sacárselo. A Neal no le pasó por alto la atención que Helena le dedicaba a la joya.

—Por como miras esa pulsera, debo suponer que te la regaló él —ella negó.

—No, no me la ha dado él.

—Pero es importante para ti, ¿me equivoco?

—No.

—¿Deseas contarme?

Helena suspiró.

—Neal, si te contara, me tomarías por loca, me encerrarías en un manicomio y no me dejarías ver a Gía nunca más.

—¿Tan malo es?

—No es eso, es que... —Buscó las palabras adecuadas —... no sabría por dónde comenzar a contar.

—Por el principio estaría bien.

El hombre percibió la lucha interior a la que ella se enfrentaba. La conocía demasiado bien.

—Helena... ¡somos amigos! Puedes decirme lo que sea.

—Lo sé... pero...

—No sabes cómo explicarlo —finalizó la frase por ella.

—Exactamente.

—Juguemos —propuso él—. ¿Recuerdas ese juego que jugábamos de niños, sí, no y tal vez?

—Sí, lo recuerdo.

—Bien, yo hago las preguntas y tú respondes. ¿Qué te parece?

—Jamás lograrás adivinarlo.

—Concédeme un poco de crédito, Helena.

Neal dejó la taza sobre la mesada, se frotó las manos impaciente y comenzó con el interrogatorio.

—¡Bien! Dijiste que la pulsera esa no te la regaló él, pero por alguna razón te relaciona con su persona, ¿me equivoco?

—No.

—¿Él tiene una igual?

—Sí.

—¿Tú se la regalaste?

—No.

—¿Alguien se las dio?

—Sí.

—¿Conocías a esta persona?

—No.

—¿Él la conocía?

—No.

—¿Y por qué ambos la tienen? —Helena se encogió de hombros. Neal reformuló la pregunta—. Ya sé, esta persona se la dio cuando estaban juntos —afirmó convencido.

—No.

—¿Ese brazalete tiene algo que ver?

—Sí.

—¡Diablos! —dijo frotándose el rostro con las manos—. No logro ver la relación.

—Neal, jamás lo adivinarás —convino Helena mientras bebía otro poco de café—. Es realmente inimaginable.

—¿Acaso la pulsera esa tiene poderes? —preguntó a modo de broma.

—Sí.

Se puso serio al instante.

—¿Estas bromeando conmigo, Helena?

—Jamás lo haría.

Neal se tomó la barbilla pensativo unos minutos.

—A ver si entiendo... Una persona extraña les entregó una pulsera mágica que unió sus vidas. — Helena asintió—. Es descabellado. Pero he leído cosas

que hablan sobre objetos mágicos a lo largo de la historia. Algunos pueden abrir puertas a otras dimensiones, o pueden regresar en el tiempo. Tu pulsera no hace eso, ¿verdad?

—Tal vez.

Se pasó las manos por el cabello despeinándolo, y miró a una afligida Helena.

—No logro entender, Helena. La verdad, me resulta muy difícil comprender la situación, ayúdame un poco, ¿quieres? Digas lo que me digas, te aseguro que jamás pensaré que estás loca.

Asintió resignada. Necesitaba hablar con alguien de toda esa situación. Neal era su amigo de toda la vida; si no se lo confesaba a él, ¿a quién se lo diría? A nadie, llegó a la conclusión. Decidió contarle toda la verdad.

Gía estaba recostada en su cama; tenía los ojos cerrados y las manos apoyadas sobre su estómago. Podía sentir dentro de él cómo docenas de mariposas volaban inquietas en su interior, provocándole cosquillas. Rememoraba una y otra vez los besos de Alón.

Abrió los ojos y lanzó una risita tonta, rodó sobre el colchón y ahogó un grito de alegría sobre la almohada. Cada fibra de su cuerpo vibraba; era el sentimiento más increíble que ella hubiese experimentado.

Sintió la imperiosa necesidad de dibujar; recordó que había dejado su cuadernillo en la sala. Sin dudar lo salió de su habitación, bajó las escaleras, y las voces de sus padres la hicieron detenerse. Descendió los últimos escalones con extremado sigilo. Se acercó a la cocina, y su conversación le llegó nítida y clara.

—A ver si entiendo... —comenzó su padre—... estas diciéndome que el día del cumpleaños de Gía una mujer te interceptó en el baño del restaurante y te entregó esa pulsera.

—Me la puso a la fuerza —lo corrigió Helena.

—Y dijo que tu destino estaba sellado. Volviste a casa, te acostaste y viajaste a un lugar blanco, donde conociste a Adam Cooper.

—Exactamente, la mujer misteriosa le había dado también una pulsera a Adam.

—Y luego en esa especie de limbo blanco se les aparece esta mujer y les dice que sus vidas están unidas por el destino.

—Sí. Y nos cuenta que nosotros somos la reencarnación de Dorian y Nerella. Nos dice que debemos acompañarla y conocer su historia; nos transporta a la Grecia antigua, donde somos una especie de espectadores de lo que ocurrió en el pasado y nos asegura que debemos conocer sus vidas, para luego, en algún determinado momento, intervenir para evitar que ellos mueran de forma trágica.

—¿Qué pasa si no pueden evitar su muerte?

—Según Rhea, si no tenemos éxito, podemos llegar a sufrir consecuencias en este tiempo.

—¿Qué tipo de consecuencias, Helena? —preguntó, y un escalofrío le erizó el vello de los brazos.

—La muerte, Neal.

—Es una locura. Creo que necesito otra taza de café. ¿Qué sucede si se niegan a hacerlo?

—No lo sé. La verdad, no hice muchas preguntas. Para colmo, algo pasó con Gía. Desde que comenzaron mis viajes astrales, por así decirlo, Gía empezó a dibujar personas; ella no las conoce, pero yo sí. Son Dorian, Nerella, Rhea, Critias... Pinta escenas que surgieron en el pasado, y eso me descoloca.

—Gía siempre fue una chica muy perceptiva, Helena —le recordó.

—Lo sé.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—No tengo idea. No sé qué hacer. Hablar con Adam, seguramente.

—Mi consejo es que vayas paso a paso. Primero, que intentes resolver el problema con la prensa; luego deberías investigar un poco más sobre esos viajes que tienes mientras duermes y, sobre todo, Helena, no desesperes. Mantén la mente fría. Se produjo un silencio, que fue roto por la voz de Helena.

—Gracias por escucharme, Neal. Y sobre todo por no creer que me volví loca.

—Loca estás desde el día que te conocí.

Gía se había quedado como una estatua. Tenía como un peso muerto en el pecho. Había escuchado la conversación de sus padres, y realmente esas revelaciones la habían afectado. Había perdido todas las ganas de dibujar. Regresó sobre sus pasos. Entró en su habitación y se metió en la cama.

Al escuchar la puerta de su cuarto abrirse, se hizo la dormida. Su madre había entrado. Se quedaría a dormir allí. Luisa había acondicionado una cama con un colchón al lado de su cama.

La escuchó desvestirse y colarse entre las mantas. Cuando la respiración de su madre se hizo más profunda y acompasada, se animó a darse vuelta y mirarla y, al hacerlo, notó por una breve fracción de segundo brillar de manera intensa iluminando el cuarto la pulsera que descansaba sobre la muñeca de su madre. Esa noche, le fue imposible conciliar el sueño.

CAPÍTULO 9 **A**pareció en la habitación blanca; frente a ella estaba Adam sentado en el suelo, repiqueteando los dedos frenético con cara de aburrimiento. Supuso que el actor llevaba tiempo esperándola por la expresión de fastidio dibujada en su rostro. Se acercó caminando a él. Adam, al verla materializarse unos metros delante de él, se levantó del suelo y acortó la distancia que lo separaba de ella.

Se unieron en un abrazo intenso, descargando en los brazos del otro todas sus frustraciones y problemas. Adam percibió un leve temblor en el cuerpo de Helena, tomó el rostro femenino entre sus manos y le acarició las mejillas con los pulgares.

—Siento tanto todo esto que sucede con la prensa, Helena... ¿Podrás perdonarme el haberte expuesto de esta manera?

—Adam, todo esto es una horrible pesadilla. Soy consciente de que tú no eres el responsable directo de esta locura mediática; pero necesito que termine. Mi vida en un solo día se ha vuelto un infierno.

—No exageres, Helena —dijo elevando las comisuras de los labios en un intento de sonrisa conciliadora—. Llevo años lidiando con la prensa. Esta noticia les importa hoy, pero mañana ocurrirá algo mucho más importante y

quedará en el olvido. No tienes que mortificarte.

Se alejó varios pasos hacia atrás mirándolo con una ceja arqueada, intentando procesar las palabras dichas por él.

—¿Que no me mortifique, dices? ¿Que no le dé importancia? Adam, tú estarás acostumbrado a lidiar con periodistas en la puerta de tu casa y tu trabajo, pero yo no. Y Gía tampoco. A ella la siguieron hasta la escuela. Para colmo, me suspendieron del trabajo hasta que todo este asunto se calme. Necesito que este pequeño escándalo se termine.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó cruzando los brazos sobre su pecho, en una postura completamente defensiva.

—No tengo la más pálida idea, Adam. Pero no quiero seguir siendo el chisme del momento.

—Hablé con algunos periodistas conocidos; les dije que tú solo eras una amiga, que no hay nada más.

—¿Y?

—Y nada, el problema radica en que eres una persona desconocida y misteriosa, y a ellos les encanta. Eres un desafío: quieren tenerte, hablar contigo, escuchar tu opinión, interrogarte sobre mí. —Pero yo no quiero hablar con ellos.

—Lo sé pero, mientras estés en boca de todo el mundo, esto seguirá. Y, por más que hable e intente detenerlo, va a ser imposible; más grande se hará.

Helena apretó la mandíbula y desvió sus ojos hacia el suelo; sentía una enorme rabia recorrerla por dentro. Cerró sus manos en dos puños e intentó controlar su respiración.

Adam, percatándose de su frustración, se acercó; quiso reconfortarla envolviendo su cuerpo en un abrazo, pero ella rechazó su contacto, poniendo distancia entre los dos.

—Helena, por favor. No te enojas conmigo.

—No quiero que te acerques en este momento. Necesito aclarar mis pensamientos. Todo es muy confuso.

—Lo sé, lo sé, y lo que más deseo es poder hacer algo por ti, ayudarte.

—Pero no puedes frenar esto, Adam.

—No, no puedo hacerlo —dio un paso hacia ella—. Pero lo que sí puedo hacer es darte un consejo. —Los ojos de Helena lo escrutaban atentos—. Lo

mejor es que por un tiempo no aparezcas; aprovecha a tomarte unas vacaciones ahora que no tienes que trabajar; deja que el tiempo acomode las cosas. Las noticias de hoy llenarán los tachos de basura de mañana.

—Es fácil decirlo para ti. Y la realidad es que la estoy pasando mal. Quiero volver a mi vida, antes de...

—Antes de conocerme a mí —la cortó finalizando su frase.

Lo miró con atención, quedándose en silencio, dándole a entender que sí, que deseaba su vida antes de conocerlo a él.

Observó cómo él endurecía su semblante.

—Yo no elegí esto, Helena. Si de mí dependiera, toda esta mierda no estaría pasando.

—¡Lo sé! —elevó la voz y pasó sus manos frenéticas sobre su cabeza, despeinando su larga cabellera dorada.

Se escuchó que alguien se aclaraba la garganta. Adam y Helena se miraron, para luego voltear su rostro hacia la derecha. Rhea los observaba con una sonrisa incómoda.

—Siento interrumpirlos, pero hace rato que estoy aquí parada, y ninguno de los dos se ha percatado de mi presencia. —Helena hizo el intento de hablar, pero Rhea levantó su mano y la detuvo—. No quiero inmiscuirme en sus asuntos privados, pero tenemos que continuar la historia donde la dejamos.

—Hoy no estoy de humor para viajar al pasado —expresó Adam, ganándose una mirada de reproche por parte de la mujer pelirroja.

—Me importa muy poco si estás o no estás de humor, Adam —pronunció Rhea con un dejo de hostilidad en su voz—. Te comprometiste a ayudarme, y eso espero que hagas.

—Sí, pero hoy no se me antoja. No voy a ir contigo.

Rhea bufó molesta, volviéndose hacia Helena.

—Habla tú con él.

Helena se detuvo observando en silencio por varios minutos a la mujer.

—Yo tampoco deseo viajar hoy, Rhea —comentó Helena.

Adam sonrió con satisfacción al escucharla.

—No es que no desee saber qué sucedió, pero tengo tantas cosas en mi cabeza en estos momentos que no sé si quiero lidiar también con el sufrimiento de Nerella. Me afecta mucho verla padecer ese calvario.

—¡No pueden! Tenemos que apegarnos al tiempo —dijo casi chillando Rhea.

—¿Por qué? ¿Qué va a suceder? —quiso saber Helena.

Rhea cerró los ojos, tomó una bocanada de aire, respiró profundo, relajando sus hombros, elevó sus párpados, clavando sus verdes ojos sobre Helena.

—El tiempo es una cosa realmente misteriosa. No se puede jugar con él así como así: siempre trae consecuencias —sentenció, y su voz sonó extremadamente enigmática—. Se comprometieron a ayudar a Dorian y a Nerella, y para ello están aquí. Cuando sus brazaletes se activaron, por así decirlo, el tiempo en el pasado paralelo y el tiempo de ahora se conectaron, uniendo su vida a la de ellos; deben respetar estas reglas, o sus vidas pueden llegar a desmoronarse, ¿logran entenderlo?

Adam y Helena cruzaron sus miradas: ambos estaban confundidos.

—Suena fatalista... —reconoció Adam, cansado de toda esa situación—. Si no queda otra alternativa, llévanos a donde sea que nos tienes que llevar.

Rhea miró a Helena, que asintió ligeramente con la cabeza. La pelirroja sonrió complacida. El suelo vibró bajo sus pies, y todo comenzó a dar vueltas...

Estaban en el patio central de una bonita casa cretense. Dorian se encontraba en el medio, esperando al viejo soldado espartano que en esos momentos había hecho su entrada al jardín llevando en sus manos dos espadas de madera.

Al ver al muchacho, sonrió de lado. Se acercó con paso decidido rodeándolo, mientras que con la punta de una de las espadas dibujaba en la tierra un círculo a su alrededor; de un rápido movimiento le lanzó una de las espadas al joven que, con manos torpes y lentas, dejó caer el arma al suelo, con lo que se ganó una mirada reprobatoria por parte del hombre.

Le hizo un gesto con la cabeza de que tomara la espada; Dorian se apresuró a agarrarla entre sus manos. Miró al viejo e intentó imitar su postura.

—¡Así no se hace, chico torpe!, no es un mandoble que puedes manejar con las dos manos.

—Es pesada —se quejó Dorian.

—Es solo una simple espada de madera: una de acero pesa cuatro veces más. Además, tiene el peso que tiene que tener para fortalecer la fuerza de tu brazo. —En un ágil movimiento tiró la espada hacia arriba y extendió los dedos de su mano derecha con rapidez; la hoja cayó perpendicularmente haciendo equilibrio sobre sus falanges—. Una mano es cuanto se necesita para dominar una espada. ¡Ven, chico! Vamos a comenzar, pon el cuerpo de lado —ordenó admirando el perfil de su alumno—.

Eres flaco, chico, eso es bueno, te hace ágil. Levanta la mano.

Así lo hizo, sosteniendo en alto el arma. Thanos examinó cómo agarraba la empuñadura, chasqueó los labios y en su rostro se dibujó una mueca desaprobatoria. Le dio un golpe seco sobre los nudillos.

—Tienes un buen agarre, pero debes tomarla con delicadeza, pero a su vez con firmeza. La espada debe convertirse en la extensión de tu brazo. Debe ser una parte más de ti. ¡Bien, chico!, ahora tú intentarás darme a mí.

Le dedicó una mirada; se giró sobre sus talones, dándole la espalda al muchacho.

Dorian vio la oportunidad y, con la espada en alto, se lanzó al ataque. Thanos sonrió de lado, esperando esa reacción de parte del novato; con un rápido movimiento se giró evitando el embate. En cambio, Dorian perdió el equilibrio y cayó de bruces al suelo; se levantó al instante furioso, ante las sonoras carcajadas del anciano. Volvió a embestirlo, pero el viejo detuvo cada uno de sus ataques. El espartano tomó una postura nuevamente defensiva y animó a su alumno a continuar. El muchacho se abalanzó sobre él, pero el viejo soldado era imbatible: cada uno de sus golpes los detenía con maestría.

—Presta atención, chico, debes tener la cabeza despejada de todo pensamiento que te aqueje.

—Es fácil para usted decirlo —respondió agitado—; yo aquí jugando con las espaditas de madera mientras que la mujer que amo vive con un psicópata padeciendo quién sabe qué tipo de brutalidades.

—Ese es el problema, chico, y, si sigues pensando en eso, cuando tengas que pelear, ¡zaz! — Thanos golpeó el estómago de Dorian con la punta de la espada—, eres hombre muerto.

Dorian caminó unos pasos hacia atrás y volvió a tomar una postura

defensiva; el viejo soldado había comenzado a atacarlo sin piedad.

Detuvo los primeros mandobles, pero la rapidez y experiencia del hombre eran asombrosas para alguien de su edad; segundos después, el soldado le dio una fuerte arremetida, no logró detenerlo y cayó al suelo.

Thanos le tendió la mano ayudándolo a ponerse nuevamente de pie. Le apoyó una mano sobre el hombro y lo apretó ligeramente de manera fraternal.

—Escucha, chico, entiendo que estés preocupado por tu mujer, ¿le has rezado a los dioses?

—No creo en ellos —respondió convencido.

—Pues deberías, chico, mi consejo es que te entrenes y te eduques; debes convertirte en un hombre con todas las letras y, cuando lo consigas, regresa a Atenas y rescata a tu mujer.

—Eso va a llevarme mucho tiempo, y no cuento con tanto. Su vida está en juego, ¡maldición!

—Pues entonces pon lo mejor de ti; no podrás regresar a Atenas a no ser que seas otra persona; eres un fugitivo, y tu cabeza tiene precio. Yo puedo ayudarte: tendrás otro nombre; aprenderás modales, a leer, a luchar como un guerrero; obtendrás un título; y así podrás brindarle una buena vida a tu mujer. ¿Qué puedes ofrecerle ahora? —no lo dejó responder; continuó—: solo una vida de éxodo, chico. No pueden vivir huyendo.

Dorian meditó las palabras del viejo soldado; tenía razón: él no podía regresar por Nerella aún.

Primero debería asegurarse un porvenir para brindarle todo lo que ella se merecía.

—Acepto —dijo con decisión.

—Eres inteligente, chico —Dorian sonrió ante el cumplido—; desde ahora todos te conocerán como «Evan el noble».

Nerella se encontraba sentada sobre un mullido taburete; contemplaban por la ventaba con la mirada abstraída en algún punto fijo del paisaje. Una suave y melancólica melodía resonaba en el interior de la sala; esos tristes acordes

reflejaban a la perfección el estado de ánimo de la joven.

Más atrás, sentado cerca de ella sobre un gran sillón turquesa, se encontraba Critias, que tocaba con destreza la flauta. Había sido famoso en su juventud por su entrenamiento y dedicación como flautista; tenía un talento increíble, y las canciones que siempre interpretaba estaban cargadas de sentimientos. Paradójico, viniendo de él.

Nerella no lograba comprender cómo un ser despreciable como él podía interpretar cada melodía poniendo tanto corazón en cada nota: él carecía de uno.

El entorno de Critias lo veía como un gran y culto hombre, uno de los más importantes eupátridas de Atenas. Era un hombre con una excelente formación; se lo consideraba un gran sofista. Era, junto a su amigo Alcibiades, discípulo de Sócrates. Se dedicaba a la enseñanza y a la poesía; era encantador, educado, un caballero y sumamente atractivo. Pero, detrás de esa máscara de perfección, era el ser más sádico y despreciable sobre la faz de la Tierra.

Nerella lo odiaba con toda la fuerza de su alma. Él había destruido todo de ella, ya no quedaba nada. Era una cáscara vacía. No lograba sentir ningún tipo de emoción. Sentía su cuerpo entumecido, tanto por fuera como por dentro.

Critias se había encargado de borrar todo rastro de aquella muchachita risueña y soñadora de antaño; ya no tenía motivos para crearse falsas ilusiones. Debía aceptar que esa era su vida, y no iba a cambiar.

Durante todos esos largos meses, él hacía con ella lo que deseaba; se sentía un despojo de vida. Él la usaba de todas las formas más bajas posibles; se había convertido en su juguete personal.

En el transcurso de los días, su apetito fue disminuyendo; había perdido mucho peso, y el color de su piel se tornó opaco y cetrino. Su semblante de a poco se volvió taciturno, y el brillo de sus ojos se apagó; sus ropas cambiaron: ya no usaba esos bonitos y elegantes chitones de las mejores sedas.

Ahora se dedicaba a cubrir cada porción de su cuerpo con telas grandes y descoloridas.

Representaba una imagen cadavérica. En pocas palabras, Nerella se había

convertido en una muerta en vida. Pasaba sus días elevando plegarias a los dioses; rogaba que se apiadaran de su sufrimiento. Les imploraba la muerte. Ni siquiera el hermoso recuerdo de su amor con Dorian era suficiente para aplacar el deseo de morir.

Apenas ingería alimento; cada día que pasaba se consumía un poco más, y nadie a su alrededor parecía notarlo o, si lo hacían, preferían ignorarla.

La música terminó. Critias dejó la flauta sobre una mesilla ratona, se levantó y caminó hasta posarse detrás de Nerella.

—¿Por qué tan melancólica, esposa mía?

Cerró los ojos cuando sintió las frías manos de él posándose sobre sus hombros. Iba a responderle, pero sus palabras quedaron en la nada al verse interrumpida por el ingreso de Cármides. Cuando su esposo la soltó, respiró aliviada.

Critias se volvió hacia el hombre que manejaba todos los asuntos portuarios en el Pireo con una sonrisa de fastidio en su rostro.

—¿Cármides! ¿A qué debo su visita?

—Siento interrumpirlo, pero traigo noticias sobre el problema que teníamos con el trigo —anunció.

Critias le hizo una seña, y el hombre tomó asiento en el sillón.

—Lo escucho.

—Hay una flota de navíos perteneciente a un viejo soldado que está interesado en poner a nuestro servicio sus barcos; podría sernos útil para las importaciones que tenemos con Crimea, en el Mar Negro.

—¿Cuáles son sus condiciones y su paga?

—No habló de dinero conmigo; él puso como única condición cerrar el trato con usted en persona.

—¿Cuándo llega al Pireo?

—En dos semanas.

—Perfecto, arregla una reunión con él —Cármides asintió—. Invítalo a la celebración de las Panateneas.

El hombre afirmó con la cabeza, se despidió y salió de la sala. Critias se volvió hacia Nerella, que continuaba exactamente en la misma posición, absorta, con la mirada perdida por la ventana.

Rhea entró en la sala; divisó a Critias observando a Nerella con

detenimiento. Carraspeó para llamar la atención del hombre que, al verla, le dedicó una sonrisa mostrando todos sus perfectos dientes blancos. Se acercó a la mujer y le tomó las manos.

—¡Vaya! ¡Por Afrodita! ¡Luces hermosa, Rhea! —la hizo girar para admirar cómo la suave tela de la túnica azul oscuro se adhería a sus sinuosas curvas femeninas—. ¿A qué debo el honor de tu visita?

—Pasaba para ver cómo andaba todo por aquí —dijo, y a Critias no se le pasó por alto que los ojos verdes de Rhea se detuvieron en Nerella.

—¡Qué suerte que estés aquí, Rhea! Tal vez puedas ayudarla —dijo señalando a Nerella—; en dos semanas serán las Panateneas, un gran banquete de nueve días. Intenta arreglarla y búscale algo bonito que ponerse. Últimamente parece más muerta que viva y debe estar perfecta para la celebración. Rhea asintió complacida con el pedido.

—¡Excelente! La dejo en tus manos —comentó Critias—. Debo irme, tengo asuntos urgentes que atender.

El hombre se fue, y Rhea se volvió hacia Nerella. Ella ni siquiera se había inmutado de su presencia. Se acercó con sigilo hasta llegar a su lado. Observó el perfil demacrado de la joven y contuvo la respiración.

Por un lado sentía dentro de ella una enorme satisfacción al verla así: sabía que era en gran parte la responsable de su lamentable estado, se lo merecía por haberle robado el amor de Dorian. No se arrepentía de sus actos. Pero su lado humano, su lado más endeble y, sobre todo, su conciencia, la hacían replantearse una y otra vez sus actos atroces.

No olvidaba la infancia junto a ella; Nerella había sido mucho más que una simple amiga: se había convertido en su hermana. Y, por alguna extraña razón, le afectaba verla así; en lo más profundo de su interior, intentaba negarse a sentir la más mínima lástima por ella.

—¿Cómo has estado todo este tiempo, Nerella? —preguntó, fingiendo un semblante neutral.

Sin embargo, Nerella ni siquiera la miró ignorando su pregunta; continuó con la mirada en un punto fijo del paisaje.

—¡Oh, ya veo! Me ignoras. Pues has escuchado a tu esposo: debo ocuparme de que luzcas como una mujer. —Hizo una pausa—. O, mejor dicho, intentaré que parezcas decente. ¿Me oyes? —preguntó al ver que ella seguía sin inmutarse.

Rhea sintió unas ganas terribles de sacudirla por los hombros, hacerla reaccionar, que los ojos azules de Nerella se volvieran hacia ella y con furia contenida le gritara, la insultara, incluso que la golpeará; pero no ser ignorada. No podía soportarlo.

—¡Nerella! —la llamó con voz firme—, ¡mírame!

Pero la muchacha seguía inerte. Rhea gruñó por lo bajo, la tomó por los hombros y comenzó a zamarrearla. Al ver que tampoco obtenía su atención, le pegó una fuerte bofetada. El rostro de Nerella se giró hacia un lado por la fuerza del golpe. Rhea sonrió triunfal: podía ver sus cinco dedos marcados en la pálida piel de su mejilla.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Rhea al escuchar salir de los labios de Nerella una risa fría, sin emoción, inexpresiva; la vio moverse como en cámara lenta, girar su rostro y fijar su mirada en ella. Tragó con dificultad al ver sus ojos: estaban vacíos.

—Estoy tan entumecida, Rhea... —comenzó Nerella. Su voz sonó gélida erizándole la piel—... Ya no siento nada. Él se encargó de golpearme por tanto tiempo que tu cachetada ha sido como una caricia para mí. —Lanzó una carcajada lúgubre—. Primero peleé con todas mis fuerzas resistiéndome a él, pero las fuerzas van menguando y entonces ya no luchas, solo intentas cubrirte del golpe y, al cabo de un tiempo, ya ni siquiera haces el esfuerzo de evitarlos. Me he acostumbrado tanto a esto que, cuando no los recibo, siento que algo va mal.

Rhea respiraba con dificultad; deseaba irse de allí, alejarse de ella. Nerella, previendo sus intenciones la tomó con firmeza del brazo. Las manos esqueléticas y frías de la joven sobre su cálida piel la hicieron temblar.

—Te noto mortificada, Rhea. Sé lo que estás pensando en este momento; todo esto que estás padeciendo te lo mereces por robarme el amor de Dorian. ¿Me equivoco? —Rhea negó con la cabeza; Nerella amplió su sonrisa—. Pero te diré una cosa, yo jamás te robé nada, ¿sabes por qué?

Porque tú jamás tuviste el amor de Dorian, él nunca te amó, solo eras una conquista.

—Estás diciendo estupideces.

—¿Eso crees? Él jamás te amó, Rhea. En cambio, a mí me entregó su corazón.

—¿Y dónde está él ahora? —preguntó mordaz.

—No lo sé. Pero de algo estoy segura: donde sea que esté, está pensando en mí.

Desvió su mirada, le soltó el brazo y volvió a tomar asiento cerca de la ventana. Rhea se quedó unos segundos escrutándola; luego se alejó de ella, saliendo a toda velocidad de la sala. Necesitaba poner distancia entre ellas. Las palabras de Nerella se le clavaron en el pecho como una daga que atravesó su corazón. Y un sentimiento de culpa terrible la invadió. Sintió cómo sus ojos comenzaban a abnegarse de lágrimas; no quería llorar, pero sabía que el torrente estaba a punto de salir. Corrió a toda velocidad por el corredor y se metió en la primera puerta que encontró.

Se quedó petrificada. Había entrado al andrón y Critias se encontraba de espaldas a ella, acariciando la mejilla de un jovencito y besando su cuello. El muchacho se percató de su presencia y se alejó de los brazos masculinos, sintiéndose descubierto; cruzó la habitación y salió. Critias se volvió hacia Rhea echando fuego por los ojos; estaba furioso.

Se acercó a ella en dos zancadas y la tomó con fuerza por el codo, hundiendo las uñas sobre su piel. Rhea hizo una mueca de dolor e intentó zafarse, pero fue en vano.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —preguntó con un tono extremadamente peligroso.

Rhea aún estaba demasiado consternada, no solo por lo que acababa de ver, sino porque las palabras de Nerella seguían latentes en su mente. Intentó controlar sus emociones, y la mejor idea que tuvo fue reír. Critias se encolerizó.

—¡Cuidado, muchacha! —advirtió apretando aún más su agarre—: estás jugando con fuego.

Sin embargo, Rhea no pensaba dejarse dominar por él. En un acto de completa locura, elevó el brazo libre y cerró sus dedos sobre el cuello masculino y comenzó a apretar. Una chispa divertida cruzó el semblante de Critias; en un rápido movimiento la soltó del codo para tomarla del pescuezo. Ambos comenzaron a ahorcarse.

—Así que es cierto lo que dijo Sócrates —comenzó Rhea, ante la mención de su maestro; los dedos masculinos oprimieron con más fuerza—. Parece que a Critias le ocurre lo que a los cerdos, porque está deseando rascarse contra Eutidemo, como los cerdos contra las piedras. —Los dedos de él se

cernían sobre su cuello con tanta fuerza que le estaba costando horrores respirar.

Pero ella no pensaba aflojar su agarre; lo estranguló con toda la fuerza de sus dedos. El rostro de Critias presentaba un color intenso carmín, y las venas al lado de su sien se habían engrosado y palpitaban notoriamente.

—Creo que elegí a la esposa equivocada —reconoció con un hilo de voz—: debí aceptar que tomaras su lugar, aunque aún me repugna que seas la hija de una puta.

Retiró la mano de su cuello; ella tomó una bocanada de aire y en ese momento él aprovechó para tomar su rostro y unir sus labios. Rhea intentó apartarlo, pero su fuerza era bestial. Cerró sus puños y golpeó su pecho con empeño para lograr separarse. Critias aprisionó su labio inferior entre sus dientes y mordió con fuerza. Ella chilló ante el dolor que experimentó al sentir los colmillos hundirse en su carne; el gusto metálico de la sangre inundó su boca. Él se apartó satisfecho respirando con dificultad, saboreándose, limpiándose con la lengua el rastro de sangre sobre sus labios. La miró con una sonrisa.

—No intentes pasarte de lista conmigo, Rhea —dijo en tono de advertencia. Le dedicó una última mirada y salió dejándola sola.

Rhea se dejó caer al suelo debilitada, aferrándose a las rodillas, y comenzó a llorar.

Por Zeus... ¿qué he hecho?

CAPÍTULO 10 Gía bajó a

desayunar después de haberse dado una ducha para despabilarse; no había dormido nada: le había sido imposible; entre su beso con Alón, la conversación de sus padres y ese resplandor que había salido del brazalete, no podía dejar de pensar.

Necesitaba respuestas y sabía a quién recurrir; hablaría con su profesora Francesca: ella, seguramente, aclararía alguna de sus tantas dudas. Pero primero iría a buscar los dibujos a su casa.

Al entrar a la cocina, encontró a toda su familia desayunando. Saludó a sus hermanos y a Luisa, pero a sus padres los ignoró. Ellos intercambiaron una

mirada. Gía bebió un zumo de naranjas y tomó un puñado de galletas.

—Me voy —anunció con la boca llena.

—Es muy temprano aún para la escuela.

—Lo sé, papá —le aclaró de forma cortante—, debo antes ir a casa a buscar una cosa que debo entregarle a mi profesora de Historia.

—Iré contigo —se apresuró a decir Helena; bebió el café, se limpió la boca con una servilleta.

Gía se limitó a encogerse de hombros. No deseaba hablar con ella. Salieron de la casa de su padre y, en vez de caminar, su madre detuvo un taxi en la esquina y emprendieron el viaje en silencio. Su mirada se detuvo por un momento en aquel viejo árbol, evocando el recuerdo de su beso.

Helena se giró para admirar el perfil de su hija.

—¿Estás bien, Gía? No tienes buen semblante —alegó al ver las oscuras ojeras debajo del contorno de sus ojos.

—No pude dormir bien —admitió.

—Ya veo... te quedaste pensando en él, ¿cierto?

No deseaba responderle, así que asintió con la cabeza. Estaba muy molesta con ella: su madre siempre le había repetido que jamás debían tener secretos, que podía confiarle cualquier cosa. Y, a lo largo de sus años, así lo había hecho. Ellas nunca se ocultaron nada; no había misterios. Hasta ahora.

Sentía que su madre no confiaba en ella lo suficiente, y eso la cabreaba.

Diez minutos después llegaron a su casa; Gía se apresuró a entrar evitando a los periodistas que aún estaban allí. Helena le pagó al taxista y, al salir del auto, nuevamente se vio rodeada. Ellos le hacían preguntas al mismo tiempo y elevaban sus tonos de voz para hacerse escuchar: era un griterío descomunal. Se abrió paso entre ellos y entró a la seguridad de su hogar.

Apoyó la cabeza sobre la puerta y suspiró; necesitaba con urgencia relajarse con un buen baño de inmersión. Sí, eso haría. Subió las escaleras, se acercó a la alcoba de Gía y la vio recogiendo los dibujos que había adherido a la pared.

—¿Qué haces? —preguntó desde el umbral de la puerta.

Gía se sobresaltó y giró con brusquedad, sintiéndose descubierta.

—Nada —se apresuró a responder, metiendo los bocetos con rapidez dentro de una carpeta. Miró a su madre—. Debo irme, se me hace tarde.

Terminó de guardar las cosas en su mochila, se la colgó y salió a toda velocidad escaleras abajo, sin siquiera despedirse. Helena se quedó estática viéndola desaparecer.

Llegó a la escuela más temprano que de costumbre; algunos alumnos merodeaban por los corredores. Ella se apresuró a entrar a su aula y tomar asiento en su lugar habitual. Apoyó los brazos sobre su pupitre y luego sobre ellos su cabeza; cerró los ojos por unos momentos. Sentía sus párpados pesados; estaba extenuada.

No supo cuánto tiempo estuvo así, solo que se despertó cuando el profesor de Matemáticas le sacudió con delicadeza el hombro. Se reincorporó sobre la silla, se frotó los ojos y se disculpó; le llegaron las risas de sus compañeros que se burlaban de ella. Los ignoró. Lo que no logró ignorar fue la silla vacía a su lado. Alón no había ido.

—Abignali —la llamó su profesor—, pase al pizarrón a resolver el ejercicio.

Gía se quedó petrificada mirando a su maestro y luego posó sus ojos en el problema matemático.

Se levantó abatida; arrastrando sus pies, se acercó a la pizarra, tomó una tiza e intentó resolverlo.

Pero, cuanto más pensaba, más difícil le resultaba; no tenía idea de qué hacer. Definitivamente, los números no eran su fuerte.

Dos horas después, en el receso, tomó en la cafetería un café bien cargado; necesitaba una dosis de cafeína para sobrellevar la mañana o se quedaría dormida de nuevo. Le llamaba la atención la ausencia de Alón, «¿Le habrá sucedido algo?», se preguntó en más de una ocasión. Había llegado a la conclusión de que necesitaba verlo de nuevo con urgencia; el mero recuerdo de sus labios sobre los suyos le había provocado un cosquilleo en su boca. Y se moría de ganas de que la volviera a besar.

Se sonrojó de sus propios pensamientos. Y rozó con las yemas de los dedos sus labios, en un suave y delicado roce. Determinó que, al salir de la escuela, pasaría por su casa. Tenía que verlo, o se volvería loca.

El timbre sonó anunciando el final del receso. Tiró el vaso de plástico en el cesto y caminó hacia su siguiente clase: Biología.

Finalizada la jornada escolar, antes de partir a la casa de Alón, pasó por la oficina de su profesora.

Golpeó un par de veces, y la voz de la mujer la invitó a pasar.

—¡Gía! ¡Qué sorpresa!, ¿qué te trae por aquí?

Gía tomó asiento, se aclaró la garganta y habló.

—Le traje los dibujos —anunció sacando la carpeta de su mochila, que entregó a Francesca.

—¡Excelente! —exclamó mientras abría la carpeta y sacaba los dibujos.

—Están ordenados.

Francesca asintió, pero sin apartar los ojos de los rostros bocetados por la joven.

—Tienes un talento realmente increíble —admitió.

—Gracias, profesora... —Hizo una pausa, se aclaró la garganta y preguntó—: ¿qué puede decirme de las pulseras que aparecen en su libro?

La miró por arriba de la montura de sus anteojos.

—¿Te refieres a las esclavas del destino? —Gía asintió—. Bueno, fueron hechas para unir a las almas gemelas. Dicen que nuestras vidas están atadas a un hilo rojo invisible; también dicen que ese hilo puede estirarse, doblarse, anudarse, pero jamás romperse porque, cuando dos esencias están unidas, nada puede separarlas; pero hay veces en que el destino se interpone de forma inexplicable, y por algún motivo ese hilo las une, pero el camino se tuerce tanto que jamás llegan a encontrarse. Para eso sirven las esclavas, para asegurarse de que sus espíritus finalmente se unan.

—Entiendo —aseguró la joven—, ¿en la actualidad aún se pueden encontrar brazaletes así?

Francesca elevó una ceja.

—Son objetos míticos, Gía —respondió con una sonrisa ladeada—. Hasta el día de hoy no se han visto pulseras como esas.

—Pero existieron, ¿verdad? —La mujer asintió—. ¿Qué le sucedía a quienes la usaban?

—No lo sé.

Esa escueta respuesta de su profesora no le era de mucha ayuda: necesitaba un poco más de información.

—Gía, ¿has pensado sobre la sesión de hipnosis?

—Sí, lo hice. Me gustaría.

—Entonces podemos arreglar para el fin de semana, ¿te parece?

—Sí, me parece bien —acordó.

Le regaló una sonrisa a su profesora, se despidió y salió de su oficina rumbo a la casa de Alón.

En el camino se detuvo a comprarse un bocadillo: estaba famélica. Quince minutos después tocaba timbre en la casa del muchacho. La recibió Catalina, la mamá de Alón, que la invitó a entrar.

—¡Adelante, querida!

Gía se detuvo en medio de la sala y admiró todo a su alrededor: era un ambiente cálido y bien decorado. Prevalcían el tono anaranjado y los pasteles. Cuatro rostros alargados de madera oscura decoraban una de las paredes. La joven se las quedó observando con detenimiento. Catalina, a su lado, comentó:

—Son originarias de mi pueblo. Pertenecieron a nuestros ancestros. Cada una representa un elemento natural. Y dicen que trae prosperidad y buenaventura a quien cuida de estas.

—Son muy bonitas.

—Lo son —acordó con una sonrisa—. Alón está arriba. No fue a la escuela hoy porque ayer, cuando regresó, se encontró con una sorpresa; sube, está en su habitación.

Gía hizo un gesto de agradecimiento a la mujer, se giró y comenzó a subir las escaleras. Se detuvo frente a la única puerta que tenía un póster que decía: «Prohibido entrar». Golpeó y no esperó a escuchar la voz de Alón, giró el picaporte y entró.

Se detuvo en el umbral y se quedó como una estatua. Alón no estaba solo. Una chica estaba sentada junto a él y lo besaba de manera apasionada. Él estrechaba su cintura con ambas manos.

Sintió como si le hubiesen tirado un balde de agua helada. Jamás se esperó semejante espectáculo; de un segundo a otro una horrible sensación se alojó en su pecho, como algo filoso y puntiagudo que desgarraba su corazón.

Los jóvenes, al ver abrirse la puerta, se separaron. Alón se apartó de la muchacha y caminó hacia ella.

—Hola, Gía —saludó de manera amigable. Ella no se movió: aún estaba procesando lo que acababa de presenciar—. Ella es Kiya, mi novia —continuó el joven—: llegó ayer por la noche de El Cairo. Vino a visitarme

unos días.

La tal Kiya se levantó de la cama, y Gía sintió la necesidad de salir corriendo, pero contuvo su impulso. Admiró a la joven que en esos momentos extendía su mano en señal de saludo. Era alta para ser una chica, tanto como Alón; él apenas le sacaba unos centímetros. En cambio, ella debía mirar a Kiya hacia arriba para verle la cara; le sacaba más de una cabeza con seguridad. Tenía un cuerpo de prominentes curvas; sus caderas eran anchas y pronunciadas, y su trasero le recordó al de Beyonce. Lucía una cintura pequeña que contrastaba con sus grandes y prominentes senos. Su rostro era suave y tenía la piel del mismo tono que Alón, negra. Miró la mano que le ofrecía y, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, la tomó en un saludo cordial.

—Ella es la chica de la playa —expresó girando su mirada hacia su novio; él asintió—. Es un placer conocerte.

—Lo mismo digo —susurró y buscó la mirada de Alón, pero él rehuía sus ojos.

Se aclaró la garganta, intentando llamar la atención del muchacho, pero no tuvo éxito.

—Vine a traerte la tarea —dio un paso y entró en la habitación; apoyó su mochila sobre un ordenado escritorio y comenzó a sacar los apuntes.

—No era necesario. Pero gracias.

—Mañana hay prueba de Matemáticas —continuó como si él no hubiese pronunciado palabra.

Entonces le llegó la voz de Kiya.

—Así que tu madre es la novia de Adam Cooper... —Gía cerró los ojos e intentó controlar sus emociones—, qué suerte que tiene tu mamá. Adam debe ser mucho más apuesto en persona que en la televisión. Casi entro en estado de shock al ver las fotos de la playa. Le pedí a Alón que la próxima vez que lo vea le pida un autógrafo para mí.

Gía le regaló una sonrisa irónica e hizo oídos sordos a sus palabras. No deseaba hablar con ella; tampoco quería que la joven la mirase con esa expresión afable. Deseaba odiarla con todas sus fuerzas. ¡Maldición!

Alón, presintiendo la incomodidad de Gía, se acercó a tomar los apuntes que ella sujetaba. Al hacerlo, sus dedos se rozaron por una milésima de

segundo y, como si de una corriente se tratase, un cosquilleo los recorrió allí donde sus pieles se tocaron. Gía se frotó las manos con nerviosismo, alejándose lo más posible de él y su contacto.

—Bueno, creo que lo mejor es que me vaya —dedujo; se volvió hacia la muchacha—. Ha sido un placer conocerte, Kiya.

—¿Vas a irte? —preguntó Alón. No quería que ella partiera; antes necesitaba hablar con ella, explicarle la situación.

—Sí, ustedes seguramente deseen pasar tiempo a solas, y sé darme cuenta de cuándo estoy de más.

—¿Y qué harás con Matemáticas? Mañana es el examen, Gía.

—Lo sé. Pero ya no hay mucho que pueda hacer; reprobaré.

—Quédate. Puedo explicarte lo que no entiendes.

Kiya se disculpó y salió hacia el baño unos minutos.

Alón aprovechó la salida de su novia para acercarse a Gía. Se sentía avergonzado y, sobre todo, un patán. Ella necesitaba una explicación.

Él, el día anterior, había llegado a su casa en una especie de ensoñación. Besarla le había encantado, y lo único que deseaba era probar nuevamente sus labios; pero nada lo preparó para la sorpresa que lo esperaba en su hogar.

Al entrar, vio a Kiya junto a su hermana mayor; ellas habían decidido tomarse unos días para venir a visitarlos, aprovechando que un problema eléctrico había suspendido las clases por varios días. Se quedó estático al verla; luego se unieron en un abrazo.

Su cuerpo reconoció su piel, su boca, sus labios, y su olfato se llenó con el aroma familiar silvestre de su piel. Kiya lo besó, y él la recibió con anhelo.

Pero por la noche, con la cabeza de Kiya acurrucada sobre su pecho, meditó sobre sus sentimientos. Estaba muy confundido. Quería a Kiya, claro, había sido su primer amor, pero los meses alejados de ella, y su reciente amistad con Gía y, sobre todo, su inesperado beso lo desorientaba. Necesitaba poner en orden sus sentimientos. Sin dudar, tomó la mano de Gía entre la suya.

—Puedo explicarte...

—Alón, no tienes nada que explicarme —resolvió con determinación.

—Sí, tengo que hacerlo.

—Si te hace sentir mejor, te escucho —se soltó del agarre del muchacho y cruzó sus brazos sobre su pecho.

—Su llegada fue una sorpresa para mí, no sabía que iba a venir.

—Comprendo. ¿Algo más?

—No seas tan dura conmigo —rogó.

—No soy dura, soy realista y me apego a la verdad: tienes novia y está en tu casa.

—Lo sé, pero... —se pasó las manos frenético por el cabello —... Gía, no puedo dejar de pensar en nuestro beso.

Esa revelación la afectó. Pero no hizo ningún tipo de gesto que la delatara. Mantuvo la misma postura.

En ese instante Kiya regresó, y su conversación quedó en la nada. La chica tomó un papel colorido que se había caído al suelo. Lo leyó con atención, y un brillo cruzó sus ojos.

—¿Habrá un baile? —le preguntó a Gía volviéndose hacia ella.

Reparó en el panfleto colorido que sostenía la joven. Seguramente se había caído de su mochila al sacar los apuntes.

—Sí, es el viernes, se hace en nuestra escuela.

Kiya frunció el ceño.

—¿Qué significa *Panateneas*?

—Antiguamente las *Panateneas* se celebraban todos los años el día veintiocho del mes

Hecatomben, que corresponde a los meses julio y agosto; y cada cuatro años se festejaban las *Grandes Panateneas*. Se juntaban en una gran tertulia en el centro de la ciudad, se realizaban sacrificios a los dioses; se solía ofrecer un gran banquete, un baile y, en algunos casos, el *Pancraccio*, una especie de lucha libre entre los hombres más fuertes.

—¿Qué tiene que ver con un baile? —preguntó sin comprender la relación.

—Es un simple baile temático, por lo general los que asisten usan ropas de la época; es divertido.

—¿Vas a ir? —Gía se giró para mirar a Alón ante su pregunta.

—Sí.

—¿Podemos ir nosotros, Alón? —preguntó con voz extremadamente chillona.

Él asintió de manera imperceptible a su novia, pero sin apartar sus ojos de Gía.

En cambio, ella eludió su mirada. Se colgó la mochila, se despidió y salió huyendo prácticamente. Corrió unas tres cuadras y, cuando comenzó a sentir una puntada sobre su flanco izquierdo, aminoró su carrera. Apoyó la mano sobre la pared de una casa, tratando de recuperar el aire y, entonces, dejó escapar toda su frustración con un grito de furia nacido desde el fondo de su garganta. Inspiró profundo, intentando calmarse. Se consideraba patética; jamás había pasado tanta vergüenza en su vida y, además, estaba furiosa.

Una vez más calmada, regresó a paso lento hacia su casa. Lo único que necesitaba era pintar para apaciguar sus alteradas emociones.

Después de un agradable y muy reconfortante baño de sales que le sentó de maravillas a su cuerpo como a su mente, ahora estaba mucho más relajada. Bajó a la cocina, se preparó una taza de café y un emparedado de jamón y queso. Decidió continuar mirando su serie por Netflix; eso la mantendría dispersa, con la cabeza en otro lado, aparte de sus problemas.

Se recostó sobre el sillón, tomó el control remoto y encendió la televisión. Estaba en un canal de chimentos; una bonita conductora hablaba sobre la relación de ella y Adam. Tuvo el impulso de cambiar; no quería enfrascarse nuevamente con toda esa esquizofrenia mediática. La afectaba, y mucho. Pero las palabras que salieron de la boca de la periodista hicieron que se quedara congelada frente a la pantalla.

Como lo escucharon. Nos han llegado nuevas fotografías de esta misteriosa mujer, Helena Papaulukas. Aparentemente, un antiguo novio despechado ha filtrado estas imágenes donde se la ve desnuda, posando de manera provocadora...

Un ligero temblequeo la dominó al ver las fotografías que aparecieron; recordaba esas imágenes y a quién se las había enviado. Era un hombre que se había obsesionado con ella luego de una relación *online*; habían tenido conversaciones subidas de tono, y él siempre insistía en que le enviara fotos *sexys*. Un día ella estaba pasada de copas y le envió varias, para provocarlo, y eso fue todo. Él la hostigó durante mucho tiempo, y ella siempre lo ignoró. Por lo visto, había vendido sus fotos a la prensa.

Apretó los párpados con fuerza y se sostuvo el puente de la nariz, intentando controlar el espasmo que sacudió su cuerpo; experimentó unas

incontrolables ganas de llorar. Raro en ella, que no era fácil de lágrimas.

Pero la congoja acumulada en su pecho fue demasiada y, sin poder contenerse más, lanzó un sollozo quebrado. Y una cantidad considerada de lágrimas se acumularon bajo sus párpados; trató con fuerza de no llorar, pero varias gotitas cristalinas se escaparon de sus ojos, rodando por la piel de su mejilla.

Se pasó el dorso de la mano con furia, limpiando esa incipiente lágrima. Apagó la televisión; no deseaba seguir escuchando cómo esas personas desconocidas la defenestraban y opinaban sobre ella sin siquiera conocerla. Hacían suposiciones de su vida con total libertad e impunidad, y eso la enfurecía.

Tomó la taza de café de arriba de la mesilla y bebió un sorbo; tras ese primer trago se sintió mejor. No debía desesperarse: tenía que pensar bien antes de actuar, no podía dejarse guiar por sus impulsos.

Estuvo tentada de enviarle un mensaje a Adam pero, luego de su discusión, dudaba mucho de que él le respondiera. Tenía que solucionar todo ese embrollo cuanto antes y no tenía ni la menor idea de qué hacer.

Recordó las palabras que Adam le había dicho: debía hablar con ellos, pero no tenía idea de cómo hacerlo. Jamás había estado frente a una cámara, y la sola idea de pararse y hablar antes miles de desconocidos la llenaba de pánico.

Por otro lado, estaba preocupada por lo que Rhea le había explicado con respecto a la sincronización de ambos tiempos. No entendía muy bien a qué se refería, pero no le daba buena espina.

Si ambos espacios temporales coincidieron, cualquier alteración en el pasado podría llegar a cambiar el presente. Además, dijo que sus vidas tal como las conocían se iba a desmoronar, lo cual la llevaba a una sola hipótesis; tal vez su vida así como la conocía se estaba desmoronando por andar de curiosa en la edad antigua. Porque todo comenzó a desvirtuarse cuando emprendió los viajes astrales.

Se pasó las manos por el cabello, intentando calmarse un poco. Pero no le resultó. Tomó el teléfono y llamó a Neal. Pero le atendió el buzón de voz; dejó un mensaje: «Neal, necesito que Gía se quede en tu casa unos días, debo viajar a Londres, tengo que hablar en persona con Adam y solucionar todo este bochorno. Necesito volver a tener el control de mi vida».

Cortó y llamó a su jefa.

—Hola, Fiona.

—Hola cariño. ¿Cómo estás?

—Fatal, ¿has visto las noticias?

—Las vi. —Hizo una pausa—. Quiero que sepas que no te juzgo, Helena.

—Gracias.

—Pero supongo que no me llamaste para preguntarme eso, ¿o sí?

—No. Fiona, necesito un vuelo a Londres que salga cuanto antes, ¿podrás conseguirme uno?

—Cuenta con ello.

—No sé cómo agradecerte esto.

—Descuida. No tienes que darme las gracias. Dame media hora y tendré el pasaje listo.

Cortó la comunicación. Se levantó del sofá con la determinación de preparar la maleta para su inesperado viaje.

Fiona cumplió con su palabra. Le consiguió un pasaje que partía a las cinco de la tarde. Le debía un favor a su jefa: le compraría algo en Londres.

—¡Mamá! —Le llegó la voz de Gía desde la entrada—. ¿Se puede saber por qué hay una maleta en medio de la sala?

Gía entró a la cocina y vio a su madre preparando sándwiches. Helena se giró para saludarla y contempló el semblante de su hija: algo le pasaba; tenía los ojos rojos, como si hubiese estado llorando.

—Hola, cariño. ¿Cómo ha estado tu día?

—Fatal —respondió y se sentó en la encimera—. Oye, ¿y la maleta de la sala?

—Me voy a Londres —anunció y miró a su hija—. Vas a quedarte en la casa de tu padre hasta mi regreso.

—¿Por qué vas a Londres?

—Debo ir a ver a Adam, hablar con él. Necesito aclarar todo esta vergonzosa situación con la prensa.

Gía no emitió opinión, se quedó en silencio. Helena la estudió por unos segundos.

—¿A ti qué te sucede?

—Nada...

—¡Oh vamos, mientes!, te conozco, jovencita, sé que algo te pasa. ¿Acaso no confías en mí? Sabes que puedes contarme lo que sea, Gía.

—¡Vaya! Creí que era al revés. Tú no confías en mí, mamá —retrucó.

—¿Qué?! ¡Claro que lo hago!

—¿Lo haces? ¿Estás segura? —preguntó con un tono de voz irónico, enarcando una ceja.

—Sí.

—Eres una mentirosa —escupió con desdén—. Te escuché, ¿sabes?, hablando con papá anoche. — Su expresión se desencajó y tragó con dificultad.

—¿Qué exactamente has oído?

—Lo suficiente. ¿Por qué no me lo has contado? Por eso te interesó el libro que me dio mi profesora, porque la pulsera que llevas aparece en el libro. ¿Me equivoco? —Helena asintió.

—Gía, no te lo conté porque aún estoy intentando descifrar todo este asunto. Además, no quería preocuparte.

—Debiste decírmelo.

—Lo sé, y te pido disculpas por eso. ¿Puedes perdonarme? —Gía giró el rostro hacia otro lado, apretando las mandíbulas—, vamos... no seas tan dura conmigo.

—No quiero ser dura contigo, pero me enfadé al oírte hablar con papá.

—Gía, tampoco dije nada por miedo a que creyeran que me estaba volviendo loca.

—Lo entiendo. Suena a película de ciencia ficción, pero yo te creo, no pienso que has perdido la cabeza. Anoche ese brazalete, cuando te dormiste, iluminó por unos segundos la habitación; fue un poco aterrador. En ese momento creí en tu historia.

—¿Se iluminó? —Gía asintió—. eso es raro. Debo investigar un poco más sobre eso. Tal vez tu profesora pueda ayudarme. ¿Tú qué opinas?

—No creo que tenga problema.

—Entonces... ¿estoy perdonada? —preguntó Helena haciendo un puchero con sus labios. Gía sonrió ante ese gesto.

—Sí, te perdono, mamá.

—Gracias —le regaló una sonrisa y se percató de que había algo más que estaba afectando su estado de ánimo—. ¿Qué te está pasando? Te noto triste. Largó un sonoro suspiro y se encogió de hombros abatida.

—Hoy Alón faltó a la escuela y, al salir, fui a su casa —explicó —, me recibió Catalina y me dijo que Alón estaba en su habitación. Cuando entré, estaba besando a una chica. Se llama *Kiya*, es su novia, que vino de sorpresa a visitarlo. Un fiasco total. ¿Por qué me besa si tiene novia?

—Son hombres, Gía —reflexionó con resignación—. Espera a hablar con Alón. Tal vez termine con su novia por ti.

—Lo dudo mucho: ella es bellísima. Se parece a Beyonce.

—¿Y qué con eso?, tú también tienes tus encantos, Gía. Confía en tus atributos; eres una joven muy bonita, y no lo digo porque seas mi hija —aclaró. Gía lanzó una risita divertida.

—Sí, tal vez tengas razón. Por lo pronto me concentraré en mi disfraz para el baile del viernes, ¿puedo usar tu vestido de casamiento?

—Claro, puedes usarlo, está al fondo del placard; solo sé precavida e intenta no mancharlo.

—Seré cuidadosa, lo prometo. ¿Cuándo regresas de Londres?

—No lo sé, pero te prometo que regresaré pronto.

Gía bajó de la encimera de un salto, se acercó a su madre y la abrazó.

—Voy a extrañarte; dale saludos de mi parte a Adam.

—Lo haré, cariño.

Una hora después, Neal la dejaba en el aeropuerto; había insistido en llevarla él mismo al pasar por la casa a buscar a Gía.

Hizo el *check in* y se entretuvo un largo rato en el *free shop*; después de haber comprado algunas chucherías, se decidió a esperar el embarque, pero su vuelo estaba demorado.

Se sentía un poco incómoda; varias personas se detenían y se quedaban mirándola, reconociéndola. Algunos hombres se le acercaban y le entregaban su tarjeta; eso la enfurecía. Deseaba camuflarse, ser invisible, que nadie supiese que era ella la que estaba allí.

Para su mala suerte, el vuelo se atrasó más de tres horas por una alerta de tormentas; eso incrementó su malhumor. Estaba demasiado irritada, y ser el centro de atención de todas las miradas la estaba poniendo frenética.

Agradeció internamente al escuchar la voz por el altoparlante que anunciaba el embarque de su vuelo. Fue la primera en levantarse de su silla y prácticamente huir hacia la puerta de abordaje.

Una vez dentro del avión, buscó su asiento. Una azafata se le acercó y le indicó que su boleto era de primera clase; la escoltó hacia su lugar y le invitó una copa de champaña. Se dejó caer sobre la mullida butaca y bebió un largo sorbo. «Gracias, Fiona, prometo llevarte ese perfume que tanto te gusta», pensó. Estaba muy agradecida con su jefa.

El avión despegó y, después de tres copas de champaña, se quedó profundamente dormida.

Llegó al hotel donde Fiona había reservado un cuarto para ella; por suerte, una combi la esperaba para trasladarla. Había llegado a Londres de madrugada. Una vez en la habitación, se dio un baño y se acostó, pero no podía dormir; estaba completamente desvelada. Alrededor de las cinco de la mañana, logró conciliar el sueño.

La habitación blanca se materializó delante de sus ojos. Hizo un giro de trescientos sesenta grados en busca de Adam, pero no lo encontró. Pensó que él estaría muy enfadado esperándola, pero se sorprendió al no encontrarlo allí. De pronto una figura pelirroja hizo su aparición delante de ella.

Rhea la miraba con una expresión difícil de interpretar.

—Hola, Helena.

—Hola.

—Por un momento creí que hoy no vería a ninguno de los dos.

—¿Dónde está Adam?

—Supongo que despierto. Él no ha aparecido por aquí.

—Llévame a mí, entonces.

—No es conveniente, deben ir juntos.

—¿Por qué?

—Porque así debe ser.

—Rhea —pronunció su nombre con un dejo de resignación en la voz—,

debes dejar de darme respuestas vacías.

—¿Qué es lo que quieres saber, Helena?

—¿Esta intrusión nuestra en el pasado puede estar ocasionando este desequilibrio en mi vida?

Rhea desvió su mirada y suspiró con profundidad.

—Todo el tiempo estamos en movimiento; un simple cambio puede desencadenar una serie de actos inesperados.

—¿Por qué me hablas en forma metafórica? Dime la verdad, Rhea. Es muy confuso.

—Sí, Helena. Esto puede destruir tu vida tal como la conoces, ¿conforme?

—No quiero seguir con esto —afirmó convencida.

—No puedes negarte: ya has aceptado, llevas puesta la pulsera.

—Dijiste que muchas veces intentaste evitar la tragedia de Dorian y Nerella, pero jamás tuviste éxito, ¿qué te hace pensar que Adam y yo podemos hacerlo?

—No lo sé, solo tengo fe en ustedes.

—¿Moriremos si fracasamos?

Rhea se quedó callada.

—¡Habla, Rhea! ¿Qué va a pasar si fallamos?

—No lo sé. —Helena enarcó una ceja con incredulidad—. No me mires de esa manera, Helena, es la verdad. No sé qué puede pasar.

—¿Qué sucedió las otras veces?

—No lograron evitar su muerte, y sus vidas jamás retornaron a ser lo que eran. Con el tiempo, todos murieron.

—¡Yo no pienso morirme, Rhea!, tengo una hija a la que deseo ver crecer. Haré todo de mi parte por evitar su muerte, pero debes darnos más ayuda.

—Lo intentaré, lo prometo.

Se despertó incorporándose en la cama. Estaba cubierta de sudor frío; se levantó y caminó hacia el baño, se lavó la cara varias veces con agua helada; más reconfortada, decidió ir a desayunar.

Mientras disfrutaba de un rico jugo de naranjas recién exprimido, el conserje del hotel, un hombre entrado en años, se le acercó y le entregó una nota.

—Una señora llamada *Fiona* le envía este mensaje —anunció con una sonrisa; luego se fue.

Helena abrió el sobre que le entregó el hombre y leyó varias veces las líneas escritas. Sonrió. Realmente, su jefa la había sorprendido. En el sobre estaba la dirección del set de grabaciones de Adam.

Terminó su desayuno, regresó a la habitación, se cambió de ropa y pidió en la recepción que le reservaran un taxi.

Media hora después, recorría las calles londinenses en busca de Adam. El set de filmación se encontraba montado en los terrenos de un impresionante castillo. El castillo de Warwick se extiende en una curva del río Avon, y su estructura victoriana data desde 1068. Helena se quedó maravillada al bajar del taxi.

Caminó unos metros hasta detenerse en una garita; había un hombre con uniforme de seguridad.

—Buenos días —lo saludó. El hombre se acercó.

—Buenos días, señora, ¿qué puedo hacer por usted?

—Mi nombre es Helena Papaulukas. —Abrió su cartera y le mostró su documento de identidad—. Me dijeron que aquí se está filmando la próxima película de Adam Cooper y me preguntaba si tal vez podría hablar con él un momento.

—Lo lamento, señora, pero no puedo dejarla pasar: tengo totalmente prohibido dejar entrar a personas ajenas a la película.

—¿Podría anunciarle a Adam que estoy aquí?

—Lo siento, no puedo. Me compromete.

—¡Oh, vamos! Viajé desde Atenas para verlo.

—No puedo hacer nada, debe irse.

Helena apretó los puños ofuscada. Giró y comenzó a caminar alejándose del hombre, y entonces lo escuchó refunfuñar: «Fanáticas locas, con todas las psicópatas que tengo que lidiar a diario deberían pagarme más».

Helena se volvió sobre sus pasos enfadada. Encaró al hombre.

—¡Oiga, usted! Yo no soy una fanática loca. ¿Acaso no ha visto las noticias? —le preguntó al hombre; él negó con la cabeza—. Por favor, necesito ver a Adam. Es urgente. Si se entera de que no me dejó pasar, tendrá problemas. Se lo aseguro —dijo mirando el cartel con el nombre del hombre

—, Charlie.

—No puedo dejarla pasar, no insista.

Un increíble BMW negro estacionó cerca de la garita, esperando a que Charlie abriese la barrera.

Helena se acercó detrás del guardia.

—¡Vamos, Charlie! Solo serán unos minutos.

La ignoró completamente, se acercó a la barrera y la abrió para que el auto saliera. El coche avanzó unos metros y se detuvo; se abrió la ventanilla del acompañante, y una voz masculina salió del interior.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Helena se volvió hacia la voz, se acercó al auto y recostó el antebrazo sobre el marco de la ventana. Miró hacia el conductor y se quedó muda. Simplemente no podía pronunciar ni una sola palabra.

Johnny Deep la miraba con una increíble sonrisa ladeada que dejaba ver parte de sus blancos dientes.

—¿Eres la chica de las noticias, cierto? —Helena asintió—. ¿Has venido a ver a Adam? —Nuevamente afirmó con la cabeza—. Adam no vino hoy. Y realmente dudo de que lo haga después del fiestón de anoche.

—Creí que debía grabar entre semana.

—Tú lo dijiste, debía. Pero últimamente Adam anda extraño.

Bufó molesta y se rascó la cabeza pensativa.

—Sube. Te llevaré a su casa.

—¿En serio? ¿Tú vas a llevarme?

—Sí, si me lo permites.

Helena no lo dudó ni un solo segundo; le dedicó, antes de subir al coche, una mirada al guardia de seguridad y luego salieron a toda velocidad hacia la casa de Adam.

Se sentía extraña; en otro momento se hubiese abalanzado sobre su actor favorito. Lo amaba desde pequeña; cuando tenía ocho años había visto por primera vez su película *El joven manos de tijera* y se había enamorado perdidamente. Desde ese momento se había vuelto una fanática del actor.

—Así que tú eres Helena.

—La misma que viste y calza. ¿Así que tú trabajas con él en la película?

—Sí. Soy el extraño mayordomo brujo de la familia —le explicó con una sonrisa.

—¿Cómo es trabajar con Adam?, él no cuenta mucho sobre su trabajo.

—Es un buen tipo, un gran actor y un amigo incondicional. Aunque ahora ha estado extraño y huraño. ¿A ti cómo te afectó esta exposición ante la prensa?

—Horrible. Siento que vivo en una pesadilla —confesó—, no veo la hora de que todo vuelva a su cauce normal.

—Dale tiempo.

Veinte minutos después, aparcaban en el parque de una increíble mansión. Helena se bajó del coche.

—Hasta aquí llego, debo seguir. Espero que puedas arreglar tus asuntos.

—Muchas gracias, has sido muy amable conmigo.

—Nos vemos, Helena.

Vio el coche salir a toda velocidad por el camino adoquinado hacia la salida. Miró la escalinata de mármol que ascendía hasta una enorme puerta doble de color negro con ventanas de cristal tallado.

Subió los escalones de dos en dos y llamó a la puerta.

Gía intentaba concentrarse en la evaluación de Matemáticas, pero le resultaba imposible con Alón sentado a su lado.

El muchacho intentó hablar con ella desde el primer momento en que la había visto sentada en su banco habitual, pero sus intenciones se vieron interrumpidas con el ingreso de su profesor de Matemáticas.

Trataba por todos los medios de concentrarse en su evaluación, pero era demasiado complicada para ella. No lograba resolver los ejercicios. Frustrada, firmó la hoja, se levantó de su asiento, entregó la prueba y salió del aula.

Minutos después, Alón salió tras ella. Al verlo, Gía comenzó a caminar hacia la cafetería.

—¡Gía! —le llegó la voz del joven que la llamaba.

Se detuvo, girándose para mirarlo. Él llegó a su lado agitado por la acelerada caminata.

—¿Podemos hablar?

—Alón, te dije que no tenías que darme explicaciones.

—Pero quiero hacerlo.

—¡Bien, si te hace sentir mejor...! Te escucho.

—Quiero que sepas que me tomó por sorpresa la llegada de Kiya.

—Me alegro por ti: supongo que la extrañabas.

—La verdad, sí, la extrañaba. Pero algo cambió, Gía.

—¿Qué cambió, Alón?

—Estoy desconcertado. A Kiya la quiero, es una gran chica y al mudarme aquí creí que era el fin de mi mundo y de nuestra relación; ya nada me importaba. Pero te conocí y no sé cómo, pero todo fue cambiando y empecé a sentir cosas por ti, Gía.

—¿Kiya sabe sobre tus sentimientos? —Alón negó con la cabeza—. Deberías hablar con ella.

—Es que aún me pasan cosas con ella. Todo es muy confuso.

—Alón... —Cerró los ojos y emitió un sonoro suspiro—... Tú me gustas, y mucho —reconoció con un poco de vergüenza, y sus mejillas se sonrojaron—. Pero no quiero ser la segunda de nadie. Creo que primero deberías aclarar tus sentimientos, y luego tomar una decisión.

—¿No estás enojada conmigo?

—Tal vez un poco, pero ya se me pasará.

—¿Hoy después de la escuela nos vemos?

—No lo sé, mamá viajó a Londres y tengo que ir a lo de mi padre; además, tengo que ir a comprar unas cosas para confeccionar mi disfraz.

—¿Puedo acompañarte?

—¿Y Kiya?

—Está con mi hermana; iban a aprovechar para hacer compras. ¿Qué dices?

—De acuerdo, puedes venir conmigo si quieres.

A la salida de la escuela caminaron hasta un cotillón, donde Gía compró una enorme cantidad de plumas. Alón, al ver tantas, le preguntó:

—¿Para qué quieres tantas plumas?

—Es para mi disfraz —explicó la joven.

—¿Acaso piensas ir de ganso? —Gía lanzó una carcajada ante tal ocurrencia.

—No. No voy a disfrazarme de un ganso, pero sí lo haré de Niké. Es una diosa que representa la victoria. Suele aparecer siempre en compañía de alguna otra diosa, como por ejemplo Atenea. Generalmente es representada por una escultura alada en miniatura, que sostiene la balanza de la justicia y se la relaciona con la constelación de Libra.

—¡Vaya! Es impresionante.

—Espero que me salgan las alas.

—Con tu talento, no lo dudo. Serán hermosas.

Ante ese comentario se sonrojó hasta las orejas. Alón sonrió satisfecho; le encantaba ponerla nerviosa. Adoraba ese color carmín que se encendía en sus mejillas: lo encontraba cautivante.

Caminaron en completo silencio aproximadamente media cuadra. Casi llegando a la esquina, Alón se detuvo y la tomó del brazo. Sentía un molesto cosquilleo en la boca; la cercanía de la muchacha, su perfume y, sobre todo, sus labios lo estaban alterando. Tenía la imperiosa necesidad de besarla.

¡Diablos! Debía controlarse.

Gía se detuvo cuando los dedos masculinos la tomaron del brazo. Se giró y lo contempló unos segundos. Alón tenía los ojos encendidos, la miraba como si de un momento a otro la devoraría, y ese solo pensamiento alcanzó para inquietarla.

—Me haces sentir tan nerviosa cuando me miras así... —confesó en un susurro.

—Es que estoy deseando besarte, Gía; por eso te miro de esta forma.

Dio un paso hacia ella acortando la distancia que los separaba, pero entonces se escuchó una voz a lo lejos que gritaba el nombre de Alón.

Gía se volteó y reconoció la figura esbelta de Kiya acercarse hacia ellos.

Dio unos pasos hacia atrás, volviendo a poner distancia entre ambos.

La chica se acercó y se tiró en los brazos de su novio, unió sus labios en un beso tierno. Gía desvió la mirada: no quería verlos besarse, cuando minutos antes él estaba por besarla a ella; eso la enojó. Y a la hermana de Alón no se le pasó por alto la expresión de fastidio en el rostro de la amiga de su

hermano. Se acercó a ella y se presentó.

—Hola, soy Samira. —Le tendió la mano—. Soy la hermana de Alón.

—Un placer conocerte. —Unió su mano a la de la muchacha.

La pareja dejó de besarse y se volvieron hacia ellas.

—¿Adónde iban? —inquirió Kiya.

—Fuimos a comprar plumas —se apresuró a decir Alón.

Ambas chicas miraron la enorme bolsa que Gía cargaba.

—¿Para qué tantas plumas? —preguntó Samira.

—Es para mi disfraz.

—Hablando de disfraces para el baile... —chilló y aplaudió Kiya—... he conseguido unos atuendos increíbles. Iremos a tono, amor.

Alón se aclaró la garganta, se sentía incómodo y, sobre todo, avergonzado. Casi había besado a Gía, y por poco los descubría Kiya y Samira. Las emociones en su interior eran un mar tumultuoso y no sabía cómo calmarlas. Debía hablar con Kiya, pero no tenía el valor suficiente para hacerlo.

Los cuatro comenzaron a caminar; la conversación la dominaba Kiya, contando cómo había sido su mañana de compras. Gía caminaba en silencio, mirando hacia el suelo; temía mirar mucho a Alón por miedo a que su novia se diera cuenta de sus sentimientos hacia él.

Tras las insistencias del joven, todos la acompañaron a la casa de su padre. Entró y no había nadie. Seguramente Luisa había ido a hacer mandados con los niños. Ella subió las escaleras deprisa y se encerró en su alcoba. Tenía mucho trabajo: debía diseñar el armazón de sus alas y tenía pocos días para coserle y adherirle todas las plumas; así que, dejando a un lado los problemas del corazón, se concentró en su cometido.

Una mujer petacona, de cabello negro y mirada severa, abrió la puerta de la mansión. Al verla, frunció el ceño.

—Hola, soy Helena. Estoy buscando a Adam.

La mujer enarcó una ceja extrañada; luego aflojó el semblante y sonrió al reconocerla.

—¿Usted es la mujer de la televisión?

—Sí, lo soy. Viajé anoche desde Atenas; necesito hablar con Adam.

—Lo siento, señorita. Pero el señor Adam no se encuentra disponible para recibirla en este momento.

—¡Oh! Por favor, solo serán unos minutos. Me urge verlo.

—El señor me dio la orden de que no lo moleste.

—Pero él no sabe que estoy aquí. Anúnciame. Si él decide no verme, me iré—
—rogó uniendo sus manos en una súplica.

La mujer bufó resignada y abrió la puerta por completo; se hizo a un lado y le permitió el paso.

—Le pido que me espere por aquí. —La guio hasta una hermosa sala—.
Buscaré al señor.

—Gracias... no sé su nombre.

—Soy Beatriz.

—Un placer conocerla, soy Helena —le ofreció a la mujer la mano, que tomó con un fuerte apretón.

Antes de salir en busca de Adam, se giró y le preguntó:

—¿Le puedo ofrecer algo para tomar?

—Agua, por favor.

—Enseguida regreso.

La mujer salió. Helena se maravilló con la decoración: había enormes ventanales que permitían la entrada de la luz, realzando la blancura que predominaba en la estancia. Los cuadros, las esculturas, las columnas, todo era un conjunto exquisito de lujo y confort.

Pasando la sala, pudo divisar una ostentosa escalera circular que ascendía hacia los pisos superiores. Volvió su atención al escuchar que Beatriz regresaba. Dejó sobre la mesilla de mármol blanco una fuente con un vaso y una jarra de agua.

—Gracias, Beatriz.

—De nada. Iré por el señor.

Pero en ese momento se escuchó la voz de Adam resonar en la inmensidad del lugar. Helena lo vio aparecer al pie de la escalera; llevaba un pantalón de pijamas azul oscuro y su torso desnudo. Estaba descalzo; su cabello era un total descontrol, sus ojos estaban surcados por grandes y violáceas ojeras, y

su semblante estaba totalmente demacrado.

Él no se había dado cuenta de su presencia. Helena estaba por acercarse, pero Beatriz se lo impidió. La tomó del brazo y negó varias veces con la cabeza; la soltó y caminó hacia su jefe.

Adam comenzó a descender los escalones y, llegando a la mitad de la escalera, pisó mal y resbaló.

Cayó desplomado sobre el frío suelo. El ama de llaves se acercó al cuerpo de Adam.

—¡Señor!, ¿se encuentra bien?

Él balbuceó algo inentendible. Con su mano izquierda se agarró la cabeza, allí donde se había golpeado al caer. Intentó reincorporarse con ayuda de su empleada, pero todo giraba a su alrededor y la punzada de dolor en su cabeza lo aturdió; era imposible ponerse de pie.

Helena, percatándose de esa situación, caminó hacia ellos. Se arrodilló. Adam yacía en el piso con los ojos cerrados y con una mano sobre su frente. Lentamente elevó los párpados, y su mirada se detuvo unos segundos en ese rostro delicado que lo miraba fijamente. Pestañeó varias veces, intentando enfocar bien su visión. Estaba alucinando: creía estar viendo a Helena.

—¡Rayos! Me di muy fuerte en la cabeza; estoy imaginando a Helena, Beatriz.

—No me imaginas, Adam. Estoy aquí —habló tomando la mano que descansaba en el suelo.

Entonces se sentó de golpe, como si hubiese recibido un latigazo, y se quedó escrutándola, intentando comprender que no era producto de su imaginación, sino que Helena estaba allí, a su lado, sosteniendo su mano.

Estaba atontado debido a la cantidad de alcohol y cocaína que había ingerido la noche anterior, cuando Mike había aparecido escoltado de tres bellas señoritas y con una buena cantidad de droga. Lo peor era que él lo había vuelto a llamar, luego de la discusión que había tenido con Helena en la habitación blanca y de su rechazo. Se despertó con un sentimiento de culpa en su pecho. Quería ayudarla, pero ella no se lo permitía. Y eso realmente lo había sumido en una enorme depresión. Era débil y un adicto. Y siempre arruinaba todo lo que amaba. Por eso se había quedado en vela toda la noche; no quería enfrentarse a Helena otra vez y que ella nuevamente lo alejase.

Pero ahora estaba allí mirándolo con dulzura. Se sentía patético. Intentó reincorporarse. Y balbuceó.

—¿Qué haces aquí, Helena?

Jamás escuchó su respuesta; se desvaneció inconsciente sobre el frío suelo.

—¿Señor?! —preguntó con un dejo de temor Beatriz.

Helena, en cambio, tomó su pulso. Solo había sido un desmayo. Pero sabía que a Adam algo le sucedía. Tenía la mirada desencajada; los vasos sanguíneos de su globo ocular, en vez de presentar el típico color blanco, se marcaban con intensidad, volviendo toda la zona de un color rojo intenso, y sus pupilas estaban completamente dilatadas.

Con ayuda de la ama de llaves trasladaron a Adam y lo acostaron sobre el sofá. Helena le solicitó a la mujer que le trajese un paño y un recipiente con agua fresca; ella salió en su búsqueda de inmediato.

Se quedó estudiándolo. Su palidez era extrema, y un sudor frío cubría su piel. Temblaba de vez en cuando, agitándose. Tomó asiento a su lado y nuevamente le tomó la mano. Estaba helado.

Beatriz regresó a los minutos con lo solicitado, lo dejó sobre la mesilla y Helena enseguida mojó el paño embebiéndolo bien, lo escurrió y lo pasó con delicadeza sobre su rostro, dejándolo unos minutos sobre su frente. Él, ante ese contacto, elevó los párpados, pero los volvió a cerrar al instante.

Un espasmo lo golpeó y comenzó a sacudirse; sus manos se contrajeron en un puño. Apretó sus mandíbulas, y su cuerpo empezó a convulsionarse. Beatriz chilló desesperada.

—¡Oh, por Dios!, jamás le había pasado algo así.

—Tranquila, Beatriz, no debemos perder la calma.

—Usted no lo entiende... —Hizo una pausa conteniendo el llanto—. El señor tiene un severo problema con las drogas y anoche vino ese tipo y le trajo esa basura; él estaba intentando no consumir, pero... —No logró terminar la frase: sus lágrimas se derramaron sobre sus mejillas.

Helena se levantó del sillón, se acercó a ella y le dio un reconfortante abrazo.

—¡Shhh, cálmese, Beatriz! Él se pondrá bien, ya lo verá. Pero me gustaría que un médico venga a revisarlo. ¿Podría llamarlo?

Se sorbió la nariz y asintió.

—Llamaré al doctor.

—Gracias.

Cuando la mujer se fue, ella tomó de nuevo asiento a su lado. Acarició su mejilla con el dorso de sus dedos; él hizo una mueca ante su contacto, que le robó una sonrisa.

¿Qué has hecho, Adam?, prometo ayudarte a pasar por este momento. No quiero que nada te suceda. No podría imaginar mi vida sin ti; y eso me causa tanto miedo... Jamás había sentido algo tan intenso, tan grande por alguien.

La voz de Beatriz cortó el hilo de sus pensamientos.

—El doctor está en camino.

Quince minutos después, una ambulancia aparcaba en la puerta de la mansión. El médico revisó sus signos vitales y eran estables; solo estaba sumido en un sueño profundo a causa del alcohol y los estupefacientes. Debía desintoxicarse, y ese proceso era agotador para el enfermo.

—No se preocupe, doctor. Yo me quedaré con él lo que dure el tratamiento

—decidió Helena.

Simplemente no podía dejarlo solo en un momento como ese. La necesitaba.

Con ayuda del doctor, cargaron a Adam hasta su alcoba. Al entrar, Helena comprobó el caos de la estancia.

Algunos sillones individuales estaban volcados; la pequeña mesa estaba llena de polvo blanco junto con un par de tarjetas de crédito y un tubito de plástico. Botellas de alcohol estaban desparramadas por el suelo; una había derramado su líquido ambarino sobre una bonita alfombra beige.

Recostaron a Adam sobre su cama, y Helena puso mayor empeño en acomodarle las almohadas. Beatriz escoltó al médico a la salida, y ella se quedó mirando a su alrededor unos segundos: todo era caos. Decidida, se acercó a la mesilla y comenzó a limpiar esa porquería. Beatriz regresó y la ayudó a poner orden en la habitación. Después de una hora y media de arduo trabajo, se podía decir que el lugar había vuelto a su orden habitual.

Beatriz le ofreció a Helena algo para tomar o comer, pero ella se negó. La mujer se retiró, y ella tomó asiento en un pintoresco sillón individual, que arrastró hasta colocarlo junto a él.

Una hora después, Adam se reincorporó de golpe y, sin poder contenerlo, vomitó. Se dobló en dos y comenzó a golpearse la cabeza con sus puños.

Helena se acercó a él e intentó ayudarlo, pero no se lo permitió.

—¡Aléjate de mí, Helena! Tú no deberías estar aquí —balbuceó.

Acto seguido salió de la cama y recorrió la habitación de un lado hacia otro; parecía un león enjaulado, y todo su cuerpo no dejaba de temblar. Intentó arrimarse a él una vez más, pero la mirada que le dedicó la hizo detenerse.

—¿Dónde está lo que había en esa mesa? —preguntó con la voz cargada de desesperación.

—Tiré la droga a la basura —sentenció con convicción.

Adam se dejó caer en el sofá y se tomó la cabeza entre las manos.

—¿Por qué hiciste eso, Helena? —sollozó—, no debiste hacerlo, tampoco debiste venir aquí. Fue un error.

—Lo hice porque esa porquería está destruyéndote. Y sí, debo estar aquí, Adam. Necesitas ayuda. —Se aproximó con lentitud agachándose a su altura; le acarició el cabello—. Por favor, déjame ayudarte.

Adam lanzó una risa macabra, elevó sus ojos buscando los femeninos y enderezó su espalda.

—Soy un adicto. Estoy enfermo —rio de forma irónica—: intenté muchas veces dejar de consumir, pero soy débil.

—No eres débil, Adam.

—¿Tú crees eso? —preguntó enarcando una ceja—, no seas ingenua, Helena, soy un ADICTO —elevó el tono de su voz—. Tú no tienes idea de lo que eso significa. Vete.

—No pienso irme. Puedes insultarme, basurearme, degradarme y enojarte mil veces conmigo, pero no voy a dejarte, Adam.

—¿Por qué?

—Porque me importas —confesó.

—No mientas —escupió con desdén—. Dejaste bien en claro que no querías que me acercara a ti; me rechazaste, ¿lo recuerdas?

—Sí, pero no estaba rechazándote, Adam. Tú minimizaste la situación con la prensa y a mí me afectó mucho. Necesitaba alejarme, pensar. —Hizo una pausa, tomando una bocanada de aire—. Soy complicada, ¿de acuerdo? Cuando algo me desborda, necesito irme, apartarme lo más posible, sola, a meditar la situación y reflexionar; eso me ayuda a aclarar mi mente. No te estaba rechazando; estaba poniendo esa distancia entre nosotros porque

necesitaba hacerlo para desenredar mis pensamientos. —Se acercó a él, poniendo con suavidad las manos sobre sus rodillas—. No puedo y no quiero alejarme de ti, Adam. Eres importante para mí.

Él se mordió el labio y respiró sonoramente por la boca; el olor a vómito y alcohol le llegó a su nariz, e hizo una mueca de asco.

—Apesto, Helena, no te acerques.

—No me importa —retrucó sentándose a su lado. Él giró su rostro para verla de frente.

Helena acarició su mejilla con suavidad, apartó su cabello de los ojos, elevándolo hacia arriba. Adam no se perdía detalle de cada uno de sus movimientos. Su contacto suave y su aroma floral lo hizo estremecer.

—Déjame cuidarte —suplicó.

No respondió, absorto en esa caricia, deleitándose con su tacto tan suave. Esa mujer tenía un enorme poder sobre él; con esa simple acción había logrado calmar sus nervios y, de a poco, percibía que el deseo de volver a consumir se iba apagando. Su cuerpo dejó de temblar y sintió un enorme alivio, como un bálsamo cálido que se extendía por su interior, serenándolo.

Abrió los ojos y se encontró con una bella sonrisa dibujada en los labios femeninos que tenía frente a él. Y entonces supo que Helena tenía el poder para sanarlo. Sin dudarlo, se abalanzó sobre ella, que lo recibió con los brazos abiertos, hundió el rostro en su pecho y, sin poder contenerse, comenzó a llorar.

Helena lo abrazó intentando apaciguar sus lágrimas; depositó un beso sobre la coronilla de su cabeza y luego apoyó el mentón sobre ella.

A medida que los minutos iban pasando, él fue calmándose. Sorbió su nariz y se separó de ella.

Helena se levantó de su lado y le tendió la mano; él la tomó sin dudarlo y dejó que lo guiara. Atravesaron la habitación hasta la puerta que daba al baño. Ella encendió la luz y, cuando la estancia se iluminó, silbó sorprendida ante el lujo y grandiosidad del cuarto de baño.

Se quedó muda admirando más allá del delicado mobiliario y del diseño de la estancia. Se maravilló con el enorme ventanal que tenía frente a ella. Daba a los jardines de la mansión: la vista era impresionante.

El suelo era de madera oscura y contrastaba con el mármol blanco de las

paredes. Una delicada araña colgaba en el centro iluminando todo con su luz tenue. Había a su izquierda una encimera doble de piedra natural y un gran espejo que duplicaba el tamaño del lugar. Más atrás, estaba el espacio de la ducha, separada por una mampara de cristal. Y lo más asombroso era el jacuzzi circular, que se elevaba sobre tres escalones junto a la ventana. Sin duda, ese lugar había sido diseñado para disfrutar y relajarse.

Se acercó al jacuzzi y, sin dudarlo ni un segundo, abrió el grifo para llenarlo.

—¿Qué haces? —preguntó Adam.

Helena se volvió hacia él con una sonrisa.

—Te preparo un baño —dijo mientras tomaba de un estante sales de baño—, lo necesitas; además te hará bien, ayudará a que te relajes.

Sin titubear, se desnudó y caminó hacia ella. Helena lo observó unos momentos y, sin poder evitarlo, sus mejillas se sonrojaron ante la virilidad masculina. Adam la encontró encantadora. Ella le tomó la mano y lo ayudó a ingresar al agua.

—Ven conmigo —pidió él.

—No. Solo relájate, Adam —exigió ella colocándose detrás de él, sentándose sobre el oscuro suelo de madera.

Llevó sus manos a los hombros masculinos y comenzó con un reconfortante masaje que distendió al instante sus músculos entumecidos.

—Eso se siente maravilloso —admitió disfrutando de la habilidad de sus manos.

—Aguarda un minuto —dijo levantándose del suelo; corrió cruzando el baño hacia la habitación y a los pocos minutos regresó sosteniendo su teléfono celular—. Voy a poner un poco de música. — Llegó a él y retomó su lugar.

—Si quieres, puedes vincular el Bluetooth de tu teléfono con el del sistema de audio general que hay en cada habitación.

—¡Vaya, eso es asombroso!

Tres segundos después, el sonido de un piano inundó el ambiente; los acordes eran suaves, lentos y relajantes; de pronto, una increíble voz femenina comenzó a cantar. Sin poder evitarlo, Adam cerró los ojos deleitándose con la perfecta combinación del piano con la cantante. Era

cautivante y se sintió desbordado de emociones. Su piel se erizó y sonrió para sí mismo, divertido de las inesperadas cosquillas que experimentó en su estómago.

—¡Qué linda canción! ¿Quién la canta?

—La canta Dres'ree; la canción se llama *I'm kissing you* y pertenece a la banda sonora de la película *Romeo y Julieta*.

—Su voz es increíble.

—Sí, y el piano que la acompaña te cautiva; amo ese momento en el que ambos se enlazan dándole ese subidón que te eriza la piel.

—Lo experimenté —reconoció soltando una risa breve.

Helena sonrió ante esa confesión; continuó masajeando sus hombros, su cuello, e hizo un increíble masaje en la base de su cráneo, que disminuyó el molesto dolor de cabeza que él padecía. Sus manos, simplemente, eran mágicas.

Podía sentir cómo poco a poco iba aflojándose, rindiéndose ante el embrujo de sus dedos.

—Adam... —Él abrió los ojos—. ¿Has visto las noticias?

—La verdad que no he visto televisión.

Helena suspiró.

—Debo contarte algo. Hace tiempo, mucho antes de conocerte, tuve una relación con un hombre por Internet; no intimamos físicamente, pero nos enviábamos fotografías sugerentes por la Web y... —hizo una pausa, tomando el coraje para explicarle los últimos acontecimientos—... aparentemente, el tipo vendió mis fotos a la prensa. Hoy aparecieron esas horribles imágenes en donde estoy desnuda, y por eso vine. No sé qué hacer. Me siento tan expuesta y avergonzada...

Al finalizar su explicación, Adam se giró para mirarla; tenía los ojos surcados en lágrimas. Apoyó las manos en el borde de la gran bañera y se levantó rodeándola con sus brazos. Intentando reconfortarla.

—Ahora más que nunca deberías reconsiderar hablar con la prensa, Helena. No van a dejarte en paz hasta que no lo hagas. Permaneceré a tu lado todo el tiempo pero, si realmente quieres recuperar el control de tu vida, debes hablar con ellos.

—No sé cómo hacerlo. Me da mucho miedo.

—Solo tienes que contar tu verdad.

Ella sorbió su nariz y asintió en silencio. Adam le pasó una mano acariciando su espalda, inculcándole ánimo.

—¿Prometes que estarás conmigo mientras hable con la prensa?

—Lo prometo.

Y selló esa promesa sobre los labios femeninos. Un agradable cosquilleo se apoderó de ambos cuando sus lenguas se encontraron. Sus manos no dejaban de acariciar la espalda de aquella mujer que obnubilaba sus sentidos. Descendió con su tacto hasta posar sus manos en las firmes nalgas de Helena y, cuando las apretó hundiendo sus dedos en la tela de su pantalón, ella lanzó un suspiro ahogado.

El beso se tornó exigente y más demandante. La piel de Helena se encendió bajo sus caricias, alimentando aún más ese fuego en su interior, como una hoguera que ardía sin control, extendiéndose por sus venas.

Él se alejó unos momentos de su boca, apoyó su frente sobre la de ella, jadeando y con los ojos cargados de pasión.

—Te quiero desnuda.

Sin dudarle, comenzó a desvestirse. Con manos temblorosas desabrochó los botones de su blusa; al terminar, deslizó la prenda por sus brazos y cayó al suelo. Adam la ayudó a deshacerse de los jeans y de su ropa interior.

Él se alejó un poco para admirar su cuerpo desnudo, deleitándose ante tan magnífica figura. Sus ojos se detuvieron por unos segundos en sus pechos, bajando por su abdomen plano y continuando por sus contorneadas y largas piernas, hasta detenerse en su monte de venus.

Se mordió el labio inferior con fuerza, intentando reprimir el deseo y pasión que el cuerpo de esa mujer le provocaba.

—Helena, ninguna mujer jamás causó tantos sentimientos en mí —confesó y buscó su boca.

Volvió a besarla, esta vez, preso del delirio, liberando en ese beso todas sus frustraciones. Recorrió con sus manos cada recoveco del cuerpo femenino. Tomó un pezón entre sus labios y jugueteó con este, arrancando breves jadeos que endulzaban sus oídos.

Helena sintió cómo se iba humedeciendo, y un hormigueo comenzó a crecer en su vientre; cuando sintió uno de sus dedos entrar en ella, fue su total

rendición, acabando con todo rastro de cordura. De a poco, sus gemidos inundaron la estancia, apaciguados por la música.

La tomó por la cintura y, en un rápido y veloz movimiento, la metió dentro del jacuzzi. El agua se agitó.

Sus rostros estaban a escasos centímetros; él la observaba con una sonrisa y nuevamente la besó. Se colocó sobre ella y la penetró con extremada lentitud cerrando los ojos, disfrutando de la increíble sensación de entrar en ella.

Besó sus labios, sus mejillas, su frente, sus párpados, y se detuvo recorriendo la curvatura de su cuello; tomó un pedazo de piel entre sus dientes y la mordió. Ella no pudo evitar un quejido, que se escapó del fondo de su garganta.

Súbitamente, un estremecimiento la obligó a arquear su espalda, y algo vibró dentro de ella, una energía irracional que se extendía con cada embestida de su pene, y estalló en un placer inmenso. Sus manos se aferraron a los hombros masculinos, y sus caderas bailaron una danza sensual contra las de él. Sus jadeos se mezclaron a medida que el delirio los consumía, hasta que un grito ahogado escapó de los labios de Adam, derramándose en su interior. Se desplomó sobre ella.

Su fuerte respiración se fue calmando poco a poco; Helena enredó sus dedos en su cabello y lo acarició con suavidad. Él la abrazó, apoyando su oreja sobre el pecho, captando el sonido de los latidos de su corazón. Deseando con todas sus fuerzas detener el tiempo en ese momento. Era feliz; con ella a su lado se sentía el hombre más afortunado sobre la faz de la Tierra.

CAPÍTULO 11 Se miró al espejo

por enésima vez; detrás de su espalda se extendían dos enormes alas hasta debajo de sus rodillas. Había puesto mucho esfuerzo en realizarlas para su disfraz. Los últimos tres días se la había pasado cosiendo plumas al armazón encastrable que había diseñado con ayuda de su padre. A Neal se le daba bien ese tipo de manualidades y estaba feliz de pasar tiempo con su hija. Aún seguía atormentado por el beso que se había dado con ese muchachito.

Sonrió satisfecha; había realizado un increíble trabajo y, la idea de su padre de hacer una estructura articulada les daba vida. Si ella tomaba las alas por los extremos, podía extenderlas completamente; si elevaba sus brazos, parecía como si de un momento a otro iba a levantar vuelo.

No le importaba el dolor que sentía en las yemas de los dedos; había dado tantas puntadas que le habían salido unas molestas y dolorosas ampollas. Le temblaban las manos y se le había caído la aguja de vez en cuando, pero la satisfacción que experimentó al verlas terminadas borraba todo rastro de daño en sus dedos. Lucían maravillosas.

Además, Luisa le había dado la increíble idea de pegarle brillos, que bajo la luz de la lámpara se encendían, irradiando pequeños haces de colores.

Se quitó las alas y las dejó sobre su cama. Miró el vestido de su madre, que colgaba de la puerta del ropero. Debía prepararse para el baile.

Después de la partida de Helena, cuatro días atrás, Gía había asistido a la escuela y notaba extraño a Alón, confundido, y hasta podría decirse mortificado. No quiso inmiscuirse y, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, no le preguntó por su novia. Solo se limitaron a hablar de cosas triviales.

Le molestaba no poder adelantar la pintura. Con Kiya que pululaba por ahí, haciéndole caritas tiernas y besándolo en cada oportunidad que se le presentaba, se sentía terriblemente incómoda. Y, sobre todo, le molestaba que él no hiciera nada para evitarla.

Sonrió al recordar la cara de Alón cuando Félix, un compañero de arte, se le había acercado en el horario de almuerzo y le había preguntado si deseaba ser su pareja para el baile. Ella tardó unos momentos en reaccionar y, cuando lo hizo, asintió con timidez.

—¿Irás con ese idiota? —había preguntado desconcertado.

—Sí. Y Félix no es ningún idiota: es un gran chico y es muy talentoso. ¿Sabes que su especialidad es la escultura?

Alón apretó sus mandíbulas, escupió una tonta excusa y se fue de allí maldiciendo por lo bajo.

Por otro lado, estaba preocupada y muy consternada con respecto a la conversación que había escuchado entre sus padres. Había vuelto a releer algunos capítulos del libro que le había entregado Francesca y no había sacado nada en claro; al contrario, ahora estaba más confundida.

La situación con la prensa y las nuevas fotos de su madre tampoco ayudaban a mejorar su humor. Puso a prueba todo su autocontrol al escuchar a un montón de estudiantes decir barbaridades sobre su madre y, recordando las palabras de su profesora, se alejó de ellos ignorándolos. Pero, anímicamente, estaba sufriendo las consecuencias de la exposición con la prensa.

Por suerte, había hablado con ella hacía apenas unas horas y le había contado que estaría en la televisión, le iban a hacer una entrevista. Y estaba realmente muy nerviosa. Intentó influirle ánimos y rogaba internamente por que todo volviera a ser como antes.

Miró la hora sobre el reloj de la mesita de noche y maldijo: estaba atrasada. Salió disparada al baño, se dio una ducha rápida, se envolvió el cabello en una toalla y se puso una bata rosa chicle.

Debía poner manos a la obra sobre su cabello o no estaría a tiempo. Tardó varios minutos en secarse el pelo con el secador; después lo planchó y rizó las puntas en un perfecto bucle, se hizo un semimoño y aplicó un poco de fijador.

Se esmeró en el maquillaje de sus ojos, usando tonos azules y dorados, que realizaban el tono de su cabello y su iris. Se aplicó un poco de brillo labial frutado y rubor, se echó una última mirada y asintió conforme.

Regresó a la habitación y se dispuso a ponerse el vestido. Era sencillo, de corte antiguo; se amarraba solo sobre su hombro izquierdo, donde reposaba un dije dorado entrelazado con una tela de seda que caía sobre todo el largo de su brazo en forma triangular. Se ajustaba por debajo de sus senos con un hilo de oro trenzado y luego caía con vuelo sobre sus caderas hasta el suelo. Se colocó las alas y unas sandalias blancas que Luisa le había prestado.

Elevó los ojos hacia el espejo y sonrió. Lucía preciosa. Se puso unos bonitos pendientes de perlas y aplicó gran cantidad de perfume en su cuello, brazos, cabello y vestido. Era el Flower, de Kenzo de su madre; lo había sacado de su tocador al tomar el vestido del closet.

Escuchó el timbre resonar en el piso de abajo. Se admiró por última vez en el espejo y salió de su habitación. Bajó las escaleras, y su padre le dio la bienvenida al acompañante.

—¿Tú eres Alón? —preguntó amablemente mientras se hacía a un lado para dejar entrar al muchacho.

Félix se aclaró la garganta, estrechó la mano que Neal le ofrecía y negó con la cabeza.

—Mi nombre es Félix, señor.

—Encantado de conocerte, Félix —puso énfasis en el nombre del joven y miró a su hija, que bajaba las escaleras.

Se le secó la garganta. ¡Diablos! Cómo había crecido su pequeña princesa. No lograba aceptar que su niña ya tenía quince años y que se había vuelto una joven mucho más independiente. Odiaba verla crecer; entonces, estudió el perfil del muchacho, que en ese momento observaba a su hija idiotizado y deseó con todas sus ganas borrar esa expresión de un puñetazo.

La voz de Gía hizo que perdiera los hilos de sus pensamientos. Se volvió hacia ella y le recordó:

—No regreses muy tarde, jovencita. Cualquier cosa, me llamas o me envías un mensaje. ¿Tienes saldo en tu línea? —Ella asintió—. ¿Batería?

—Sí, papá.

—Bien, diviértanse. —Se acercó a su hija y depositó un beso en la mejilla; aprovechó para susurrarle—. Creí que irías con Alón.

—No, él va a ir con su novia, que vino a visitarlo de El Cairo —explicó en su oreja.

Neal la miró confundido; ella puso los ojos en blanco, tomó la mano de Félix y lo guió fuera de la casa. Tomada del brazo de Félix, hizo su entrada al polideportivo; el gimnasio se encontraba irreconocible. Los alumnos de último año habían hecho un enorme esfuerzo en decorarlo de forma antigua. Habían colgado del techo largas telas blancas que se unían en el centro y desde allí, se disparaban en todas las direcciones, para luego caer sobre unas

columnas de yeso, imitando las antiguas de estilo dórico. Una enorme bola de espejos indicaba el medio de la pista de baile y, a su alrededor, docenas de luces de colores iluminaban aquí y allá formando figuras geométricas en el suelo. Al fondo habían armado una barra improvisada donde vendían bebidas y cócteles. Y las gradas, que quedaban fuera de las columnas y apartadas de las luces, se distinguían en penumbras.

Gía, al entrar, saludó a su profesora Francesca, que se había ofrecido voluntariamente para controlar el ingreso de los estudiantes. Se detuvo un momento y soltó a Félix para acomodar la tira de su sandalia que se había aflojado. Al reincorporarse, los vio; se apresuró a tomar nuevamente el brazo de su acompañante.

Alón y Kiya se acercaban a ellos; Kiya, con una sonrisa radiante, mostrando toda la blancura de sus dientes, y Alón, con una expresión difícil de descifrar. A medida que se iban aproximando, estudió con detalle sus disfraces.

Ella lucía un chitón corto a la mitad de sus muslos color marfil, y todos los detalles que llevaba eran de color dorado; ese color en particular realzaba el moreno de su piel. El vestido se ajustaba a sus caderas delineando sus sugerentes curvas; caminaba con maestría sobre unas sandalias altísimas, que se entrelazaban con dos finas tiras de oro a lo largo de su pantorrilla hasta el comienzo de su rodilla. Llevaba una peluca pelirroja, y su maquillaje era suave pero provocador, debido al rojo furioso de sus labios.

Pasó a admirar a Alón, que vestía una túnica larga, hasta sus tobillos de color blanco y, sobre esta, una faja de seda verde esmeralda que combinaba con el verde de sus ojos; un cinturón negro trenzado se ajustaba en su cintura y, en sus pies, unas sandalias negras.

Cuando los tuvo a menos de un metro, Kiya se soltó de Alón y se abalanzó sobre Gía en un abrazo.

Chilló de alegría en su oreja y se separó, pero sin dejar de agarrarla por los hombros.

—¡Luces preciosa, Gía! ¡Qué bellas quedaron las alas! ¡Por Dios, pareces un ángel!

Gía no se esperaba ese abrazo inesperado ni la repentina empatía de la joven. Le regaló una sonrisa, se removió incómoda intentando que ella apartase las manos, pero no lo hizo.

—¡Tú también luces muy hermosa! —elogió Gía, intentando tomar distancia.

—Gracias. ¿Adivina quién soy? —la estudió un momento, pero negó con la cabeza: no tenía la menor idea.

—Afrodita, la diosa del amor —explicó y la soltó para volverse hacia Alón y entrelazar sus dedos con lo de él.

—Hola, Gía —saludó el muchacho, se acercó a ella y besó su mejilla. Su aroma floral lo golpeó y aspiró profundo para embriagarse de su perfume.

Se alejó de ella pasando la lengua sobre su labio inferior; el contacto de su boca contra su piel blanca lo hizo estremecer y sintió unas cosquillas en la boca del estómago.

La había visto entrar al baile del brazo del estúpido ese, y sintió la imperiosa necesidad de arrancarle la extremidad al joven por atreverse a tocarla. Sacudió su cabeza, intentando alejar ese tipo de pensamiento y se concentró en admirarla.

Era un ángel caído del cielo que caminaba sobre la faz de la Tierra. Jamás había conocido tal belleza: ella irradiaba luz a cada paso que daba. El vestido que llevaba le quedaba increíble, se ajustaba sobre su pequeño cuerpo y realizaba su figura. Era perfecta. Sonrió al detener sus ojos en las alas. Eran arrebatadoras.

Odió a Kiya por prácticamente haberla obligado a abrazarla; había notado la incomodidad de la joven en el semblante de su rostro.

—Hola —saludó Félix extendiendo su mano. Él la tomó con firmeza; se volvió hacia su acompañante.

—¡Vamos a bailar, adoro esta canción!

Resonaron los primeros acordes de *Side to Side*, de Ariana Grande, y Alón se vio arrastrado hacia el centro de la pista. Kiya lo tomó de las manos y comenzó a contorsionarse al ritmo de la música, pegando su cuerpo al masculino. Eso lo incomodó. Por un motivo inexplicable, la presencia de su novia lo estaba alterando. Miró a su alrededor, buscándola. Ella estaba bailando con su acompañante; la hizo dar una serie de giros y vueltas, se acercó a su oído y le susurró algo; Gía, en respuesta, lanzó una carcajada.

Alón sentía que unos celos incontrolables invadían su ser. No soportaba verla con otro. Bufó molesto al sentir las caderas de Kiya que se pegaban a su

cuerpo, incitándolo. Se acercó a su novia y le dijo: «Voy por un trago», se dio media vuelta y se alejó abriéndose paso entre las parejas.

Estaba enojado consigo mismo por ser un cobarde, por no tener el valor de decirle a Kiya la verdad. Había llegado a la conclusión de que debía terminar con ella. La quería pero, después de haber besado a Gía, se dio cuenta de que Kiya había sido un enamoramiento pasajero; no se comparaba con lo que su nueva compañera le hacía sentir.

Él había intentado hablar con Kiya la noche anterior, pero la chica había comenzado a besarlo y a acariciarlo de manera sugerente; su instinto más primitivo se despertó y decidió aplacar su deseo en ella. Luego, con ella recostada a su lado con la cabeza sobre su pecho, se sintió un ser miserable. No podía terminar con ella después de haber tenido sexo.

Determinó hacerlo antes del baile, pero la emoción que irradiaba frustró sus planes. Y ahora estaba allí, viendo cómo la chica que robaba sus sueños bailaba y coqueteaba con otro, y él, juntando el valor necesario para romper con Kiya.

Buscó dos vasos de ponche de naranjas y regresó a la pista. Vio a Kiya sacudiendo sus caderas de forma desenfrenada al ritmo de *Work*, de Rihanna. Gía bailaba a su lado, tomada de la mano de Félix.

Apretó los puños y se acercó a ellos.

Le ofreció el vaso a Kiya, que se lo arrebató de la mano y bebió varios sorbos.

—¡Gracias, estaba sedienta! —explicó agitada.

Alón le ofreció a Gía, que aceptó; tomó el vaso y por un segundo sus dedos se rozaron. Él la miró con intensidad y ella alejó la mano como si su contacto le hubiese dado electricidad. Se concentró en la bebida que sostenía y tomó varios tragos.

Se sentía incómoda. Esa corriente eléctrica que recorrió sus dedos los dejó con una leve sensación de cosquilleo; la estaba fastidiando. Quería alejarse de él. Resuelta, tomó la mano de Félix y lo guio hacia el lado opuesto, poniendo entre ella y Alón la mayor distancia posible. La penumbra de las gradas los envolvió, y Félix malinterpretó sus intenciones.

Gía se volvió para mirarlo, y él aprovechó ese momento para acercarse; elevó la mano izquierda tomándola de la base del cuello y la acercó a su boca. Sintió los labios fríos del muchacho sobre los suyos; él, con la mano

libre, la tomó por la cintura, acercándola a su cuerpo. En un acto reflejo, ella colocó las manos abiertas sobre el pecho masculino, impidiendo que él se acercara aún más.

Intentó relajarse; buscó la manera de disfrutar de ese beso, trató de experimentar los mismos sentimientos que los labios de Alón le provocaban, pero eso no sucedió. El beso de Félix era pegajoso; intentaba meter su lengua, la empujaba contra sus dientes buscando incursionar en su boca.

Ella la entreabrió para tomar aire y en ese momento él aprovechó para cumplir su cometido.

Intentó poner más distancia entre ellos, pero él la agarraba con fuerza de la cintura. Trató de apartarse; Gía sintió que él trataba de engullirla. Sin dudarlo un segundo, lo mordió, pero eso, en vez de separarlo, lo enardeció aún más. Bajó la mano que sostenía su nuca para posarla en la cintura, la estrechó con fuerza.

—¡Espera! —susurró sobre los labios masculinos—. ¡Aguarda! ¡Félix!

Él se apartó ofuscado y la miró impaciente.

—Necesito ir al baño —dijo limpiándose la boca con el dorso de la mano.

No esperó la respuesta de él, se dio media vuelta y salió disparada en dirección a los sanitarios.

Al entrar, se fue sobre el lavabo tomándose de la encimera, recargando su peso en ella. Levantó el rostro y se vio reflejada en el espejo oval; no tenía un buen aspecto; estaba agitada, y tenía los labios hinchados debido al brusco beso de Félix. Estaba furiosa con su acompañante por semejante arrebato. Necesitaba aplacar sus emociones.

Abrió el grifo, se lavó las manos y enjuagó su boca. Respiró de forma profunda, exhalando su aliento lentamente, tratando de calmarse.

No podía regresar, no deseaba cruzarse nuevamente con Alón y Kiya y, sobre todo, no quería que Félix la encontrara y se abalanzara sobre ella otra vez.

La puerta se abrió, y por allí entró Kiya; le regaló una sonrisa y entró en un baño apurada, cruzando las piernas.

—¡Me estoy haciendo pis!, tomé demasiado ponche y estoy algo ebria —dijo elevando la voz desde dentro del cubículo para que ella pudiese escucharla.

Gía se contempló en el espejo una última vez y, antes de que la chica terminara de orinar, salió del baño. No quería lidiar con ella. Caminó por el corredor en dirección a la fiesta; al doblar, sintió unas manos grandes afirmarse sobre su cintura y arrastrarla hasta el aula más cercana. Pegó un grito por el susto; pensó en un primer momento que Félix la había encontrado y la llevaba a un lugar más privado; pero entonces reconoció su perfume.

Giró el rostro y vio a Alón; no se resistió, se dejó guiar.

Entraron al aula en penumbras y él cerró la puerta; se paró delante de ella para frustrar cualquier intento de escape por parte de la joven. La había visto salir del baño y no pudo contener el impulso de llevársela; debía alejarla del estúpido ese. Lo había visto besarla, y los celos lo cegaron, volviéndolo loco.

—¿Besa bien? —escupió con desdén.

—¿Disculpa?

—Los vi. No intentes negarlo ni hacerte la tonta. Vi cómo se besaban.

—¿Y qué con eso?, te recuerdo que yo también te vi muchas veces besando a Kiya en lo que va de la semana.

—Eso es distinto —se defendió.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —No lo dejó responder—. ¿Porque es tu maldita novia? ¿Acaso tú puedes besarte con Kiya, y yo no puedo hacerlo con Félix? Creo, Alón, que has perdido la cabeza.

—¡Estoy celoso! ¡Muy celoso! —reconoció y se pasó varias veces la lengua por los labios. Gía intentó contener la sonrisa ante su revelación—. No quiero que te bese, no quiero que te toque, ni quiero que baile contigo. ¡Dios, Gía! Tú estás haciendo que pierda el juicio.

Se aproximó a ella despacio, con cautela. Cuando estuvo frente a ella, posó sus manos sobre sus hombros desnudos acariciándolos con suavidad.

—Voy a dejar a Kiya; no puedo seguir con ella —acarició su mejilla y la tomó del mentón, elevando su rostro hacia él—. No puedo dejar de pensar en tus labios; son una adicción y deseo besarte hasta saciarme de ti, Gía.

La sinceridad de sus palabras la colmó de deseo. Ansiaba besar sus labios otra vez: los de él también eran una especie de droga adictiva. Sin poder contenerse, se elevó sobre las puntas de sus pies acercándose a sus labios, asombrándose una vez más del excepcional color de ojos de aquel joven, tan verdes; tragó saliva y sintió un cosquilleo en la boca de su estómago.

Rozó sus labios con suavidad, como pidiéndole permiso para besarlo. Alón ajustó sus manos a la cintura femenina, atrayéndola hacia él, ofreciéndole su boca. Sin más preámbulo, Gía tomó el rostro del joven entre sus manos y lo besó.

Sus lenguas se buscaron con urgencia. Se besaron de manera frenética por algunos minutos, intentando descargar ambos todas sus frustraciones y conflictos en los labios del otro.

Tras aquel beso interminable, que no acababa porque ni a Alón ni a Gía se les habría ocurrido la absurda idea de romper con ese contacto tan maravilloso, finalmente, la necesidad de oxígeno los separó, pero no por mucho. Tras haber tomado una bocanada de aire, volvieron a besarse. Se separaron abruptamente cuando la luz se encendió y el grito de Kiya resonó en el aula.

—¿Pero qué demonios significa esto, Alón?! ¿Con ella?! —miró a Gía con desprecio y rabia—.

¡Me caías bien, maldita zorra!

Luego Kiya se abalanzó sobre ella agarrándola del cabello y la zamarreó con fuerza. Gía la tomó por las muñecas, intentando quitársela de encima, pero lo único que conseguía era que ella tirase más de su cabellera. Aulló de dolor al sentir las largas uñas de Kiya desgarrarle la piel de su cuello en un arañazo profundo.

Alón intentó apartarla, pero su novia estaba fuera de sus cabales y no lograba apartarla de Gía.

—¡Basta! ¡Apártate de ella! ¡Suéltala, Kiya! ¡Estás desquiciada!

Pero fue en vano, porque no la soltó, ni aflojó su agarre; al contrario: la zamarreó con más ahínco.

El grito de la profesora Francesca detuvo el ataque de Kiya, que se volvió agitada a mirar a la figura de autoridad.

—No sé qué significa esto, pero no puedo consentir este tipo de violencia —reparó en Gía y en la sangre que brotaba del rasguño en su cuello; miró a su alumno. Alón desvió la mirada—. Abignali, ¿qué sucedió?

—Ella se me vino encima.

—¡Estaba besando a mi novio! —se defendió Kiya. Como si esa explicación fuese suficiente para justificar su abrupto comportamiento.

—Ya veo. Señor Brahimí, ¿puede escoltar a su novia hacia la salida?

—¡No pienso irme de la fiesta! —dijo Kiyá cruzándose de brazos, en actitud desafiante.

—Acaba de atacar a una alumna de este establecimiento; no haga que llame a las autoridades y la saquen a la fuerza. La invito a retirarse, señorita.

Kiyá apretó las mandíbulas y cerró sus manos en puño. Le dedicó una última mirada a Gía cargada de resentimiento y salió del aula seguida de Alón. Francesca siguió con la mirada a la muchacha hasta verla desaparecer; luego se volvió hacia su estudiante.

—Ven conmigo, Gía. Hay que desinfectarte ese rasguño.

Gía afirmó con la cabeza y desvió sus ojos; se sentía muy avergonzada. Siguió a su profesora hasta la enfermería del colegio. La enfermera Coleman curó su herida ante la atenta mirada de Francesca.

Una vez que terminó, salieron de la sala y caminaron en silencio por el corredor.

—¿Cómo estás, Gía?

—Bien... —musitó.

—¿Quieres regresar al baile? —Ella negó—. ¿Quieres que te acompañe a tu casa?

—No, muchas gracias. Me gustaría hablar con usted de algo que escuché.

—Te invito un café, entonces. Vivo a un par de manzanas y tengo un café colombiano sublime.

—De acuerdo.

Francesca vivía en una casa muy pintoresca; su porche estaba repleto de plantas y de adornos de jardín; Gía subió tres escalones y miró al gnomo, que estaba a su derecha. Echó un vistazo general y descubrió que a su profesora le gustaban los gnomos y las hadas, porque había pequeñas figuras en cada recoveco.

La invitó a pasar, y Gía se encontró con una sala de estar, exquisitamente decorada y, frente a ella, una enorme biblioteca que iba desde el techo hasta el suelo. Se maravilló: era un sueño hecho realidad. Sin dudarle un segundo, se acercó a ella. Francesca sonrió al ver a su alumna tan hechizada por sus libros.

—¡Es asombroso, profesora! ¿Cuántos libros tiene?

—No lo sé. He perdido la cuenta, y esos no son todos: tengo más en mi estudio. Ponte cómoda, Gía, iré a preparar el café.

Además de una increíble colección de libros, Francesca era adepta a la pintura; las paredes de la sala estaban decoradas con cuadros muy interesantes.

Primero se acercó al cuadro que estaba en la pared más cercana. Era *La noche estrellada*, de Vincent van Gogh. Aproximó su rostro sobre el lienzo y observó con detenimiento las pinceladas. Era una copia realmente impresionante. Buscó la firma del artista y quedó en estado de shock por unos momentos. No era una copia, definitivamente. Se giró con la boca abierta del asombro; su profesora era propietaria de un cuadro que valía una fortuna. Miró la otra pintura que decoraba el salón y se acercó a ella. Era de Monet; sus pinceladas impresionistas y los paisajes eran característicos de él. Volvió a mirar la firma y, efectivamente, no era una copia.

Se giró, y en un mueble esquinero había un objeto que le llamó la atención: era una vasija muy arcaica, y, sobre esta, estaba pintada una escena de las antiguas olimpiadas griegas. Por la apariencia de la vasija, no tenía duda de que tenía miles de años.

Francesca regresó a la sala con una bandeja en sus manos; la apoyó sobre la mesa ratona y miró a su alumna.

—Tiene una interesante colección de arte.

—Sabía que ibas a apreciarla —Francesca tomó asiento en el sofá y le hizo señas con la mano a Gía de que tomase un lugar.

—¿Son las originales, verdad? —Francesca amplió más su sonrisa y asintió —. ¿Cómo puede ser posible? Esas pinturas están en los museos.

—Bueno... puedo asegurar que las que están en los museos son réplicas excelentes.

—¿Cómo las obtuvo?

—Digamos que las heredé.

—¡Es increíble!

Francesca le ofreció la taza de café; Gía se sentó y tomó la taza entre sus manos. Bebió un sorbo.

Era una exquisitez.

—Delicioso —reconoció, saboreándolo.

—¿De qué querías hablarme, Gía?

Respiró profundo, apoyó la taza de café y miró con seriedad a su profesora.

—Leí en su libro que existen las esclavas del destino; datan de miles de años atrás, pero me preguntaba si... existe la posibilidad de que ese tipo de objeto mítico pueda conseguirse en la actualidad.

—Mira a tu alrededor, Gía. Cada objeto de esta habitación data de hace miles de años. Claro que hoy día puede haber de estos objetos, ¿por qué me lo preguntas?

—Escuché a mi mamá hablar con mi papá; sé que no debo escuchar conversaciones ajenas, pero los oí hablar por accidente. Ella le decía que una extraña mujer le había puesto una esclava por la fuerza y luego había hecho una especie de regresión en el tiempo, cuando conoció a Adam Cooper; que supuestamente la misma mujer le había entregado la pareja del brazalete a él y, juntos, cuando se duermen, viajan a la antigüedad a ver sus vidas pasadas. —Tomó aire y continuó—. Sé que parece una locura pero, esa noche, cuando mi madre se durmió, yo misma presencié cómo de esa pulsera salía una luz; solo fue un segundo, pero sé lo que vi.

Francesca se tomó unos minutos antes de hablar. Ese breve silencio puso nerviosa a la joven.

—¿Tu madre comentó algo más?

—Dijo que los dibujos que yo había hecho son las personas que ella ve en la antigüedad.

—Sabía que dirías eso; de alguna manera tú estás conectada y los dibujos también —dijo tomándose el mentón de forma reflexiva—; sería conveniente, para entender bien todo este asunto, que te sometas a una sesión de hipnosis, Gía. Así podrás verlo tú misma.

—Mi madre dijo que, si no evita algo del pasado, puede llegar a morir. ¿Eso puede ser cierto? —preguntó con temor.

—No lo creo. Pero me gustaría mucho hablar con tu mamá.

—Ella viajó a Londres —explicó—, ahora me estoy quedando con papá, pero puedo arreglar una cita entre ustedes a su regreso.

—Sería muy conveniente.

Gía tomó la taza de café y bebió varios sorbos.

—¿Cómo sería eso de la hipnosis?

—Te recuestas en el sofá y te relajas; el resto lo hago yo.

—¿Podríamos hacerlo ahora?

—Por supuesto.

—¡Hagámoslo! —pidió convencida. Necesitaba más respuestas.

Francesca sonrió, apuró su café y se levantó del sofá.

—Deberás recostarte.

Gía terminó su café, lo dejó sobre la bandeja y se acostó en el sillón. Francesca salió un momento y regresó sosteniendo una almohada que le ofreció. Tomó asiento frente a ella.

—¿Estás lista? —Gía afirmó—. Cuando cuente hasta tres, quiero que cierres los ojos. Uno, dos, tres. —Gía los cerró—. Ahora que tienes los ojos cerrados, le vas a permitir a mi voz que te guíe en este viaje de regresión...

Quiero que sepas que todo lo que vas a ver es real y está guardado en algún lugar de tu mente y, para revivir en una vida pasada, lo primero que vas a hacer es concentrarte en tu cuerpo. Quiero que respires profundo, que te concentres en tu respiración; con cada inspiración y exhalación, tu cuerpo se va relajando más y cada vez estás más en contacto con vos, eso es. Lo que vas a hacer ahora es sentir tus pies. Concéntrate en tus pies, en el espacio que ocupan tus pies, relaja los dedos, y siente el espacio que ocupan tus piernas, relájalas...

La voz suave y susurrante de Francesca era lo único que ella podía sentir; estaba relajando cada uno de los músculos de su cuerpo y concentrándose en su respiración. Sus palabras resonaban en su mente, y cada vez las escuchaba más lejanas.

—Ahora, vamos a hacer un viaje a una vida pasada; le vas a permitir a mi voz que te guíe. Para eso, te vas a imaginar un cuarto, un lugar conocido para vos, pero la particularidad que tiene este cuarto es que hay una puerta en el suelo; te acercas, la abres y hay una escalera. Comienzas a bajar, adentrándote cada vez más y, a medida que vas descendiendo, puedes sentir que tu energía mana.

—Hay algo —comentó Gía.

—No, no hay nada. Tú solo sigue bajando los escalones.

—Voy a caerme —expresó con temor en su voz la joven.

—No vas a caer, Gía. Sigue mi voz, solo mi voz. Al pie de la escalera verás

una luz brillante, muy blanca.

—No, no hay luz —retrucó agitada—; voy a caer.

—Gía, no vas a caer.

—Sí, lo haré... ¡oh, Dios! No... Ayuda...

—¡Gía! ¡Gía! ¡Gía! —Francesca comenzó a sacudirla con suavidad por los hombros. Su alumna se agitó convulsionando su cuerpo, pero no volvió en sí. La había perdido.

Dejó de escuchar la voz de su profesora; la escalera por la cual bajaba cada vez se iba haciendo más empinada y los escalones más pequeños; en un segundo, resbaló y comenzó a caer. Todo a su alrededor se oscureció; a medida que caía, iba perdiendo visibilidad, hasta que se sumió en una negrura absoluta.

Tenía ese sentimiento de vértigo en el estómago, como cuando se está en una montaña rusa. La sensación era la misma, pero claramente el escenario era diferente: no podía ver nada y no dejaba de caer al vacío. Podía sentir un viento gélido golpear su piel y agitar su cabello. Temía chocar contra algo.

Y, de pronto, la velocidad fue menguando, pero aún no podía ver nada. Se detuvo; quedó suspendida en la nada misma, flotando.

Entonces, a lo lejos, vio una minúscula luz, un pequeño punto luminiscente que se acercaba a ella a toda velocidad. Intentó apartarse, esquivarlo, pero fue en vano. El punto se le pegó al brazo, lo que provocó que su piel brillara.

Se asustó al ver cientos de puntos viajar hacia ella; cada uno se unió a su cuerpo y sintió cómo era engullida por una luz incandescente.

Todo a su alrededor comenzó a temblar, como si de un momento a otro un terremoto azotara ese extraño lugar. De pronto, una especie de agujero se abrió a sus pies y nuevamente comenzó a caer a una velocidad alarmante.

Se sintió arrastrada hacia el hoyo, succionada por su fuerza y poder; sintió de pronto que iba a chocar contra algo. Intentó cubrirse, pero no pudo evitar un fuerte golpe en su cabeza, y perdió el conocimiento.

Atenas, año 404 a.C.

La Panateneas, la gran fiesta de Atenas que recordaba la fundación de la ciudad, era un festejo anual que revestía un carácter más importante cada cuatro años. Su creación se remonta al segundo cuarto del siglo iv. En una celebración que duraba nueve días, se llevaba a cabo una serie de concursos de toda clase: artísticos, donde se ofrecían números musicales y teatrales; otros, hípicas o gimnásticos, individuales o en equipos, de fuerza o de agilidad, con pruebas adaptadas a las edades de los participantes, chiquillos, jóvenes y hombres: carreras a caballo, danza de las armas, *lampadedromía* o carrera de la antorcha. Los vencedores de las competiciones recibían como premio ánforas (fabricadas y adornadas especialmente para los juegos) llenas de aceite que producían los olivares de la diosa.

El principal festejo no tenía lugar hasta el último día. Consistía en una larga procesión, encabezada por los personajes oficiales y en la que participaban incluso los metecos.

Salían del noroeste de la ciudad hacia los templos de la Acrópolis llevando las ofrendas. La más importante, la más notable, era el *peplos*, destinado a la vieja estatua de Atenea, una especie de cobertor tejido y bordado por las hijas mujeres de las mejores familias. Esta procesión y sus ofrendas constituían el homenaje a la divinidad políada por excelencia, diosa de la ciudad entera y de todos los que en esta vivían unidos, compartiendo un mismo pensamiento de agradecimiento y esperanza.

Ese era el noveno día de celebración. Después del peregrinaje, ilustres ciudadanos de la ciudad celebrarían un simposio en la residencia de Critias. Este había organizado un opulento banquete. La sala principal fue vaciada y, en su lugar, había ordenado disponer de cómodos *klínay*, una especie de divanes bajos y confortables. Se contrató personal de servicio, a cinco cocineras y a una decena de camareros; sin contar a bailarines, cantantes, flautistas, una mujer oráculo, músicos, e incluso damas de compañía.

Hacía días que Nerella veía a su esposo ir de aquí para allá, alterado y de mal humor. Ella no se quejaba; habían pasado más de quince días sin que le tocara un pelo, y eso en él era realmente extraño. Ese lapso de tranquilidad le sentó de maravilla, sobre todo en su aspecto; si bien aún estaba

extremadamente delgada, había recuperado el rosado de su piel; ya no tenía ese tono cadavérico que la hacía parecer una muerta en vida.

Su estado anímico incluso mejoró. Aunque él, en ese tiempo, no la había lastimado ni sometido físicamente, no había perdido oportunidad de insultarla de forma cruel y despiadada, recordándole que debía realizar una bella actuación de esposa feliz y enamorada en el simposio.

Por la mañana, había entrado a la habitación y le había entregado una finísima prenda de seda, de color pardo, elegante y sofisticado. Admirándola, llegó a la conclusión de que Critias, mal que le pesara a ella, tenía buen gusto para vestir.

Estaba al tanto de los rumores que se decían de él y de Eutidemo, y no le extrañaba: él tenía gustos peculiares, ella lo sabía muy bien. Pero, mientras él siguiese entreteniéndose con el muchachito, podía estar más tranquila.

No volvió a ver a Rhea y no la esperaba tampoco; así era mejor. Aún le dolía su traición e intentaba con todas sus fuerzas odiarla, pero era una tarea muy difícil: su bondadoso y maltrecho corazón aún la quería, y eso no iba a cambiar.

Sarabi y Duka entraron en su recámara; el niño llevaba una bandeja con un té y pan tostado con queso de cabra y miel; la dejó delante de su ama. Nerella le agradeció y le acarició de manera afectiva la cabeza; Duka le regaló una sonrisa sin dientes; se le habían caído los incisivos centrales y comenzaban, de a poco, a asomar los definitivos.

Ese niño, en parte, era un aliciente para Nerella. Era el único que lograba hacerla reír; era un pequeño inquieto, travieso y, sobre todo, muy inteligente. Le gustaba gastar bromas al personal de servicio de la casa y siempre terminaban regañándolo. Ella lo defendía en cada oportunidad y él se aprovechaba un poco de su nobleza. Le estaba enseñando a leer y a escribir, y su madre estaba agradecida con su señora.

Nerella bebió la infusión y se sintió mejor; debía prepararse para el banquete. Se bañó con ayuda de Sarabi, que le untó una especie de aceite aromático por todo el cuerpo con un olor silvestre y fresco el cual, además, realizaba el brillo de su piel. Se vistió y se sentó en un taburete frente al espejo; Sarabi cepilló su largo cabello y se esmeró en realizarle un bonito peinado, trenzando con habilidad algunos mechones de su cabello y entremezclándolo entre sí, dejando la mitad de su cabello libre de ataduras y

adornándolo con pequeñas flores púrpuras de azafrán. La maquilló de manera natural, realizando la belleza de sus finos rasgos.

Critias entró a la habitación y asintió conforme ante su imagen.

—Luces medianamente decente —observó de manera despectiva—. ¿Estás lista? —Nerella asintió—. Andando.

Había regresado a Atenas para participar de las *Panateneas*: así lo había sugerido Thanos. Sería una buena forma de probarse a sí mismo todo lo que había aprendido a lo largo de los meses, y tenía la oportunidad de hacerlo en la competencia de espada.

Estaba nervioso. Al desembarcar en el Pireo, experimentó una especie de ansiedad que nacía desde lo más recóndito de su ser. Quería verla. Necesitaba comprobar que ella estaba bien; se reprochaba el haberla dejado en manos de ese ser demoníaco.

Antes de bajar del barco, se miró una última vez en el espejo del camarote. La imagen que este reflejaba mostraba a un hombre erguido, con finos ropajes, de hombros anchos y musculosos, de piernas fuertes y ágiles, con su rostro cubierto por una barba tupida. Thanos le había sugerido que dejase su cabello largo y bien peinado; le llegaba hasta los hombros y lo ataba con una coleta de manera prolija. Lo único que no cambiaba en su imagen eran sus ojos. Temía que su mirada lo delatara.

Al poner un pie en Atenas, tuvo deseos de escabullirse por sus calles a toda velocidad hasta su residencia, trepar por los tejados y colarse en su habitación a través de su ventana. Pero Thanos debió leer sus pensamientos, porque le advirtió en varias ocasiones que controlara sus impulsos.

Debían ser muy cautelosos.

El viejo soldado espartano no solo le había enseñado a pelear, sino a leer y a escribir; aprendió modales, a dirigirse con educación, a caminar erguido y a mirar siempre a los ojos, cosa que aún le costaba. Le explicó a Thanos: «Cuando toda tu vida te desprecian porque no eres más que una sucia rata callejera, solo puedes mirar el suelo, esquivar su mirada es lo mejor. ¿Sabes por qué? Porque, si los miras a los ojos, descubres el desprecio y odio que

representas para ellos, lo inferior que eres y te das cuenta de que no vales nada».

El viejo le dio palmadas en los hombros después de esa confesión y aseguró: «Tú vales mucho más de lo que crees, chico. ¿Sabes por qué? Porque tienes un corazón noble, y eso, chico, importa más que cualquier idiota con aires de grandeza».

Estaba agradecido con él. Lo había ayudado desinteresadamente y le había tomado un cariño especial.

Pasaron los primeros días de festejos; Dorian participó de la competencia de espadas, y ganó. Thanos estaba orgulloso de su aprendiz: era rápido y muy ágil. Había aprendido a dominar el acero como una extensión de su brazo. Y había brindado un espectáculo digno de admirar.

Por otro lado, a medida que se acercaba el simposio, él también comenzó a ponerse nervioso e intentaba disimularlo delante del muchacho. Tenían un plan para sacar a Nerella de la ciudad, pero debían ir con cuidado: era arriesgado. Dorian escaparía con ella en un barco que lo esperaba en el Pireo. El problema iba a ser sacarla de la casa sin ser vistos por los hoplitas, pero ya lidiarían con eso. Antes debía hacer negociaciones con Critias.

—¿Te encuentras bien, chico? —preguntó Thanos mientras recorrían las calles atenienses.

A medida que avanzaban y se acercaban a la enorme propiedad donde se celebraría el simposio, los nervios de Dorian se incrementaron. Miraba todo a su alrededor con un dejo de impaciencia y pasaba con frecuencia su lengua sobre sus labios.

—Estoy bien —respondió finalmente luego de ese lapso de silencio.

—¡Pues no lo parece, chico!, debes mantener la calma o lo echarás a perder; nos descubrirán y nos matarán.

Bufó por lo bajo; el viejo tenía razón: debían ser muy precavidos. Debía calmarse.

—Recuerda, eres Evan. Mejor conocido como «el Noble».

—Lo sé.

—No bebas vino en la cena; por más que lo mezclan con agua, no bebas ni una sola copa, ¿entendido?, tienes que tener la mente despejada.

La entrada de la casa se hizo visible ante sus ojos. Al cruzar el umbral,

sintió una descarga de adrenalina que lo estremeció.

La opulencia que presentaba la enorme sala era impactante. Estaba repleta de personas que conversaban y reían; había sirvientes que ofrecían algunos bocadillos y vino. En el centro había un hombre que estaba tocando una suave y hechizante melodía con la lira. Guirnaldas de laureles se entrelazaban por las columnas dóricas que circundaban la estancia y, en sus uniones, ramilletes de rosas blancas que perfumaban el ambiente con un dulce aroma.

Algunos hombres estaban cómodamente recostados sobre los *klínai* y, a su lado, había mesas bajas de madera repletas de todo tipo de manjares.

Comenzó a abrirse paso entre los invitados seguido de Thanos; fue entonces cuando la vio. La música de la lira se hizo más lejana hasta convertirse en apenas un susurro; en cambio, podía escuchar los latidos frenéticos de su corazón. Sintió cómo su garganta se secaba.

Estaba parada al lado de Critias; él mantenía una ferviente conversación con un hombre, y ella sostenía la vista fija en sus manos. La encontró igual de bella y angelical, bastante más delgada. Quería que ella elevara los párpados y que lo viera, pero estaba concentrada en sus dedos. Podía percibir su semblante triste; miraba sin mirar, fingía sonreír cuando alguien le hablaba, pero era una sonrisa fría y vacía, carente de toda emoción. Estuvo tentado de abrirse paso a empujones, correr hacia ella y estrecharla entre sus brazos.

—¿Es ella? —escuchó la pregunta del viejo a su lado.

—Sí. Es ella, Nerella.

—Es una mujer muy bonita. —Hizo una pausa, se aclaró la garganta—. Hay que encontrar a Cármides. Andando, Evan...

Nerella deseaba internamente que el banquete terminase pronto. Estaba harta de actuar, fingir ser una esposa cariñosa ante los ojos de los invitados. Le costaba, y Critias no dejaba de hostigarla.

—¡Te advierto, empieza a mantener conversaciones con los invitados; sé encantadora, o vas a lamentarlo!

—Estoy haciendo mi mejor esfuerzo.

—No es suficiente. Esta noche debo cerrar negocios importantes, para mí y para Atenas.

—No he visto a Terámenes; creí que los treinta asistirían todos.

El rostro de Critias se encendió, tornándose rojo de la furia; la tomó por el codo y la arrastró hacia un pasillo desolado.

—¡No te pases de lista conmigo, Nerella! ¿Qué has escuchado?

—¡¿Escuchar?! no he escuchado nada; solo llamó mi atención su ausencia. Creí que eran amigos.

La soltó con brusquedad y le dedicó una mirada de advertencia.

—Compórtate, Nerella. Y no es una amenaza; una más que hagas esta noche, y desearás estar muerta.

Se giró sobre sus talones y regresó a la fiesta maldiciéndola por lo bajo.

No quería regresar; recostó su espalda sobre la fría piedra de la pared y se quedó unos minutos con los ojos cerrados, juntando las fuerzas suficientes para reintegrarse a la celebración.

—Hola, Nerella —abrió los ojos y se encontró con Rhea.

Vestía de negro; su chitón se ajustaba con un cordón plateado a su cintura, acentuando sus curvas. Llevaba el cabello trenzado en los laterales y se unían en un moño en la base de su nuca; sus labios rojos se realzaban con el rojo de su cabello. Era avasallante su belleza. Nerella se sintió tan poco frente a ella...

Despegó la espalda de la pared, dispuesta a irse, pero Rhea la detuvo.

—Necesito hablar contigo.

—No —objetó con determinación, se soltó de su agarre y regresó al banquete.

Se acercó a su esposo, que en esos momentos estaba sentado en uno de los divanes, hablando con Cármides y con un hombre que tenía varios navíos pesqueros.

Se quedó de pie al lado de su esposo. Sintió la presencia de un hombre a su lado; se giró y le sonrió a su querido amigo Jenofonte, que en esos momentos le ofrecía un poco de vino. Ella tomó la vasija y bebió despacio.

—¿Qué ha sucedido con Terámenes?, no lo he visto, y eso es extraño.

—Por lo visto, no te has enterado... El Consejo lo ha sentenciado a muerte.

Nerella se llevó las manos a la boca en señal de asombro.

—¿Cómo?

—Critias reunió al Consejo y los convenció de que Terámenes no apoyaba la oligarquía. Que estaba en contra de su Gobierno. Critias exigió eliminar su nombre de la lista de los tres mil, quedarse con todos sus bienes y sentenciarlo a beber la cicuta. Sabía que el consejo no lo aprobaría, y por eso convocó a una docena de jóvenes armados. Antes de la votación, estos entraron al recinto y mostraron sus armas al consejo; fue un momento de mucha tensión. Finalmente fallaron en su contra.

—Critias no tiene escrúpulos —evaluó apretando las mandíbulas.

—De los buenos aprenderás cosas buenas pero, si te mezclas con los malos, perderás hasta el entendimiento que tengas.

En ese momento una música alegre inundó el salón y entraron acróbatas y bailarinas. Todos aplaudieron ante el inicio del espectáculo.

Critias le hizo señas a Nerella; ella tomó asiento a su lado y les presentó a sus invitados.

—¡Thanos! Ella es mi maravillosa esposa, Nerella —Helena le tendió la mano, y el hombre depositó un beso sobre su dorso—. Él es su sobrino, Evan.

Nerella le ofreció la mano sin prestarle atención. Dorian tomó la mano con suavidad, deslizando sus dedos con lentitud, provocando en su palma un cosquilleo. Fue entonces cuando elevó los párpados y lo miró.

Sus ojos azules la hechizaron, y sus pieles se reconocieron ante ese efímero contacto, enviando una especie de sacudida que los golpeó por dentro.

Era él. Estaba cambiado, sí. Prácticamente irreconocible con el cabello largo y la barba, pero era él. Había regresado a buscarla. Sintió latir muy deprisa su corazón, y sus piernas flaquearon. Rompió el contacto con Dorian y se sentó abrumada. Volvió a mirarlo para constatar que era real, y no uno de sus recurrentes sueños.

Se concentró en los manjares de la mesa, se obligó a comer un trozo de *plakon*, una especie de galleta de avena con queso blanco y miel. Debía concentrarse en algo que no fuera él, o Critias a su lado lo descubriría.

Los bailarines finalizaron su acto, y un flautista entró a acompañar el banquete con la alegre música de su flauta. Todos comían, bebían y se divertían disfrutando de la fiesta. Pero fue en el momento del tributo al dios

Dionisio (del vino) cuando el suelo comenzó a temblar.

La tierra se agitó, sacudiéndose frenéticamente. Algunos cayeron al suelo; gritos de terror inundaron la sala, y de pronto, en el centro del salón, una luz incandescente iluminó todo a su alrededor, lastimándoles los ojos, cegándolos por unos segundos.

Y entonces la luz se apagó, y el temblor se detuvo de manera abrupta. Las personas caídas comenzaron a levantarse; se escuchaban murmullos de confusión. Nerella no podía apartar los ojos de Dorian; temió lo peor por un momento y deseaba ver sus ojos una vez más antes del final.

Pero nada la preparó para lo que presenció. Todos comenzaron a hablar por lo bajo, con temor.

Tirada sobre el suelo de la sala, había una chica de largos cabellos rubios y largas alas blancas.

Nerella tuvo la necesidad de levantarse de su lugar y acercarse a la joven ante la atenta mirada de todos. Se arrodilló en el suelo y retiró con suavidad el cabello del rostro de la muchacha. Ella se movió y se quejó, llevándose una mano sobre la frente. Nerella la ayudó a sentarse y, al sentir el plumaje y la suavidad de sus alas, se estremeció.

—¿Mamá? —dijo la joven mientras se reincorporaba —, no vas a creer el sueño extraño que tuve...

CAPÍTULO 12

—**H**elena, un gusto tenerte; sé que debes estar nerviosa al ser tu primera vez frente a las cámaras — habló con una simpática sonrisa Emily Roos, periodista de *Sunday Chanel*—. Dime, ¿cómo se han conocido con Adam?

Helena se removió nerviosa sobre su asiento; a su lado estaba Adam. Él había llamado a Emily para realizar una entrevista. La invitaron a participar de un programa en vivo y, la verdad, estaba aterrada.

No dejaba de sudar, y lo que más le molestaba era sentir la transpiración en sus manos. No podía dejar de pasar las palmas sobre su falda para secarlas. Tampoco podía dejar de mover su pierna en un movimiento frenético, y su corazón, de un segundo a otro, saldría brincando encabritado de su pecho.

Adam, en varias ocasiones, le ofreció un poco de agua y le abrazó los hombros masajeándolos con suavidad, infundiéndole ánimos. Pero no la estaba ayudando. ¡Maldición! Esa luz la estaba calcinando.

Emily se aclaró la garganta y la animó a responder. Adam, a su lado, se removió incómodo. Helena solo se dedicaba a mirar la luz roja de la cámara hipnotizada.

—¿Estás bien? —le preguntó tomándole la mano. Ella giró el rostro para mirarlo.

—Creo que no voy a poder hacer esto.

Emily intervino. No quería que ella se fuese, ¡estaban en vivo! Y los números eran muy favorables.

—Helena... —la llamó con un dulce tono de voz —... ten calma. Haz de cuenta que las cámaras no están y que solo somos tú, Adam y yo. ¿De acuerdo? —Helena asintió y lanzó un sonoro suspiro.

—A Adam lo conocí a través de Internet —comenzó con un leve temblequeo en la voz—, fuimos hablando, conociéndonos poco a poco, y un día él se apareció en Atenas.

—¡Vaya! ¡¿Así que tú, Adam, viajaste a Atenas?!

—Sí, Emily. Quería sorprenderla y contraté su tour por la ciudad. Es una

excelente guía.

—¿Qué sentiste, Helena, cuando lo reconociste?

—Ah... mmm... yo me sorprendí mucho. Jamás imaginé que él viajaría a buscarme.

—Eso habla de que Adam es un romántico empedernido. ¿No crees?

—Soy romántico, pero Helena lo es más que yo; me llevó a cenar en el medio del cielo, y esa fue la experiencia más increíble de mi vida.

—Tenemos imágenes de eso.

Helena se removió incómoda cuando en la enorme pantalla aparecieron las fotografías de ellos.

—Helena, hace varios días circulan en la Web imágenes tuyas subidas de tono, por así decirlo.

¿Qué tienes que decir al respecto?

—Bueno... soy una mujer que ha tenido muy mala suerte con los hombres, salvo con el padre de mi hija, Neal, al que conozco de toda la vida. Y, al ser una mujer libre, experimento, me gusta innovar; entablé una relación con un hombre una vez a través de un chat. Me pidió fotos; él me envió tuyas y, aparentemente, no las borró de su computadora. Cuando vio la oportunidad de venderlas, lo hizo. Fui ingenua, una tonta; él dijo que iba a borrarlas y claramente no lo hizo.

—¿Cómo te hace sentir toda esta situación?

—La verdad, horrible. Estoy pasando por un infierno. Siento que han violado mi privacidad, y estar en boca de todo el mundo y que me señalen con el dedo o murmuren al verme pasar es frustrante.

—Involucrarte con una celebridad de Hollywood siempre tiene consecuencias.

—Pero eso no les da el derecho de juzgarme —respondió enojada Helena.

—Tienes razón, Helena, por eso estás aquí hoy, para aclarar todo este malentendido.

—Espero que ahora deje de hostigarme la prensa.

—Eso no lo puedo asegurar, Helena —retrucó con una sonrisa Emily—. Adam, ¿deseas decir algo?

Estás muy callado y es inusual en ti.

—Quiero que todos sepan que Helena y yo estamos juntos, ahora. Vamos a

intentarlo —afirmó uniendo su mano a la de ella, apretándola ligeramente.

—¡Eso es maravilloso! Les deseo todo lo mejor.

La entrevista duró quince minutos más, durante los cuales Emily se dedicó a preguntar a Adam sobre su nueva película. Helena quedó replegada en un segundo plano y eso, ciertamente, la relajó bastante.

Una vez finalizado el programa, regresaron a la casa de Adam. El viaje fue en completo silencio.

Ella estaba perdida en sus pensamientos mirando por la ventana.

Beatriz los recibió con unos bocadillos y un buen vino, que mejoró enormemente el humor de Helena. Había entablado una cálida relación con la ama de llaves: era una señora noble y bondadosa, y quería mucho a Adam.

Después de haber comido, subieron a la habitación. Él se fue a dar una ducha y ella aprovechó para meterse en la cama; estaba agotada. Los nervios por ser entrevistada en vivo la habían extenuado.

Sintió el colchón hundirse a su lado, y el perfume de Adam invadió sus fosas nasales; elevó las comisuras en una sonrisa; adoraba su aroma varonil, la volvía loca. Abrió lentamente los párpados y se encontró con sus dulces ojos celestes sobre ella.

Estaba recostado boca abajo con una toalla blanca alrededor de su cintura, con el brazo apoyado sobre el colchón. Usaba su mano como sostén de su cabeza; algunos mechones húmedos caían sobre su frente. Con la mano libre le acarició la mejilla y le tocó los labios; Helena besó las yemas de sus dedos. Ese simple y casto beso lo encendió.

—¿Cómo estás?

—Abrumada —reconoció suspirando.

—Tranquila —apoyó la mano sobre su abdomen plano y la acarició con suavidad—, todo volverá a ser como antes, Helena.

Ella desvió sus ojos y se concentró en el techo blanco de la habitación. Él se percató de que algo no estaba bien.

—Helena... ¿qué sucede?

Se volvió hacia él.

—No lo sé, pero tengo una extraña sensación en el pecho. Como si algo malo está por pasar. — Adam enarcó una ceja y la miró extrañado —, no me mires así. De un momento a otro sentí que algo va mal.

—Es por la entrevista, Helena. Has pasado por un momento de mucha tensión y estabas muy nerviosa, es eso. Trata de pensar en otra cosa; yo me ofrezco a distenderte si quieres —ronroneó en su oreja para luego besarla en la curvatura de su cuello.

Helena cerró los ojos e intentó disfrutar de los labios masculinos sobre su piel. Adam tenía razón: todo se debía al estrés por la entrevista.

La sujetó por las muñecas, elevando sus manos por encima de su cabeza y la besó de manera impetuosa, uniendo su lengua con delirio en la boca femenina. Helena le arrancó la toalla húmeda y la tiró al suelo; él la desnudó con suavidad, acariciando con sus grandes manos su blanca y tersa piel, siguiendo las curvas de su cuerpo, provocando un cosquilleo por donde sus dedos la tocaban.

Los gemidos se escaparon de su boca al notar la dureza de su miembro que presionaba sobre su cadera. Adam besó sus labios y tomó entre sus manos los pechos y los acarició con excitación, bajando su cabeza para cubrir con sus labios sus erectos pezones. Helena contuvo el aire ante ese húmedo contacto.

Adam besó la cumbre de sus pechos, y los jadeos de ella lo trastornaron, acabando con su cordura.

Incapaz de contenerse por más tiempo, se colocó sobre ella y la penetró con vehemencia. Hundiéndose en ella. Helena enterró los dedos en sus nalgas obligándolo a intensificar la pasión. Incrementando el fuego de su cuerpo, el placer estalló en su vientre, llevando descargas a todas sus terminaciones nerviosas; se convulsionó debajo del cuerpo masculino. Llevando a Adam al límite de su control, buscó su boca casi con desesperación, emitiendo roncosp gruñidos, devorándola con demencia. Sus lenguas se entrelazaron en una batalla gloriosa. La penetró con ímpetu, hasta alcanzar un orgasmo violento y delicioso. Se dejó caer sobre su cuerpo, hundiendo su rostro en la curva de su clavícula, sonriendo contra su piel.

—¿Aún sientes ese malestar en el pecho?

Helena sonrió contra su hombro y lo mordió con delicadeza.

—Se ha ido. Reconozco, señor Cooper, que su método para tratar el estrés es altamente efectivo.

Giró sobre su cuerpo y se recostó a su lado; apoyó su mano en la línea de su cintura, atrayéndola hacia él, le besó la punta de la nariz.

Ella se acurrucó sobre su pecho, y poco a poco su respiración se fue

relajando, hasta ser suave, profunda y pausada. Adam la contempló dormir por varios minutos hasta caer rendido en los brazos de Morfeo.

Gía se puso de pie mirando fijamente a Nerella. Aún estaba un poco aturdida por el golpe en la cabeza; esa mujer que tenía frente a ella era igual a su madre, pero al mismo tiempo no lo era. Miró todo a su alrededor, y entonces comprendió que estaba en el otro lugar, otro tiempo.

Ella era el centro de atención de todos los presentes; no dejaban de observarla. En sus semblantes había desconcierto, preocupación, devoción; algunos murmuraban por lo bajo. Captó la palabra «diosa» por encima de las voces. No sabía qué hacer ni qué decir; todo era demasiado confuso.

—¿Quién eres? —preguntó una voz masculina rompiendo los murmullos, sumiendo la estancia en un silencio sepulcral. Critias se acercó a ella. Gía se volvió hacia el hombre que se acercaba.

—Mi nombre es Gía. Vengo de un lugar muy, muy lejano.

—¿Qué quieres aquí? Estás asustando a todos mis invitados —Critias se acercó a ella e intentó tomarla del brazo para sacarla de allí, pero no pudo tocarla ya que sus dedos traspasaron el cuerpo de la chica. Una serie de murmuraciones comenzaron a inundar la sala.

Gía se quedó mirando al hombre, y entonces lo reconoció: era el hombre que a veces pintaba en sus dibujos. Ocurría igual que con la mujer parecida a su madre: ella creía que era Helena, pero no.

Viéndola ahora frente a ella, no tenía dudas de que la mujer que pintaba era ella.

—¿A qué has venido? —preguntó Critias.

—Fue un accidente, no debía venir aquí. No pretendo asustarlos —miró hacia arriba, buscando el hoyo por el cual había caído —, solo deseo ir a casa.

Una mujer se le acercó y se arrodilló ante ella susurrando por lo bajo una oración a los dioses; luego le besó los pies. Todas las personas de la sala comenzaron a imitar a la mujer y de un momento a otro Gía se vio rodeada de personas adorándola.

Su mirada se encontró con la gemela de su madre y luego miró más atrás; unos ojos azules captaron la atención de Gía, lo reconoció al instante. Era el antepasado de Adam; elevó una mano saludándolo y regalándole una sonrisa. Nerella no se perdió detalle de los movimientos de la joven.

Critias estaba frenético; de un segundo a otro todo se había vuelto caótico. Sin dudar, fuera de sus cabales echó a todo el mundo a salir de su casa. Al principio, muchos se negaron de alejarse de la «diosa» pero, cuando él convocó a los hoplitas, dejaron la residencia sin poner objeciones.

Gía miraba absorbiendo todo a su alrededor; estaba apabullada. Intentaba comprender qué hacía ella allí. Y no encontraba sentido alguno.

Minutos después, solo quedaron en la sala Gía, Nerella, Rhea y Critias. Nerella la invitó a sentarse. Rhea se acercó a ella y la miró detenidamente, estudiando los rasgos de esa joven. El parecido con Nerella era evidente.

—¿Dónde está tu hogar? —preguntó Rhea.

—Muy lejos.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Me sometí a una sesión de hipnosis.

—¿Hipnosis? —preguntó desconcertado Critias —, ¿qué clase de hechicería es esa?

—¿Hypnos? —indagó Rhea.

—¿Qué significa? —exigió saber Critias, mirando impaciente a la pelirroja.

—Hypnos es la personificación del sueño, hijo de Érebo, dios de la oscuridad y la sombra y Nix, diosa de la noche. Hermano gemelo de Thánatos, dios de la muerte y padre de Morfeo, el dios del sueño.

—Eso no explica qué está haciendo aquí.

—Fue sometida a este tipo de sueño inducido. En algunos templos se usa este método para tratar dolencias; sumergen a una persona en un estado de sueño para curar todos sus males.

—Es una blasfemia, Rhea —juzgó con enfado Critias.

—¡No es una blasfemia! —objetó Gía, mientras se levantaba de su asiento —. Lo que ella está diciendo es cierto.

Se volvió enfurecido hacia la intrusa.

—¡No me hables en ese tono! No me conoces, no tienes idea de lo que soy capaz.

Gía rompió a reír a carcajadas; Nerella intentó contener la risa al ver la expresión de Critias por el descaro de esa jovencita. Decidió intervenir antes de que él perdiera el control.

—Créame, sé mucho de usted; encontré información suya en Google. —Él la miró intentando comprenderla.

—Has dicho que te llamas, Gía, ¿es así? —Ella asintió—. ¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—¿Tienes padres?

—Sí.

—¿Dónde están ellos ahora?

—Mi madre se fue a buscar a Adam a Londres y mi padre vive en Atenas.

—¿Tú padre vive en Atenas? —preguntó Critias.

—Sí, pero no aquí. En otra Atenas, en una Atenas de otra época. Su nombre es Neal Abignali.

—Esta situación me está provocando dolor de cabeza —admitió el hombre.

—Yo no quiero ocasionarles problemas; quiero volver a casa, pero no sé cómo.

—Tal vez yo pueda ayudarte —comentó Rhea —; tengo unos libros que quizás sirvan. Pero debo ir a casa por ellos.

Gía se quedó observando la figura de Rhea desaparecer por la puerta.

—¿Quieres algo para beber? —preguntó amablemente Nerella.

—Un poco de agua estará bien.

Pocos minutos después, un niño entraba con una jarra de agua fresca. Gía se quedó hipnotizada con el niño y, cuando vio sus ojos, ese verde esmeralda tan particular, no le quedó duda de que ese pequeño era Alón. Se acercó a él y se arrodilló a su altura, le acarició el rostro, y el niño le regaló una sonrisa desdentada.

—¿Eres un ángel?

Gía sonrió ante su ocurrencia, y negó con la cabeza; depositó un beso en la frente del niño y tomó el agua que le ofrecía.

—Muchas gracias, Duka —agradeció Nerella.

—Ese niño se parece a un amigo —le explicó Gía.

Critias se sentó en un diván y bebió un poco de vino; tenía la vista fija en esa muchachita. Él no era un hombre creyente de los dioses; de hecho, era bastante escéptico pero, al verla aparecer de la nada y con esas alas, sintió que todo se escapaba de su control y entendimiento, y era algo que no lograba comprender. Decía venir de otra era, pero no le creía. Tenía un increíble parecido con su esposa, y eso lo descolocaba.

Rhea tardó en regresar; entró agitadísima y con la mirada desencajada.

—Afuera hay una gran cantidad de personas que solicitan ver a la «diosa» —comentó al entrar a la sala—, dicen que la tienes retenida en contra de su voluntad. Que ha venido a bendecir la ciudad, a librarla de tu tiranía.

—¡Maldición! —Critias se pasó las manos por el cabello despeinándolo—.
¿Trajiste el libro?

Gía se levantó de su asiento, y Nerella la imitó. Rhea dejó el pesado volumen sobre una larga mesa. Era un libro grande, grueso y muy viejo; su encuadernación era de cuero negro, cosido con hilos en rojo, y en su portada había una espeluznante calavera. Tenía una especie de traba y sobre esta una pequeña daga.

Rhea tomó la daga, se cortó la palma de la mano y vertió varias gotas de sangre sobre la calavera; la traba saltó, y el libro se abrió. Pasó las hojas sin un orden aparente, buscando, y entonces lo encontró. Giró el libro para mostrarles.

—¿Qué es?

—Es un ritual para invocar a Morfeo. Él te sumirá en un sueño profundo y, en teoría, tú debes regresar de donde vienes.

—¿Es peligroso? —se interesó por saber Nerella.

—No, no lo es —aseguró Rhea.

—¡Hagámoslo! —dijo con convencimiento Gía.

—Vamos a necesitar algunas cosas —explicó.

—¿Qué cosas? —preguntó Nerella.

—Dos velas, una blanca y una negra, un pedazo de pergamino y tinta, sal, una tela negra, un vaso de agua y otro de vino, una brújula y cinco piedras.

—Iré enseguida por todo —obedeció Nerella y salió de la sala.

Gía respiró el ambiente hostil entre la mujer pelirroja y Critias. Se miraban

de manera desafiante; tenía muchas ganas de desaparecer de ese lugar. Quería volver a casa.

No supo cuánto tiempo pasó, pero se escuchaban los gritos de la multitud que exigían por ella; Critias estaba al borde de un ataque de nervios. Deseaba revertir esa situación; quería que la muchacha se fuese: su permanencia no hacía más que perjudicarlo.

Nerella ayudó a Rhea con los preparativos del ritual, pero lo hizo en silencio; no le dirigió la palabra.

Trazó un gran círculo de sal en el suelo de la sala. Rhea acomodó las piedras alrededor del círculo; la primera la acomodó al este, donde estaría la cabeza de la joven. Las otras dos las colocó en dirección noreste y sureste, donde estarían sus manos; las otras dos en dirección noroeste y suroeste. El norte lo marcó con la vela negra y con la copa de vino, mientras que el sur con la vela blanca y con el vaso de agua.

Le pasó el pergamino a Gía.

—Escribe algo que te relacione con tu hogar. Dobla el pergamino y envuélvelo con la tela negra.

Tendrás que acostarte dentro del círculo.

Gía asintió, pero antes de entrar se acercó a Nerella y, sin más, la abrazó. Critias se aclaró la garganta, incómodo. El interior de Nerella se agitó al sentir los brazos de la joven rodearla, con afecto. Todo su ser se estremeció.

Entró en el círculo y se recostó siguiendo las indicaciones de Rhea; extendió sus manos hacia las piedras, al igual que sus piernas. Imitando al *Hombre de Vitruvio*, de Leonardo DaVinci.

Rhea le ordenó que tomara entre sus manos el pergamino envuelto y se concentrara en lo que tenía escrito.

Luego apoyó la brújula sobre la frente de Gía y comenzó a recitar unas palabras en un idioma antiguo; las velas se encendieron con una ráfaga de aire. Nerella contuvo la respiración.

Gía cerró los ojos e intentó relajarse; se concentró en ese cuarto con la puerta en el suelo y la escalera; se vio a ella ahí mismo, abrió la puerta y comenzó a descender los peldaños. La voz de Rhea le llegaba lejana; sintió un vértigo en la boca de su estómago y, entonces la sensación de caer regresó, y la negrura la envolvió. Podía escuchar los latidos desbocados de su

corazón; una luz muy intensa la cegó. Segundos después, despertaba exaltada en la sala de su profesora Francesca, que la miraba con una expresión indescifrable; entre sus manos tenía una tela negra con un pergamino dentro.

Se materializaron en la sala blanca; Helena sonrió al ver a Adam y se tomaron de la mano, esperando el temblor previo antes de aparecer en la antigüedad, pero nada sucedió. En cambio, Rhea apareció ante ellos. Adam refunfuñó por lo bajo al ver a la mujer; definitivamente no le caía bien, no confiaba en ella.

Rhea se acercó a ellos con cautela y con la mirada fija en ambos. Cuando los tuvo frente a ella, desvió sus ojos hacia Helena. Fue entonces cuando Helena se percató de que algo no andaba bien; la sensación en su pecho regresó con más fuerza.

—¿Sucede algo? —se animó a preguntar con un hilo de voz.

—Sí, ha ocurrido algo muy extraño: tuve un nuevo recuerdo, algo que pasó en el pasado y tiene que ver con tu hija, Helena.

—¿Qué? ¿Con Gía?, ella no tiene nada que ver.

—Lo sé, pero ha estado en la casa de Critias el día que se celebraban la Panateneas; apareció cayendo del cielo e interactuó con nosotros.

—¿Cómo puede ser posible, Rhea? —preguntó a punto de un ataque de histeria.

—Hizo una regresión mediante una hipnosis.

—¿Eso puede ser posible? —preguntó Adam; a él también le había sorprendido la noticia.

—Sí, Adam, es posible.

—¿Qué haremos ahora, Rhea? —preguntó Helena.

—Ir a ver qué consecuencias trajo esta inesperada excursión de tu hija.

—¿Puede haber consecuencias?

—Sí, Adam, severas consecuencias. Esta vez me quedaré con ustedes; necesito saber qué va a cambiar.

Se tomaron los tres de la mano, y todo a su alrededor comenzó a girar; segundos después, aparecieron en la sala de Critias.

Helena enseguida reconoció a Gía acostada en el suelo, sosteniendo algo

entre sus manos; tenía ganas de recorrer la estancia y estrangular a su hija, pero a los pocos minutos desapareció, y un haz de luz los cegó por completo.

Cuando recuperaron la visión, vieron a Nerella, Rhea y Critias, que miraban el círculo vacío.

—Te has lucido, Rhea —elogió en un tono aliviado—. Su intromisión ha desencadenado un revuelo en la ciudad; debo ir a poner orden.

Salió de la sala maldiciendo por lo bajo.

Rhea le dedicó una mirada a Nerella, que la observaba con intensidad.

—Has hecho un gran trabajo al enviarla nuevamente a su hogar.

—¿Esa es tu forma de darme las gracias por haberla ayudado?

—Interprétalo como más te agrade, Rhea.

—Era una chica muy parecida a ti, ¿lo notaste?

—No sé de qué estás hablando.

—¡Vamos, Nerella! ¡Admítelo, era como estar viéndote a ti a su edad!

Se produjo un silencio incómodo. Nerella no quería seguir hablando con ella; le dedicó una última mirada y giró sobre sus talones, alejándose rumbo a su alcoba.

Al entrar, recostó su espalda sobre la madera de la puerta, lanzando un largo suspiro; cerró los ojos e intentó relajarse. Había sido una jornada agitada. La llegada de esa muchacha por unos momentos la hizo olvidarse de que Dorian había regresado. Y, al recordarlo, sonrió. Volvió por ella. Esa certeza la llenaba de vitalidad.

Se sintió renacer de un momento a otro al reconocer sus ojos, en ese breve segundo en que sus miradas se cruzaron.

Caminó hasta su lecho y se recostó; apoyó una mano sobre su vientre mirando hacia el techo. Entonces lo escuchó: alguien se estaba colando por la ventana. Se reincorporó como un resorte. Él detuvo su avance al verla; ella se puso de pie, y sus ojos se abnegaron de lágrimas. Sus miradas se entrelazaron, encadenándose, reconociéndose.

Entonces Nerella cortó la poca distancia que los separaba, se arrojó a sus brazos, buscando cobijo; apoyó la mejilla sobre su pecho y escuchó los latidos de su corazón. No logró contenerse y comenzó a llorar.

Dorian hundió la cara en el cuello de Nerella, absorbiendo el aroma silvestre que despedía su piel. Se embriagó de ella, la estrujó con fuerza,

anhelo y frustración. Sintió la delgadez de su cuerpo al poder sentir sus huesos y se odió por condenarla a vivir ese infierno.

El pecho de Nerella se agitaba de manera desgarradora, sus respiración era errática y no dejaba de susurrar por lo bajo.

—¡Has regresado, amor mío! No es otro sueño: eres real —musitó acongojada.

—Sí, Nerella, he vuelto por ti. Vine a buscarte, mi amor. Tengo un barco; nos llevará lejos de Atenas, comenzaremos juntos una nueva vida. Te he echado de menos; los días sin ti fueron una eterna agonía. Yo jamás creí en los dioses, pero rezaba una plegaria todas las noches, pedía por ti por que resistieras; rogaba llegar a tiempo y sacarte de aquí. Te amo tanto, Nerella...

—¡Oh, Dorian! Te amo, amor mío. Si aún estoy viva, es solo por ti; tu recuerdo y tu promesa me mantuvieron con vida.

Se escuchó ruido en los pasillos, y Dorian estaba listo para escabullirse. No debía haber ido, pero no había podido resistir una noche más lejos de ella. Los pasos siguieron de largo y respiraron aliviados; eso les recordó que podían ser descubiertos de un momento a otro.

Sin darle tiempo a nada, la aprisionó contra la pared y se apoderó de su boca con un anhelo desmesurado. Nerella apoyó las manos en sus brazos, sosteniéndose; podía asegurar que, si él la soltaba, caería al suelo. Abrió la boca permitiendo que la lengua masculina invadiera toda su cavidad, entregándose por completo a ese beso. Enredó sus dedos en el cabello de él y se pegó a su cuerpo, ahogando dentro de su boca un gemido.

Dorian dejó de besarla; tomó el rostro de ella entre sus manos y con los pulgares acarició sus mejillas, sin separar un ápice sus frentes. Nerella levantó los párpados y le llevó unos segundos ver con claridad; una especie de fiebre placentera recorría sus venas. Miró a Dorian a los ojos y pensó: «¡Por Zeus, qué bello es!».

Él le regaló una sonrisa, y sus dientes blancos brillaron en la penumbra de la habitación.

—Debo irme, Nerella, créeme que es lo que menos deseo, pero es peligroso que esté aquí.

—Lo sé, ¿cuándo volveré a verte?

—Pronto. Necesito que prepares tus cosas, que tengas todo listo; regresaré

y nos iremos.

Volvió a besarla con ímpetu. Estaba excitado; su miembro crecía, y una puntada lo golpeó en la ingle. Le hizo pensar en cuánto deseaba estar dentro de ella; debía detenerse o la tomaría allí mismo a merced de ser descubiertos. Nerella se aferró a sus hombros, besándolo de forma salvaje, entregándose a él en ese beso.

—Debo irme, amor mío —depositó un último beso sobre sus labios; la soltó renuente y se escabulló por la ventana.

Nerella se quedó de pie mirando la ventana. Así la encontró Critias al entrar en la habitación; la notó sonrojada, con los labios hinchados y rosados como una fresa.

—¿A ti qué te pasa? Estás alterada.

Ella se sobresaltó al escuchar su voz; se giró hacia él e hizo un gesto con la mano restándole importancia.

—Estoy pensando en la muchacha que apareció.

—¡Esa niña me trajo demasiado dolores de cabeza! —se recostó en la cama—. Los hoplitas tuvieron que reprimir a los hombres y mujeres que no querían irse sin antes volver a ver a la «diosa».

¡Su aparición arruinó el simposio!

Nerella asintió y se recostó en el lecho; notaba a Critias exhausto.

—Descansa, no tienes buen semblante.

—¿Cómo quieres que tenga buen semblante?, esa chiquilla impidió que terminara de arreglar asuntos importantes.

—Puedes hacer otro banquete para cerrar tus negociaciones.

Critias murmuró por lo bajo una maldición y cerró sus párpados; se quedó dormido al instante. A Nerella le fue imposible conciliar el sueño: aún podía sentir el sabor de los labios de Dorian sobre los suyos.

—¿Dónde estabas, chico? —preguntó con voz grave Thanos cuando Dorian entró en la pequeña habitación.

Él lo miró por varios segundos, pensando una excusa; finalmente optó por

desviar la mirada, caminó hasta su lecho y se sentó.

—Fui a verla —reconoció; simplemente, no podía mentirle al viejo.

—¿Acaso te has vuelto loco?

—¡No!, pero... necesitaba hablarle. —Thanos bufó—. Había un importante revuelo en la casa.

Nadie me vio. La aparición de ese ángel revolucionó la ciudad.

—No es un ángel, es una «diosa»; cuando la vi aparecer, tuve un estremecimiento, ¿viste sus alas? —Dorian asintió; él también se había quedado impactado, sobre todo por el parecido con Nerella—.

Podría ser Niké; tal vez ha venido a presagiar algo.

—Nunca se sabrá. Desapareció.

—Pero puede volver en cualquier momento.

Dorian se encogió de hombros.

—Dime, muchacho, ¿le has hablado a tu mujer de nuestro plan?

—Solo le dije que regresaría por ella y que nos iríamos en un barco, que tenga sus cosas preparadas.

—¡Bien! Hoy en el banquete hablé con Critias y Cármides; aceptaron el trato. Nosotros los proveeremos de alimentos, y algunos navíos estarán al servicio de ellos. Aparentemente tienen un negocio de contrabando de esclavos, pero eso a mí no me interesa.

—¿Cuándo partiremos de Atenas?

—En pocos días, tres quizá. No vuelvas a ir a verla hasta no tener todo arreglado para zarpar. Y mantente oculto; no queremos que nadie te reconozca.

—Nadie va a reconocerme.

—Es mejor prevenir que lamentar. Mantente oculto, chico.

Se levantó de su lecho y caminó a través de la habitación hacia la mesa, de donde tomó una botella.

La abrió y sirvió dos medidas; dejó la botella y se acercó al joven tendiéndole el trago.

—Aquí tienes, chico. La mejor hidromiel de Atenas, según Cármides. —Dorian tomó la copa que le ofrecía—. Bueno, brindo por que nuestro objetivo sea un éxito.

El viejo llevó la copa a su boca y tragó de un solo sorbo. Dorian lo miró y

sonrió pero, antes de que él pudiese probar la hidromiel, hubo un instante, no mayor que el de un latido, en el cual Dorian se percató de que algo horrible sucedía.

—¡Thanos! —gritó con temor.

El viejo soldado espartano dejó caer su copa para luego desplomarse sobre el suelo; estaba a la mitad de levantarse cuando volvió a caer. Sus extremidades se convulsionaban descontroladamente; caía espuma blanca de su boca, y sus ojos se salían de órbita.

—¡Thanos! ¡Thanos!

Se arrodilló a su lado, pero estaba paralizado de la impresión. El viejo se agitaba, ahogado. Su piel se estaba poniendo azul a falta de oxígeno y hacía gárgaras extrañas. Se convulsionó tres veces más y luego se quedó quieto.

Miró la botella de hidromiel y luego su copa; no pensaba beber: esa bebida había matado a Thanos. Esa certeza lo golpeó muy duro. Y no pudo evitar desplomarse y llorar sobre el cuerpo sin vida del viejo soldado espartano.

Se despertaron; Adam se reincorporó sobre sí mismo y abrazó sus rodillas, escondiendo la cabeza entre estas, completamente compungido. Helena se sentó y acarició su espalda. No era la primera vez que Adam se ponía raro ante la presencia de Thanos, pero ahora no solo estaba extraño, sino que estaba destruido. Su muerte le había afectado demasiado.

—¿Adam?, ¿quieres contarme qué sucede?

Él simplemente la ignoró.

—Vamos, Adam. Dijiste que ibas a confiar en mí, que ya no habría secretos entre nosotros. —Él seguía evitándola—. ¿Conociste a este hombre? ¿O lo viste alguna vez en esta vida?

Adam bufó molesto, se sorbió la nariz y levantó sus ojos hacia ella; estaban rojos e hinchados y, sobre todo, había tristeza en estos.

—Hay cosas, Helena, que jamás entenderías.

—Explícame.

—Lo siento, pero no puedo. —Se levantó de la cama cruzando toda la

habitación y se encerró en el baño dando un portazo.

Helena suspiró, corrió las mantas y se levantó; tomó una bata de Adam y bajó al comedor. Beatriz apareció al escucharla y enseguida dispuso la mesa para el desayuno. Mientras le servía un café, Helena se animó a preguntarle.

—Beatriz, ¿Adam conoció a un hombre que murió pero que es importante para él? —La mujer la miró extrañada.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Sé que suena loco, pero Adam está pasando por un momento difícil y me gustaría poder ayudarlo; hay algo que oculta, lo sé. No puedo llegar a él.

—Su presencia le hace bien. No consume cuando está con usted y no se violenta ni intenta atentar contra él mismo. Estar a su lado lo ayuda, créame. El señor es un hombre solitario y muy desconfiado. Cuando él se sienta seguro, sea lo que sea que le afecte, se lo contará. Dele tiempo, señorita.

—Gracias, Beatriz. No tengo intenciones de dejarlo solo.

La mujer le regaló una sonrisa sincera. En ese instante Adam entró al comedor. Su semblante había cambiado drásticamente; era como si el hombre que se había despertado había desaparecido y volvía a ser el mismo Adam de siempre. Tomó asiento frente a ella y la miró. Beatriz le sirvió su desayuno.

—Gracias, Beatriz —La mujer hizo un asentimiento con la cabeza y luego se retiró.

Adam estiró el brazo sobre la mesa, y Helena tomó la mano que le ofrecía.

—Lo siento, Helena.

—Quiero que sepas que, pase lo que pase, estaré contigo.

Esas palabras calaron muy hondo en él.

—Te amo, Helena.

¿Por qué le costaba tanto decirle que ella también lo amaba? Se odió a sí misma por no ser capaz de abrir sus sentimientos hacia él. Ella también lo amaba, lo sabía, lo sentía en los más recóndito de su ser. Pero por alguna razón le daba miedo abrir su corazón.

Apretó la mano de él entre sus dedos y le regaló su más noble sonrisa; lo miró intentando transmitir en sus ojos lo que ella no podía decir con palabras. Adam elevó las comisuras de sus labios y acarició con el pulgar el dorso de su mano.

—Dime, Helena, ¿has pensado que le dirás a Gía de su intromisión?

Su semblante se oscureció.

—No me lo recuerdes, Adam; deseo estrangular a mi hija. No entiendo cómo demonios llegó allí y mucho menos por qué interactuó con ellos. Sé que prometí quedarme contigo, pero me gustaría regresar a Atenas: me urge hablar con ella.

—Iré contigo.

—Adam, tú tienes tu trabajo, no puedes dejarlo así como así.

—Lo haré. Y, si el director no lo entiende, renunciaré a la película. No me importa. Además, yo también quiero saber cómo hizo para llegar allí. Lo quieras o no, yo soy parte de esto.

—De acuerdo. No puedo obligarte a no ir si realmente deseas acompañarme y ayudarme a resolver todo este embrollo con Gía. Reservaré el primer vuelo a Atenas.

—No, yo lo haré, tengo un amigo que puede conseguirnos un avión privado para hoy por la tarde.

Solo haré un par de llamadas.

—Gracias, Adam.

Un par de horas después, salieron hacia el aeropuerto; como Adam lo había prometido, regresarían a Atenas esa misma tarde. Helena esperaba en la sala de embarcaciones, y Adam había ido a los sanitarios. Fue entonces cuando una mujer se sentó a su lado.

—Hola, Helena. —Ella se volteó para mirar a la desconocida—. No nos conocemos, pero conozco a Adam Cooper y le sugiero que se mantenga alejada de ese hombre. Es peligroso.

—¿Qué dice?, disculpe, señorita, pero usted no puede aparecerse frente a mí y difamar a Adam. Ni siquiera sé su nombre.

—Sasha Lennon, un placer conocerla, Helena. Soy investigadora y durante mucho tiempo investigué a Adam. Hágame caso, no continúe frecuentándolo: no le conviene.

Helena la miró aturdida por unos segundos, tratando de asimilar sus palabras; desvió la mirada unos segundos para ver a Adam a lo lejos acercándose a ella. Se volvió para mirar a la mujer, pero esta había desaparecido. Se quedó absorta en silencio, meditando las palabras de aquella desconocida.

Gía entró en la casa de su padre alteradísima. Después de haberse despertado en la sala de su profesora, esta le contó que había pasado más de doce horas en estado de trance. Prácticamente salió huyendo de allí. Tomó un taxi, y en el camino chequeó su teléfono; tenía más de diez llamadas de Neal, cuatro de Luisa y dos de Alón.

Cruzó el pasillo de entrada hacia la sala y se detuvo en la arcada; su padre, Luisa, Alón y dos agentes de policía estaban allí reunidos, sentados en el sofá. Varias fotografías de ella estaban dispuestas en el centro de la mesa; todas las miradas se posaron en su figura al verla aparecer.

Neal se levantó y se acercó a ella; en dos zancadas la tomó por los hombros y la abrazó. Sentía un enorme alivio al saberla sana y salva; había pasado unas horas de mucho desconcierto al no saber nada de su paradero y, cuando ese muchachito Alón había aparecido por allí buscándola y le había contado que Gía había dejado el baile temprano, pensó lo peor.

—¿Dónde demonios te metiste, jovencita? ¿Tienes una idea de lo preocupados que estábamos?

—Lo siento, papá. No fue mi intención.

—Siéntate, Gía.

Cruzó la sala y tomó asiento en el sofá de dos cuerpos, junto a Alón. Neal despidió a los agentes de policía y regresó a los pocos minutos. Se quedó de pie frente a ella y se cruzó de brazos, esperando una explicación.

—Te escucho, Gía.

—Después de la pelea que tuve con Kiya, la novia de Alón —remarcó.

—Ya no es mi novia —se apresuró a decir; ella lo miró con una sonrisa de lado. Neal se percató del intercambio de miradas de los jóvenes y aclaró su garganta incómodo.

—Eso no es relevante —destacó con voz firme. Gía se volvió hacia su padre.

—La profesora Francesca Desa me acompañó a la enfermería y me invitó a tomar una taza de café a su casa; acepté. Días atrás le entregué unos dibujos a Francesca, y ella quería hablar conmigo, así que me fui a su casa, bebimos el café y me dormí en su sofá por más de doce horas. Al despertar y darme

cuenta de la hora, vine para aquí. Lo lamento; debí enviarte un mensaje, pero jamás había dormido tan profundo en mi vida.

Solo omitió el detalle de decirle que su profesora la había sometido a una sesión de hipnosis; no pensaba decírselo a nadie, tal vez a Alón, pero antes debían hablar de otros asuntos.

—¿Eso es todo?

—Sí, papá.

—Te quedaste dormida.

—¿Quieres el teléfono de Francesca y hablas con ella?

Neal asintió; Gía se levantó de su lugar, tomó el teléfono y marcó el número de su profesora. Luego le tendió el teléfono a su padre, que se alejó para hablar tranquilo al comedor. Luisa le guiñó un ojo, se acercó a ella, la abrazó y le susurró: «Me alegro de que estés bien, cariño». Depositó un beso sobre su frente y se alejó hacia la cocina. Alón se levantó del sofá y caminó hacia ella.

—Cuando llegué y le pregunté a tu padre por ti y, al ver su preocupación al no tener noticias tuyas, yo también me asusté. Me invitó a pasar y me hizo un extenso interrogatorio.

—Lo siento, Alón. Mi intención no fue preocupar a todos.

Levantó su mano y le acarició la mejilla. Gía se estremeció ante ese ligero roce. Neal regresó a la sala y se detuvo en el acto al ver al muchachito vagando con sus dedos en la mejilla de Gía. Quería estrangularlo por atreverse a tocarla. Se aclaró la garganta, y Alón apartó su mano.

—Hablé con tu profesora y confirma tu versión; aunque eso no va a evitar tu castigo, jovencita.

—¿Castigo? —bufó molesta.

—¡Castigada! ¡Sí, señor!, sube a tu habitación y despídete de tu amigo.

—¡Eso no es justo, papá!

—Y espera a hablar con tu madre; veremos si está de acuerdo conmigo sobre el castigo. Nos vemos en otra ocasión, Alón. Gía, acompáñalo a la puerta.

Neal giró sobre sus talones y subió hacia su habitación. Gía guió a Alón hacia la salida. Él salió primero, y ella se quedó debajo del umbral. Alón se volvió hacia ella y le aseguró una vez más:

—Terminé con Kiya anoche; le dije la verdad, que tú me gustas. Se enojó conmigo, me insultó e incluso me dio una bofetada. Hoy por la tarde regresó a El Cairo.

Se produjo un intenso silencio entre ellos. Gía no sabía qué decir, y sus mejillas se sonrojaron al ver que él se acercaba hacia sus labios. Cerró los ojos en el momento en que sus bocas se unieron en un dulce y suave roce. Él se apartó y le regaló una sonrisa.

—Nos vemos, Gía.

Ella lo vio alejarse y se pasó la lengua por sus labios, intentando aplacar las cosquillas que sentía sobre ellos. Cerró la puerta y subió corriendo a su habitación. Se daría una ducha: aún llevaba puesto el disfraz y se sentía incómoda.

Alrededor de las nueve de la noche sonó el timbre en la casa de Neal. Luisa abrió la puerta y se quedó estática al ver a Helena acompañada de Adam Cooper. Se hizo a un lado permitiéndoles el paso y logró balbucear un torpe «Hola».

Neal, al escuchar que alguien se acercaba, se levantó del sillón; le puso pausa a su película y miró a Helena entrar en la sala acompañada del actor.

—¿Helena?! Creí que te quedarías unos días más en Londres. —Se volvió hacia Adam y le ofreció su mano—. Soy Neal Abignali; un gusto conocerte, Adam.

Estrecharon sus manos en un saludo cordial.

—Tomen asiento —Luisa entró en la sala; aún estaba un poco aturdida.

—¿Desean algo de tomar?, nosotros aún no cenamos; pensamos en pedir unas pizzas.

—Suena genial, Luisa.

—Luisa —la llamó Neal—, ¿puedes por favor llamar a Gía? —Ella salió en busca de la joven—.

Antes de que digas algo, déjame decirte que tu hija está castigada.

—¿Qué sucedió?

—Nos hizo pegar un susto de muerte; fue al baile y no regresó a la hora establecida. Estuvo doce horas fuera de casa y nosotros ni noticias de ella.

—¿Dónde estaba?

—Se quedó dormida en el sillón de su profesora, que la invitó a tomar un

café. Lo corroboré con la mujer.

—Neal, yo estoy aquí porque necesito justamente hablar con Gía. ¿Recuerdas lo que te conté la otra noche? —Él asintió—. Bueno, aparentemente, Gía estuvo en el pasado, interactuando con Nerella.

No sé cómo lo hizo, no tengo idea, pero tendrá que dar muchas explicaciones.

—¿Qué?! —preguntó Neal intentando procesar las palabras dichas por Helena.

—Lo que acabas de escuchar. Por eso estamos aquí; su intromisión trajo consecuencias.

En ese momento, Gía entró seguida de Luisa; saludó a Adam chocando sus manos y luego su puño y se acercó a su madre, pero detuvo su avance al percatarse del semblante enfadado de Helena.

—Mamá... deduzco que papá ya te ha contado. —Helena asintió, la joven tomó asiento frente a su madre—. Lo lamento, no fue mi intención preocuparlos.

—Disculpas aceptadas —la perdonó Helena —, aunque hay algo que quiero que me expliques, Gía.

—Dime, mamá.

—¿Cómo rayos hiciste para aparecer en la antigua Grecia e interactuar con Nerella, Critias y Rhea? —A medida que su madre hablaba, sentía que cada vez se hacía más y más pequeña en su lugar; su rostro tomó un matiz rojo—. ¡Estoy esperando una explicación, jovencita!

Luisa miraba a Neal intrigada; sabía que había algo extraño en esa conversación y se sentía fuera de lugar, por ende, decidió ir a buscar algo para tomar.

Gía la vio salir de sala rumbo a la cocina. Helena se aclaró la garganta, captando nuevamente su atención.

—Sigo esperando una explicación.

—Lo lamento; no sabía que eso iba a pasar, mamá. Sí, fui a la casa de mi profesora; hace unos días le había entregado los dibujos que había hecho para estudiarlos. —Hizo una pausa pensando bien las palabras que iba a decir—. Ella, en algunas ocasiones, me mencionó sobre hacer una regresión a través de la hipnosis y bueno... ayer en su casa me lo volvió a ofrecer y acepté. Le pregunté por las pulseras que tienen Adam y tú, y ella me preguntó si deseaba

comprender un poco más. Le dije que sí y me hipnotizó. Algo salió mal, porque en un momento dejé de escuchar su voz y comencé a caer y caí, caí, caí, y cientos de puntos de brillosos se pegaron a mí y la luz me engulló y aparecí allí. Al principio me asusté: no entendía. Había una mujer igual a ti, y entonces me di cuenta de que tú no eras y de que estaba atrapada en otro tiempo. Me asusté mucho. Francesca me dijo, al despertar, que había estado en una especie de trance por horas.

—¿Tú te asustaste mucho? ¿Sabes la sorpresa que nosotros nos llevamos cuando te vimos allí, Gía? Has dejado a una ciudad alterada; creen que una diosa ha descendido sobre Atenas para presagiar algo. Se ha armado un gran revuelo por tu intromisión. Además, jovencita, estoy muy enojada, quiero hablar con tu profesora. ¡Ahora mismo! No tiene ningún derecho de hipnotizarte sin solicitar el permiso mío o de tu padre. Así que, ahora, me llevarás a su casa. Hay varias cosas que deseo decirle.

—¡Mamá!, tú no puedes hacer eso.

— Gía Abignali, llévame a la casa de esa mujer.

—Vamos en mi auto —dispuso Neal—, yo también tengo varias cosas que decirle.

Media hora después el coche de Neal estacionaba en la pintoresca casa de su profesora. Helena se bajó del coche y subió los escalones del pórtico de dos en dos, llegó a la puerta y llamó con insistencia.

Minutos después, Francesca abrió la puerta y miró primero a Helena, luego a Gía regalándole una sonrisa, al actor y al otro hombre, del que supuso que era el padre de su alumna.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Señora, mi hija me acaba de contar sobre la sesión de hipnosis; quiero hablar con usted.

Francesca estudió a Helena unos segundos, para luego hacerse a un lado y permitirles el paso.

—Tomen asiento, por favor. ¿Algo para tomar?

—No, gracias —respondió Helena, sentándose en el sofá grande.

Neal se sentó a su lado, y Adam se quedó de pie, al igual que Gía, admirando la decoración de la sala.

—Gía me comentó sobre su interés de conocer su vida pasada y le ofrecí

una sesión de hipnosis.

Ella aceptó; jamás obligué a su hija a hacer algo que no quisiese.

—¡Pero es menor de edad, señora! —interrumpió Neal. Ella le dedicó una mirada que le estremeció los pelos de la nuca. La forma de sus ojos verdes lo habían alterado.

—Podríamos denunciarla, sin embargo, estamos aquí exigiendo explicaciones.

—Iré por café —dijo la mujer levantándose de su asiento—; será una noche larga —comentó de forma enigmática y salió hacia la cocina.

Gía admiraba la gran biblioteca de su profesora, cuando el lomo de un libro le llamó la atención. Lo sacó de su lugar y sintió un escalofrío. Era un libro negro, de cuero, cosido con hilo rojo y con una calavera tallada en su portada. Volvió a dejarlo en su lugar, completamente contrariada y confundida.

Adam, al igual que Gía, inspeccionaba toda la estancia, pasando la vista por las pinturas, esculturas, y todas las antigüedades que allí había, hasta que sus ojos se detuvieron sobre un rústico escritorio de madera labrada. Era oscuro y macizo; sobre este había una computadora, varios libros apilados, un bloc de notas y, a su lado, el objeto que había llamado su atención: unos lentes grandes con armazón de pedrería.

Francesca regresó con una bandeja con varias tazas y una cafetera humeante. Dejó la bandeja sobre la mesa ratona y sirvió las tazas en silencio. Helena la estudiaba; era una mujer de unos cincuenta años, tenía el cabello colorado con un dejo de canas que lo aclaraban; era de contextura delgada y tenía una piel muy cuidada. Sus ojos eran de un verde intenso.

Francesca le entregó una taza; ella la tomó y la dejó sobre la mesa. Sus dedos se rozaron por un breve segundo y Helena percibió una especie de electricidad ante su contacto. El silencio fue roto por Adam, que se volvió hacia la mujer, sosteniendo los anteojos de armazón.

—¿Dónde consiguió estos anteojos? —Su pregunta captó la atención de todos los presentes en la sala.

Helena miró los anteojos que Adam sostenía en sus manos, y ella también los reconoció. Neal y Gía miraban los lentes sin ningún interés particular. Francesca, en cambio, elevó las comisuras en una sonrisa.

—¿Fue usted, no es así?, usted nos entregó las pulseras, reconozco estos

anteojos.

Francesca amplió aún más su sonrisa y se volvió hacia él.

—Siempre has sido un gran observador, Adam —reconoció Francesca con un dejo enigmático en la voz.

Una ola de frío lamió la espina dorsal de Helena, haciéndola estremecerse. La forma en la cual esa mujer hablaba, su tono de voz y sus ojos la confundían. La observó con detenimiento buscando una respuesta satisfactoria, pero no la encontraba.

Adam, en cambio, estudió a la profesora de Gía y, no sabía cómo, tampoco lo podía explicar, pero estaba seguro de que esa mujer no era quien decía ser. Entonces tuvo una revelación.

—¡Eres tú!, más vieja y arrugada, pero eres ella... ¡es imposible! —dijo pasando sus manos frenéticamente por su cabello despeinándolo.

—¿De qué hablas, Adam? —preguntó Helena, confundida.

—¿Acaso no te has dado cuenta de quién es esta mujer? ¡Mírala, Helena! Es Rhea.

Cuando de los labios de Adam salió ese nombre, Helena pudo comprobar que sí: era una versión mucho más vieja de Rhea. O se le parecía demasiado.

—¿Rhea? —preguntó con cautela.

Francesca se volvió hacia ella y asintió por un breve segundo.

—¡Aguarden un momento! ¿Quién rayos es Rhea? —preguntó Neal confundido.

—¡Oh, por Dios, eres tú! ¿Pero cómo es posible? ¿Cuántos años tienes?

—Soy yo, Helena, soy Rhea y sí, efectivamente fui yo quien les entregó las pulseras. —Hizo una pausa; Helena estaba pasmada tratando de asimilar la información—. Puede ser que haya exagerado un poco y les pido disculpas si los asusté, pero siempre me gustaron las presentaciones dramáticas y el factor sorpresa: me genera más emoción.

Agarró la taza de café entre sus manos y tomó asiento en el sillón individual; bebió un par de sorbos y los observó.

Adam y Helena estaban por lo visto en una especie de trance; Gía y su padre los miraban intentando comprender qué era lo que sucedía, pero no lograban entenderlo. Aunque la joven tenía una pequeña idea.

—Soy yo, Helena, soy Rhea. Y sí, soy esa Rhea. Jamás existió otra.

—Pero entonces tú tienes, ¿cuántos años?, ¿miles de años?

—Viví varios siglos, sí. Y no siempre luzco de la misma manera.

Ante la atenta mirada de todos los presentes, Rhea se pasó las manos por el rostro, desde el mentón hacia la nariz, ojos, frente y cabello, mientras pronunciaba un cántico extraño en un idioma antiguo. El rostro de la mujer comenzó a cambiar, o mejor dicho, a rejuvenecer; las arrugas de su rostro fueron desapareciendo, y su cabello, antes entrecano, ahora relucía con un rojo furioso. Ahora, la mujer frente a ellos no tenía más de veinte años.

Neal prácticamente se cae del sofá al verla por la impresión que le causó, y Gía estaba estática mirando a su profesora. Enseguida comprendió que la mujer que tenía delante era la misma que la había ayudado a regresar en la antigüedad.

Helena, luego de la sorpresa inicial, se volvió hacia ella enfurecida.

—¿Cómo te atreves a involucrar a Gía en esto?, ¿acaso te has vuelto loca, Rhea?

—¡No!, no me he vuelto loca; como te dije una vez, los he visto en todas sus vidas pasadas, y jamás logré evitar la tragedia de Dorian y Nerella, pero ahora Gía me ha dado una nueva esperanza.

—No quiero que ella te dé esperanzas, no la quiero metida en esto, ¡por Dios, Rhea! Dime la verdad, porque te juro que no respondo de mí.

—Esa es la verdad, Helena. Dedicué toda mi vida a ti y Adam, intentando remediar todo el daño que les causé. —Hizo una pausa, seguida de un largo suspiro; apoyó la espalda en el sofá e intentó relajarse; se llevó la mano a la frente, en un gesto pensativo—. Lo mejor será que comience a explicarles desde el comienzo. ¿Alguien desea ir al baño?, porque va a ser una historia muy larga...

El relato de una hechicera ateniense

Luego de la muerte de Dorian y Nerella, todo fue de mal en peor. Tras la sentencia de muerte de Terámenes, Critias reunió al resto de los treinta; creyeron que ahora podían gobernar sin miedo como tiranos y someter al pueblo a su antojo. Advirtieron a todos los ciudadanos que no figuraban en la lista de los tres mil que no se acercasen a la ciudad; a muchos otros los sacaron por la fuerza, apoderándose de sus bienes personales, casas y

tierras.

Muchos ciudadanos huyeron como fugitivos. Después de esto, Trasíbulo se lanzó desde Tebas escoltado por unos setenta hombres a tomar la fortaleza de File, un lugar estratégico.

Los treinta acudieron desde la ciudad con miles de hombres, las caballerizas y los hoplitas a recuperar la fortaleza. No bien llegaron, atacaron, pero nada consiguieron. La intención de los treinta era cortar la entrada de víveres, pero durante gran parte de la noche cayó una abundante nevada. La nieve les impidió regresar, perdiendo hombres por el frío y por los ataques sorpresivos de los File. Se dieron cuenta poco después de que cortar el suministro de comida era una pérdida de tiempo; ellos vivían del saqueo a los campos.

Critias envió hombres a diferentes puntos de la frontera. Trasíbulo, mientras tanto, reunió alrededor de setecientos hombres y sorprendió a las tropas de los treinta en un ataque nocturno. Murieron esa noche más de ciento veinte hoplitas. Critias determinó que esa zona ya no era segura; dio órdenes a la caballeriza de regresar al Eleusis. Allí reunió al pueblo y dio un discurso donde invitaba a todo hombre ateniense a combatir por la ciudad.

Trasíbulo se hizo con la fuerza de más de mil hombres en File.

Critias, al enterarse de esto, acudió con el resto de los treinta, los laconios, la caballeriza y los hoplitas, avanzando por el camino de carros que lleva al Pireo.

Las tropas de Trasíbulo le impidieron subir durante cierto tiempo, pero luego todo se volvió caos y muerte; hubo una emboscada, y muchos hombres de ambos bandos perdieron la vida.

Las fuerzas del ejército de Critias comenzaron a flaquear; él, sabiéndose vencido, escapó de la batalla hacia las llanuras, donde murió al ser sorprendido por una guarnición de ocho hombres de Trasíbulo.

Después de la muerte de Critias, hubo un tiempo de incertidumbre en Atenas; algunos de los treinta que sobrevivieron se reunieron con Trasíbulo y, poco después, se restauraba la democracia en Atenas de su mano. En el proceso, una horrible peste azotó la ciudad y mató a cientos de hombres, mujeres y niños, entre ellos, mi madre, Ophelia.

Nada me ataba ya a Atenas; tomé mis pocas pertenencias y abandoné la ciudad. Tomé un barco en el Pireo sin ningún rumbo fijo. Dejé que el destino

guiara mi camino.

Varias semanas después, desembarqué en Egipto. Mi estadía allí fue breve; una noche, mientras cenaba en una cantina maloliente, escuché la conversación de dos hombres que hablaban sobre leyenda de una diosa, que proveía de su vientre agua sagrada y, si lo bebías, podías vivir eternamente.

Me acerqué a ellos y seduje a uno, un hombre guapo y exótico, de mirada felina e intensos ojos azules y cabello castaño rojizo. Su nombre era Najja. Él era un ferviente creyente de la diosa; después de una intensa noche de pasión, me relató la leyenda de la divinidad perdida en un oasis en medio del desierto.

La historia en sí era fantasiosa, pero en el grimorio heredado de mi abuela mencionaba esa extraña fuente de la vida. Supe que debía encontrarla.

Tres noches después, abandoné el lecho de Najja y partí rumbo a Argelia. Me embarqué en una excursión al inhóspito desierto del Sahara, en busca de esa deidad.

Cuatro semanas después, contemplé de pie el vasto desierto rojo que se extendía frente a mis ojos; hacia el sur, las dunas se despeñaban como grandes y gigantes olas. A esa hora de la mañana y a la distancia que me encontraba, los grandes médanos parecían grandes púas ensangrentadas que se derramaban sobre sí mismas.

Recuerdo que me sentí tan insignificante ante tanta belleza... Y el cálido viento golpeó mi rostro y alborotó mi cabello. Respiré soledad, una soledad más grande que cualquier otra soledad terrestre; ante mí, miles y miles de kilómetros de arenas profundas de color polvo de ladrillo.

El hombre que me había llevado hasta allí, mi guía, llamado Azhim, pertenecía a una antigua tribu nómada. Sus antepasados habían reinado en el desierto por más de quinientos años. Se decía que habían llegado desde las montañas y desde los Erg, una gran e impresionante cadena de mesetas que separaban las montañas que estaban detrás, de las arenas que tenía ante mí. Estos hombres del desierto se llamaban Areg, que significa duna; ellos se llamaban a sí mismos Tu-areg, los que están ligados a la duna. Ellos conocían el secreto más antiguo que su raza misma, enterrado en las arenas del tiempo.

Ese secreto era mi único objetivo, y sabía que no iba a encontrarlo en los libros, ni en un templo antiguo; estaba escondido en los cuentos susurrados

de estos nómades, pasando de boca en boca, extendiéndose por el canto del viento a través de las arenas silenciosas, oculto en los sonidos del desierto y en las historias narradas por su gente.

Me había propuesto develarlo, y nada me frenaría en mi objetivo.

Aunque teníamos por delante quince, o tal vez más días, atravesando las dunas ardientes de día y heladas por las noches, no pensaba darme por vencida.

Nuestros camellos solo podían recorrer unos pocos kilómetros por hora mientras las arenas rojas se deslizaban bajo sus patas; teníamos provisiones: café, miel, dátiles, frutos secos y carne seca. No podíamos distraernos de nuestro destino, o el desierto indómito se encargaría de nosotros.

Una noche, Azhim estaba echado en una especie de trinchera camuflada por los arbustos; yo estaba recostada de espaldas a pocos metros de él, admirando las estrellas, cuando su voz quebró el silencio.

—Mi gente te esperaba, mujer de cabello de fuego. Tu llegada fue presagiada.

—¿Por qué me dices eso? —le pregunté sin apartar mis ojos del cielo.

—Está escrito —me respondió—. Un día, un profeta vendría a nosotros, alguien con el poder de hablar con los dioses. Este hombre será una gran fuente de sabiduría para mi pueblo y será un hombre de piel blanca, ojos azules y cabellos rojos, como la arena del desierto, como el tuyo, mujer.

—Como bien señalaste, Azhim, soy una mujer —resolví girando mi rostro hacia él —, y mis ojos son verdes, no azules.

—No hablaba de ti —me dijo inclinándose hacia mí —. Es a tu hijo a quien hemos esperado... el que ahora se gesta en tu vientre. Crecerá bajo la bendición de la diosa, como fue presagiado.

—Yo no estoy esperando un hijo —resolví.

—¿Estás segura?

No respondí. El rostro de Najja se apareció en mi cabeza. Automáticamente llevé mis manos a mi vientre.

—¿Cómo puedes saber que tendré un hijo, y varón? Podría tener una niña.

—Tu destino está escrito, un niño tendrás. Esta diosa se levantará como el ave fénix de sus cenizas el día que el viento comience a cantar y las arenas del desierto llorarán lágrimas de sangre.

Luego de esa revelación mi cabeza bullía en mil pensamientos.

Anduvimos por semanas atravesando dunas. Yo no lograba apartar de mi mente esa confesión. Sabía que lo que Azhim presagiaba era cierto: hacía dos lunas que no sangraba. No había duda: una vida se gestaba dentro de mí.

El día veintitrés de nuestro viaje, alcancé sobre mi camello una elevación; divisé más allá enorme pilares naturales, formados por el viento que azotaba el desierto, creando grandes columnas de más de trescientos metros. La arena sin piedad, como un mar embravecido, mezclando rocas y vegetación, creando una especie de enorme nube roja que todo lo tragaba a su paso.

La fuerte tormenta de arena nos sorprendió. Azhim bajó de su camello y buscó un lugar apropiado para protegernos y comencé a clavar en la arena las estacas para nuestra tienda. También intenté calmar a los camellos tomando sus riendas para dominarlos; los animales lanzaban patadas y se revolvían de forma salvaje. Una vez que logré calmarlos, nos protegimos en la tienda; pronto, llegaríamos a nuestro destino.

Tassili-n-ajjer se encuentra en una gran meseta, que significa meseta entre dos ríos como una gran parte del Sahara. Esa zona alguna vez no fue desierto, sino que era una gran extensión de tierra fértil rodeada por ríos. Lo que ahora se conocía como una tierra seca y desolada antes, en otra época, fue un auténtico vergel.

Llegamos a Tassili, que se alzaba sobre el desierto en una larga línea de piedra azulina, después de haber recorrido más de cuatrocientos kilómetros. Seguí a mi guía al interior del estrecho desfiladero, rodeando los fértiles oasis que salpicaban esa zona del desierto.

Recuerdo que olí, por primera vez en más de treinta días de viaje, el aroma a agua fresca y noté que la temperatura había descendido de forma considerada a medida que avanzábamos, ascendiendo con nuestros camellos por la estrecha garganta. El cuello de roca azulada iba ensanchándose, convirtiéndose a cada paso en un rico valle. Los altos ríos de la zona nutrían huertos de melocotones y manzanas; durante semanas me había alimentado de carne seca, lagartijas, salamandras, y todo lo que Azhim lograba cazar en esa tierra árida. Me detuve a comer y recolectar todos los diversos frutos que la naturaleza proveía. Cada valle que cruzábamos desembocaba en otra hondonada, con más árboles y más vegetación; era, sin duda, un lugar mágico y sabía que allí, entre medio de esos parajes, encontraría lo que

había venido a buscar.

Llegamos a Tamrit entrada la noche; cenamos y alquilamos dos habitaciones en una humilde posada. Estaba limpio y nos proporcionaba un lecho cómodo después de nuestro largo viaje. Esa noche, dormí como nunca. Por la mañana continuamos a pie. Azhim arregló con la dueña de la posada para dejar los camellos allí hasta nuestro regreso; por una suma aceptable la mujer los cuidaría en nuestra ausencia. Yo le pregunté a Azhim por qué no podíamos ir con los camellos; él me respondió que ellos no iban a lograr subir la roca, las veredas y cornisas por las que nos aventuraríamos los siguientes días en un laberinto de piedra.

Las leyendas de los tuareg decían que entre esos peñascos se alzaba una enorme diosa que algunos viajeros aventureros habían oído cantar y los había guiado hacia su destino. Azhim decía que todo aquel digno de esta divinidad era conducido hacia ella por su canto. Esperaba que ella cantase para mí.

Al alba, retomamos nuestro camino, llevando solo las provisiones necesarias en dos bolsas de tela de lino, que atamos en nuestras espaldas. Allí estaban los víveres y el abrigo que usaríamos. El aire frío y cristalino golpeaba nuestros rostros; me parecía mentira que días atrás me había enfrentado a temperaturas altísimas en medio del desierto, pero ahora, el frío calaba mis huesos a medida que ascendíamos a ese laberinto de piedra. Mientras avanzábamos por el intricado camino, aprecié las primeras rocas talladas: no eran las más antiguas. Esas habían sido pintadas cientos de años atrás. Cuanto más subíamos, más difícil se hacía el sendero y las pinturas en las piedras, aún más antiguas, más mágicas, misteriosas y complejas.

A donde sea que miraba, había arte y colores: carmín, ocre, amarillo, naranja, negro y pardo; cientos de pinturas pintadas en las paredes, cada uno de esos dibujos contaba la historia de hombres y culturas cuyas vidas se habían mezclado entre esos laberínticos abismos. A cada paso que daba, era como retroceder miles de años en el tiempo.

Era un ascenso duro, comprendí, porque los camellos no podían acompañarnos, que era un camino peligroso. Por las noches, cuando el sol era engullido detrás del cañón, buscábamos alguna cueva, nos envolvíamos en nuestras mantas de lana y descansábamos en cualquier recoveco del

desfiladero.

Al cuarto día de nuestra travesía, nos adentramos en unas cuevas oscuras y muy profundas, Azhim improvisó unas antorchas con las ramas que arrancaba de las grietas de la roca. Cuando la luz del fuego iluminó las paredes de la cueva, enmudecí. Allí dentro, las pinturas estaban perfectamente conservadas. Apreciaba hombres sin rostro, o con cabezas enormes, antilopes que tiraban una especie de carruaje sagrado. Admiré maravillada los dibujos plasmados.

El día número cinco nos acercamos a la cima de la meseta, doblamos una curva, y los muros de pronto se abrieron formando un valle ancho, profundo y cubierto en su totalidad por pinturas; el color predominaba por todas partes en la superficie rocosa.

Habíamos llegado al Valle de los Gigantes. Las figuras representadas sobre las piedras llenaban las paredes en su totalidad de arriba abajo. Me quedé absorta en estas, perdiendo el sentido del tiempo; las historias talladas en esos muros me arrastraban más allá de mi razón a un mundo primitivo y enigmático.

Fue entonces cuando lo escuché, allí parada al pie de la cornisa. En un primer momento pensé que era el viento, un murmullo suspendido en el aire. Mi cuerpo se estremeció ante ese sonido; miré a Azhim: él parecía no escucharlo. Pero yo sí lo hacía y ese sonido me llamaba, gritaba mi nombre en una sinfonía. Más allá del valle, divisé una enorme grieta y el sonido de mi nombre provenía de su interior. Comencé a avanzar enajenada hacia allí, dejando metros atrás a Azhim, que me llamaba intentando que me detuviera, pero no podía; no lograba contenerme ante el llamado y canto de la deidad que me reclamaba.

A medida que me acercaba, el sonido se hacía más y más nítido en mis oídos. La grieta se abrió ante mí como la enorme boca de una gran cueva, con una amplitud de más de diez metros. Escuchar mi nombre me ensordeció; se repetía una y otra vez en forma de ecos en mi mente. Entonces, entré sin dudar en la oscuridad, y todo se calmó. El sonido se apagó, dejando solo una extraña sensación en mi interior.

Crucé la oscuridad hasta llegar a otro pequeño valle, y entonces la vi. La figura pintada de una diosa gigante lunar. Corrí y me postré de rodillas ante ella, apoyé mi mano sobre la piedra y la sentí fría y húmeda. Me estremecí.

Sentí llegar a Azhim: se arrodilló a mi lado.

—¡Creí que no la alcanzaría, mujer!

No le respondí. Estaba absorta admirando la belleza de la diosa y los símbolos grabados en la roca. Medía más de tres metros de alto, vestía una especie de túnica que cubría su torso, dejando sus hombros desnudos, para luego caer marcando las curvas sinuosas de su cuerpo hasta los tobillos. Su mano derecha sostenía una lanza que apuntaba hacia arriba; su mano izquierda la elevaba al cielo con la palma perpendicular y sobre esta había una especie de símbolo, una luna llena y, a ambos lados, dos medias lunas. Reconocí ese símbolo: representaba a la triple diosa lunar. Su cabello se elevaba hacia arriba y, alrededor de su rostro, cerrándose en un círculo, estaban representadas las fases de la luna.

Había leído en el libro que me había legado mi abuela el rito que hacía culto a la diosa. Se decía que muchas civilizaciones, cuya existencia dependía del mar y los ríos, pagaban tributo a esta diosa lunar que, con la influencia de la luna, provocaba mareas y hacía crecer los ríos.

Escuché a Azhim murmurar.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, debemos encontrar el agua sagrada.

—Eso no es más que una leyenda, mujer. No existe tal río, ni fuente de vida eterna.

—Sí, existe. Solo hay que interpretar los símbolos, y encontrarlos.

Saqué del morral que tenía a mi espalda el grimorio de mi abuela; le hice señas a Azhim para que me iluminara con la luz de la antorcha. Su rostro palideció de golpe al ver los símbolos escritos en las páginas del libro.

—¡Es brujería! No es un buen augurio usar la magia: esta siempre conlleva consecuencias.

—Lo sé, pero hice una promesa y pienso cumplirla.

—¿Aunque eso condene tu alma por toda la eternidad?

No le respondí. Condené mi alma cuando había lanzado la maldición sobre Dorian y Nerella. Me concentré en los símbolos y comencé a trazar sobre la piedra del suelo un círculo y, dentro de este, una estrella de cinco puntas. Azhim se sentó sosteniendo la antorcha; sus ojos estaban fijos en mí, pero guardaba silencio.

Coloqué una pequeña vasija de barro vacía en una de las puntas de la

estrella; frente a mí, otra vasija. La cargué con un poco de agua y la puse en la punta izquierda de la estrella; sobre la otra punta, apilé un pequeño montículo de tierra. En la otra punta le pedí a Azhim que prendiera unas ramas con el fuego de la antorcha; así lo hizo. Tomé mi daga y sobre la vasija vacía derramé mi sangre.

Un trueno resonó en la inmensidad de la cueva y una brisa cálida me envolvió. Escuché a Azhim rezar, rogando a sus dioses que tuvieran misericordia de mi alma condenada.

Invoqué a la diosa; mis ojos se tornaron blancos y sentí su poder dentro de mí, recorriendo mis venas, cargándolas de energía celestial. Todo comenzó a temblar; el suelo bajo mis pies se agrietó y empezó a desmoronarse. Dejé de ver a Azhim cuando resbalé por una empinada pendiente rocosa que caía más de quince metros en la oscuridad.

Me hundí en una gran laguna hasta el fondo. El agua era cristalina, brillaba con intensidad; el suelo y las paredes a su alrededor resplandecían por todas partes a causa de la multitud de cristales que lanzaban haces de diferentes colores. Era un lugar único, sagrado.

Comencé a nadar hacia la superficie, pero jamás llegaba a salir; me asusté, agité mis piernas y brazos, embravecida. Apenas quedaba oxígeno en mis pulmones; abrí la boca desesperada y tragué agua, mucha agua. Fue entonces cuando sentí el poder de esta dentro de mí. Me fue imposible salir; me revolví furiosa, pataleando. Traté de gritar; me estaba ahogando. Podía sentir que el líquido quemaba mis pulmones; grité con todas mis fuerzas y luego morí, para renacer minutos después en el agua sagrada.

Me reincorporé sobre la superficie y tosí un par de veces; sin pensarlo, comencé a reír. Sentía la energía vital correr por mis venas, colmando todo mi torrente sanguíneo. La diosa me había bendecido con el agua de la vida.

Fui en busca de Azhim; al verme aparecer por una grieta oscura, se sorprendió.

—¡Reluces, mujer!, la diosa te ha dado su bendición con la vida eterna, pero a cambio tú deberás pagar un alto precio, ¿lo sabes, verdad?

—Lo sé, Azhim. Y estoy dispuesta a pagarlo.

Emprendimos nuestro regreso a Tassili; tardamos varios días en regresar, pero me sentía increíble, llena de vida. Ahora necesitaba encontrar la forma de romper la maldición que yo había lanzado sobre Dorian y

Nerella.

CAPÍTULO 13

Al finalizar el relato, se quedaron sumidos en un silencio sepulcral; en algún momento de su historia, Gía y Adam tomaron asiento en la sala. Helena miraba a Rhea de una forma extraña; Neal intentaba procesar y entender el relato de aquella mujer que de vez en cuando lo miraba de forma rara, estremeciéndolo. Adam se encontraba absorto en sus pensamientos, y Gía no dejaba de mirar de manera fija a su profesora Francesca, o Rhea (ya no sabía cómo llamarla).

—¿Qué pasó con tu hijo? —preguntó Helena.

—Nació ocho meses después en Tamrit, en la tierra de los tuareg. Tal como Azhim lo había predicho, parí a un niño de profundos ojos azules y cabellos rojos como las arenas del desierto. Fue bendecido con el nombre de *Merin*, conocido entre los tuareg como el profeta que había sido presagiado. Viví en el desierto entre los nómades durante ocho años. Simplemente no pude apartarme de mi hijo: era tan pequeño... y yo era lo único que tenía real. Lo amaba más que a nada, pero el día de su natalicio número ocho, mi hijo vino a mí y me dijo: «Madre, debes recordar tu promesa: retomar la búsqueda para librar a tus amigos del horrible destino al que tu maldición los arrastró».

»Merin era tan pequeño y tan sabio para su corta edad... Alejarme de él me destruía el corazón; no podía abandonarlo. Pero él aseguró: «Nada bueno pasará si te quedas a mi lado, madre. Tienes una deuda pendiente con la diosa, y llegó el momento de que la pagues».

»En contra de mi voluntad, pero sabiendo que era el camino correcto, abandoné el desierto; debía pagar mi deuda con ella por otorgarme la vida eterna. Debía entregar a mi hijo al desierto, era mi ofrenda hacia ella. Azhim y Merin me escoltaron hasta el mar, cruzando el desierto de Libia envueltos en sus característicos *bäik*, cubiertos por sus velos azules. El pueblo de Azhim prometió cuidar de mi hijo, de su profeta.

»La despedida fue dura, sobre todo cuando Merin aseguró: «Nuestras vidas no volverán a cruzarse, madre. Tu misión se cumplirá el día que Dios el

misericordioso, te envíe la llave para cambiar lo que tanto deseas. No importa cuántas vidas te lleve, jamás desistas. Te amo». Besó mi frente y partí en un barco que me llevaría a muy lejos de Merin.

—¿Qué sucedió después? —preguntó Adam.

—Fui a París, Roma, Londres... recorrí el mundo entero buscando cómo cambiar sus destinos. Hasta que escuché, en un bar de mala muerte en el imperio persa, a dos ancianas hablar sobre las pulseras del destino. Rastree las esclavas en el museo de Alejandría. Hacía allí me dirigí. Di con ellas; más bien las hurté del museo. El resto de la historia la saben; los busqué en sus diferentes vidas, en lugares inverosímiles, intentando interferir en su destino, tratando de romper esa maldición que los había condenado, pero nunca tuve éxito. Hasta el día de hoy.

Volvió a predominar el silencio en la sala. Neal se revolvió incómodo en su asiento; los ojos de esa mujer una vez más se clavaron fijamente en él, y eso lo hacía sentir de algún modo extraño.

—Tú tienes sus ojos y te pareces a él —dijo Rhea mirándolo con intensidad.

—¿A quién me parezco? —preguntó Neal confundido.

—A Merin.

Un escalofrío lo recorrió, estremeciendo su interior. Helena, a su lado, le tomó la mano y la apretó para reconfortarlo.

La historia de Rhea la había sorprendido en muchos sentidos.

—¿Qué pasará ahora, Rhea?

—Pasará lo que tenga que pasar; tú y Adam deben evitar la muerte de Dorian y Nerella. Y deseo desde lo más profundo de mi ser que tengan éxito.

—Rhea, prométeme que no habrá más sesiones de hipnosis y que dejarás a Gía al margen de todo esto.

Rhea asintió, pero Gía se levantó de su asiento enojada.

—¡No quiero quedar fuera de esto, mamá! ¡Tengo que ayudarlos!

—¡No! —determinó Helena—. No te quiero involucrada en esto.

—¡No es justo! —refunfuñó cruzándose de hombros.

—Tu madre tiene razón, Gía. No debes intervenir —acordó Rhea.

Podía rebatirle y discutirle a su madre, pero no podía hacerlo con su profesora.

Adam se puso de pie, sacudió las arrugas de sus pantalones y miró a todos a su alrededor.

—Lo mejor será que nos vayamos. —Miró su reloj —; es tarde.

Salieron de la casa de Rhea y subieron al coche de Neal. El viaje a la casa de Helena lo hicieron en el más absoluto silencio. Gía decidió a último momento regresar a la casa de su padre; tenía sus cosas allí y al día siguiente debía ir al colegio. Helena le recordó antes de despedirse que aún estaba castigada por su intromisión al pasado.

Helena entró en su casa seguida de Adam; lo tomó de la mano y lo guio hacia su habitación. Tomaría un baño y se metería en la cama; estaba exhausta y con la mente en ebullición por las verdades reveladas.

Se encontraron una vez más con Rhea en la habitación blanca y los trasladó a la Atenas antigua.

Prestaron suma atención a la escena que se desarrollaba ante ellos.

Dorian se encontraba abatido bebiendo un poco de vino en una cantina portuaria. Por el rojo de sus ojos y por la hinchazón de sus párpados, supieron que había estado llorando. Helena por un momento admiró el perfil de Adam, que estaba a su lado con una expresión indescifrable en su semblante, admirando a su antepasado.

La madera roída de la puerta chirrió al abrirse, y Rhea apareció en el umbral, echó una rápida mirada al interior del local y divisó a Dorian. Grande había sido su sorpresa al reconocerlo como el acompañante y mano derecha de ese hombre llamado *Thanos* en la tertulia que había brindado Critias en su casa, sentado en su mesa, bebiendo y comiendo. Y Critias, completamente ajeno a las miradas que le lanzaba a su esposa. Al darse cuenta de su identidad, había experimentado sentimientos contradictorios. Pero de algo estaba segura: no le generaba ningún tipo de sentir pasional como antaño, sino que experimentaba afecto por él. Y la culpa nuevamente la golpeó. Ella había destruido el futuro de él y Nerella, se sentía una basura; un ser vil y cruel.

Se acercó a Dorian vacilante y tomó asiento frente a él; la mesa se movió

ligeramente, y él levantó sus ojos hacia ella. Hizo una mueca de disgusto al reconocerla.

—No estoy de humor, Rhea. No es mi mejor momento.

—Lo sé. Escuché los rumores. El hombre al que acompañabas murió, ¿no es así? —Dorian afirmó levemente con la cabeza—. Entiendo. ¿Sabes?, te reconocí en el simposio. Con el cabello más largo y pulcramente vestido lograste confundirme, pero no tus ojos. ¿Acaso te has vuelto loco? ¿Por qué has vuelto? Aún te están buscando; ha sido una verdadera locura aparecerte otra vez por la Acrópolis.

—Tenía que volver, así se lo prometí a Nerella.

—Siempre será ella, ¿cierto?

—Mi corazón jamás dejó de sentir amor por ella. Es mi otra mitad, mi complemento. No puedo vivir sin ella. —Se hizo un silencio que fue roto por el fuerte respirar de Dorian—. No me has venido a hablar de Nerella, ¿o sí?

—No.

—¿Qué quieres?

—Supongo que si has regresado... ha sido para buscar a Nerella, ¿me equivoco? —Él no respondió; se quedó absorto admirando la copa de vino. Rhea, al ver que no había respuesta de su parte, continuó—: quiero ayudarte. Ayudarlos a escapar. No podrás hacerlo solo.

—No necesito tu ayuda. No confío en ti.

—Y tienes motivos para desconfiar... pero necesito aplacar esta horrible culpa que me corroe.

Déjame ayudarte.

Dorian elevó sus párpados, y sus ojos se clavaron en la figura femenina frente a él. La estudió por varios minutos en silencio. No confiaba en ella pero, ahora que Thanos había muerto, necesitaba ayuda para sacar a Nerella de la Acrópolis. Tenía el barco, tenía la tripulación, pero requería de una distracción. Había acordado con el viejo soldado espartano que él sería su coartada; iría a ver a Critias por negocios, mientras él se colaba por la ventana y sacaba a Nerella de la casa rumbo al puerto. Esperaría a Thanos en el barco y zarparían tras su llegada.

Pero, con la muerte de Thanos, peligraba su plan; necesitaba entretener a Critias para no correr riesgos. Y la ayuda de Rhea facilitaría su huida; aunque

no lograba confiar en ella.

—Lo pensaré —dijo finalmente. Ella asintió—. Te avisaré en unos días si requiero de tu ayuda. — Tomó el vaso y apuró el trago; lo dejó con fuerza sobre la mesa—. No me traiciones de nuevo, Rhea. Ya no soy ese Dorian; he cambiado. Y, si haces algo para perjudicarme a mí o a Nerella, juro por los dioses que vas a lamentarlo.

Le dedicó una última mirada; pasó por su lado y salió de la taberna.

Ophelia estaba preocupada por su hija. Hacía tiempo que notaba en Rhea una actitud extraña. Se la veía taciturna, dolida y llena de culpa. Se pasaba las noches en vela leyendo ese endemoniado libro de nigromancia que había heredado de su abuela, buscando algo; de eso no tenía ninguna duda. Pero intuía que no encontraba lo que deseaba, porque la escuchaba maldecir.

Odiaba a su madre por haberle inculcado las artes ocultas desde pequeña, pero ella debía trabajar en el prostíbulo y la dejaba bajo su cuidado; el día que encontró a Rhea practicando magia, se ligó una buena paliza y su madre, un regaño por enseñarle brujería a la pequeña, aunque ella se jactaba de que la niña tenía el don. Ophelia creía que la magia era obra de Hades y que su hija invocaba a los demonios desatando la furia de los dioses.

Al casarse con Theran, el padre de Nerella, había podido alejar durante un largo periodo de tiempo a Rhea de la brujería; pero ahora la muchacha había vuelto a sus viejos hábitos.

La escuchó alistarse para salir; ella ya estaba preparada envuelta en una capa oscura. Al cerciorarse de que Rhea salía de la casa, Ophelia, sigilosa, fue detrás de ella. La siguió por las calles atenienses camuflándose entre medio del gentío: a esa hora de la tarde, el mercado bullía en todo su apogeo.

La vio caminar en dirección al teatro de Dionisio y esperar, junto al Perípalos. Un hombre sentado más allá se giró y, al verla, se acercó a ella con paso apresurado. Cruzó una mirada con el hombre, y ambos comenzaron a caminar hacia la Stoa de Eumenes, que les brindaba un poco más de privacidad.

Ophelia los siguió a paso rápido, sin perderlos de vista; ellos se detuvieron

en medio de unas de las largas galerías y se escondieron detrás de las enormes columnas dóricas. No tardó en acercarse con cautela: no quería que la descubrieran. Cuando estuvo a la distancia adecuada, aprovechó la anchura de las columnas y se escondió; apoyó la espalda y trató de controlar su respiración. Fue entonces cuando escuchó la voz de su hija.

—¿Qué has decidido, Dorian? ¿Aceptas mi ayuda?

—Sí. Voy a necesitar de tu ayuda.

—Me alegro mucho; es importante para mí saber que confías en mí de nuevo.

—Aún no lo hago, Rhea. Cuando esté en ese barco con Nerella a mi lado sana y salva, volveré a confiar en ti.

—Igualmente... gracias. No pienso defraudarte. ¿Qué has pensado para sacar a Nerella de la Acrópolis?

—Necesito una distracción, y ahí entras tú. Debes entretener a Critias; yo entraré en la casa y me llevaré a Nerella.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Y me lo preguntas a mí? No lo sé, eso piénsalo tú.

—Algo se me ocurrirá, no te preocupes. ¿Cuándo será?

—Mañana.

—De acuerdo.

No dijeron nada más; el hombre se alejó, y Rhea caminó en dirección contraria. Ophelia sentía a su corazón martillar desbocado en su pecho.

Quieren sacar a Nerella de la ciudad.

Había reconocido al hombre y sabía que su cabeza tenía un alto precio. Salió de su escondite, admiró la silueta de su hija que se perdía a lo lejos y caminó en la misma dirección por la cual había salido la figura masculina. Tenía un solo pensamiento: ir a la casa de Critias.

Nerella se sobresaltó al ver entrar a Dorian por la ventana a esa hora de la tarde. El sol estaba declinando por el horizonte pintando el cielo de tonos rojizos. Se llevó una mano al corazón por el susto pero, al reconocerlo, se

abalanzó sobre sus brazos, uniendo con desesperación sus labios a los masculinos.

Él aferró sus manos a su estrecha cintura y la atrajo hacia su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó en un susurro.

—He venido a buscarte. —Los ojos de Nerella se abnegaron de lágrimas ante esa revelación—.

¿Has preparado tus cosas? —Ella asintió—. ¡Excelente! Ve a buscarlas.

Nerella se separó del calor que manaba el cuerpo de su amado, cruzó la habitación y sacó de detrás de un mueble una bolsa de tela; se la ató por los hombros a la espalda y regresó a su lado.

—Nos iremos por el tejado. Un barco nos está esperando en el Pireo.

Nerella sonrió ante esa afirmación. Por fin huiría de ese infierno.

Se escabulleron por la ventana y cruzaron el techo de la casa. Dorian la guiaba sin soltarla de la mano; iban a un ritmo lento, pero seguro.

Brincaron hacia una cornisa y caminaron haciendo equilibrio hasta una especie de azotea, se acercaron al límite y Dorian miró hacia abajo.

—Hay varios toldos que amortiguarán la caída. ¿Estás lista?

Nerella asintió y nuevamente unieron sus manos, saltaron al vacío y en menos de dos segundos rebotaron en el toldo; Dorian rodó y resbaló, pero sus años de vagar por los tejados le habían otorgado una habilidad felina. Cayó agazapado sobre sus pies, se levantó y ayudó a Nerella a bajar.

Recorrieron las calles internas de la ciudad, cuidándose de no llamar la atención, ni de cruzarse con un guardia. Nerella se acomodó la capucha de su capa, intentando esconder su rostro y su cabello.

Tomaron el camino al Pireo. Caminaban con rapidez. A medida que se iban acercando al barco, el corazón de Dorian golpeaba más y más fuerte en su pecho. Cuando la embarcación se hizo visible, sonrió victorioso. Apretó la mano de su mujer, y ella lo miró con una sonrisa de felicidad en su rostro.

Apresuraron el paso en ese último tramo; llegaron al barco pocos minutos después; Dorian silbó, pero ninguno de sus tripulantes se asomó por la borda. Ayudó a Nerella a subir, y él fue tras ella.

Llegaron a la cubierta, y Nerella ahogó un grito de terror. Dorian se acercó y la abrazó; al observar a su alrededor, se le congeló la sangre. Toda su tripulación yacía muerta en el suelo en un enorme charco de sangre.

Se abrió la puerta de la izquierda, por donde salió Critias aplaudiendo con una sonrisa desquiciada en su rostro; detrás, lo escoltaba un gran número de hoplitas.

Nerella tembló; todo su cuerpo se convulsionó de pánico. Podía ver en los ojos de su esposo la satisfacción de tenerlos a su merced.

Los hoplitas los rodearon, apuntando con las puntas de sus lanzas hacia ellos. Dorian la abrazó aún más, intentando acercarla lo más posible a él.

—¿Creíste, esposa mía, que ibas a escapar con esa rata y que yo no me enteraría? —Nerella desvió la mirada, pero Dorian, en cambio, no quitaba sus ojos de Critias—. ¡Tengo ojos y oídos en toda la ciudad! Aunque debo admitir, pobretón, que tu apariencia ha mejorado notablemente. Tanto que no te reconocí la primera vez; pero ahora, que te veo de cerca, sigues siendo la misma escoria inmundada de siempre. ¡Agárrenlo!

Media docena de hoplitas se fueron contra él, arrancaron a Nerella de sus brazos y lo redujeron sin dificultad.

—¿Quiere que lo mate, señor? —preguntó uno de los soldados.

Crías rompió en carcajadas.

—¿Matarlo? ¿Antes de divertirme con él? ¡No! Enciérrenlos.

Nerella se quebró en llanto al escuchar esa última frase; podía soportar todo el dolor del mundo, pero no podría hacerlo si era Dorian quien sufría. Y sabía muy bien todas las atrocidades que Critias tenía pensadas para él.

Los guardias maniataron las manos de ambos a su espalda y colocaron una bolsa de arpillera en la cabeza de cada uno. Dorian intentó resistirse y recibió un golpe fuerte en la boca del estómago, que lo dobló en dos; se había quedado sin aire. Un soldado lo apremió para que se reincorporara, pero no podía, y todo se volvió negro cuando sintió el mango de la lanza chocar sin piedad sobre su nuca.

Lo último que percibió fue el grito desgarrador de Nerella pronunciar su nombre.

El frío calaba su cuerpo; se sentía entumecido y dolorido; intentó moverse

para tener una mejor postura, pero le fue imposible. Tenía las manos y los pies atados. Abrió los ojos, pero todo era negro; podía percibir la tela que cubría su cabeza imposibilitando su visión y sofocando su respiración. Tenía la cabeza ladeada hacia la izquierda; intentó poner derecho su cuello, pero una puntada de dolor lo alcanzó en la base de su nuca. Fue entonces cuando recordó los últimos acontecimientos.

Se agitó e intentó zafarse de sus ataduras, moviendo las manos y los pies con fuerza e intensidad, pero lo único que consiguió fue lastimarse la piel, allí donde las tiras de cuero apretaban y laceraban sus muñecas y tobillos.

Comenzó a respirar de forma agitada; su pecho subía y bajaba a un ritmo rápido. Pensó en Nerella y no pudo evitar que sus ojos se abnegeran de lágrimas.

—¡Nerella! —gritó con todas sus fuerzas.

—¡Aquí estoy, Dorian! —susurró por lo bajo su mujer; enseguida percibió el alivio al saberla viva —. No grites, por favor. Si lo haces, él vendrá...

—No le temo.

—Pues deberías hacerlo. No sabes la maldad que corroe el interior de Critias. Disfruta ocasionando daño.

—No permitiré que él nuevamente te lastime, Nerella.

Ella guardó silencio y tragó con dificultad; sentía un nudo de congoja en el centro del pecho. Sabía que solo era cuestión de tiempo para que su esposo viniera a jugar y torturar a ambos. Y también sabía que iba a ser extremadamente cruel. No temía por su vida, pero sí por la de Dorian.

Un escalofrío lamió su espalda, haciéndola estremecer; ella también estaba atada por sus manos y sus pies. Más de una vez había estado en aquella posición, desnuda y a la merced de la tiranía de Critias.

Escuchó la puerta abrirse, y el pánico creció en su interior: él había llegado. Se hizo un silencio sepulcral que solo fue roto por el repiquetear de las sandalias de Critias sobre el suelo. Nerella podía intuir que su esposo cruzaba la habitación hacia la mesa donde descansaban todos sus «juguetes» de tortura. El tintineo de cadenas de acero que chocaban entre sí le dio la razón. Cerró los ojos y elevó una plegaria a los dioses.

Percibió que él se posicionaba frente a ella. Pocos segundos después le arrancaba con dureza la bolsa que cubría su cabeza. Tomó una bocanada de

aire y abrió los ojos. Se enfrentó a su esposo, mirándolo con desdén. Él, en respuesta, elevó la comisura de sus labios en una siniestra sonrisa.

—¡Hola, esposa mía! — susurró con malicia.

Nerella no respondió; había desviado sus ojos hacia el frente, donde estaba atado el cuerpo desnudo de Dorian.

—¡Déjala, mal nacido! ¡No te atrevas a lastimarla! —vociferó con voz amenazante.

Solo obtuvo como respuesta la risa macabra de Critias.

Al cabo de unos segundos, el tirano le quitó la bolsa de su cabeza. Dorian abrió los ojos de inmediato y buscó a su mujer con desesperación.

Un quejido de dolor e impotencia se ahogó en su garganta al observar a Nerella frente a él; su cuerpo presentaba todo tipo de cicatrices y lastimaduras. Podía leer, ya cicatrizado en el centro de su vientre, el nombre de ese mal nacido. No pudo evitar que de sus ojos se escaparan algunas lágrimas traicioneras.

—Hoy voy a divertirme con ambos —comentó serpentinemente. Caminó hacia la mesa y tomó una especie de pinzas. Se acercó a Nerella—. Explícale a tu amante, esposa mía, para qué sirve esto.

No respondió. Y, en consecuencia, recibió un fuerte puñetazo en la boca del estómago, que la hizo perder todo el aire de sus pulmones. Dorian gritó desafortunado al ver a ese ser despreciable golpear a su mujer; intentó soltarse de sus amarras, pero lo único que consiguió fue que su piel se rasgara; de sus muñecas comenzó a manar un hilo de sangre, que se escurrió hacia abajo, a lo largo de todo su brazo.

Critias se volvió hacia él y se acercó; con la yema de uno de sus dedos, limpió la sangre y luego se llevó el dedo a la boca saboreando el gusto metálico.

Se acercó al oído del prisionero y susurró con malicia.

—Haré de ti mi juguete... Te torturaré mil veces, hasta que me supliques morir, y solo entonces, como soy muy piadoso, te concederé una muerte lenta y dolorosa.

—Haz conmigo lo que te plazca; solo perdona la vida de Nerella.

—¡Lo siento tanto! Pero eso no podrá ser. Ambos morirán.

Elevó la pinza que sostenía en su mano derecha y se acercó a los pies de

Dorian.

—Por cierto —dijo con maldad—, este interesante artilugio sirve para arrancar las uñas.

Acto seguido, enganchó la pinza en el dedo mayor y apretó. Dorian aulló de dolor al sentir cómo le extirpaba la uña. Nerella cerró los ojos. Los gritos de su amado le desgarraban el corazón.

Dorian se desmayó cuando le quitó la cuarta uña, pero enseguida se despertó a causa de un balde de agua helada que lo despabiló. Miró a Nerella cuando Critias se acercó con la pinza en alto hacia el cuerpo femenino y tomó uno de sus pies.

Cerró los ojos, evitando ver el momento en que él la lastimaba; esperaba escuchar los gritos y quejidos de ella, pero jamás llegaron. Se animó a elevar con miedo sus párpados y fue testigo de cómo Critias lesionaba a Nerella, mas ella solo se dedicaba a mirarlo a Dorian con amor. Su entereza le estrujó el corazón.

Critias se aburrió de la pinza y tomó una especie de látigo triple; en las puntas tenía grandes ganchos que desgarraban la carne ante su contacto.

Caminó detrás de Nerella, elevó sus ojos malignos hacia él y sonrió de lado; luego descargó con furia el látigo sobre la espalda de su mujer. Ella, sin embargo, ni se mosqueó; solo cerró los ojos un momento y apretó su mandíbula.

Dorian comenzó a agitarse de forma desenfadada; deseaba abalanzarse sobre ese ser repugnante y matarlo a golpes por atreverse a lastimarla con tanta brutalidad. Después de tres latigazos más, Dorian le gritó:

—¡Basta! ¡Basta!, déjala en paz. Házmelo a mí, no a ella.

—Si eso prefieres... —sonrió de forma macabra.

Arrastró los pies en su dirección hasta situarse a su espalda y, sin preámbulos, descargó su látigo sobre la espalda masculina.

Dorian no pudo evitar gritar al sentir las púas enterrándose en su piel, descuajándola. Se convulsionó de dolor y perdió el sentido.

—¿De este flojo te has enamorado, Nerella? Se ha desmayado otra vez.

Reprimió las ganas de llorar al ver a Dorian ser maltratado; recibió dos latigazos más. Fue entonces cuando dejó el látigo y tomó un pequeño puñal. Nerella tembló ligeramente al verlo acercarse a la planta de los pies de su

amor. Y reprimió un sollozo en su garganta. Sabía lo que Critias haría: desollaría la planta de sus pies; no había dolor más espantoso que sentir la piel despellejada. Era un dolor que podía trastornar a cualquiera y, a la larga, nadie lograba soportarlo.

—¡Critias! —lo llamó con voz profunda; él se giró hacia ella con lentitud.

—¿Qué deseas, esposa mía?

—¡Déjalo! Házmelo a mí.

—No te preocupes, cariño... —dijo con una sonrisa maliciosa—... cuando termine con él, continuaré contigo. No te impacientes.

El quejido de calvario que escapó de la garganta de Dorian interrumpió su conversación, volviendo la atención de Critias hacia él.

—¡Has despertado! ¡Excelente!, continuemos jugando, rata inmunda.

Se acercó con el puñal a la planta del pie derecho y comenzó a pasar la punta del filoso cuchillo sobre la piel. Dorian apretó las mandíbulas al sentir la hoja hundirse en su carne; notó cómo un líquido espeso se escurría de la herida ocasionada. Critias dejó el puñal a un lado y tomó con sus dedos la carne que sobresalía del corte y comenzó a jalar hacia abajo.

El grito desgarrador de Dorian hizo estremecer a Nerella; él se agitó y se convulsionó de dolor. Su respiración se alteró, y su pecho subía y bajaba rápidamente a medida que sentía como era arrancada la piel de su pie. Era una agonía constante, realmente insoportable.

El olor a sangre y sudor invadió la húmeda estancia; el ambiente se volvió pesado. Nerella intentaba no mirar a su esposo torturando e hiriendo al cuerpo de Dorian con saña y malicia. Por la expresión de satisfacción que presentaba Critias, dedujo que lo estaba disfrutando, sobre todo, cuando Dorian gritaba y se contorsionaba.

—¡No grites, mi amor! —pidió Nerella con desesperación, elevando la voz por sobre sus alaridos —, él disfruta más que nada que oírte gritar.

Critias se volvió hacia ella con la mirada desencajada, dio dos pasos largos y se acercó a ella; con todas sus fuerzas cruzó el rostro de la muchacha, que se giró hacia la izquierda como un latigazo. Un hilo de sangre se escurrió de entre sus labios, perdiéndose sobre su barbilla. Nerella, provocándolo, se lamió la sangre de sus labios; elevó los ojos con extrema lentitud hasta clavar su vista en él. Solo entonces se lanzó a reír a carcajadas.

—No me ha dolido, imbécil. ¿Eso es lo mejor que tienes?

La ira de Critias se encendió como una chispa, corriendo por sus venas, avivando el fuego de su interior. Su respiración se volvió errática; se acercó implacable nuevamente hacia ella y descargó dos puñetazos sobre su rostro.

Nerella no dejó de reír en ningún momento, lo que incrementó la rabia de su esposo, que arremetió con toda la furia de sus puños el cuerpo de su mujer. Pero ella en ningún momento se detuvo; su risa desquiciada retumbaba en la estancia, enloqueciéndolo.

Dorian, que presenciaba cómo aquel sujeto despreciable golpeaba una y otra vez a su amada, estaba devastado. Se había percatado de que ella solo lo provocaba para que no lo torturase a él, y se odió a sí mismo por ser tan débil. ¡Ella se estaba sacrificando por él, y él no podía hacer nada al respecto! Cuando la cabeza de Nerella quedó laxa colgando hacia atrás, temió lo peor. De un segundo a otro las risas se habían apagado.

Critias se limpió el sudor que bañaba su frente y se volvió hacia Dorian; respiraba de manera agitada y lo miró con desdén.

—Tú y ella morirán —anunció—; será una muerte lenta y dolorosa. Ambos arderán en las profundidades del Tártaro. —Le lanzó un escupitajo sobre el rostro y salió golpeando la puerta.

Dorian miró a Nerella; su posición no había cambiado. Creyó que había muerto tras la brutal golpiza. Las lágrimas no tardaron en surcar sus mejillas.

—¡Amor mío! ¡Despierta! ¡Por favor!

Ella no se movió. Rompió en un llanto desgarrador; su pecho subía y bajaba con grandes espasmos.

—¡Nerella! —gritó con toda la fuerza de su interior.

Solo entonces ella emitió un leve movimiento, y un quejido lastimero escapó de su garganta. Dorian la miró aliviado de saberla viva.

Pero la felicidad no duró mucho; minutos después, media docena de hoplitas entraban a la habitación, los desataron a ambos y los trasladaron a unas oscuras y húmedas celdas, plagadas de ratas.

A él lo arrojaron al suelo, y se golpeó la cabeza contra la piedra. Se mareó por unos instantes; intentó pararse pero, cuando lo hizo, volvió a caer. La herida de su pie lo hizo bramar de dolor. Los guardias rieron a carcajadas y cerraron la pesada puerta de la celda.

La oscuridad era absoluta; no podía ver nada. Sentía un frío helado extenderse por sus extremidades; se abrazó las rodillas, intentando apaciguar un poco esa horrible sensación de morirse congelado. No podía dejar de tiritar.

Había perdido por completo la noción del tiempo. No sabía cuántas horas habían pasado desde que lo habían abandonado en la humedad de ese calabozo, pero deducía que dos o tres días, aunque no podía estar seguro.

Pateó por enésima vez a una rata que, atraída por el olor de la sangre, se acercó a él mordisqueando los dedos de los pies.

Agudizó su oído, escuchó las pisadas de un grupo de guardias que se acercaban; los pasos se detuvieron delante de la puerta de su celda. Intentó agazaparse en el rincón más oscuro, tratando de mimetizarse con la pared de fría piedra. Al cabo de unos segundos la puerta se abrió, y un grupo de hoplitas entró; iluminaron la celda con la luz de una antorcha, que le dañó los ojos. Lo tomaron por las axilas y lo arrastraron fuera.

—Ha llegado la hora de morir —susurró uno de los soldados—; el Toro de Falaris los espera a ti y a tu mujer.

Rhea se despertó de un sobresalto; estaba aturdida y un poco mareada. Se sentó sobre su lecho y miró la habitación en la que se encontraba; la reconoció: era su alcoba. Se llevó ambas manos a la sien, y comenzó a masajearse de forma circular presionando con sus dedos, intentando evocar los últimos acontecimientos.

Lo último que recordaba era haber estado en la casa de Critias; ella había intentado de todas las formas de que el hombre bebiera un fuerte brebaje que había preparado para dejarlo dormido, pero algo había salido mal. Ahora lo sabía.

Critias le había tendido una trampa; con ayuda de sus soldados la retuvieron a la fuerza, y él la había obligado a ella a beber su potente somnífero. La última imagen que recordaba era a su madre que entraba a la sala antes de caer en un profundo sueño. Ophelia entró en ese instante en la habitación y se frenó al ver a su hija, escrutándola con una expresión furiosa.

—¿Qué ha pasado?

—Lo que tenía que pasar —sentenció Ophelia con rudeza—. Gracias a que intervine a tiempo, salvé tu vida. ¿Qué creías que estabas haciendo ayudando a ese hombre a robarse a Nerella? —¡Madre! ¿Qué has hecho?

—Lo correcto. Advertirle a Critias del estúpido plan que iban a llevar a cabo.

—¿Por qué?

—¿Cómo tienes el descaro de hacerme esa pregunta? Eres mi hija y, si Critias te descubría ayudándolos a escapar, te condenarían a muerte al igual que a ellos.

—¿Los condenaron? —preguntó llevándose las manos al cabello; se las pasó frenética.

—Morirán en unas horas; han dispuesto todo para la sentencia en la plaza.

Rhea se levantó del lecho, corrió por la habitación buscando su vestimenta, se cambió en unos minutos bajo la atenta mirada de su progenitora.

—¿Dónde crees que vas?

—Intentaré impedir que ellos mueran.

—No lo harás —sentenció Ophelia con determinación—, no dejaré que cometas una locura: tu traición puede costarte la vida, Rhea. ¿Sabes lo que me costó convencer a Critias de que te perdonara la vida?

—No debiste hacerlo, madre —le reprochó mientras se colocaba una capa de lana, cubriendo su colorida cabellera bajo una gran capucha.

—No te dejaré salir.

Rhea elevó su mano en dirección a su madre y la movió rápidamente; Ophelia salió impulsada hacia atrás por una energía invisible, golpeándose la espalda contra la pared. Sin detenerse un segundo para comprobar el estado de su progenitora, salió de la habitación a toda velocidad.

Las calles atenienses estaban atestadas; todo el mundo caminaba en la misma dirección. Hacía apenas unos minutos el sonido de las campanas se había hecho escuchar por toda la Acrópolis. Algunos corrían con prisa, intentando averiguar a qué se debía tanto alboroto. Sonaban cada vez más fuerte, llamando a todo el pueblo.

Rhea se unió a la congregación de gente; agudizó el oído, escuchando los comentarios a su alrededor:

—Han sentenciado a muerte a la esposa de Critias y su amante; los capturaron en el barco antes de huir de Atenas.

—Pero ¿no los mató Critias?

—No le faltó mucho. Dicen que los torturó hasta la locura.

—¿Los decapitarán?

—No lo sé.

Rhea apresuró su andar; antes de llegar al Ágora, la multitud era ya tan densa que no se podía caminar sin tropezar con alguien. Ella se dejó guiar por la corriente humana, hasta el comienzo de la plaza.

La plaza estaba abarrotada de personas que hablaban a gritos y daban empujones para acercarse más al centro, donde había un enorme toro de bronce sobre una especie de escenario. El sonido de las campanas desde ese punto era ensordecedor.

Rhea se coló entre el gentío, abriéndose paso a codazos. A medida que se acercaba al escenario, sus nervios crecieron; mientras llegaba a la parte delantera, un hombre obeso la empujó contra un pedestal de piedra. Se golpeó la espalda, pero no le hizo caso al dolor; continuó con la difícil tarea de llegar adelante. Encontró una posición estratégica.

Minutos después, unas fuertes trompetas anunciaron la llegada de los gobernantes oligárquicos, los treinta, que llegaron escoltados por los hoplitas. Critias encabezaba la comitiva. Subió a la tarima y les hizo señas a los soldados de que acercaran a los prisioneros.

Rhea ahogó un grito de horror al ver a Nerella. Jamás la había visto tan flaca; tenía el rostro surcado por el dolor y, sobre su cuerpo desnudo, las evidentes heridas de una tortura sádica. Reparó en la figura masculina al lado de Nerella. Dorian no tenía mejor aspecto. Más que sostenerse en pie, lo sujetaban; tenía varias partes de su cuerpo descalladas y mutiladas. Solo podía contarle siete dedos en cada pie. Cuando las campanas finalmente dejaron de sonar en el Ágora, reinó el silencio.

Critias caminó al frente del escenario, extendió los brazos y habló hacia la multitud.

—¡Querido pueblo ateniense! Nos hemos reunido aquí para presenciar la ejecución de dos traidores... Mi esposa y su amante han sido capturados cuando intentaban escapar de la ciudad. Sus actos han sido condenados por el

tribunal de los treinta, y todos acordaron que la muerte es el mejor castigo para estos pecadores.

La multitud rugió. Alguien lanzó una piedra, que acertó a Dorian en la cabeza. Rhea gritó y se llevó las manos a la boca. Los hoplitas impidieron que cayera, pero la sangre comenzó a manar de una herida profunda en la frente. Llovieron más piedras. Una golpeó al guardia que sostenía a Nerella; otra chocó contra el hombro de Critias. Tres hoplitas se situaron ante él con los escudos en alto, protegiéndolo.

«Dioses, por favor, tengan piedad de sus almas», pensó con pesar.

Critias volvió a ser visible ante el público una vez que cesaron los piedrazos.

—Ellos han pecado, y deberán pagar —anunció, mientras dos guardias subían al escenario y abrían la compuerta lateral del enorme toro—. Ante los ojos de los dioses y los hombres aquí presentes, se los sentencia a morir en las entrañas del toro de Falaris.

El hombre que sostenía a Nerella la alzó sin dificultad alguna y la metió dentro; pronto, el guardia que sostenía a Dorian lo imitó. Cerraron y sellaron la escotilla.

Otro hombre, con una antorcha en la mano, subió y acercó la llama por debajo del animal; la paja ardió al instante, calentando el estómago del toro. A medida que las llamas crecían, iban subiendo, avivando otras zonas del toro.

A los pocos minutos, el bronce comenzó a calentarse, y los gritos de Dorian y Nerella, que se estaban quemando vivos, no se hicieron esperar. De la nariz del toro comenzó a salir un espeso humo blanco; sus alaridos desgarradores simulaban los mugidos lastimeros del animal.

Rhea se alejó del Ágora empujando a todo aquel que se interpusiera en su camino. Fue tomando distancia y, cuando tuvo la oportunidad, corrió.

Cuando el dolor y la culpa se hicieron insoportables en su pecho, se dejó caer, se aferró de las rodillas y lloró; notó en los labios el sabor salado de las lágrimas.

Ambos se despertaron sobresaltados; Helena se reincorporó en la cama y se tapó el rostro con las manos; ahogó un sollozo. Adam cruzó su brazo por los hombros femeninos y la atrajo hacia su pecho.

El presenciar la tortura y muerte de sus antepasados los había afectado notablemente. Helena lloraba sin consuelo, y él sentía una punzada en el centro de su pecho, estrujando su corazón.

—¿Cómo demonios vamos a evitar que mueran? —preguntó entre hipidos—. Han tenido un final horrible y trágico.

—No sé cómo lo haremos, Helena. Pero te aseguro que buscaremos la forma de evitar esta tragedia.

—¿Y si no lo conseguimos? —Le tembló ligeramente la barbilla—. No quiero morir, Adam.

—No lo harás, no vamos a morir.

Helena desvió la mirada a un punto indefinido de la habitación. Al cabo de unos segundos, se levantó de la cama y caminó hacia el baño.

Adam se quedó observando la silueta femenina desaparecer detrás de la puerta. Lanzó un largo suspiro y se levantó. Se cambió y bajó a la cocina. Decidió levantarle el ánimo a Helena con un succulento desayuno.

Revisó su celular, y un escalofrío lo recorrió, estremeciéndolo. Tenía un mensaje de esa mujer, Sasha Lennon, que decía: «Voy a desenmascararte, Cooper. Eres un asesino. Pronto te pudrirás en la cárcel».

Borró el mensaje y guardó su teléfono con manos temblorosas en el bolsillo de su pantalón. Tenía un horrible presentimiento; cada vez que esa mujer aparecía, algo sucedía.

Pocos minutos después, Helena se le unió. Él preparó el café, mientras ella cortaba unas rodajas de pan y las ponía a tostar. Todo en el más absoluto silencio. Observó el semblante de Adam y se dio cuenta de que algo estaba mal en él, e intuía que nada tenía que ver con la muerte de Dorian y Nerella. Lo maldijo internamente por no confiar en ella.

Una vez que el desayuno estuvo listo, se sentaron a la mesa sin pronunciar palabra. Helena encendió la televisión y puso las noticias.

Fue entonces cuando apareció una foto de Adam. Era una imagen de varios años atrás; a su lado había un hombre. Helena lo reconoció al instante: era la viva imagen de Thanos. Apareció una placa que decía: «¿Adam Cooper

denunciado por homicidio?».

Se volvió hacia él, que en ese instante miraba la pantalla de la televisión con el rostro desencajado.

La taza que sostenía en su mano comenzó a temblar, y su respiración se agitó súbitamente.

—Adam, ¿te encuentras bien? ¿Qué significa eso?

Él no respondió; dejó la taza sobre la mesa con un movimiento fuerte, y cayó un poco de café sobre la madera. Se pasó las manos de manera frenética por el cabello, despeinando su jopo, y miró a Helena con un dejo de tristeza en sus ojos; luego se derrumbó.

Comenzó a llorar de una manera desgarradora que a ella le rompió el corazón. Entonces recordó a la mujer que la había interceptado en el aeropuerto días atrás.

—¿Qué es lo que tanto te atormenta? —preguntó con un nudo en la garganta, acercándose a él y posando las manos sobre sus hombros—. Dime, Adam. Si no confías en mí, jamás podré ayudarte.

Él nuevamente no respondió; se levantó de la silla, limpió con el dorso de sus manos las lágrimas de sus ojos.

—No puedo, Helena. Lo siento. —Tomó la chaqueta que estaba colgada en el respaldo de la silla y se volvió hacia ella—. Tengo que regresar a Londres.

—Pero...

—Lo lamento.

Tomó sus cosas y salió de la casa dejando a Helena completamente confundida.

El lunes después de ese agitado fin de semana, Gía se aproximaba a la escuela ansiosa, con unas ganas locas de ver a Alón. Le había enviado un mensaje antes de salir de la casa de su padre: «Te espero en el kiosco de la esquina del cole». Esas simples palabras la habían alterado notablemente; a medida que se acercaba, sus nervios se iban incrementando. Había pensado mucho sobre su relación y había tomado una decisión.

Entonces lo vio; ahí estaba. Lucía increíble, con su cabeza perfecta de cabello corto y enrulada apoyada contra la pared blanca del kiosco, que contrastaba con el tono negro de su piel; ajeno a las miradas apreciativas de las chicas que por allí pasaban, divisó a Dana saliendo con su grupo del local y se quedaron cuchicheando cerca de él. Le respondió el saludo a Rachel, la chica que estaba al lado de Dana, y continuó mirando hacia la izquierda, tratando de distinguirla entre los alumnos que caminaban por la cuadra. Gía sonrió; la esperaba por ese lado.

—¡Alón! —lo llamó desde la derecha, y se enamoró aún más de la expresión de sus ojos verdes de sorpresa y de contento al descubrirla.

Despegó la espalda de la pared y se acercó a ella a toda velocidad; le rodeó la cintura con el brazo derecho y la besó en los labios, de forma lenta y suave. Los murmullos entre el grupo de amigas de Dana no se hizo esperar al observarlos.

—Te esperaba por el otro lado —dijo con una sonrisa sobre sus labios.

—Vengo de la casa de papá —le explicó. Alón percibió un dejo triste en su voz.

—¿Te encuentras bien?

—No.

—¿Qué sucede?

—Han pasado muchas cosas desde que nos vimos la última vez.

—Gía... —Alón enarcó una ceja extrañado —... ¿qué tantas cosas han podido pasar? Nos vimos ayer en la tarde. ¿Lo olvidaste?

—¡No! Y sí, sucedieron muchas cosas desde que nos despedimos ayer.

—Cuéntame —le rogó Alón tomando sus manos y apretándoselas de forma cariñosa.

—No es fácil, ni siquiera yo sé cómo rayos explicarte todo lo que vi y me enteré anoche.

—¡Dale, Gía! Me estoy muriendo de la ansiedad, ¿qué pasó?

—No puedo, Alón. Es algo de mi madre. Olvídalo.

—¿Entonces por qué estás triste?

—Porque estuve pensando en nosotros y... no creo que sea un buen momento para comenzar una relación.

—¡¿Qué?!

—Alón, muero por estar contigo, ¡me gustas demasiado! Pero hay cosas que no puedo contarte, y no quiero mentirte.

—Gía, puedes confiar en mí.

—Lo sé, pero el problema no es ese: es que, cuando te diga, vas a creer que me volví loca y ya no vas a querer estar más conmigo.

—¿Por qué haría eso? Gía, ¡vamos! ¿Acaso no confías en mí?

—Lo hago.

—¿Entonces?

—Prométeme, Alón, que no vas a interrumpirme y a escucharme hasta el final.

—Lo prometo.

Gía miró la hora en su teléfono; aún faltaban diez minutos para entrar a la escuela. Tomó la mano del muchacho y lo guió hacia el edificio; entraron, y ella lo condujo por los pasillos hasta su aula. No había nadie; tomaron asiento en sus pupitres y Gía comenzó a relatarle los hechos desde el momento en que ella había escuchado a sus padres hablando en la cocina. Alón la escuchó atento, sin interrumpirla. La historia que ella le relataba era realmente fantásica pero, a medida que Gía la iba contando, se quedó absorto en el tono de su voz. Y, por muy extraña que sonase la historia, confiaba en ella y le creía. A la hora del almuerzo, terminó de contarle todo.

—¡Vaya!... sí que es muy extraño.

—¿Me crees?

—¿Por qué no lo haría?

—Porque todo es tan irreal que hasta a mí me cuesta creerlo.

—¿Qué piensan hacer tu mamá y Adam?

—No lo sé, Alón. Pero me da mucho miedo de que algo les suceda. ¡Quiero ayudar, pero no sé cómo hacerlo!

Alón se quedó en silencio, pensativo.

—Has dicho que comenzaste a hacer los dibujos luego de tu cumpleaños, ¿cierto? —Ella asintió—. Y te enteraste de que la profesora le entregó esa mítica pulsera a tu mamá y a Adam ese mismo día.

—Volvió a afirmar con la cabeza—. ¿No ves la relación?

—No. ¿Qué relación?

—¿Tienes los dibujos?

—No. Se los di a la profesora.

—Entonces los tenemos que recuperar —sentenció Alón—; quiero ayudarte, Gía.

En respuesta, ella le sonrió, y él apoyó las manos en las mejillas, elevó unos centímetros el rostro femenino hasta tocar sus labios. Gía le respondió con timidez y suavidad; no debía olvidar que se encontraban en medio de la cafetería. Estaba agradecida con él; la había escuchado y contaba con su apoyo. No la creyó una lunática y ahora la besaba de una forma muy dulce. Entonces lo supo: no tenía ni una duda; estaba perdidamente enamorada de Alón.

—Esa es la casa —señaló Gía con el dedo índice la pintoresca vivienda de su profesora.

Subieron la escalinata que los separaba de la entrada, y Alón tocó el timbre. Miró a su novia y le regaló una sonrisa; pocos segundos después, se escuchó el ruido de la cerradura. Gía movió las manos nerviosa.

Rhea apareció en el umbral de la puerta y recibió a sus alumnos con una cálida sonrisa.

—¡Qué sorpresa! Adelante... —se hizo a un lado para permitirles el paso.

Gía tomó la mano de Alón y entró a la cálida sala. El muchacho se sorprendió de la cantidad de reliquias que decoraban el ambiente: más que una sala, parecía un museo. Se detuvieron en el centro de la estancia y se volvieron hacia Rhea.

—¡Por favor, tomen asiento! —indicó—. ¿A qué se debe su inesperada visita?

Alón se sentó en el sofá grande y Gía a su lado. Rhea los miró perspicaz; podía sentir las hormonas adolescentes revolucionadas entre los dos, y ese brillo especial en los ojos de ambos no le dejaba dudas de que estaban experimentando ese flechazo del primer amor. Sonrió recordando viejas épocas.

—¿Les puedo ofrecer algo de beber?

—No, gracias —espetó Gía—, vine a verte porque necesito que me devuelvas los dibujos — expresó sin rodeos.

Rhea la observó con detenimiento e intriga.

—¡Claro, son tuyos! Pero... esta repentina urgencia me lleva a preguntarme: ¿para qué los quieres, Gía?

Se removió incómoda, se aclaró la garganta antes de responder.

—Estuve dibujando otros y quiero estudiar todos juntos.

—¿Tienes aquí los nuevos?

—No. Los hice anoche —explicó—, me desperté muy asustada y no podía dejar de temblar. —Se le quebró la voz; Alón le tomó la mano infundiéndole fuerzas—. Dibujé cosas horribles.

—Entiendo... Iré a buscar los dibujos pero antes, Gía, quiero decirte que me gustaría ver los bocetos nuevos. O mejor, si estás de acuerdo, mirarlos juntas.

—Pero mi madre dijo...

—Sí. Sé muy bien lo que ella dijo. Solo vamos a estudiar los bocetos juntas, no vamos a hacer algo indebido, ¿o sí?

La joven negó con la cabeza.

—Bien. Ahora regreso.

Cuando Rhea salió de la sala, Gía, en un rápido y calculado movimiento, ante la atónita mirada de Alón, se levantó, cruzó la sala en dos zancadas hacia la biblioteca y, del estante superior derecho, tomó un pesado libro de lomo negro con hilos rojos y con una calavera tétrica en la portada. Se acercó a él y le tendió el libro.

—¡Rápido, mételo en tu mochila!

Tomó el libro que ella le ofrecía y lo guardó. Sintió su corazón golpear fuerte contra su pecho, ¡le estaban robando a su profesora!, deseaba salir de allí cuanto antes.

Rhea volvió al cabo de unos minutos con una carpeta marrón de piel y se la entregó a Gía.

—Todos están ahí.

—Gracias —se levantó del sofá —, es mejor que nos vayamos. No debería estar aquí. Estoy castigada y debo ir a casa.

Rhea asintió; Gía caminó hacia la salida, y Alón la siguió, cargando la mochila que pesaba una tonelada. Antes de salir, se volvió hacia la mujer y la

saludó con la mano antes de cerrar la puerta.

La primera cuadra la hicieron corriendo; temían que ella se hubiese dado cuenta de la falta del libro: este había dejado un hueco importante en el estante: era difícil no percatarse de su ausencia.

Caminaron a paso veloz las cuadras que los separaban de la casa de Gía. Diez minutos después, entraban agitadísimos en la cocina. Helena los recibió con una sonrisa y con un increíble aroma a comida.

—Hola, mamá.

—Hola, Helena.

Se acercó a los jóvenes y los saludó con un beso en la mejilla.

—Hola y chau... Tengo una cita.

—¿Con Adam?

—No. Él se fue hoy en la mañana a Londres.

—Pero creí que iba a quedarse —anunció con sorpresa Gía.

—Surgió algo.

—¿Con quién vas a salir?

—¡Gía! Es cosa mía. Tienes espaguetis en la olla. ¡Hasta luego!

Salió dejando una estela de perfume. Gía bufó molesta. Odiaba que su madre no confiara en ella.

Se volvió hacia Alón.

—Vamos a comer, que me muero de hambre.

Después del almuerzo, subieron a la habitación de la joven. Primero, ordenaron los dibujos de forma cronológica sobre la cama; Gía le fue explicando en las imágenes quiénes eran cada una de las personas que había dibujado, e intentaba interpretar las escenas según le había contado Helena a Neal.

—Ese niño se parece a mí cuando era pequeño.

Se acercó para mirar al niño que señalaba.

—

Eres

tú.

—

¿¡Qué!?

—Eres tú en tu otra vida. De alguna forma, tú y yo estamos ligados.

Ella tomó una imagen en donde aparecía una escena muy triste; era un bebé no nato, envuelto en una manta, y las manos de un niño depositando el cuerpo sin vida en una pequeña tumba. La imagen lo hizo estremecer.

—Esas manos son tuyas, o de Duka, así te llamabas... y ese bebé soy yo. Rhea dijo que mi madre, a lo largo de todas sus vidas, jamás había podido tener hijos, y el que yo naciera es una especie de milagro.

Se acercó a ella y rozó su mejilla con suavidad.

—Tú eres un milagro —susurró sobre sus labios para besarla después.

Se besaron con extremada dulzura por varios minutos. Al separarse, y enfrentar esos ojos verdes que le encantaban, se ruborizó.

—Me encantaría seguir besándote, pero tengo que resolver esto.

—Lo sé, déjame ayudarte, así podré seguir besándote después.

Soltó una risa tonta y le dio una palmadita suave en el hombro.

—Saca el libro de tu mochila —lo apremió.

—La dejé abajo, ahí vuelvo.

Salió de la habitación y bajó corriendo las escaleras; cruzó la sala hasta el sillón donde descansaba su mochila, tomó el libro y regresó subiendo los escalones de dos en dos.

—¡Aquí está!

Lo apoyó sobre el escritorio. Gía se acercó y pasó las yemas de sus dedos por el contorno de la calavera; al hacerlo, un frío la recorrió desde la punta de sus dedos hasta la punta de los pies; tuvo un extraño presentimiento.

Juntando valor, sacó la especie de daga para destrabar la cerradura del libro, pero esta no cedió: continuaba cerrada.

—¿Qué sucede? —preguntó el muchacho.

—No se abre.

—Déjame intentarlo —Gía le dio el libro.

Alón intentó forzar la traba, pero no daba resultado.

—Creo que sé lo que hay que hacer.

Le devolvió el libro a la joven, y ella tomó la daga; pasó el filo de la punta sobre la palma de su mano, y un hilo de sangre brotó cuando su piel se rasgó; dejó caer varias gotas sobre la boca de la calavera y, haciéndolos sobresaltar, el broche se destrabó con un ruido fuerte.

—¡Diablos, Gía, me asusté! —reconoció.

—A mí se me puso la piel de gallina. ¿Listo?

Alón afirmó con la cabeza; ella abrió el libro, y la luz de la habitación parpadeó unos instantes.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo?

—No voy a mentirte, Alón. No tengo la menor idea, pero tal vez, en las hojas de este libro encuentre la ayuda que necesito.

—¿Qué estás buscando exactamente?

—Cuando estuve en la antigüedad, Rhea usó este libro para ayudarme a regresar.

—No entiendo, Gía.

—Yo tampoco entiendo mucho, pero quiero buscar el conjuro que usó para traerme de nuevo.

—¿Para qué?

—Porque, si voy a viajar de nuevo, tengo que saber cómo volver por mi cuenta.

—¿Puedo viajar contigo?

—¿Vendrías conmigo?

—Sí. Quiero ayudarte, ya te lo dije.

—Gracias, Alón.

Se acercó al muchacho y depositó un casto beso sobre sus labios; le regaló una tímida sonrisa y se volvió hacia el libro. Alón apoyó el mentón sobre el hombro de la joven para poder mirar las hojas del antiguo volumen. No sabía qué era lo que ella buscaba, pero estaba decidido a colaborar con Gía.

Beatriz golpeó la puerta de la habitación de Adam con insistencia. Él había llegado hacía menos de dos horas de Atenas; estaba cansado por el viaje y deseaba dormir un poco. Abrió la puerta con fuerza, y la mujer se sorprendió.

—¿Qué sucede, Beatriz?

—Abajo, en la sala, hay unos señores que lo buscan. Son policías.

La expresión de Adam cambió; la mujer percibió en su semblante un dejo

de preocupación.

—Diles que bajaré en un momento.

—De acuerdo, señor.

Miró cómo la silueta de su ama de llaves se perdía al doblar en el corredor y cerró la puerta. Apoyó su espalda sobre la madera y cerró los ojos. Estaba preocupado. Antes de bajar, llamó a Arnoldo Carras, su abogado. Tenía un mal presentimiento. Después de su breve conversación telefónica, bajó a la sala.

Tres hombres uniformados lo observaron; el más alto se presentó.

—Señor Cooper, soy el teniente Felipe Bugarin —le extendió su mano, y Adam la estrechó con un firme apretón.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros?

—Señor Cooper, tengo una orden de detención. Debe acompañarme a la comisaría, donde se le tomará declaración por el asesinato de Marko Ryan Willett.

—¡¿Qué?! Yo no asesiné a Marko.

—Señor Cooper, a mí eso no me compete; lo decidirá el juez. Solo hago mi trabajo. Debe venir conmigo. Por su bien, le recomiendo que no se resista.

Adam sintió un gusto amargo en la boca; tembló ligeramente cuando el oficial retacón se acercó a él con las esposas.

—No es necesario eso.

—Debo ponérselas: es el procedimiento —explicó el policía.

Llevó sus manos hacia atrás y sintió el frío acero de las esposas en sus muñecas.

—Andando —lo apremió.

Salieron y lo guiaron hacia una patrulla; a lo lejos, en la reja, se aglomeraba una decena de periodistas, captando con sus cámaras el momento en el cual lo trasladaban. Al cruzar la reja y acercarse a ellos, bajó la cabeza. No quería que tomaran imágenes de él. Sintió unas enormes ganas de llorar. Pensó en Helena y se arrepintió de no haber confiado en ella. Todo se había acabado para él.

Llegaron a la comisaría y lo condujeron hasta una habitación con una gran ventana espejada; había una pequeña mesa y tres sillas de caño. Le indicaron que se sentara y, a continuación, que pusiera las manos sobre la mesa.

Cuando lo hizo, el policía le quitó las esposas y, sin decir palabra, salió de la habitación.

Adam observó todo a su alrededor; estaba nervioso. No podía dejar de mover de forma frenética la punta de su pie sobre el suelo, lo cual provocaba un temblequeo en toda su pierna. Pero hacerlo lo calmaba un poco. Apoyó los codos sobre la mesa y se tomó la cabeza entre las manos; respiró varias veces de forma pausada, para tratar de calmarse, pero le resultaba imposible. Estaba en problemas.

En serios problemas.

Levantó la cabeza cuando la puerta se abrió, y por allí entraron dos hombres. El primero, un cincuentón de cabello castaño oscuro moteado de gris a los laterales, de mirada fría y ojos negros, cercados por unas gruesas y pobladas cejas; el otro tendría su edad, treinta y cinco años, de apariencia más amigable y rasgos más finos. De cabello rubio como el maíz, y ojos comprensivos color café. Tomaron asiento frente a él.

El policía más viejo sacó de entre su saco un paquete de cigarrillos y le ofreció uno. Adam lo aceptó, y el hombre le acercó el fuego; después de la primera calada, el oficial se encendió uno.

—Adam Cooper, soy el detective Sean Marshall; él es mi compañero Billy Swan. ¿Sabe por qué está aquí?

—Porque alguien me ha denunciado, supongo.

—Sí, lo han acusado de asesinato del señor Marko Ryan Willett y han presentado pruebas en su contra, donde se constata que usted pagó para alterar los resultados de la autopsia del señor Willett.

¿Qué tiene para decir, Cooper?

—No pienso presentar declaraciones sin antes hablar con mi abogado.

—De acuerdo. Si así lo prefiere... —El detective se puso de pie —... venga conmigo, tengo una confortable y bonita celda para usted.

Se dejó guiar por los estrechos pasillos de la comisaría. Llegaron a una de las últimas celdas, abrió la reja y él entró; antes de cerrarla delante de sus narices, le dedicó una sonrisa ladeada.

Se dejó caer en el fino colchón de la precaria cama que había e intentó controlar las lágrimas que se aglomeraban a un ritmo alarmante en sus párpados; pestañeó varias veces y no pudo evitar que algunas se escaparan

rodando por su mejilla, perdiéndose en la comisura de sus labios. Sintió el gusto salado de las lágrimas y se abrazó las rodillas, intentando esconder la cabeza entre ellas, en posición fetal. Ahogó un lamento desgarrador y pensó en Helena. Con ese último recuerdo se quedó dormido.

CAPÍTULO 14 **E**ntrada la tarde,

Helena regresó a su casa. Buscó a Gía y la encontró en su habitación; golpeó y abrió la puerta. La joven se encontraba recostada boca abajo sobre la cama y leía un libro.

—Hola, Gía —saludó Helena recostando su hombro contra el marco de la puerta—. ¿Cómo ha estado tu día?

—Tranquilo. Estuvimos haciendo un trabajo de investigación con Alón.

—Recuerda que aún estás castigada.

—Lo sé, mamá. Pero, tú y papá no pueden prohibirme verlo para estudiar.

—Yo no voy a prohibirte que veas a Alón.

—¿Y papá?

Helena lanzó un largo suspiro.

—Tu padre es otra cosa, Gía. Lo sabes. Aún cree que eres una niña y no se hace a la idea de que su hija está creciendo.

—No tengo cinco años, mamá. Algún día se tendrá que dar cuenta.

—Lo hará, cariño. Solo dale tiempo para que lo asimile.

Bufó molesta y puso los ojos en blanco.

—¿Tú? ¿Dónde fuiste?

—A ver a Fiona. Ahora que la situación con la prensa remitió un poco, quiero y necesito volver al trabajo.

—¿Qué te dijo?

—Que aún era demasiado pronto, y me sugirió que me tomara otra semana más. No quiero tomarme una semana más de vacaciones; necesito trabajar: me despeja y me hace bien.

—Una semana pasa rápido —acotó Gía tratando de infundirle ánimo a su progenitora—. ¿Qué sabes de Adam?

—No hablé con él desde esta mañana, cuando se fue a Londres.

—¿Por qué se fue de forma tan repentina?

—Tuvo problemas, claramente, pero no me dijo qué tipo de problemas. — Se frotó la frente unos segundos, tratando de no darle importancia—. Iré a preparar la cena, ¿qué quieres comer?

—Pasta —determinó Gía.

—Perfecto.

Helena estaba por cerrar la puerta cuando la voz de su hija la detuvo.

—¡Espera, mamá, te ayudo con la cena!

Cerró el libro y se levantó de la cama; se alisó su blusa, y ambas bajaron a la cocina.

Mientras Helena buscaba los ingredientes necesarios, Gía encendió la televisión en las noticias. Ayudó a su madre a lavar los tomates frescos, pelar las cebollas y cortar los morrones en pequeños cubos. Buscó la olla en la alacena de abajo y la puso en el fuego con un poco de aceite. Helena, que en ese instante picaba la cebolla, se quedó petrificada al oír a la presentadora de las noticias dar una noticia sobre Adam. Ambas se giraron para mirar la pantalla.

Adam Cooper fue retirado de su mansión por la policía local; hay imágenes donde se lo puede ver saliendo de su casa esposado y escoltado por los oficiales hasta el coche patrulla. El manager del actor no ha dado declaraciones a la prensa. Pero hay una contundente denuncia de homicidio en contra de Adam Cooper. Se lo acusa de ser el asesino del magnate Marko Ryan Willett, un viejo millonario que legó toda su fortuna y bienes al actor. Este caso ha traído una gran controversia de los medios. Ampliaremos.

Helena se quedó petrificada y miró a su hija con detenimiento.

—¿Adam está en problemas, mamá?

—Parece que sí. Él... él nunca me comentó nada de esto.

—Seguramente tiene una explicación razonable.

—No lo sé, Gía. Pero... él algo oculta y no confió en mí, ¿sabes? Había algo que lo afectaba. En uno de nuestras incursiones al pasado, hubo veces en que lo vi muy alterado, siempre cuando aparecía un hombre llamado en aquel entonces Thanos, un viejo soldado espartano que ayudó a Dorian y lo sacó de la calle. Pero no logro comprender. ¡Es tan frustrante!

—Tranquila, mamá, estoy segura de que Adam tiene una explicación para

esto. Él no es ningún asesino.

Helena asintió con la cabeza; sin embargo, no emitió opinión alguna. Sabía que algo ocultaba, pero jamás creyó que él podía llegar a asesinar a una persona.

Volvió su atención a la elaboración de la cena, pero su cabeza estaba en un estado de ebullición absoluta; necesitaba saber la verdad. Tenía que hablar con Adam.

Mientras la salsa se cocinaba, subió a su estudio y encendió la computadora. Buscó en Google el nombre del hombre por el cual acusaban a Adam y reprimió las ganas de llorar al encontrar una imagen de Marko Ryan Willett. Era el vivo retrato de Thanos. Adam, sin duda, debía darle muchas explicaciones.

Después de cenar, o más bien de jugar con su plato y comer dos o tres bocados, se dio una ducha y se metió en la cama.

Llevaba un rato largo en la habitación blanca; estaba esperando a Helena. Ella debía aparecer de un momento a otro. Estaba nervioso y, sobre todo, asustado. Su abogado había ido a visitarlo a la comisaría; mantuvieron una conversación, donde el abogado le exigía la verdad sobre su relación, pero él no pudo hacerlo y sintió una enorme frustración.

Helena se materializó frente a él y, sin dudarlo, antes de darle tiempo a darse cuenta, Adam se abalanzó sobre ella y la rodeó con sus brazos en un cálido abrazo. Ella se sintió vibrar al percibir las manos masculinas estrechar su cintura. Escondió el rostro en hueco de su pecho y largó un suspiro que rompió el silencio reinante entre ambos.

—¡Dios mío, Adam! ¡Estaba tan preocupada por ti!

—Lo lamento, Helena.

Se alejó unos centímetros pero, sin romper su contacto, elevando sus párpados y analizando el semblante del hombre que amaba. Porque sí, había llegado a la conclusión de que estaba enamorada perdidamente de Adam Cooper, y le resultaba difícil creer que él podía llegar a lastimar a alguien. ¡Él no podía ser un asesino! Tomó el rostro demacrado de Adam entre las manos y, con sus pulgares, acarició con suavidad la piel de sus mejillas. Se elevó

sobre las puntas de sus pies y lo besó con ternura, intentando transmitir en ese beso un poco de calma.

—¿Cómo estás?

—Me lo merezco, Helena. Todo esto que me está pasando lo tengo bien merecido. —Se alejó de ella; de pronto sintió que no se merecía compasión.

—¿Quieres contarme? —Él volvió sus ojos hacia ella—. ¡Por favor, Adam! Te lo ruego, ilumíname. Porque me niego rotundamente a creer que tú eres un asesino que mató a ese viejo a sangre fría para heredar toda su fortuna.

—¡No! ¡Maldición, Helena! Pero... yo... —Su voz se quebró, y sus ojos se tornaron tristes.

—Adam... —Se acercó a él y apoyó las palmas de su mano sobre el torso masculino—... no soy buena para hablar sobre mis sentimientos; no sé cómo expresar lo que siento, sobre todo si no entiendo qué es esto que me pasa cuando estoy contigo, o cuando me tocas. Tu contacto me estremece, siento mi sangre caliente recorrer cada rincón de mi cuerpo y siento esto aquí. —Se tocó con la mano derecha el corazón—. Jamás lo sentí antes. ¡No, miento! Solo lo hice una vez, cuando tuve por primera vez a Gía en mis brazos y eso es tan grande, tan inmenso que desborda. Y... lo que estoy tratando de decirte es que te amo. Te amo demasiado, más de lo recomendado bueno para la salud. —Él sonrió y se mordió el labio—. Debes confiar en mí. Quiero ayudarte, pero para eso tienes que dejarme hacerlo y decirme la verdad, no importa qué tan horrible y cruel sea; no voy a juzgarte.

La miró con devoción. A medida que las palabras fueron saliendo de su boca, él percibió cómo una agradable sensación inundaba su pecho, anidándose en lo más profundo de su corazón. Cortó la distancia que lo separaba de sus labios y la besó.

Helena entrelazó sus manos detrás de la nuca masculina y se entregó a ese beso, liberada, con un peso menos en los hombros. Se separaron al oír el carraspeo de Rhea. Ella los miraba con una expresión seria.

—Siento interrumpirlos, pero debemos hablar. Llegó la hora de evitar la tragedia.

—¿Qué?! —gritaron los dos al mismo tiempo.

—¿Ahora? —preguntó atónita Helena.

—No comprendo por qué están tan alterados. Ustedes ya sabían que el

momento de intervenir se acercaba. Espero que hayan pensado algún plan.

—¿Plan? Rhea, nosotros jamás hemos hablado de un plan, no tenemos la remota idea de cómo hacer para evitar su muerte —expresó Adam con enfado.

—¡Maldición! —bufó por lo bajo, apretando sus puños—. Ahora que ellos murieron, con el poder que esas esclavas les otorga, podrán regresar en el tiempo solo a un determinado momento y tomar su lugar, ser ellos e intentar escapar de Atenas.

—Rhea, yo no puedo hacerlo —aclaró Adam—. Estoy en la cárcel, incomunicado.

—¿Otra vez? —preguntó ella enarcando una ceja.

—¿Qué dices? Yo nunca he estado en la cárcel.

—Lo sé, lo siento; no eras tú, fue otro tú, en otra vida. Pero he aprendido con el tiempo que los errores y acciones de vidas anteriores vuelven a cometerse una y otra vez.

—¿De qué hablas, Rhea? —preguntó Helena.

—Esto ya pasó; Adam está en la cárcel porque lo acusan injustamente de asesinato, ¿no es así?

—Sí. Pero ¿por qué dices injustamente? Yo fui responsable de su muerte.

—Adam, en todas las vidas que te conocí, Thanos se cruzó en tu camino, ¿sabes por qué? —Él negó—. Porque así estaba escrito. Él siempre fue tu gran salvador, tu catalizador. Creciste en un mundo hostil y malvado, con un padre borracho y golpeador, viviste en la calle por muchos años y muchas vidas, y él siempre aparece cuando más lo necesitas. Y siempre muere. No es tu culpa: así debía pasar.

Adam respiraba con dificultad.

—Rhea, yo envenené a Marko Willett, yo lo hice.

—¿Pero para quedarte con su fortuna?

—¡No! Fue un accidente. Yo... —Suspiró resignado, se pasó las manos por el cabello despeinándolo—. Es cierto, viví en las calles durante mucho tiempo, prefería huir y vagar por la noche que regresar a casa. Mi padre era un maldito alcohólico y me golpeaba a la primera oportunidad. También me basureaba verbalmente: «Eres un estorbo», «Jamás debí tenerte», «¿Cuándo vas a morirme y a dejarme en paz?».

Una noche, al regresar a casa muerto de frío y hambre, me lo encontré bebiendo un licor barato en la sala, frente al televisor. Entré y lo ignoré. Caminé hasta la cocina y abrí la heladera. No había nada: estaba vacía. Me acerqué a él y le pregunté dónde estaba la comida. A la mañana le había dejado el poco dinero que había ganado mendigando el día anterior, y él me mostró la botella de licor. Le grité que tenía hambre y recibí la paliza más grande de mi vida. Me desperté tres días después en un hospital. Luego de la brutal golpiza, mi padre creyó que me había matado, así que huyó, dejándome tirado inconsciente en el suelo; me encontró un amigo de juerga de mi padre.

Me recuperé y me trasladaron a un centro de menores, pero me escapé en cuanto tuve la oportunidad. Vivía en la calle, a veces dormía en la estación del tren o en el porche de una casa. Una tarde, me paré delante de una confitería; tenía tanta hambre... No podía dejar de pensar en comida, y mi estómago rugía reclamando por alimento. Entonces, vi a un hombre comiendo un sándwich y él me vio a mí; me hizo señas, pero negué con la cabeza y continué caminando. A media cuadra, el hombre me alcanzó y me ofreció el sándwich; le agradecí y comenzamos a hablar. Para ese entonces yo tenía catorce años. Y no sé muy bien cómo fue, pero me llevó a vivir con él, me dio un techo, comida y una educación. Marko fue mi verdadero padre. Jamás quise causarle daño.

Una tarde, decidí agasajarlo y preparé un pastel de nuez; había estado cosechando nueces de un nogal en el bosque y tuve la necesidad de hacer algo como muestra de mi gratitud hacia él. Preparé el pastel con mis propias manos con la ayuda y consejo de la cocinera y, cuando estuvo listo, arreglé la mesa y lo llamé a tomar una merienda hecha por mí. Marko estaba contento y, sobre todo, agradecido. Pero nunca pensé que el hombre era alérgico a las nueces. Él mordió el pastel y, a los pocos minutos, comenzó a ponerse rojo, llevó sus manos a la garganta, intentando respirar; se levantó de la silla con desesperación. Sus ojos estaban desencajados; una vena de su frente palpitaba de forma frenética. Cuando me acerqué a él, se desplomó sobre mí, ya casi sin respirar. Su piel se tornó azul y, pocos minutos después, murió.

No sabía qué hacer. Entré en pánico. Llamé al médico de cabecera de Marko y me explicó que había muerto por un edema de glotis, ocasionado por las nueces, ya que era muy alérgico. El médico me recriminó su muerte,

alegando que lo había hecho adrede, que lo había hecho sabiendo de su alergia para quedarme con su herencia. Con ayuda del abogado de Marko, solucionamos, con dinero obviamente, el silencio del médico. Y el informe forense dictaminó que había fallecido por un paro cardiorrespiratorio. Él me había heredado toda su fortuna, y mi culpa me llevó a las drogas, y luego entré al mundo del cine. Y aquí estoy. Intentando salvar a mi antepasado sin siquiera saber cómo salvarme a mí mismo.

—¡Adam! —Helena lo abrazó con fuerza—. Lo lamento tanto... Te aseguro que voy a ayudarte. Fue un accidente.

—Ellos no lo ven de esa forma, Helena; creen que fue premeditado. Voy a pudrirme en la cárcel.

—No, eso no, Adam. Buscaremos la forma de mostrar tu inocencia.

—Pero primero —interrumpió Rhea— debemos salvar a Dorian y a Nerella.

Ellos se miraron por unos segundos y luego se volvieron hacia la mujer pelirroja, asintiendo.

—¿Cómo haremos eso? —quiso saber Helena.

—Debemos buscar cómo sacarlos de Atenas sin que Critias y su ejército se den cuenta. Hay ojos y oídos por toda la ciudad.

—¿Contaremos con tu ayuda cuando estemos allí? —quiso saber Helena.

—No, lo lamento. Pero yo no podré ayudarlos; todo depende de ustedes.

— ¡Genial! —exclamó con sarcasmo Adam—. No tengo la más remota idea de cómo conseguiremos hacerlo.

—Analicemos los hechos —sugirió Helena—. Ellos intentan escapar, y Ophelia los delata; tal vez, si impedimos que esta mujer oiga la conversación entre Rhea y Dorian...

—No funcionará —interrumpió Rhea—. Ya lo han intentado y fracasan. Tienen que buscar otra alternativa.

—¿Si lo hacemos la noche del simposio? —preguntó Adam—. Cuando ellos vuelven a verse después de tanto tiempo.

—No lo sé, ¿cómo haremos para huir?

—Thanos aún está vivo y puede facilitarnos un barco.

—Mmm... es arriesgado —convino Helena—. ¿Tú que dices, Rhea?

—Lo dudo; con la aparición de tu hija esa noche, hubo un gran revuelo en

la ciudad y las calles fueron aseguradas con más guardias de lo habitual. Creo que va a ser muy difícil que logren salir con tanta seguridad.

—¿Qué propones tú? —preguntó con cansancio Adam.

Rhea se pasó las manos por el cabello con frustración.

—No lo sé.

—Gracias... eres de gran ayuda.

—¡Adam, estoy tratando de pensar! —se defendió.

—Esperen... esa noche, la del simposio, también es la noche en la cual Thanos muere. Por más que haya seguridad, creo que sería una buena oportunidad para intentar salir. Critias estaba descolocado por la aparición del supuesto ángel, y creo que debemos aprovechar ese momento de confusión para escapar. ¿Qué dices, Rhea?

La pelirroja la miró unos segundos analizándola; finalmente, asintió.

—Puede llegar a funcionar.

—Incluso podemos evitar la muerte de Thanos —se apresuró a decir Adam.

—¡No! Su muerte estaba estipulada; no pueden intervenir.

—¿Por qué? —quiso saber Adam

—No es aconsejable. El destino mató esa noche a Thanos, porque así estaba escrito, y ese era su final. Solo deben concentrarse en lograr que Dorian y Nerella escapen de Atenas sanos y salvos.

Adam bufó molesto. Helena tomó su mano infundiéndole ánimos.

—Si el problema es Critias, ¿por qué no buscamos la forma de matarlo a él?

—Adam... eso tampoco funcionará —retrucó Rhea resignada.

—Volveremos la noche del simposio —determinó Helena—. Lograremos escapar de Atenas.

Adam y Helena cruzaron sus miradas por una fracción de segundo.

—¿Están listos?

Ambos afirmaron con la cabeza y unieron sus manos. El suelo vibró, y todo comenzó a dar vueltas a su alrededor.

—¡Mamá!

Llamó Gía golpeando la puerta con insistencia. Las alarmas no dejaban de sonar y la habían despertado. Entró furiosa y apagó el radio reloj, la televisión y la alarma de su celular. El silencio reinó en la habitación, y Gía suspiró aliviada. Su madre tenía el sueño de un oso. La admiró por un momento; estaba profundamente dormida, ni siquiera se había mosqueado con semejante alboroto. Le echó una última mirada y salió de la habitación.

Entró al baño y se lavó la cara con abundante agua, tratando de despabilarse; cepilló sus dientes, peinó su cabello atándolo en una coleta alta y vació su vejiga. Regresó a su cuarto y se cambió para la escuela.

Antes de salir, tomó una manzana para ir comiendo por el camino; desayunaría en la cafetería. Necesitaba hablar con Alón: había encontrado algo interesante en el libro, pero no sabía cómo interpretarlo. Además, había tenido un sueño extraño; no lo recordaba con exactitud pero, al despertar, tenía una rara sensación en el pecho.

Fue una de las primeras en ingresar al edificio escolar; caminó hasta su aula y, al entrar, se encontró con Rhea. La mujer estaba sentada sobre su escritorio y, al verla, se puso de pie. Le dedicó una mirada poco amigable a la joven, y Gía detuvo su andar justo delante de su profesora.

—¿Dónde está mi libro?, no intentes negarlo, sé que tú te lo llevaste.

—Está en mi casa. Lo siento, Rhea. Quería buscar algo que pueda ayudar a mi madre.

—Debiste pedírmelo, no robarlo. Estoy muy decepcionada.

—Creí... ¡Olvídalo! —dijo encogiéndose de hombros—. A la tarde pasaré por tu casa a llevarte el libro.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —La joven negó con la cabeza—.
¿Estás bien, Gía?

—Sí. Todo está bien —caminó arrastrando los pies hasta su lugar habitual y tomó asiento.

Poco a poco sus compañeros fueron entrando al aula. Ella sacó su cuadernillo de dibujo y comenzó a trazar líneas; a su cabeza comenzaron a llegar imágenes y tuvo la necesidad de plasmarlas con urgencia. Después se pondría a analizarlas, pero ahora era apremiante bocetar. Ni siquiera se volvió a saludar a Alón, cuando él tomó asiento a su lado; en respuesta al

saludo del muchacho dijo: «Necesito estar concentrada, por favor, no me hables». Él intentó captar alguna forma de las que ella dibujaba tan fervientemente, pero le fue imposible: eran líneas sin sentido aún. Le echó una última mirada y sacó de su mochila la carpeta y libro de Historia. Sonó la campana, y todos los rezagados se apresuraron a entrar a la clase.

A medida que los alumnos se acomodaban en sus lugares, sus voces se volvieron suaves susurros, hasta quedar sumidos en un silencio absoluto. Todos prestaban atención a su profesora, pero esta no dejaba de mirar a Gía.

El ruido de su lápiz sobre el papel era el único sonido que se percibía en el aula. La joven dejó por un momento el dibujo y miró a sus compañeros al sentir que todas las miradas estaban puestas en ella. Observó a Rhea, rogándole con los ojos que no le hiciera guardar sus bocetos. Al parecer, había funcionado, porque ella le dedicó una media sonrisa, se dio vuelta y comenzó a escribir en el pizarrón.

Dos horas después, cuando sonó el primer timbre que anunciaba el primer receso (el más largo: de quince minutos), Gía ni se inmutó. No podía dejar de dibujar; las imágenes en su cabeza llegaban a ella a montones y, por primera vez, no sabía qué bocetar primero. Bufó molesta, tiró el lápiz, que cayó sobre el dibujo con un ruido sordo y recostó la espalda sobre el respaldo de la silla. Tomó el puente de su nariz con su índice y pulgar, y comenzó a masajearse ejerciendo presión; comenzaba a experimentar un intenso dolor de cabeza.

—¿Se encuentra bien, Abignali? —La voz de Rhea la asustó y se enderezó de golpe, clavando sus ojos en la mujer pelirroja.

—Lo siento. Sí, solo me duele un poco la cabeza, pero estaré bien.

—Estuviste dibujando toda la clase —Le echó una mirada al dibujo que reposaba sobre el pupitre —. ¿Puedo verlos?

—Hice tres —explicó, y sacó de abajo el cuaderno dos hojas más; se los dio a la mujer.

Rhea, al ver las imágenes representadas, sintió un frío recorrerla desde la cabeza hasta la punta de los pies, lo que provocó que su piel se erizase. Tragó con dificultad; el primero estaba representado por una escena escalofriante; se apreciaba a Nerella y a Dorian escapando hacia el Pireo, pero detrás de ellos había media docena de hoplitas persiguiéndolos. En el segundo, se los veía sobre un barco, junto a Thanos, pero a este lo atravesaba una lanza el pecho; Nerella y Dorian intentaban sostener al hombre mientras los soldados

lograban subir al barco. El tercer dibujo le llenó los ojos de lágrimas: los soldados los habían capturado y los habían reducido salvajemente. Gía contempló el semblante de Rhea y experimentó miedo, miedo que nacía desde lo más profundo de su ser.

—¿Qué sucede, Rhea? ¿Por qué tienes esa expresión?

La pelirroja se tomó unos segundos antes de responder.

—Esto que has dibujado es la primera vez que ha pasado —Gía la miró extrañada, elevando su ceja izquierda—; no son Dorian y Nerella. Ayer... anoche... tu mamá y Adam hicieron el viaje; esto que has dibujado es la prueba irrefutable de que no lo han logrado. —Su voz se quebró.

—¿¡Qué?! —La respiración de la joven se aceleró a medida que tomaba conciencia del peso de las palabras de Rhea—. ¿Qué va a sucederle a mi mamá?

Ella no respondió; tampoco se animó a mirarla.

—Lo siento, Gía.

Se levantó de su asiento y la enfrentó con determinación; sus ojos azules brillaron encolerizados.

—¿Lo sientes? —preguntó indignada empujándola por los hombros—, dime qué hacer, ¡maldición!

—No hay nada que hacer. Han fallado. No puedo volver a rescatarlos; tampoco puedo traerlos otra vez, porque el sueño es tan profundo, tan intenso que conecta sus esencias en una especie de trance, y no hay forma de intervenir.

—¿Qué sucederá después?

—Critias los tortura y los encierra en un calabozo, para luego darles muerte en la plaza del pueblo frente a una gran multitud.

—¿Y mi madre y Adam despertarán?

—No, ellos están dentro de Dorian y Nerella, y la unión es tan fuerte que ambos padecen un horrible dolor, lo experimentan todo y no logran despertar porque, una vez muertos, su esencia y ser se apaga con ellos.

Le dedicó una mirada de reproche, y sus ojos azules se colmaron de lágrimas.

—¿Cuánto tiempo pasan por lo general en el calabozo antes de morir?

—Dos días como mucho, no más. ¿Por qué preguntas?

—Porque quiero viajar a rescatar a mi madre.

—Gía, no puedes hacer eso: es extremadamente peligroso.

—No vas a detenerme, Rhea, ya sé cómo hacerlo. —Se apresuró a meter las cosas en su mochila y se la colgó sobre su espalda.

—No puedo dejar que hagas eso, Gía, es una locura.

La joven le dedicó una última mirada y salió del aula atravesando los pasillos llenos de estudiantes a toda velocidad. Podía sentir los pasos de Rhea detrás de ella; corrió más rápido y cruzó la salida.

Una vez en la calle no dejó de correr hasta llegar a su casa.

Entró como una tromba, tiró la mochila sobre el sillón y subió los escalones de dos en dos hasta llegar al cuarto de su madre; abrió la puerta y se quedó estática en el umbral observando el cuerpo de Helena. Se acercó a ella con lentitud, tocó su frente y la noto fría; también su piel estaba pálida, respiraba de forma acelerada y de pronto se convulsionó. Gía emitió un pequeño grito del susto, sobre todo cuando observó la mejilla de su madre. Se tornaba morada; un moretón había aparecido sobre su piel blanquecina.

Salió corriendo hacia su habitación en busca del libro de Rhea. Tenía que viajar, debía intervenir; no le quedaba alternativa: no pensaba dejar que su madre muriera.

—¿Por qué me has llamado con tanta urgencia, Billy? —preguntó Sean Marshall a su compañero mientras caminaban en dirección a las celdas.

—Algo le pasó al actor.

—¿Cómo que algo le pasó? ¿Han metido a alguno de los otros presos a la celda con él?

—No, él estuvo solo toda la noche. El guardia que hizo el último recorrido dice que lo vio durmiendo plácidamente, y hoy a la mañana fueron a despertarlo, pero no se despertó.

—¿Se suicidó?

—¡No! ¿qué cosas dices?, no se suicidó, pero sigue dormido, profundamente dormido, y no hay forma de despertarlo.

—¿Qué estupidez es esa?

Caminó los últimos metros que lo separaban de la celda; un oficial se hizo a un lado para dejarlo entrar. Miró al actor que dormía de forma profunda; su pecho subía y bajaba a un ritmo lento. Se acercó a él y lo sacudió del hombro con insistencia, pero no dio resultado. Adam continuaba dormido.

—¡Oficial, tráigame una jarra de agua!

El policía salió en busca del agua, volvió cinco minutos después, se la entregó al detective Marshall; este la tomó y se la tiró sin titubeos sobre el rostro del actor.

Pero nada sucedió, Adam ni se mosqueó. Se acercó una vez más y le dio unos pequeños golpecitos en su rostros, pero nada despertaba al hombre. Se rascó la cabeza intentando entender qué pasaba, pero no encontraba una explicación. Fue entonces cuando Adam sufrió una convulsión; su cuerpo comenzó a temblar de forma frenética, sus dientes rechinaron y del fondo de su garganta salió un grito de terror ahogado. El detective se quedó observándolo atónito por varios segundos. Cuando un hilo de sangre comenzó a manar de su nariz, se volvió hacia el oficial.

—Ve por un médico, ¡ahora!

El oficial salió a paso acelerado y él se quedó mirando cómo el hombre se contorsionaba gimiendo de dolor, pero por nada del mundo se despertaba.

Diez minutos después, un equipo médico revisó a Adam.

—¿Y bien? —preguntó impaciente el detective.

—Mire, la verdad, creo que necesitamos trasladarlo a una clínica y monitorearlo. Sin duda está dormido; sus signos vitales son normales, pero presenta algunos síntomas extraños y me gustaría hacerle varios estudios. ¿Está de acuerdo?

—Si no queda otra alternativa... Llévelo, doctor. Necesitamos la declaración de ese hombre.

—Haré todo lo que esté en mis manos para que recupere la conciencia. — Se volvió hacia los enfermeros—. Preparen todo para trasladarlo.

Quince minutos después, una ambulancia cruzaba las calles londinenses con Adam Cooper completamente inconsciente.

Necesitaba espacio, así que se dedicó a correr todos los muebles en la habitación de su madre, incluida la cama doble donde dormía Helena; Gía había arrinconado todo el mobiliario en un rincón.

Necesitaba lugar para trazar en el suelo una estrella de cinco puntas dentro de un círculo.

Estaba nerviosa y le temblaban las manos; quería apresurarse, pero también quería ser cautelosa; un paso en falso, y todo se terminaba. Conforme con el dibujo trazado en el suelo, arrastró a su madre con dificultad sobre el centro de la estrella. Seguía profundamente dormida, y un moretón había aparecido sobre su ceja izquierda, pero no había vuelto a convulsionar.

El sonido del timbre, que rompió el silencio en el cual se encontraba, la hizo asustarse. Lo ignoró. Pero este comenzó a sonar con más insistencia. Bajó las escaleras y caminó hacia la entrada, abrió la puerta y miró con asombro a Rhea y a Alón.

—¿Qué hacen aquí? —se hizo a un lado permitiéndoles el paso—. Aún deberían estar en la escuela.

—Lo mismo se aplica para ti, Gía —replicó Alón con enojo.

—Te fuiste a toda velocidad; no pude alcanzarte —explicó Rhea.

—Yo te vi salir del colegio y también corrí detrás de ti; te llamé, pero no me escuchaste.

—Le dije que vendría a verte; y él insistió en acompañarme; camino aquí, me contó que tú lo has puesto al tanto de toda la situación.

—Sí, lo hice, ¿algún problema con eso?, confío en Alón.

—No hay ningún problema. ¿Dónde está tu madre?

—Arriba... Vengan.

Los guió hasta la habitación de Helena. Rhea, al entrar, miró a la joven con intriga.

—¿Qué se supone que ibas a hacer?

—Ir a rescatar a mi madre.

—¡Gía, no puedes! Es muy peligroso.

—No me importa, no me da miedo. Solo quiero a mi madre de vuelta y con vida. Tú la metiste en esta situación.

—No es tan fácil, Gía.

—Ya he ido e interactué con ellos. Creyeron que era un ángel, o una diosa,

pues usaré eso, ese será mi as. Si todo sale bien, no solo salvaré a Adam y a mi mamá, sino a Dorian y a Nerella.

—No sabes lo que dices.

—¿Tú sí? Por lo menos, voy a intentarlo.

—Nunca nadie ha hecho algo así.

—¿Entonces cómo sabes que no va a funcionar? —preguntó suspicaz Gía.

—Buen punto —reconoció la mujer.

—Gía me dijo... —comenzó Alón interviniendo —... que tú dijiste que su nacimiento ha sido un milagro porque, en todas las vidas de Helena, ella jamás había tenido hijos.

—Eso es correcto —acordó Rhea.

—Tal vez por eso jamás tuvieron éxito.

—¿A qué te refieres? —inquirió Rhea.

—Porque ella nunca existió, y ahora sí. Porque tal vez Gía es la llave para cambiarlo todo, y no Adam y Helena. ¿No lo ves?

Rhea caminó unos pasos hacia atrás y se sentó en el colchón de la cama; se pasó las manos por su rostro y cabello, y los rasgos maduros de una mujer cincuentona se suavizaron y rejuvenecieron en una bonita mujer de no más de veinticinco años. Alón la observó con asombro. El muchacho abría y cerraba la boca, intentando decir algo, pero nada salía de su boca. Posó sus ojos verdes sobre la joven y la escrutó con detenimiento por primera vez.

Lo que Alón decía no era para nada descabellado; y entonces, una frase resonó dentro de su cabeza: «Nuestras vidas no volverán a cruzarse, madre. Tu misión se cumplirá el día que Dios el misericordioso te envíe la llave para cambiar lo que tanto deseas. No importa cuántas vidas te lleve, jamás desistas. Te amo».

—Eres tú, Gía. Alón tiene razón.

—¿A qué te refieres?

—Dios es misericordioso —dijo en un susurro.

—No comprendo —convino la joven.

—Ese es el significado de tu nombre. Dios es misericordioso. Una vez, cuando me separé de mi hijo, él me dijo que algún día llegaría la llave para cambiar el destino de Dorian y Nerella. Y la clave eres tú y solo tú.

—¡Bien! —dijo Gía con renovada confianza—, ¿cómo hago para salvarlos?

—Aún no lo sé, pero no podrás sola. —Posó sus ojos sobre Alón—. ¿Tú te animas a ir con ella?

—Sí. Haré lo que sea.

—¡Excelente! —Se levantó de la cama y sonrió—. Te advierto, muchacho, que tú serás un chiquillo de no más de diez años, y es muy peligroso.

—Estoy dispuesto a hacerlo.

—¡Bien! Ahora solo tenemos que pensar muy bien cada paso que demos. Tenemos mucho que planear y poco tiempo.

CAPÍTULO 15

—Entonces, toman la vía Panathenaia, está de aquí. —Rhea señaló una calle en el improvisado mapa que había hecho de la ciudad, que cruzaba Atenas desde la puerta norte hacia la colina de la Acrópolis—. Deben salir de la ciudad cuanto antes, ponerse a resguardo y, si todo sale bien, regresarán. ¿Lo has entendido, Gía?

—Sí.

—¿Crees que funcione? —preguntó Alón.

—No lo sé, ¡es descabellado!, pero no pierdo las esperanzas —admitió la mujer pelirroja.

—Porque es descabellado funcionará —aseguró Gía.

—Espero que así sea. ¿Están listos?

—Subiré a cambiarme —avisó Gía.

—Yo esperaré en la habitación de tu mamá; terminaré de ultimar los detalles. ¿El libro está allí?

—Sí, arriba de la cómoda —aseguró la joven, mientras subía las escaleras hacia su cuarto.

Debía admitir que estaba nerviosa; tenía mucho miedo de fracasar en el intento de salvar a su madre. Tenía la esperanza de que el plan que habían trazado funcionara. Abrió su armario y sacó el vestido y alas que había usado para la fiesta de disfraces. Las alas estaban un poco arrugadas, pero no le dio importancia. Servirían de igual modo.

Se cambió de prisa y regresó junto a Rhea y Alón a la alcoba de su madre. Al entrar, Rhea había dibujado dos círculos más con una estrella de cinco puntas dentro. En el del centro, estaba Helena, pálida y con semblante demacrado. Alón, se recostó dentro del círculo izquierdo.

Rhea se volvió hacia ella y le indicó el círculo derecho. Caminó decidida y se acostó dentro. Miró a Alón. Él mantenía sus ojos sobre el cielorraso con sus manos entrelazadas sobre su pecho; lo notaba nervioso.

—¿Estás bien? —le preguntó, y el muchacho clavó su vista sobre ella. Asintió ligeramente con la cabeza.

—¿Listos? —preguntó Rhea.

Ambos se volvieron hacia la mujer pelirroja, que sostenía en su mano derecha una daga. Rhea se reclinó sobre Helena y con la daga hizo un pequeño corte en su dedo. Cuando la sangre comenzó a brotar de su blanquecina piel, ella las dejó caer sobre un pequeño pocillo de barro. Hizo la misma operación con Alón y con Gía. Mezcló la sangre y mojó sus dedos; sobre la frente de Gía dibujó un símbolo antiguo, lo mismo en la frente de Alón y, por último, en Helena. —Llegó el momento —anunció—. Solo concéntrense en mi voz...

Por fin esa horrible sensación de caer al vacío había terminado. Alón sintió un fuerte golpe en su cabeza seguido de una puntada de dolor. Abrió los ojos y tardó unos segundos en darse cuenta de dónde se encontraba. Estaba rodeado de bolsas de harina, condimentos y vegetales; podía jurar que estaba en una despensa.

Se levantó del suelo y se miró las manos: eran pequeñas, como las de un niño. Llevaba una especie de túnica blanca, amarrada a la cintura con un lazo de cuero marrón y tenía unas sandalias que se ajustaban sobre sus delgadas pantorrillas.

La puerta de la despensa se abrió, y un hombre gordo lo miró de mala manera.

—¿Qué haces ahí, chiquillo endemoniado? ¿Estás robando?

—No —se apresuró a decir—. Creo que me quedé dormido.

Él hombre frunció el ceño estudiándolo.

—¡Con todo el trabajo que hay y tú, sabandija, decides tomar una siesta! ¡Sal ahora mismo de aquí si no quieres que te azote por vago!

Alón no esperó a que se lo repitiera y salió de la alacena a toda velocidad. Tomó uno de los corredores y se topó con media docena de hoplitas; lo ignoraron y continuaron su camino. Primero, debía conseguir el collar que Rhea le había dicho, uno que Critias le había obsequiado el día de su casamiento, según la mujer pelirroja. Nerella lo guardaba en un alhajero sobre la cómoda de su alcoba. Segundo, debía constatar que Helena y Adam estuviesen bien. Según Rhea, debía colarse a los calabozos en el momento de cambio de guardia, «Es arriesgado, pero nadie va a desconfiar de un niño», había asegurado la pelirroja. Y, tercero, debía ir al puerto y conseguir un barco; entregaría el collar como pago.

Debía reconocer que estaba muy nervioso; le sudaban las manos y podía sentir el martilleo de su corazón golpear su pecho con fuerza. No sabía adónde iba, solo dejaba que sus pies lo guiaran.

Cruzó un patio central hasta una escalera, subió y caminó por un largo corredor hasta la última puerta de la izquierda; la abrió y entró a una bonita y acogedora habitación. Miró alrededor y divisó sobre una gran cómoda de madera oscura un alhajero, se dirigió hacia allí y, al abrirlo, vio un hermoso collar con un brillante azul noche; lo tomó y lo guardó entre su ropa.

Regresó nuevamente al patio y tomó la dirección contraria a las escaleras. Tomó otro pasillo, hacia el extremo sur de la propiedad, y se topó con un guardia dormido que custodiaba una pesada puerta de madera. Se acercó sigiloso y divisó una botella con un líquido ambarino caída al lado del hombre. La abrió sin hacer ruido y se escabulló con rapidez hacia un recinto oscuro y frío. Comenzó a llamar a Helena y a Adam en susurros, hasta que a sus oídos le llegó un gemido lastimero. Siguió la voz y dio con una puerta pesada.

—¿Helena? Soy Alón. ¿Estás ahí?

—¿Alón? —preguntó una voz femenina detrás de la puerta—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Helena... Gía, Rhea y yo decidimos intervenir para rescatarlos.

—¿Gía vino aquí?

—Supongo, pero no la vi. Desperté en el cuerpo de un niño.

—Aquí eres Duka —dijo ella.

—Helena, ¿estás bien?

—Sí, intentamos escapar, pero no lo conseguimos, Critias se percató de nuestra huida, y nos interceptó antes de llegar al puerto. Nos golpeó y nos encerró aquí.

—¿Y Adam?

—Se lo llevaron unos guardias. —Se escuchó un sollozo quebrado—. Alón, no es seguro que estés aquí; si te encuentran...

—Solo resiste, Helena —la interrumpió—. Vamos a salvarlos.

Escuchó ruidos y voces acercarse; se escabulló entre las sombras y esperó a salir de los calabozos sin ser visto rumbo al puerto.

—¿Cómo es posible que no haya viajado? —preguntó Gía con frustración mientras se paseaba de un lado a otro en la habitación.

Rhea la observaba. Ella tampoco lograba comprender por qué la joven no había podido hacer la regresión.

—¡No lo sé, Gía!

—Alón pudo hacerlo. ¿Por qué yo no?

—Gía... —Rhea se acercó hacia la joven y la tomó de las manos, intentando calmarla—. A veces, uno mismo se presiona demasiado. Tú estás muy ansiosa y, tal vez, te estás bloqueando. No dejas que tu mente se libere. Estás tan preocupada por tu madre que no logras la concentración que se requiere para hacer la regresión. Necesitas calmarte, respirar hondo y dejar que los problemas e inquietudes se vayan.

—No sé si puedo hacerlo —confesó abatida.

—¡Lo harás! Confía en ti, pero debes calmar tus nervios.

—¿Cómo hago eso, Rhea?... Ahora no solo mi madre y Adam están en peligro, sino también Alón. ¿Qué sucede si no puede tomar el collar? ¿Y si lo atrapan? ¿Si no consiguen el barco? ¿Si lo matan a él también?

—No van a matar a Alón.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—No estoy segura, Gía. Pero tengo fe; tengo esperanza de que esta vez, por más difícil que sea la situación, puedo sentir dentro de mí que va a cambiar.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque creo en ti, Gía. Porque mi hijo nunca se equivocó en sus predicciones, porque tú eres la clave para evitar esta tragedia griega. Tú y solo tú puedes salvarlos a todos. ¡Cree en ti, Gía!

El timbre resonó con insistencia en el piso de abajo. Gía bajó seguida de Rhea, cruzó la sala y abrió la puerta.

Neal se sorprendió al ver a su hija con el disfraz de *Niké* y la miró extrañado.

—Hola, papá.

—¿Qué haces así vestida?

—Pasa, es muy largo de explicar.

Neal enmudeció al ver a Rhea en la sala. Miró primero a su hija y luego a la mujer pelirroja, como esperando una explicación. Pero ambas guardaban silencio.

—Vine a ver a tu mamá, ¿está?

—Sí, pero no va a poder hablar contigo —comenzó Gía.

—¿Por qué?

—Por que anoche Adam y Helena regresaron al pasado para salvar a Dorian y a Nerella, pero no han tenido éxito —respondió Rhea.

Neal tardó unos segundos en procesar las palabras de la mujer. Al comprender su significado, miró a su hija y ella asintió con la cabeza.

—Ven, papá... Mamá está arriba, pero está en una especie de trance...

Mientras subían hacia la habitación de Helena, Gía le explicó a su padre la situación en la que se encontraban; con ayuda de Rhea le relataron los hechos. Neal enmudeció al entrar y ver a Helena y Alón tirados en el suelo: parecían profundamente dormidos.

—Voy a ir a rescatar a mamá —afirmó Gía—. Por eso el disfraz: quiero que vuelvan a ver al ángel.

—Ni lo sueñes, jovencita —advirtió Neal—. No pienso dejar que tú te expongas a semejante riesgo. ¡Olvídalo!

—No te estoy pidiendo permiso, papá.

—Neal —llamó Rhea—; a Gía nada va a pasarle.

—Eso dices tú, pero no pienso dejar que mi hija corra semejante peligro. ¿Qué sucederá si no puede regresar?

—Lo hará —respondió con determinación Rhea—. ¡Neal, confiemos en ella!

—Papá... quiero salvar a mamá.

Neal miró el cuerpo de Helena unos momentos, meditando; desvió su mirada hacia Rhea, y sus ojos verdes lo relajaron, como si cayese preso de un embrujo. Asintió.

—De acuerdo, Gía. Regresa y salva a tu madre, pero ten mucho cuidado.

—Lo tendré, lo prometo.

—Me quedaré aquí. Quiero estar cuando despierten.

Gía se abalanzó sobre el cuerpo de su padre y escondió el rostro en su pecho.

—Te quiero, papá.

Se separó del cuerpo de Neal, y nuevamente se recostó en el círculo de la derecha, cerró los ojos y solo se concentró en la voz de Rhea.

La plaza de Atenas estaba llena de gente que se amontonaba para no perderse la ejecución de la esposa de Critias y su amante. En el centro se alzaba imponente un enorme toro de bronce, el Toro de Falaris, esperando impaciente para contener en sus entrañas a los dos traidores y quitarles la vida lentamente mientras se quemaban vivos.

Alón caminaba en busca de Gía; había conseguido un barco. Zarparía en cuanto él llegara al puerto con Helena y Dorian, pero antes Gía debía rescatarlos. Pero la joven no había aparecido, y sus nervios crecían a cada minuto que pasaba.

Se abrió paso a empujones entre los hombres y mujeres que esperaban ansiosos para ver la ejecución. De pronto, sus ojos divisaron una cabella roja entre medio de la multitud y, sin dudarle, se acercó hacia ella.

—¿Dónde está Gía? —le preguntó.

Rhea miró al niño enarcando una ceja.

—No sé quién es Gía, niño —dijo de mala manera.

—¿Es una broma?

—Te estás confundiendo de persona.

—Rhea, tú nos enviaste aquí, ya conseguí el barco, le pagué a un hombre con el collar del que me dijiste que tomara del alhajero de Nerella.

—¿Qué dices? Yo no te dije nada.

Entonces Alón se dio cuenta de que esa Rhea que tenía delante no era la misma Rhea que él conocía.

—Lo siento, me equivoqué —se disculpó y se perdió entre medio de la multitud bajo la atenta mirada de Rhea.

Sonaron las campanas, y todo el consejo se hizo presente con Critias a la cabeza; subió al escenario y ordenó traer a los prisioneros. Alón contuvo el aliento al verlo tan demacrados y lastimados. «Gía, ¿dónde demonios estás?», pensó.

Y entonces la tierra se agitó; comenzó a temblar bajo sus pequeños pies, miró a su alrededor y vio personas que caían al suelo ante el terremoto que se avecinaba. Una luz blanca y cegadora se abrió desde el cielo, y una mujer alada apareció.

Gía cayó de rodillas en el extremo sur de la plaza, se levantó, y la gente a su alrededor se abrió paso a medida que ella caminaba decidida hacia el escenario. Escuchaba los murmullos cargados de asombro de los presentes. Extendió sus brazos al subir al escenario, y sus alas se extendieron; las voces se fueron apagando, hasta que la plaza se sumió en el más absoluto silencio.

Critias tenía la mirada desencajada y miraba con furia a la joven alada que había aparecido una vez más, pero ahora delante de todo el pueblo ateniense.

Gía miró a su madre y a Adam, y contuvo las ganas de llorar; sin embargo, mantuvo la calma. Se volvió hacia el frente y le habló al pueblo.

—Los dioses me envían a salvar a estas dos almas condenadas de forma injusta. —Un murmullo general se alzó entre los presentes—. Si matan a estas personas, la furia de los dioses caerá sobre Atenas y sobre cada uno de ustedes; sus almas arderán en las profundidades del Tártaro por toda la eternidad.

—¡Eso es una blasfemia! —gritó Critias acercándose a ella.

Intentó agarrarla a la fuerza y bajar a esa joven del escenario pero, cuando

quiso cerrar su mano sobre el brazo de Gía, su mano lo traspasó, sin conseguir tocarla; el murmullo de los presentes se hizo ensordecedor.

—¡Atrápenla y métenla al toro de Falaris! —ordenó Critias.

Dos hoplitas se acercaron a Gía pero, cuando intentaron capturarla, tampoco pudieron agarrarla; era como si el cuerpo de esa muchacha se evaporara entre sus dedos.

Gía aprovechó la creciente conmoción y volvió a dirigirse al pueblo.

—Pueblo ateniense, en ustedes recae esta decisión; no escuchan a Critias: él solo es un tirano que se preocupa por sí mismo y por su propio bienestar.

Condena a dos inocentes, solo porque se aman.

El amor no es un crimen...

—¡Qué liberen a los prisioneros! —Se alzó una voz masculina sobre la multitud.

Un alarido general hizo vibrar a toda la plaza. Critias experimentaba una creciente cólera al escuchar a la muchedumbre enardecida pedir por la liberación de sus prisioneros.

Los miembros de los treinta estaban atónitos. La presencia de esa diosa bajada del cielo los hizo dudar de su decisión de sentenciar a muerte a la esposa de Critias y su amante. No deseaban la ira de los dioses, y mucho menos del pueblo. Si continuaban con la sentencia, el pueblo se alzaría furioso sobre ellos, y una guerra civil azotaría la ciudad.

Alón presenciaba maravillado el espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos; no podía quitar sus ojos verdes de la figura de Gía. Ella había logrado cautivar al público, y todos gritaban y pedían por la liberación de los sentenciados.

Se acercó con rapidez abriéndose hacia la parte de atrás del escenario. Vio que uno de los miembros del consejo se acercaba a Critias y cruzaba algunas palabras con él. Él negaba con la cabeza, y su piel blanquecina tomaba un tono rojo alarmante.

El hombre se volvió hacia las masas y elevó los brazos solicitando silencio; pocos minutos después reinaba una vez más un completo mutismo.

—¡Pueblo ateniense!, el consejo de los treinta, por decisión casi unánime —dijo dedicándole una mirada a Critias—, decidió que se les perdone la vida a los prisioneros.

Un rugido de aceptación se elevó entre los presentes, que aplaudieron llenos de júbilo.

—¡Liberen a los prisioneros! —ordenó.

El hoplita que estaba al lado de Adam se acercó y cortó, con el filo de una larga daga, las cuerdas que amarraban sus manos; lo mismo hizo con Helena. Ellos se abrazaron, y Gía se acercó a uniéndose a su abrazo.

Gía tomó la mano de su madre y de Adam, y los invitó a bajar del escenario. Alón apareció frente a ellos en ese instante.

—Sígueme, los llevaré al barco.

Los presentes, a medida que ellos pasaban a su lado, iban abriéndoles camino, permitiéndoles el paso.

Algunos se arrodillaban y besaban el suelo donde Gía pisaba. Otros trataban de llegar hacia ella y acariciar sus suaves alas. Ella les regalaba palabras de agradecimiento, mientras marchaban en una interminable caravana rumbo al puerto.

—¿Cuándo volverán? —preguntó Neal impaciente.

—No lo sé... Hay que esperar —respondió Rhea en un susurro.

Debía admitir que estaba preocupada. Alón, Gía y Helena seguían en estado de trance. Sabía que podían continuar así por horas, y la impaciencia de Neal alteraba sus nervios, y sus ojos, de un azul profundo, tan parecidos a los de Merin, su hijo, la confundía.

Sacudió la cabeza intentando no pensar en Merin; había sufrido horrores al separarse de él. Siempre deseó regresar a Tassili, a las tierras de los tuareg y descubrir qué había pasado con su hijo, pero no había tenido el valor suficiente para hacerlo. Tal vez, si Gía y Alón lograban llevar a cabo el plan para salvar a Helena y Adam, se animaría a regresar al desierto.

Volvió a mirar a Neal, que estaba sentado sobre el borde del colchón y movía sus manos con nerviosismo. Lanzaba sonoros suspiros y, a veces, se pasaba las manos despeinando su cabello castaño rojizo.

—¡Ya, hombre, tranquilízate!, me pones nerviosa —expresó exasperada

Rhea.

—Estoy preocupado. Tú metiste a mi hija y a Helena en esta situación de mierda.

—Debía hacerlo, Neal. ¡No tuve alternativa!

—Siempre hay alternativas.

—No cuando pasas toda tu eterna vida intentando salvar dos almas sentenciadas; créeme, he buscado otras formas, pero ninguna ha funcionado.

—¿Y meter a Gía en este problema fue tu alternativa? Si algo le llega pasar a mi hija, me conocerás.

—Ella es la clave, Neal. Siempre lo fue, solo que nunca había nacido. Me pregunto por qué ahora, por qué en este tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Helena en todas sus vidas perdió los embarazos, como lo perdió Nerella. Sin embargo, Gía nació. ¿Qué ha sido diferente?, ¿no te intriga saber?

—La verdad que no, no me intriga. Solo quiero a mi hija de nuevo sana y salva.

—¿Y si has sido tú?, ¿si la clave de que Gía se gestara eres tú? ¿No se te ha pasado por la cabeza?

—¡No! Es una locura. Yo no tengo nada de especial. Soy un hombre común y corriente.

Rhea no respondió. Solo se dedicó a mirarlo con detenimiento. Neal percibió sus ojos verdes sobre él y sintió en su cuerpo un estremecimiento recorrerlo desde la cabeza hasta los pies. Esa mujer lograba alterarlo de una manera inexplicable. Esperaba que pronto Gía, Helena y Alón despertaran de ese profundo sueño.

Critias miró enfurecido cómo la chica ángel caminaba con Nerella y su amante, seguidos de la multitud que los alababa a cada paso que daban. Algunas mujeres, incluso, arrojaban pétalos de flores hacia ellos. Eso terminó por despertar su ira, y el odio invadió su ser.

Bajó del escenario y ordenó a sus soldados que lo acompañaran. Rodeó la

multitud y tomó una callejuela hacia el puerto; le importaba muy poco la ira de los dioses. No creía en ellos, y no pensaba permitir que Nerella y Dorian escaparan de Atenas.

Al llegar al Pireo, divisó a Cármides y cruzó algunas palabras con él. El hombre señaló una gran embarcación, y Critias se dirigió hacia allí.

Pocos minutos después, esperaba en la cubierta del barco que tomaría Nerella. Iba a matarla por su osadía, por desafiarlo y por preferir a una rata inmunda, y no a él. No la amaba, pero odiaba perder lo que consideraba suyo.

—¿Creyeron que se iban a escapar de mí? —escupió blandiendo la espada, escoltados por cuatro soldados hoplitas; cuando subieron al barco.

Helena se quedó estática, tomó del brazo a Adam y se aferró con los dedos a él; la mirada de odio en los ojos de Critias la asustó.

Gía subió al barco con ellos, seguida de Alón. Al ver al hombre con esa expresión de lunático, temió por la vida de su mamá y de Adam. Decidió intervenir.

—¡La ira de los dioses caerá sobre ti!

—¿Piensas que creo en ellos? —lanzó una risa cargada de sarcasmo—. Muchacha estúpida, acabaré con ellos y contigo también, por desafiar me ante todo el pueblo. ¡Atrápenlos!

Dos soldados se fueron hacia ellos blandiendo sus espadas en alto, listos para atacarlos; se acercaron con paso decidido, rodeándolos. Cuando el primero de los hoplitas llegó a su posición, Adam, con una habilidad sorprendente, que no sabía que tenía, esquivó con exagerada facilidad su mandoble y se situó detrás del soldado; lo tomó del cuello y lo obligó a soltar la espada. Le pegó una patada en su espalda baja y el hombre cayó con un ruido sordo al suelo.

Los otros dos soldados, al ver a su compañero en el suelo, se acercaron con las espadas en alto. Ante el avance de los hoplitas, Adam tomó el mango de la espada y esperó listo el ataque. Sin darles tiempo a reaccionar, dio dos pasos hacia adelante y lanzó un ataque rápido y eficaz que atravesó la garganta de uno de los hoplitas. Pocos segundos después, la punta de la espada se clavó en el pecho del tercer soldado.

Critias gritó furioso, y el otro hoplita se acercó listo para reducir al hombre; sin embargo, antes de que pudiera siquiera acercarse, Adam echó su cuerpo hacia atrás y lanzó la espada en dirección al hoplita. El arma impactó en el

cuerpo y se clavó atravesando su esternón; el hombre cayó al suelo gritando y retorciéndose de dolor.

Critias vio caer uno a uno a sus guardias y se acercó blandiendo en alto su espada; cuando estuvo lo suficientemente cerca, le lanzó una puñalada al estómago, pero Adam la esquivó con un suave movimiento lateral. Esquivó un segundo, un tercero y hasta un cuarto ataque, ágil y ligero como una pluma. Él sabía que esas habilidades no eran de él, pero sí de Dorian; el soldado espartano había logrado un increíble trabajo instruyendo al joven en el manejo de la espada. Se sentía confiado y con renovadas energías. Deseaba con toda la fuerza de su corazón atravesar con el filo de su acero el cuerpo de ese hombre.

Evitó en una postura completamente defensiva todos los ataques de Critias, aunque un mandoble rozó su hombro izquierdo y le causó un profundo corte.

El filo de la espada de Critias cortó el aire con un sonoro silbido. Adam lo detuvo. Las hojas chocaron, y el ruido sordo del metal contra el metal resonó fuerte. Adam detuvo un segundo golpe, y un tercero, pero se vio obligado a retroceder.

Helena se abrazó de Gía; no podía dejar de temblar. Sentía un miedo irracional recorrer su cuerpo. Deseaba taparse los oídos al escuchar las espadas chocar una y otra vez. Adam jadeaba por el esfuerzo, y Critias atacaba sin piedad.

Se lanzó hacia delante con un rugido de guerra, blandiendo la espada con ambas manos y descargando todo su peso sobre la espada. Adam lo detuvo de forma casi fortuita. Cuando las hojas se encontraron esta vez, el acero de la espada de Adam se quebró.

Cientos de pedazos de acero saltaron en todas las direcciones como agujas afiladas. Uno de estos se incrustó en el pie de Adam, que aulló de dolor y cayó de rodillas. Abatido, sin fuerzas.

Critias lanzó una carcajada siniestra. Se acercó con la punta de la espada y, antes de enterrar el acero en el torso de Adam, se giró unos segundos a mirar a su esposa. Quería disfrutar de su expresión cuando matara al maldito; ella sería la siguiente.

Se acercó lentamente, disfrutando de ver a su presa completamente resignada; sabía que iba a morir, y eso le ocasionaba un regocijo inexplicable.

—¡Ha llegado la hora de morir!, arderás en el Tártaro eternamente.

Helena gritó con todas sus fuerzas, y entonces la vio. Rhea subió silenciosa al barco; llevaba en su puño derecho una afilada daga. Se acercó a una velocidad tal que a Helena le costó seguir sus movimientos.

Todo terminó en un parpadeo. Antes de que Critias diera la estocada final, Rhea se acercó por detrás. El filo de la daga penetró la carne justo por encima de la cintura de Critias. La espada que sostenía cayó al suelo, y él se desplomó sobre la cubierta del barco.

Rhea se volvió hacia Adam y le tendió la mano. Él aceptó la ayuda de la mujer y se puso de pie.

Helena corrió a sus brazos.

—Seguí a Critias hasta aquí cuando lo escuché decir que los atraparía en el puerto —explicó—. Espero, Nerella, que puedas perdonarme; tú también, Dorian. Todo lo que hice lo hice por celos y envidia y sé que estuvo mal. Ahora lo comprendo.

—Te perdono, Rhea —dijo Helena y la abrazó. Dorian se unió a ese abrazo.

—Espero que ahora sean felices; se merecen comenzar una nueva vida. Se merecen buenaventura —continuó Rhea.

—Lo seremos.

Gía miró a Alón; le resultaba extraño y divertido a la vez ver a su novio con diez años. Sentía unas enormes ganas de besarlo. Estaba feliz. Lo habían conseguido; no solo habían salvado a Nerella y Dorian, sino que habían logrado salvar a su madre y a Adam. Habían, por fin, evitado la tragedia.

De pronto, percibieron que la tierra comenzaba a temblar una vez más, y una luz blanca cegadora los envolvió regresándolos a su tiempo.

Rhea se levantó de su silla y comenzó a caminar de un lado al otro por la habitación.

—Algo cambió —dijo mirando a Neal—. Me ha llegado un nuevo recuerdo. Algo que jamás sucedió —explicó.

—¿Eso es bueno o malo?, no entiendo.

—Es bueno. Critias murió, y fui yo quien lo mató; él estaba intentando

matar a Adam, pero yo lo atacé por la espalda para evitar que lo asesinara —contó con lágrimas de felicidad sobre sus ojos—. ¡Lo han conseguido! ¡Los salvaron!

Neal experimentó un enorme alivio al saberlo. Entonces, de la pulsera que llevaba Helena, comenzó a salir una luz brillante, que se extendió por toda la habitación, cegándolos. Segundos después, Helena, Gía y Alón despertaron de su profundo sueño.

Al ver a su hija, se abalanzó sobre ella y la abrazó. Había tenido tanto miedo...

Helena miró su muñeca y descubrió que la pulsera que llevaba se había abierto, y se la sacó; le dedicó una mirada intrigada a Rhea.

—Lo hicieron, Helena.

Se puso de pie y se acercó a la mujer; sin esperarlo Rhea, Helena la envolvió en un fuerte abrazo.

—Gracias, no lo habiéramos conseguido sin tu ayuda.

—Hice lo que debía.

—¿Qué va a pasar ahora? —se interesó por saber Gía.

Todos se giraron en su dirección.

—Voy a viajar a Londres —determinó Helena—. Quiero estar al lado de Adam.

—Adam saldrá en libertad; eso te lo aseguro. Él no asesinó a nadie: fue un accidente —aseguró Rhea, infundiéndole ánimos.

—Lo sé, pero quiero estar allí para él. Sé que me necesita a su lado.

—Adam tiene mucha suerte de tenerte, Helena —expresó Rhea con un dejo melancólico en la voz.

—Te lo debo a ti, Rhea. Si tú no nos hubieras dado estas esclavas —dijo tomando la mano de la mujer y dejando la pulsera sobre su palma—, Adam y yo jamás nos hubiésemos conocido.

Los ojos de Rhea se llenaron de lágrimas. Sin dudar lo abrazó a Helena con fuerza. Por fin, todo había se había acabado. Y sabía que ahora el destino prepararía una nueva aventura para ella; y que Adam y Helena iban a partir de ese momento a formar una vida juntos, esa vida que ella les había arrebatado por envidia y celos.

Se lo merecían; habían esperado más de miles de años para reencontrarse y

ser felices.

FIN

EPÍLOGO

Una vez más, el vasto desierto se alza delante de mí, salvaje, inhóspito. Un viento cálido me golpea en la cara; cierro los ojos y elevo mi rostro al sol, disfrutando de ese cálido abrazo. Un nuevo viaje comienza.

Después de tantos años regreso a la tierra de los Tuareg; quiero oír las famosas leyendas que el desierto susurra sobre un profeta que ha sido prometido, de ojos azul profundo y cabello color rojo, como las arenas del desierto. Pero esa historia la dejaré para otra ocasión.

Estoy segura de que ustedes desean saber lo que pasó con Adam y Helena. Como predije, Adam salió de la cárcel, después de una autopsia al cuerpo de Marko Willett, donde se determinó la causa de la muerte real y la inocencia de Adam. Fue todo un revuelo mediático, y se habló de ello durante varias semanas. Aunque, una vez que todo se calmó, Adam se mudó a Atenas, junto con Helena. Ella le compró parte de la agencia turística a su jefa Fiona, y ahora son socias. Les va excelente en el negocio. Unos meses después, Adam y Helena se casaron en una ceremonia íntima y se fueron de luna de miel a Mónaco.

Gía participó de un concurso de arte, que ganó. Todas sus obras están en exhibición en la galería de arte municipal. Ella y Alón comenzaron una relación intensa y apasionada. Son el uno para el otro, y están perdidamente enamorados.

Uno año después de que ellos evitaron la tragedia, Helena me dio una noticia inesperada: Estaba embarazada. Nueve meses después nació mi ahijado, Dorian Merin Cooper. Ese pequeño fue quien me dio las fuerzas para descubrir qué fue de mi hijo.

La despedida en el aeropuerto estuvo cargada de sentimientos, pero yo sabía muy bien que aquello no era un adiós, sino un hasta luego.

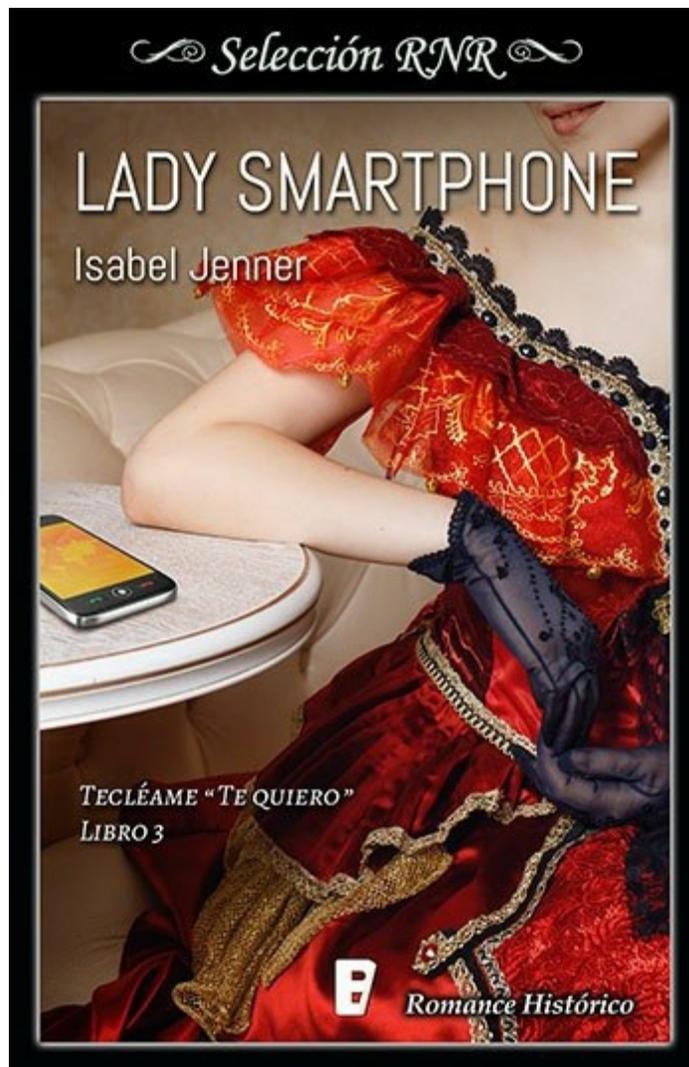
Si te ha gustado

Destino imperfecto

te recomendamos comenzar a leer

Lady Smartphone

de *Isabel Jenner*



INTRODUCCIÓN

¿Tienes curiosidad por saber cómo surgió esta novela?

Si es así, te pido que imagines que estás leyendo un libro acerca de épocas pasadas y que hay un móvil a tu lado que no deja de vibrar. Ahora, deberás sujetar el libro con una mano y estirar la otra hasta alcanzar el teléfono; tú corazón y atención divididos entre no perder el hilo de la historia que te ha cautivado y la curiosidad por revisar todas las notificaciones que aparecen en la pantalla.

¿Te ha pasado alguna vez?

Bien, entonces observa los dos objetos que sostienes entre tus dedos y pregúntate: «¿Qué ocurriría si...?»

Así es como comienzan la mayoría de las aventuras antes de ser escritas.

Así fue como surgió esta novela...

¿Qué ocurriría si en un libro de romance histórico los personajes tuvieran a su disposición *smartphones*, Internet y todas las nuevas tecnologías de las que disfrutamos en la actualidad, pero sin perder su forma de hablar o de comportarse? ¿Sin perder su esencia?

Lo que podría suceder se encuentra en las próximas páginas, y sus protagonistas están impacientes por arrancarte una sonrisa... ¿Me acompañas?

Cuando los sueños pueden cambiar tu pasado, también lo harán con tu presente. Solo ten en cuenta la pieza clave para que el primero sea por el bien del segundo.



Helena Papaulukas trabaja como guía de turismo y vive en Atenas. Es una mujer energética, sociable y bonita, pero tiene muy mala suerte con los hombres.

Adam Cooper es un famosísimo actor de Hollywood, uno de los más cotizados del momento. Excéntrico, apuesto, soñador, irresistible y mujeriego, es, además, poseedor de un tormentoso pasado que mantiene en secreto.

En una singular y extraña situación, la aparición de una misteriosa mujer ante cada uno

unirá sus destinos. Helena y Adam se encontrarán en sueños que los llevarán a recorrer las calles de la Atenas del siglo V a.C., y serán testigos de la trágica vida de Nerella y Dorian, sus antepasados. Juntos deberán comprender su historia, plagada de celos, traiciones, torturas y una poderosa maldición, e intentar cambiarla y evitar sus muertes. No obstante, mientras vagan en sueños astrales, la realidad de sus vidas comienza a desmoronarse, y solo podrán sortear todos los obstáculos cuando descubran quién es el eslabón más importante en toda esa cadena de sucesos que les ha tocado vivir.

Paulina Maggi es el seudónimo de Analía Amado. Nació el 29 de marzo de 1985, en Quilmes, provincia de Buenos Aires. Es la mayor de cuatro hermanos. Tiene pareja, es madre de dos hijos, amante de la música y los animales. Es técnica radióloga. Además, cría gatos de la raza persa y exóticos, participando en competencias de belleza.

Ha sido una lectora voraz desde pequeña, siendo la novela romántica su género literario preferido.

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Paulina Maggi

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U. Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos

Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-997-3

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

DESTINO IMPERFECTO

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

EPÍLOGO

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE PAULINA MAGGI

CRÉDITOS